

SANGRE QURASH

+ 18



CONSTANTINE

PASION & GUERRA

SAGA MON 3.5



CRISTO

Constantine

Pasión & Guerra

Saga Mon 4

Cristo.

A todas las Disney Princesas y Caballeritos del
Zodiaco de todos los hospitales Oncológicos y con
cariño a Mima Fernández.

ADVERTENCIA DE LA NOVELA

Todo lo que escribo y pese a que tales personajes no existen, dentro de lo que es la historia New Adult Romance de Constantine con su mariposa. Su trama principal y cual se rige, puede ocasionar malestar, enojo o frustración por ciertas escenas de violencia en cuanto al tema que trata. Pero absolutamente todo, basado en historias bélica como información que ofrezco, es data de fuentes veraces, gracias a entrevistas que me dieron, como mucho estudio de mi parte. Novela (+18) por alto contenido sensual como sexual por los protagonistas, lenguaje adulto y escenas de desnudez.

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento. Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura.

Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

Licencias: 1808178062344

Primera edición: Agosto 2019.

Diseño de portada: Sareli García.

Maquetación: Sareli García.

Prólogo



Suspiro de pie y en silencio y con mi mirada hacia abajo, a la lápida con incrustaciones en plata y bronce.

Leyendo las palabras, que dedique grabadas en ella a mi hermano.

A Constantine.

Hago a un lado mi pelo, que cae libremente sobre mi rostro sin mi *Kafhiyye*.

Mi nariz hormiguea y muerdo el piercing de mi labio inferior y que aún mantengo, intentando en vano ahogar un sollozo.

Una lágrima, rueda sobre mi rostro y la limpio, de mi mejilla tomando una respiración profunda.

- Sé que es una locura y mi imaginación. Pero aún, te siento conmigo... - Digo exhalando esta, de forma lenta. - ...que me observas y estás conmigo. - Mi mano se posa por sobre mi túnica en la cicatriz, producto de mi trasplante.

Sonrío.

- ...para cuidarme, siempre hermano.

Elevo mis ojos al cielo por una oración y me despido, pasando de forma lenta mis dedos sobre la superficie tersa y ovalada de la lápida, con una caricia mientras un guardia deposita flores naturales sobre esta.

Suspiro, metiendo mis manos en los bolsillos.

Porque, pese a que han pasado tres años ya, aún me cuesta y duele mi corazón alejarme de él y saber, que ya no está.

Ya que, yo.

Daría todo, por volver a ver a mi hermano...

Capítulo 1



- ¡Amm! - Una voz me sacude de mi sueño, algo pervertido y reiterativo de hace poco más de siete noches, después de mi encuentro con el chico misterio, en el mercado de pulgas de la ciudad.

La luz de la habitación siendo encendida, hace que pestañee entreabriendo mis ojos somnolienta, sobre mis brazos recostada y apoyada en mi escritorio.

La pantalla de mi computadora con las imágenes de varias páginas del periódico en el que trabajo, titila en donde recuerdo que lo dejé por última vez en la noche, mientras cenaba mi pote de sopa comprada 100% artificial y de dudosos fideos de un color radiactivo amarillo.

La sección policial.

Mierda.

Me quedé, dormida otra vez.

- Lo siento... - Digo a Ghoro, incorporándome.

Es mi compañero de trabajo.

Periodista y reportero.

Nos presentó hace casi cuatro meses, nuestro jefe de redacción cuando ingresé a trabajar al periódico y me radiqué aquí para vivir.

Formando en conjunto con él, la dupla para ser parte de las investigaciones más destacadas, que acontecen en el país.

Se sonrío, tomando asiento sobre el borde de mi mesa y cruzando sus brazos en el pecho.

Su mirada color café, baja a mi medio pote vacío ya frío de cena.

Y hace una mueca de asco.

Lo señala.

- Eso es asqueroso y por lo que veo, nunca te fuiste...

Afirmo, poniéndome de pie y estirando mis brazos de forma perezosa.

Miro la hora de mi reloj pulsera y al gran y vacío piso de redacción.

Pasada, la una de la mañana.

- Me quedé dormida, leyendo e investigando. - Bostezo. - Es tarde, será mejor que regrese a casa y por un verdadero sueño reparador... - Murmuro, tomando mi abrigo y cruzando sobre mí, el morral que uso como cartera y con mi cámara de foto, corriendo mi silla.

Su vista, reposa en la pantalla de mi computadora, todavía encendida.

Donde muestra varias páginas abiertas y en ellas, columnas de sucesos de índole policial de fechas actualizadas y de meses pasados.

Para ser exactos, hechos delictivos sin la necesidad de estas fuerzas a personas salvadas o la aprensión de estos criminales, por la aparición oportuna de un misterioso personaje en esas horas nocturnas, en zonas marginales y de mala muerte.

Donde las víctimas o testigos del momento, lo describen como un masculino por su postura y porte, pese a llevar un traje y cubierta, casi la totalidad de su rostro con máscara.

Y con dos sables.

- ¿Obsesión? - Me dice, mientras apago esta y guardo mis bolígrafos como celular en mi cartera.

Me encojo de hombros, para disimularla.

- Nop. - Digo. - Solo, espíritu investigador Ghoró... - Apago la pantalla con la última imagen, de un prostíbulo derrocado.

No sé si mi respuesta lo convence, pero cambia de conversación, lo cual agradezco en mi interior.

- Te llevo Amm, es tarde. - Dice caminando a mi lado, tomando su portafolio y casco en dirección al único ascensor del piso.

Niego.

- Gracias, pero nop. - Sonrío, sin dejar de caminar. - Sabes, que le tengo terror a las motos.

Sacude sus hombros de la risa ya en este, mientras aprieta el botón de planta baja por mí.

- Cobarde. - Me dice con un beso en mi mejilla de forma suave, al abrirse la puerta de acero de esta y como despedida. - Te veo mañana, nena... - Exclama, encaminándose a la salida con acceso al estacionamiento.

La abre, pero se detiene.

- Amm... - Me llama y me detengo en mi caminata, abotonando mi abrigo. - ¿Cuídate, si? Es tarde.

Sonrío más y elevo una mano con ademán militar a mi sien, en señal de comprendido.

- Si, señor... - Digo, con una risa.

Y niega con expresión divertida y mirándome por última vez, se pierde detrás de la puerta.

Una vez fuera saludando al vigilante de la puerta de entrada, subo y cierro más el cuello de mi abrigo en la acera, mirando para ambos lados por la llegada de algún taxi.

Pese, a que en África se la identifica por sus elevadas temperaturas, que superan los 40 grados de calor bajo a la sombra en el día, sus noches locamente son frías de acuerdo a la estación.

Resoplo.

El edificio donde está ubicado el periódico, es en plena zona céntrica y concurrida de la ciudad y siendo fin de semana, va ser complicado encontrar uno libre.

Acomodo mejor mi cámara y cartera sobre mí, optando por caminar.

Mi departamento, no está muy lejos.

Solo a una media docenas de cuadras.

Más o menos.

La acera está colmada de gente y en especial, de jóvenes por ser sábado por la noche.

Cruzo por las calles, dejándome llevar por la bonita noche estrellada.

Espero en una esquina por el paso en verde, mientras observo un vistoso y elegante restaurant que está atestado de clientes.

Tanto, sus mesas dentro como fuera y que ocupan parte de esta.

Su iluminación en tonos dorados y naranjas, en contraste con la noche y esa magia tan especial que tiene este país con su cultura, gente, decoración y platos originarios, me tientan a robar fotos.

Y lo hago, deteniéndome en un rincón para no molestar.

A una pareja de enamorados, degustando el sabor de ellos.

A dos hombres de trajes sofisticados y con su copas de vino en manos conversando.

Me encojo de hombros.

De negocios, supongo.

Giro mi zoom para detallar en el próximo disparo de mi cámara, a sus elegantes platos gourmet que les trae el mesero con la pequeña porción típica, pero de delicada decoración en sus ostras y calamares con una salsa multicolor.

Y un último.

A una familia pidiendo su orden a otro, que con esa refinada postura y atuendo árabe, es un deleite a la vista extranjera.

Sonrío, bajando esta y mirando el visor de estas últimas fotos de a una.

Perfectas.

Una media docena más, para mi álbum personal.

Mi corrida por la galería de imágenes, llega a la del chico misterio que tomé una semana atrás.

Son cuatro.

Y trepando ese viejo edificio de diez pisos, hasta perderse por el techo de este.

Siempre, su espalda.

Sonrío, mirando en detalle sus jeans mientras escala.

Lindo trasero.

Y sacudo, mi cabeza riendo.

¡Basta, Amm!

Eso, no es mirada profesional.

Pero, inclino mi cabeza con un suspiro y tocando mis labios.

Porque, ese chico misterio y de beso follador.

Se parecía, tanto...

Sus labios eran, tan igual a...

¿Un escalofrío, puede ser dulce?

Ya que, es lo que siento en este momento recorriéndome y paso mi mano por un brazo, para darme calor.

Y Con otro suspiro, acaricio con mi pulgar, el visor con su imagen.

Jamás volteó a mirarme y sé, que sintió los disparos de cada fotografía que le tomé.

¿Por qué?

El rugido de mi estómago por hambre, me saca de mis conclusiones inconclusas y acomodando mi cámara sobre mí, cruzo la calle en dirección a la plaza principal.

Recordando que en un lateral, un lindo bodegón hace porciones de pizzas de chorreante queso como me gusta.

Diez minutos después, salgo feliz de su interior y con una gran reverencia a sus dueños en gratitud, comiendo una.

Y Gimo de placer por el sabor, optando acortar camino por una calle diagonal y a mitad de esta, me detengo chupando mis dedos por los dejos de ese sabroso queso aceitoso.

Miro, frente mío.

Mierda.

Aunque está iluminado, la soledad de este y sin la presencia de ningún alma humana, se ve sospechoso.

Miedito.

Pero, niego golpeando mi frente con la palma de mi mano.

¡Suficiente, Amely!

Te pasa por haber visto tantas pelis de terror, con Juno de chicas.

Sigo caminando.

Solo, es una simple calle desierta por la hora y lugar.

No estás en ropa interior y caminando, en un bosque desolado.

Sigo caminando.

No recibiste, la llamada en tu casa una noche de un desconocido, sola.

Cruzo, una calle.

No es, martes 13.

Camino hasta mitad de cuadra.

Tampoco Halloween, me digo más confiada.

Y subo unos escalones, buscando las llaves del interior de mi cartera.

Río.

- Y no te regalaron una muñequita diabólica de nombre *Anabelle* - Me susurro por último, haciendo girar estas, para abrir mi puerta.

Enciendo la luz una vez dentro, tirando mi cartera al pequeño sofá de la entrada y que hace de sala, mientras cuelgo mi abrigo y la cámara de foto en mi perchero.

- ¡Mami, llegó! - Exclamo, sonriente al ver a Constantine correr a mí.

Nop.

No se emocionen, no es él.

Se lo puse a lindo gatito negro de un año de edad, que adopté de la calle un par de meses atrás.

¿Por qué?

Soy, un mar de suspiros.

Porque, es muy bonito y me lo recuerda.

Oscuro, místico y de un color de ojos agua, tan cristalinos como él.

Abro el refrigerador por algo de leche, para servirle en su platito junto a la cocina.

Y acaricio su lomo mientras lo bebe y yo tomo un sorbo de la misma botella, para luego irme a la cama arrastrando los pies del cansancio,

encendiendo el televisor.

Otra noche, aburrida.

Creo....

CONSTANTINE

Desde el techo del edificio más alto de esta parte céntrica, observo desde mi oscuridad de forma tranquila y sigilosa, el restaurant sobre el alfeizar de esta y que tengo frente y a metros mío.

Está bastante concurrido.

Pero mis ojos, no se separan de la única vacía y ubicada afuera.

Esperando la llegada, para la que está reservada.

La brisa nocturna algo fresca, hace volar parte de mi capa.

Con un codo en mi rodilla flexionada, apoyo mis dedos en mi barbilla pensativo y estrechando mis ojos, al ver la llegada de estos.

Dos hombres que tomando asiento con finos trajes se saludan, estrechando sus manos y sin pérdida de tiempo, comienzan con su conversación de negocios y que solo es interrumpida, con la llegada del mesero con copas y una botella de vino fino, seguido después por sus platos gourmet.

¿Mi objetivo, según mis informantes?

El que lleva el anillo con un sello, en su mano derecha.

Por la distancia y la oscuridad de la noche, no sé si es el que busco.

No lo conozco.

Solo de nombre y de lo que llegó a mis oídos a que se dedica.

Mijhail Varcovich.

Oriundo, de Rusia.

Y gruño, recorriendo mi vista por el lugar por posibles custodias y tratar de deducir, su logística.

Mis ojos, se abren al mirar a un extremo.

Y muerdo mi puño, cerrando mis ojos y negando.

¿Pero, qué mierda hace ahí?

¿Ya esta hora?

Mis ojos no pueden creer, lo que están viendo.

Porque, en un rincón y casi oculta de ser vista.

Amely.

La jodida muchacha y amiga de la esposa de mi hermano.

Mi Argema mittrei.

Alcaraf. (Mierda).

¿Pero, cómo?

La observo, con más detención.

Ya que, no para de sacar fotos.

A todo.

Y... a mis objetivos.

¿Acaso, sabe el negocio que les une?

¿Los está, investigando también?

Rasco mi mandíbula.

Y niego y para sorpresa mía, de forma divertida.

Tres años, viviendo a un lado del mundo, para no ser reconocido.

Hasta alejado de lo terrenal, para hacer las dos cosas que me apasionan.

Navegar en mi barco y con los pies en la tierra, solo para proteger y resguardar la paz de mi pueblo y a su rey.

Mi hermano.

¿Y ella, se vuelve a cruzar en mi camino?

Elevo mis ojos, lo único visible de mi máscara a la negra noche despejada y colmada de estrellas.

Las observo, con su universo detrás.

Brújulas de marinos, de viajantes y de caravanas antepasadas, guiando su destino.

Y ahora, ellas me guían a mí.

Mis ojos vuelven a Amely, con la palabra destino entre nosotros dos.

Y vuelvo a negar, pero esta vez de forma glacial y decidida.

No.

Imposible.

Cierro mis ojos.

Tanto ahora, como esa tarde en el mercado de pulgas.

Fue solo, una jodida casualidad.

Me incorporo, sacudiendo mi mente de la imagen besándola y presionada por mi cuerpo, contra el rincón.

No, debió pasar.

Y me arrepiento de ello.

Pero volteo sobre mi hombro, para mirarla por última vez y a lo que tiene entre sus manos.

La cámara y las fotos que sacó.

Y me encuentro, sonriendo.

Interesante...

Capítulo 2



Frotando mis labios y escondido desde arriba, observo desde la siempre oscuridad como de una tienda de comidas, sale de ella masticando algo y mi ceño se arruga, al ver que opta por cruzar una calle totalmente a oscuras y desierta.

Y niego, pasando mi mano de forma pesada por mi rostro.

¿Es o se hace?

¿Acaso olvida, que vivimos en el medio Oriente?

Le gruño a mi sexto sentido, porque presiento que esta mujercita, me va a carrear muchos problemas.

Me incorporo de forma rápida y silenciosa, saltando de un techo a otro para seguirla desde las alturas, hasta detenerme detrás de la pared de una azotea.

Al voltear y verla a la distancia, subir unos pequeños peldaños e ingresar a un agradable condominio de departamentos de dos plantas e iguales uno junto al otro, que ocupan la totalidad de la cuadra.

Minutos después miro mi reloj, al notar que apaga la única y tenue luz de la planta alta.

Su habitación.

Solo unos minutos, hasta que se duerma la mariposa...

AMELY

Haciendo un recogido alto con mi mismo pelo ya en mi cama, apago mi laptop y dejo sobre mi mesilla, con una naranja a medio comer.

Listo.

Me recuesto y me tapo más con mi cobija, apagando desde el control la televisión.

La única iluminación, de mi habitación.
Un resoplido de cansancio sale de mí, abrazando mi almohada bajo mío.
Dios.
Amo mi cama...

CONSTANTINE

Trepa con dos saltos a su muro.
Y con otro, a la pared que da a su pequeño balconcito con ayuda de sus rejas.

Inspecciono este y los de al lado, para cerciorarme de no ser visto por nadie.

Abriendo con cuidado y de forma silenciosa su abertura de metal, me encuentro con la doble puerta corrediza de vidrio y saco una pequeña hoja de filo, para cortar esta.

Tendré, que ser cuidadoso, ya que no sé las proporciones y tamaño de su habitación y no debo hacer ruido.

Pero al verla con detención, mi ceño se vuelve a fruncir.

Su pestillo, está sin seguro.

¿Qué?

¿*SIN SEGURO?*

Masajeo, mi frente.

Atacado, por su torpeza o ingenuidad.

O la mierda, que sea.

Repito.

¿Acaso, no se dio cuenta que JODIDAMENTE estamos viviendo, en el Medio Oriente?

Negando, hago correr esta y me deslizo por interior oscuro.

La habitación es de tamaño normal y la recorro con mi vista baja y por sobre mi máscara, para toparme con los pies de su cama caminando.

Y un gemido interno se me escapa al verla dormida y a medio tapar por sus sábanas, mostrándome en todo su esplendor y a media oscuridad, su cuerpo solo en ropa interior.

Bendigo y maldigo, al puto calor Africano por ello.

Mis ojos la recorren y no puedo no admirar, su semi desnudez de piel rosa pálido en ese conjunto blanco de algodón y sobre su rostro, sus largas pestañas descansando en sus mejillas.

Me detengo, en sus labios.

Jodidamente tienen, esa forma de corazón y de un rojo fresa natural.

Como lo recuerdo, la primera vez que la vi al llegar a América y llamó mi atención.

El contacto de ellos con su primer y último beso, de despedida en el hospital.

Y luego me gustó más, cuando los probé en ese callejón.

Dulces, de sabor a gloria y a cielo.

Como una fruta prohibida.

Sacudo mi cabeza, negando.

¿Qué mierda, pasa conmigo?

Suficiente, Constantine.

Reanudo la búsqueda, al verdadero motivo por el que vine.

¿Verdadero?

Y mi interior, se ríe de mí.

Alkaraf...(Mierda).

AMELY

Me acomodo más sobre mi almohada y un suspiro de placer, sale de mi interior.

Siento fresco y extiendo mi mano entre dormida y con mis ojos cerrados por arriba de las sábanas, tanteando la búsqueda de mi cobija y taparme más.

Más fresquito.

¿Pero, cómo?

Sin moverme de mi postura y nidito calentito que formé en mi adorada cama, entreabro un ojo.

Ni me molesto en encender mi velador, porque con la media luz que me proporciona la iluminación de la calle, noto como la cortina a cuadros verdes de mi ventana se mueve plácidamente y al compás de la brisa nocturna semiabierta, por ella.

¿Eh?

Y mis ojos se abren de golpe, pero sigo sin moverme y con un helado escalofrío, recorriéndome en todo mi cuerpo haciendo erizar mi piel.

Porque la gran ventana corrediza, estaba cerrada cuando fui a la cama.

Y ahora, está abierta.

Muerdo mi labio, de forma nerviosa.

Eso solo, puede significar que...

Y mi oído agudizándose, responde.

Al sentir un suave y leve movimientos en mi habitación.

Y cierro mis ojos con fuerza y como si eso, me protegería del malhechor que está en mi habitación.

Y aunque, sus movimientos son silenciosos lo presiento, en un rincón y por los sonidos suaves, busca algo.

¿Dinero?

¿Joyas?

¿Qué hago?

¿QUÉ HAGO?

Oh.Mierda.

Soy pobre.

Todos mis ahorros los invertí en mi traslado aquí y lo poco que me sobró con ayuda de los padres de Juno.

Una deuda pendiente y de agradecimiento.

En la internación en una clínica de rehabilitación, para mi padre contra su lucha por el alcohol.

Frunzo, mis cejas.

Maldita, rata cochina.

Porque, n me va a robar lo poco que tengo y conseguí con esfuerzo.

Deslizo con cuidado una de mis manos a mi mesilla junto a mi cama, en busca de mi lima de uñas de acero.

Ok.

No es lo más acertado, para defenderse.

Pero, soy cero violencia.

Creo...

De un movimiento salto sobre mi cama, tomando la lima entre mis manos y encendiendo el velador.

Es tenue, pero no deja de ser luz y patitas no me tiemblen, ruego.

- Sue...suelta...eso... - No sé lo que es, pero chillo. - Ten...engo, un arma...

CONSTANTINE

Una luz se enciende de golpe y chilla algo.

Y mis hombros, caen.

Mierda.

Despertó.

No entendí mucho lo que dijo, ya que fue un balbuceo histérico y nervioso.

Puedo oler su temor y miedo, que le infundo desde donde estoy.

Pero, no me muevo y sigo como si nada.

No es peligrosa, mi pequeña mariposa...

Todavía sigo de espalda a ella y con su cámara de fotos profesional, entre mis manos buscando su chip de memorias.

Lo giro y doy vuelta.

Debe estar por aquí, esa mierda..

AMELY

Mi boca, cae.

El "ratero" ladrón es algo así como un hombre fornido, alto y no puedo creer lo que voy a decir.

Pero, con un hermoso trasero y llevando...

Inclino mi cabeza, dudosa.

¿Un disfraz, tipo medieval?

Y mi boca se abre más, mirando mi pequeña lima de uñas de metal a comparación de su dos gigantes sables de acero, que cruzan sobre su espalda.

¿Pero qué, mierda es todo esto?

Y pestañeo, entendiendo.

Oh Dios.

¡Es un pobre loquito que se escapó de un manicomio, creyendo que es algún antepasado!

Piensa Amely, piensa...

Debo, reducirlo.

Y con un movimiento, me muevo hacia él empuñando mi arma.

Bueno.

Ok.

Mi lima.

CONSTANTINE

- No, te atrevas... - Formulo amenazante, sin siquiera voltearme y con voz seca, al sentir su movimiento.

Y una media sonrisa se dibuja en mis labios, al abrir el pequeño compartimiento y ubicar el chip.

Lo giro sacando este y cerrándolo nuevamente.

Listo.

AMELY

¿Ehhh?

Jódanme.

El loquito de lindo trasero tiene la voz más sexi, imperiosa y grave del mundo, cuando amenaza.

Arrugo, mis cejas.

Y como algo, familiar...

¿Y no me pregunten, por qué?

Pero ante ella mi cuerpo se detiene, quedando estática de pie y sobre la cama.

Obedeciendo.

Pero un maullido atacante, interrumpe y ambos, giramos nuestras cabezas al mismo tiempo de donde proviene.

Con su rostro casi de perfil, puedo notar que está cubierto casi totalmente por una especie de pasamontañas.

Y sobre él y su cabeza, lo cubre una capucha que sale de ese traje oscuro.

Es de mi pequeñito Constantine peludo, apareciendo y saltando sobre él de forma atacante para defenderme.

Pero con un movimiento en seco de este, lo captura por el cuello.

No.No.No.

Y la lima, cae de mis manos y mis ojos lagrimean.

CONSTANTINE

El pequeño gatito negro y con un maullido amenazador, viene a mí y solo elevando mi mano sin la cámara, lo tomo del cuello y lo sostengo en el aire.

Sin moverme y volviéndome, otra vez de espalda a la mariposa.

Dios, que ternura.

El bichito peludo, quiso defenderla.

Y algo tintinea en el piso por caer, en ese instante.

Soltó, su "*arma.*"

AMELY

- No lo lastimes, por favor... - Ruego, viendo como mi pequeño Constantine, cuelga de su mano y un maullido triste sale de él, mirándolo con sus ojitos color agua. - ...lo rescaté, de la calle. Tiene apenas un año y solo, quiso defenderme... - Prosigo y no sé por qué, le cuento eso.

El loquito, no gesticula movimientos por mis palabras y sigue, a espaldas de mí.

Una lágrima, recorre mi mejilla.

- Te lo pido... - Imploro.

Con esto último, sus dedos sueltan a Constantine que cae y viene a donde estoy y me inclino, para levantarlo en mis brazos con un beso en su orejita.

CONSTANTINE

Sería incapaz, de lastimar un animal.

Pero sentir su vocecita implorando, me partió en dos y aunque su sonido fue triste, no dejó de ser su timbre.

El que llevo conmigo y se grabó en mi corazón, cada día de cada semana que estuvo a mi lado en el hospital, hablándome de su vida cotidiana e informándome del estado de salud de mi hermano, cuando pasaba días sin verlo por fingir mi coma y con respecto a su enfermedad o leyéndome su libro favorito.

Y aún, sabiendo...de mi muerte en vida.

Fue, mi ráfaga de aire fresco.

Y lo sigue siendo.

Dios.

Y aprieto, fuerte la cámara con mi puño.

No debo.

Ya, no hay vuelta atrás.

Mi decisión y mi futuro.

Porque, solo la pondría en peligro.

A mi mariposa.

¿Mi?

Alkaraf...(mierda).

AMELY

Su cabeza cae hacia adelante con lo último que digo y como hundido en pensamientos.

Creo.

Y sin más, con pasos decididos se encamina a mi balconcito.

¿Para irse?

Mi vista baja a sus manos.

¿Y con mi cámara, de fotos?

- ¡No te la lleves! - Grito, temerosa y sin moverme desde mi lugar.

Pero sin hacer caso a mi pedido, prosigue casi llegando a ella.

Fue un regalo de mi padre, sabiendo lo mucho que trabajé un verano como mesera por ella.

Sin embargo, no me alcanzó por más horas extras que sumé y mi padre cayó con ella, en uno de los pocos días de sobriedad y en un bonito envoltorio, con una sonrisa en su rostro.

Me la compró por mi graduación y con sus pocos ahorros, juntados del último trabajo que había conseguido en esa época.

Esa cámara de fotos, es especial para mí...

Y por eso busco con que detenerlo, mirando desesperada para todos lados, en mi habitación y me focalizo, en mi naranja a medio tomar sobre mi mesilla.

Y sip.

Lo hice.

Y mi boca se cayó, por tercera vez en la noche.

- ¡Oh, mierda! - Sale de mí, al ver mi jodido acierto del naranjazo a su cabeza, rebotando luego fuera de la ventana y a mi balconcito.

Y su andar, se detiene.

De espaldas mío y con una de sus manos, apoyada en el marco de la puerta.

Silencio.

¿Mencioné que esa mano, se hace un puño por la fuerza y sobre la cortina de esta?

El rostro del loquito, se gira a mí.

No puedo verlo, ya que la capucha cubre la zona descubierta de su cara.

Pero como si los segundos, se convirtieran en minutos.

Minutos desgarradores y folladores por lo lento.

Lo siento recorrerme de cuerpo entero, mientras sus hombros bajan y suben por su respiración.

¿Ira?

¿Venganza?

¿Muerte?

Mi pequeño Constantine salta de mis brazos, ante sus pasos decididos a mí.

Y mi rostro se desencaja al darme cuenta, que solo estoy en sujetador y braguitas.

Huy...

Capítulo 3



Un chillido sale de mi interior, por el loquito del disfraz que viene en mi dirección.

En dos zancadas por el tamaño de mi pequeña habitación y con su gran altura, llega hasta donde estoy y con una mía y de pie sobre mi cama, yo doy un salto para escapar en dirección a la puerta, rozándome sus manos mis caderas al intentar atraparme, provocando que de un grito de miedo.

A la mierda, mi cámara fotográfica.

Preservarme primero, de un demente que escapó de un manicomio.

Trasero, sexi o no.

Mi mente, solo piensa en salir por la puerta a la que corro.

Nunca fui buena en eso, maldita sea.

En correr.

Pero solo son unos metros, me aliento.

Pero otro grito, se me escapa al atravesar la sala.

Y no de júbilo, por llegar a esta.

Sino.

Porque, algo chasquea y desgarrar el aire por cortar este, con algo tajante.

Para luego, ese algo y de un grueso grosor, envolver mis pies enroscando mis tobillos.

Duro.

Y Caliente.

Pero, no de dolor.

Mierda.

Como, un dulce escozor...

Por mi propio movimiento de zafar, caigo contra el suelo golpeando duramente mis brazos y parte de mi rostro, contra el suelo en un duro impacto.

¿Pero qué, carajo?

Y volteo hacia él, mientras me lleva por el piso y lucho por escapar.

Mis ojos se abren, porque no puedo creerlo.

Mi.Dios.Querido.

Estoy siendo arrastrada por el suelo, por un látigo que el loquito desenfundó, de sabe Dios donde y me atrapó por los pies.

Y mis uñas, se clavan en el piso en madera intentando frenarme, pero es imposible.

Me muevo.

Lucho.

Y nada.

Como peso pluma, me atrae a él de lo más tranquilo y con otro movimiento certero de su látigo enroscando mis pies y no me preguntan cómo, al llegar hasta él.

Me jala contra mi cama y de un giro llevándose un chillido mío, me encuentro arriba de mi cómodo colchón con sus suaves sábanas y boca abajo.

Y aún, con su látigo presionando mis pies.

¿Cómo, lo hizo?

Algo pesado, se deposita encima mío.

Es el loquito sentándose sobre mí, a horcajadas y que se acomoda, entre mis piernas amarradas.

Siento la presión de sus fuertes muslos apretar las mías, impidiendo cualquier movimiento y una de sus manos, enroscarse sobre mi pelo suelto y lejos de la coleta que me hice para tener mayor acceso, imposibilitando que haga cualquier movimiento mientras la otra, retiene mis muñecas sobre mi cabeza.

Quedando fuertemente presionado, un lado de mi rostro contra el colchón.

Todo es silencio.

Mi habitación.

La calle.

Todo.

- Quieta. - Ordena en voz muy baja y sobre su respiración algo irregular, bajo su máscara y la mía agitada por intentar escapar, siendo el único sonido entre nosotros.

Santo Dios.

¿Qué, va hacer conmigo?

Pero, obedezco.

Y un gemido fuerte y lastimero, sale de mí.

- No me hagas daño...por favor... - Suplico, cerrando mis ojos fuertemente

al sentir que suelta mis manos y de un movimiento, eleva la suya sobre él y contra mí.

Jesús Bendito, él va a golpearme por gritar.

Pero algo, hace que abra los ojos asombrada y ante esa pausa desgarradora.

Porque, en realidad no hay golpe ni agresión.

Solo el dorso de la mano del loquito, que la pasa de forma suave por mi mejilla.

¿Eh?

Pestañeo confusa, contra las sábanas.

Él no me golpeó, para callarme.

Y aunque no me muevo, mi rostro por reflejo, rechazan su contacto.

Pero sorprendentemente, no por esa caricia.

Sino.

Porque pica, ese lado de mi cara expuesta.

Arde.

Duele.

Mucho.

Y es por el impacto de mi caída brusca contra el piso, cuando me atrapó con su látigo.

- ...hielo... - Solo sale de él con un tono de voz, como esa palabra.

Fría.

De forma seca y sin un dejo de emoción.

Pero que hace un fuerte contraste, contra su pulgar bajo el guante negro que lleva puesto, al tocar con cuidado la zona golpeada por mi mejilla.

Porque, es *suave*...

Y un jadeo se me escapa al sentir ese dedo luego, descender por la curvatura de mi cuello y nuca explorando y dibujando de forma lenta, el contorno de mi espalda desnuda.

Pero, no lucho.

No grito.

¿Santo Dios, que pasa conmigo?

Me convertí en una mujerzuela, porque otra vez me estoy dejando manosear por otro extraño.

Pero, mi cuerpo no responde.

Porque, su contacto es cálido y se siente....bien?

Su índice, se detiene a mitad de esta.

Donde mi sujetador se une y bajo el, cubre una parte de mi único y pequeño tatuaje que me hice unos años atrás.

Para hacer exactos, el día que falleció Constantine.

Una mariposa.

Mi preferida.

La Argena Mitrei.

Y siento su fuerte mirada, aunque no lo puedo ver sobre ella.

Cavilando.

Pensando.

Y gimo al sentir la liberación de mi sujetador, exponiendo toda la desnudez de mi espalda al caer y hacerse sobre mis lados, por su mano desprendiéndolo.

Humedezco mis labios reseco, por la impotencia.

- ...no, por favor... - Ruego al sentir su mano abierta, acariciar la totalidad de mi espalda con la suave textura de sus guantes, libre de esa prenda. - ...te lo suplico...no, lo hagas... - Gimo al ver con un movimiento lento, se inclina hacia mí.

Y mi cuerpo se entumece de miedo y por su acercamiento.

Cierro mis ojos y una lágrima, brota de mis ojos por la impotencia.

- Quieta... - Vuelve a ordenar y su voz como su aliento tibio, juega entre mi nuca y cuello, mientras toma mis manos nuevamente sobre mi cabeza.

Pero, no las cubre con fuerza como antes.

Las entrelaza esta vez, con las mías.

Nuestros dedos.

¿Eh?

Para luego, de forma suave inclinarse más.

Y besar...mi tatuaje.

Un solo beso.

Uno solo.

Pero, largo.

El calor de sus labios, eriza mi piel y arquea mi espalda, por ese contacto.

Húmedo y cálido.

Dulce Jesús.

Esa...esa...boca...

¿Y corrió su máscara, para hacerlo?

- ¿Qui...quién eres? - Murmuro, entrecortada.

Sin poder verlo, siento su sonrisa como subiendo su máscara nuevamente.

- Hora de dormir, mariposa... - Responde, con su siempre voz baja.

¿Qué, dijo?

Quiero girarme por sobre el colchón, pero no me lo permite, porque su mano libre vuelve a rodear mi cuello con cuidado, inmovilizándome.

¿Me llamó, como el extraño del callejón semana atrás?

Y el beso de él y el loquito, golpean mi mente.

Mismo, calor.

Misma, sensación.

Y misma, tibieza.

Como los que mi mente y corazón recuerdan.

Tan, iguales a...

- ¿Constantine? - Lloro su nombre, porque mis ojos se nublan de lágrimas, de lo que esta dulce locura puede ser y es tan poco real.

Su pulgar acariciando mi nuca, es su respuesta con lo que dice, pero esta vez en árabe.

- ...*farasha lilnnawm...*(A dormir mariposa). - Susurra.

Quiero luchar, pero ese dedo presiona bajo mi oreja y haciendo caso omiso a mi reacción de zafarme bajo él, mis ojos pesan, por ese toque.

Yo...veo negro, con su nombre en mis labios...

CONSTANTINE

De un movimiento de mi mano, el látigo se afloja de los pies de Amely y lo guardo bajo mi capa, incorporándome sobre su cuerpo.

Verifico que no hayan quedado lastimados, pasando con suavidad mis dedos sobre esa porción de su piel.

Solo una pequeña marca suave en tono rosáceo, alrededor de ambos tobillos.

Sonrío.

Lindo.

Se queja entredormida y bajo ese sueño inducido por mí, tocando una zona que me enseñó mi maestro en mis años de perfeccionamiento de niño, para ser un guerrero *Qurash*.

Un *Ur de Caldeos*.

El de mi pueblo.

Y el de su príncipe.

Su rey.

Mi hermano.

La acomodo mejor sobre su cama y cubro sus pechos ahora desnudos, con la fina sábana para contrarrestar el calor Africano.

No son muy grandes.

Blancos y de una redondez perfecta, como el tono rosa de sus pequeños pezones.

Y suspiro.

Perfectas, para mí...

Y restriego mi rostro por sobre mi máscara, con ambas manos.

Maldición.

Es tan hermosa, como molesta esta mujercita.

Niego.

No vayas por ese lado, me repito tomando un tranquilo y profundo respiro.

Saco su cámara fotográfica de mi pequeño morral que cuelga de mí y la dejo con cuidado, sobre su mesita de noche, pero guardando el chip de memoria de él.

Lo siento, mariposa.

Pero necesito esta mierda, me digo caminando a el ventanal y cerrándolo con cuidado, para perderme de un salto en la inmensa oscuridad de la noche.

AMELY

Desinflada sobre mi escritorio y hasta de forma aburrida, juego con el pequeño objeto que tengo entre mis dedos, frente a mi computadora en mi trabajo.

Un bostezo muy poco femenino sale de mí, observando la pequeña pieza que encontré junto a mi cama esta madrugada, luego de ese profundo sueño en el que caí por el loquito.

Es como un aro, de un acero especial.

Lo elevo y lo hago girar en mi mano y frente mío.

Parece un anillo, pero su borde de forma puntiaguda y raro diseño labrado de un lado, me dice que no lo es.

Frunzo mi ceño.

¿Para qué mierda, servirá?

Suspiro pensativa, seguido de un resoplido dando un sorbo a mi taza de café ya frío.

No tengo idea, pero tengo que averiguarlo.

Sonrío.

Porque este objeto que se le cayó, me va a llevar al hombre extraño del

callejón alias, el loquito del manicomio y que besa como Constantine.

Apoyo mi barbilla en mi puño, volviendo a preguntarme lo mismo que esa tarde.

¿Acaso, será que es?

¿Podría suceder, esa hermosa magia?

El destello del anillo, por la fuertes luces que cubren el piso de redacción ante mis ojos, provocan que pestañee mientras siento que este aro o lo que sea, es mi respuesta.

Porque lo que supuse esa tarde, se cumplió.

Volver a ver al extraño chico, de lindo trasero del callejón.

- ¿Ghoro tienes idea, para que sirve esto? - Pregunto a mi compañero de trabajo, que pasa justo con carpetas en mano y por mi mesa de trabajo.

Sus gruesas cejas se elevan, dejando a un lado el papelerío en un escritorio contiguo, para tomar con cuidado el anillo y mirarlo con más detención.

- ¿Dónde, encontraste esto? - Pregunta, sin dejar de mirar con cierta fascinación, el objeto ahora entre sus dedos.

- En la calle... - Miento y me parece lo correcto, antes de contar la hazaña de anoche *Del.No.Pero.Parecido.Constantine* con su látigo y raro atuendo medieval, tipo príncipe de Persia.

Un bajo murmullo sale de él, para luego un encogimiento de hombros depositándolo en mi mesa, sin dejar de mirarlo.

Cruza sus brazos, sobre su pecho.

- Es un *Rammisha*...

Arqueo una ceja apoyándome por completo sobre el respaldo de mi silla sin entender, ganándome su risa.

Palmea, con cariño mi hombro.

- En tiempo antepasado... - Piensa. - ...milenarios... - Se corrige. - ...fue una pieza utilizado por personas como pesqueros, para desgarrar las grandes piezas que pescaban en el Mar Rojo o mismo Índico, Amm...

Hago una mueca, tomándolo nuevamente.

Pero esta vez, lo deslizo en uno de mis dedos y extendiendo mi mano frente a mí, mirándolo.

Como si fuera, una hermosa alianza de compromiso.

- ¿Un arma, en forma de anillo? - Pregunto, sin dejar de mirarlo.

Asiente.

- Exacto. Más fácil... - Me mira. - ...de desgarrar sea el cuello del animal cazado o...lo que se pescaba en cuestión, con un solo movimiento rapaz. -

Gesticula un movimiento de zarpazo, con una mano en el aire. - ¿Qué vas hacer, con el? - Pregunta curioso, reincorporándose y volviendo a sus papeles olvidados.

Me encojo de hombros.

- Quedármelo, supongo... - golpeo mi labio pensativa, con mi uñita pintada de rosa. - ...sería ilógico encontrar su dueño, siendo que lo encontré en la calle, no?

Su turno de arquear su ceja, acomodando mejor las carpetas bajo un brazo.

Lo señala, entre mis dedos.

- ...eso es un original *Rammisha*, Amm... - Prosigue. - ...esas cosas solo se ven por revista o por alguien de gran estatus Árabe, descendiente a una rama de linaje que viene de generaciones... - Sonríe. - ...si quieres, puedo estudiar a que dinastía pertenece y devolver...

- No Ghoro, gracias... - Interrumpo, poniéndome de pie y buscando mi abrigo del perchero como mi máquina de foto profesional que el loquito al final, no se llevó. - ...todo lo que es historia, me atrapa y más la árabe... - Tomo mi cartera y la cuelgo de un hombro, guardando el anillo en su interior.

Beso su mejilla como despedida, ya que se aproxima el horario del almuerzo.

- ...pero prometo contarte de el, si lo averiguo y si llegué a su dueño...

El sonido de mis tacos bajos y algo ligero por mi caminata, se siente con cada paso que doy en dirección a la gran puerta de vidrio, que da a los ascensores del piso.

Y la voz de Ghoro con mi nombre hace girarme sobre un hombro, en el momento que aprieto el botón llamando al ascensor.

Esta apoyado con su hombro, sobre una pared lateral a metros detrás mío.

Rasca su nuca.

- Eso se ve doloroso, amiga... - Con su barbilla señala mi mejilla lastimada, que cubrí con maquillaje.

Ruedo mis ojos, como restándole importancia.

- ...puerta cerrada, en la oscuridad... - Solo digo, justificando mi golpe.

Asiente.

- ¿Cuídate, si? - Me pide y le guiño un ojo divertida y sonrío, mientras se abren la dobles puertas de acero de este, anunciándolo con un bip.

Y como siempre.

Ante, esa clásica frase suya y protectora.

Yo solo respondo, con un ademán militar y con una mano elevada en mi

sien.

Ríe negando sobre su lugar y yo lo hago también, mientras me introduzco en el interior.

Minutos después, una maldición sale de mí.

- Carajo... - Exclamo, bajando de un taxi que estacionado, que me deja donde le pedí.

Le hago seña con una mano que prosiga al conductor que bajo una risita, se pierde por el estacionamiento del puerto principal de la ciudad.

Porque, me recibe al abrir la puerta del coche pisando con un zapato, guano de gaviotas que centenares de ellas, vuelan y caminan sobre el muelle pesquero.

Miro toda la zona, mientras limpio con un pañuelo descartable la porquería que cubre mi tacón, apoyada en un parante de madera y lo tiro en un contenedor próximo, mientras camino por el lugar y acomodando mejor, mi cartera que cuelga de mi hombro.

Resoplo, viendo el predio marítimo haciendo caer mis hombros.

Mierda.

Esto es enorme y va ser, como buscar una aguja en un pajar.

Saco el objeto del loquito de un bolsillo y lo miro.

Resoplo.

Ghoro dijo, que era utilizado por pesqueros y siendo un país donde su base económica, es la pesca como el cultivo de perlas y el petróleo.

Aprieto el anillo, contra mi pecho.

- Este lugar, me tiene que conducir a su dueño... - Murmuro decidida y caminando en dirección al gran muelle.

Donde están y aparcan centenares y uno al lado del otro, barcos de diferentes diseños e índole, como tamaños.

Aunque, tenga que revisar uno por uno, yo te encuentro...

Le prometo para mí, a ese dulce milagro que se parece y besa, igual...a Constantine.

**Rammisha: es una especie de daga tipo anillo, que es utilizado tanto para el desgarrar de la pesca en masa grande, como casería de animales de gran porte. Utilizado posteriormente y perfeccionando su diseño, para la utilización en guerras y como defensa de un guerrero contra su rival.*

Capítulo 4



Amarro mejor la soga desde el alto en que estoy, para que la vela de uno de los mástiles una vez abierta y con su cierta inclinación a proa, sea mejor y óptima para mi pronta navegación al el Mar Rojo.

Limpio el sudor de mi rostro por el azorante calor del mediodía africano, con una parte de la muñequera que llevo siempre conmigo y cubre, gran parte de mi antebrazo como mano izquierda.

Verifico su fuerte agarre que ya, con ambas velas desplegadas cubriendo el ancho de mi *Sambuk*, provocan por estar izadas que mi galeón se mueva de forma suave al ritmo de las olas golpeando estas, en el muelle donde está amarrado por causa del viento proveniente del Noreste.

Miro el horizonte, respirando una gran bocanada de ese aire marino y salino, copando mis pulmones y que llega a mí, desde la elevada altura que me encuentro de pie y sobre un parante, que cruza gran parte de mi barco.

Corro mi pelo ahora algo más largo y sujeto a una media cola que cae sobre mis ojos por la brisa, haciéndolo a un lado, para fijar mi vista en el mar.

Donde se une con el cielo despejado y el sol cuelga de el, como el astro rey que es, iluminado algunas barcazas pesqueras de costa a la distancia.

Medianas y otras grandes embarcaciones que utilizando rutas marítimas desde épocas antepasadas para su comercialización, mi pueblo milenario al igual lo hicieron los antiguos egipcios, Cretenses y fenicios, navegando por las aguas del Mediterráneo con verdadera Talasocracia.

Gobierno de mares, atribuido en esa época por el rey Minos.

Verdaderos maestros de la navegación.

Una segunda soga que cuelga en un extremo, pero de menor grosor envuelvo sobre mi brazo y con un fuerte agarre, me lanzo desde el primer mástil y su altura, dejándome llevar por el aire hasta pisar el suelo de mi

galeón.

De un movimiento me libero de ella y con otro, tomando el cuello de mi vieja camiseta sin mangas y toda sudada que llevo puesta, me la quito y con ella misma, limpio todo el sudor que baña mi rostro como pecho y brazos.

Quedando solo, con mi pantalón algo suelto de lino claro y descalzo.

Color y atuendo, para combatir el abrazante calor del solsticio.

El crujir de unas pisadas por el viejo piso en madera de mi *Sambuk*, se siente a espaldas de mí.

Sonrío.

Porque, no hace falta que me gire para saber quién es.

- *¿Yumkynuk maerifat 'ay shy?* (¿Averiguaste algo?). - Solo digo, sin voltear ni dejar de observar mi vista náutica de veleros como barcos pesqueros vecinos y como yo, están aparcados en este lado del muelle.

Siento que se sonrío como también, la reverencia que todavía me hace por respeto a lo que fui.

El antiguo, Constantine.

- *'Idha Shayj...*(Si, Shayj). - La afirmación del viejo Cabul, se mezcla con el chillido del centenar de gaviotas sobrevolando la zona del muelle y bajo los gritos de hombres, tanto de pescadores como antaños mercaderes, que por su arduo trabajo que demanda pertenecer al mar día a día, lo hacen desde sus puestos yendo y viniendo por el puerto.

Sea capitán, oficiales de cubierta, marineros o los simples, grumetes serviciales.

- ¿Entonces, es? - Giro y camino hacia él, para que me entregue un sobre oficio en papel madera, mientras todavía sigo secando algo de transpiración de mi nuca.

Lanzo a un lado mi vieja camiseta contra un rincón de mi barco, para leer el par de hojas que hay en su interior usando como base, mi pierna flexionada que elevo y apoyo sobre el borde de este, mientras Cabul desata lo que prolijamente está atado por un pañuelo de seda marroquí en los tonos verdes y trajo consigo para mí.

Algo de pan y queso, recién hecho por cocineras del palacio de mi hermano.

Niego divertido por esa ya vieja costumbre que adoptó en estos años, de traerme a escondidas comida, como toda la información que siempre me provee y necesito para cuidar mi pueblo.

Y el de Caldeo.

Su rey.

Pero mi sonrisa desaparece de mi rostro, al notar y ser confirmada mis sospechas.

Que Mijhail Varcovich.

El ruso, como lo llaman.

Está, entre nosotros.

Saco del interior del sobre las tres fotos que Cabul mandó a revelar, del chip de la mariposa.

Un *zoom* que ordené de su mano derecha, indica que es él hablando en el restaurante de anoche por el anillo con el escudo de su hermandad, que lleva puesto en su meñique.

Y que solo su legión, lo reconoce y otros pocos, como yo.

Genocidas.

Sin corazón.

El holocausto a por venir vestidos de traje, corbata y empuñando como espada el dinero.

Mucho dinero.

Rasco mi mandíbula sobre mi barba de tres días, pensativo y aceptando el pedazo de pan y queso algo tibio aún, que Cabul me ofrece.

El ruso, es el enlace.

O como lo dicen en la jerga, de ese ambiente.

El pasaporte escarlata.

Mi meta es derrocar, su negocio nauseabundo que por años lidera en la Unión Soviética y gran parte de Asia, como un porcentaje de Europa y ahora, el Medio Oriente asociado con otros de esa misma hermandad.

Porque *Varcovich* me llevaría, a la reina madre en todo esto en África.

El grano de arena que quiero destruir y que es parte, de todo este mar que compone esta mierda.

Abolir completamente, una de las cuatro patas o pilares que compone, esta base de comercio y tráfico y que crece a pasos abismales y en secreto, detrás de grandes líderes mercantiles y consumista mundiales en secreto.

Mastico el crujiente pan horneado, con un resoplido.

- ¿Mi hermano está fuera de todo esto, verdad? - Digo, elevando mi vista a un sector y distancia de mi lugar del muelle, por cierto alboroto chirriante ante de una docena de gaviotas sobrevolando, sobre el mismo lugar.

Extraño...

Cabul asiente, descorchando una botella que también trajo consigo,

de *sabb* de flores de amapola dulce y sirviendo en unas pequeñas tazas que buscó del interior del barco.

Me ofrece y se sirve uno él, tomando asiento a mi lado y observando como yo, esa bandada de gaviotas que desde su baja altura, vuelan sobre algo bajo ellas.

Da un sorbo a su té.

- Pero el *Sayyid* lee las noticias *Shayj* y nota a su pueblo, preocupado... - Hace una pausa por ese grupo de gaviotas exaltadas, que aumentan sus graznidos sobre lo que sea que siguen. - ...pero, está tomando todos los precauciones, aumentando la vigilancia y las medidas correspondientes...

Me pongo de pie, dando el último trago a la infusión y frunzo mi ceño, porque no quiero metido en toda esta mierda a mi hermano.

Caldeo, no sabría cómo enfrentarlos.

- El *Sayyid* lleva la sangre *Qurash*, Constantine... - Habla Cabul de forma suave, leyendo mis pensamientos y preocupación, dejando también su taza a un lado. - ...gran aprendiz de la disciplina del pueblo de Abraham y *qalb alnnar*...(corazón de fuego). - Prosigue.

Y niego vehemente.

Porque, no quiero que salga lastimado en todo esto.

- Mañana bajo la estrella de Orion, partiré con el *Sambuk*, Cabul... - Apoyo ambas manos sobre el borde de mi barco y en una postura relajada, cierro mis ojos dejándome llevar por el suave meneo de este, bajo la brisa cálida y marina que golpea mi rostro. - ...*muharibina*, (mis guerreros) tienen que estar listos, para mi regreso... - Advierto y Cabul asiente, con una reverencia y responde.

Pero, no puedo oír sus palabras.

Por ese pequeño grupo de gaviotas, insipiente con su chillidos.

Abro, mis ojos y arrugo más mi cejas, haciendo a un lado mi pelo sobre ellos.

Porque ese revoloteo inquisidor, no es normal.

Como tampoco, la época de apareamiento para volverlas tan agresivas.

Con un nuevo movimiento y de un salto, trepo por el borde de la popa al techo de mi galeón, para llegar hasta el segundo mástil.

Tomo una soga que cuelga de el y me dejo llevar por ella y cruzando por el aire, hasta el primer mástil y trepar a su gran altura con ayuda de mis pies descalzos y un brazo agarrado de el.

Y entrecerrando mis ojos por el sol golpeando frente a mí, diviso a

distancia lo que confirma mis sospechas.

Alguien está siendo atacado, por esas aves intentando sacarlas de encima suyo y defendiéndose como puede, con la cartera que lleva en manos.

Un par de viejos puesteros del lugar, intentan socorrerla con viejas escobas y gritando para ahuyentarlas, pero nada detiene su aleteo constante y ciertos picotazos a la mujer y entre los mismos pájaros.

Un grito de auxilio sale de ella, cuando el abrigo que cubre su cabeza se hace a un lado por las mismas aves y su propio forcejeo, descubriendo su rostro.

Y mi mandíbula se desencaja, desde la altura en que estoy.

No.puede.Jodidamente.Ser.

- ¡*Alqarf!* - La blasfemia sale de mí, deslizándome por el mástil y saltando a mitad de este, para correr en dirección a las viejas tiendas de puestos de ventas del puerto.

- ¡Cabul caliente agua tibia, con yodo medicinal! - Grito en mi carrera y tomando la vieja camiseta del rincón donde la dejé y enroscándola entre sí sobre una de mis manos, en el momento que salto entre mi galeón y el muelle, para dirigirme a salvar a algo que jamás imaginé que podría ocurrir.

Ver a mi mariposa acá.

Y de este lado, de la parte portuaria.

La clase baja.

La trabajadora.

La obrera.

Donde muchos viven y hacen el trabajo sucio de la pesca industrial, para su exportación o venden sus humildes mercaderías en viejos puestos.

AMELY

Esquivando más desecho de gaviotas que hay en gran parte del piso y una manada de gatos, peleando por trozos de pescados tirados por los mismos pescadores a un lado de sus tiendas a la venta de sus productos de mar, camino sobre ellos observando cada puesto y marinero en cuestión.

Este lado de la zona del puerto, es de escasos recursos.

No es la mercantil y donde grandes buques pesqueros o como la flota de convoy marítimo, que el padre de Juno tiene para el transporte de su acero hacia las T8P.

Cada hombre de gran porte como altura y vergonzosamente, pero con disimulo chequeando su trasero miro en detalle, en la búsqueda del chico

misterioso del callejón y loquito del manicomio con látigo, que besa como Constantine.

El lugar al aire libre, está bastante concurrido de gente por puesteros, gritando su venta de mercancía como de gente comprando en ellas o rondando el lugar por jóvenes grumetes marineros, cumpliendo órdenes llevando y trayendo cosas.

Cada uno de ellos, con sus atuendos típicos y su dialecto milenario.

Ese idioma, que te enamora al escucharlo.

Como su cultura, que llevan en la sangre con devoción.

Cada cosa.

Es una hermosa imagen visual, para ser captada por mi cámara fotográfica.

Un gran tesoro fotográfico, para mi colección.

Y no me hago rogar, desenfundándola de su estuche y hago un par de disparos sobre lo que me rodea.

La magia del lugar, me envuelve haciendo que olvide por completo, hasta el cierto olor fétido y propio de la pesca que de por sí, colma en los puertos.

Bajo mi cámara después de sacar una última foto a un grupo de marineros, que beben en lo que parece una tienda de alcohol.

Su risa algo ebria entre ellos por algo que dicen entre sí, me hace sonreír.

Pero suspiro triste, mirando el anillo del loquito que aún llevo en la mano, pero vuelvo a guardar en mi bolso.

- ¿Dónde mierda estás metido, chico misterio? - Me susurro, bajito.

Y la risita de una niñita, me saca de mis pensamientos.

De unos seis años con su ropita algo desaliñada y carita sucia por algo de tierra, que me mira divertida mientras arma algo con sus manos, por debajo de un viejo puesto de semillas y legumbres, armado con viejas telas que cuelgan de él.

Flexiono ambas rodillas, para nivelar su altura.

- *Marhabaan jamila...*(Hola hermosa). - Digo suave, con lo poco que aprendí del idioma.

Observo cómo sus pequeñas manitas y de forma habilidosa, fabrican algo con algo de tanza de pesca y lo que parece caracolitos y ostras de mar.

Mis ojos van a una vieja cajita de té, donde hay más de ellas armadas.

- *¿'Asawr?* (¿Pulseas?). – Pregunto y asiente con una bonita sonrisa, pero no habla.

Solo se limita, a seguir armando la que tiene entre sus manos.

Su madre camina detrás del puesto, acomodando la mercadería en

pequeños costales y sobre la precaria mesa.

Al notarme, hace una reverencia como saludo y me invita con cortesía a ver sus productos y niego con respeto y una sonrisa y ella con otra reverencia, sigue con su labor.

Una tristeza me embarga, por no poder comprar sus productos.

No soy fans de las semillas.

Pero ver el viejo puesto, a esa madre trabajadora y su pequeña hijita en tales condiciones, ataca mi conciencia.

- Oye... - Murmuro, señalando la cajita con pulseras. - ...*kunt tabie ly?* (¿Me las vendes?).

Y la niñita, dibuja una gran sonrisa.

Tan linda.

Que juro que si tiene dos cajas de pulseras de caracolitos, se las compro de puro placer por volver a verla hacer eso.

Asiente, otra vez feliz.

Y yo también, mientras busco en el interior de mi bolso por un par de billetes de gran denominación.

Sé, que será suficiente.

Mucho.

Para ella y su madre.

Beso su frente con ternura, mientras me pongo varias de sus pulseras en ambas manos, porque son muy bonitas y mi corazón se hincha de felicidad, al ver su carita feliz al verme hacer eso.

- Serás una gran diseñadora de accesorios, pequeña... - Auguro, pero en mi idioma con una caricia en su mejilla, poniéndome de pie.

La saludo con mi mano al aire, mientras me sumerjo entre la gente nuevamente y reiniciando mi búsqueda del chico del callejón y veo, como corre a su madre y le muestra los billetes, señalándome y saltando sobre su lugar feliz.

Pero la madre llevando ambas manos a su boca, niega mirándome y haciendo seña a que vuelva, con exclamaciones y frases que no logro traducir, porque me alejo entre la multitud.

Debe ser, porque es mucho dinero y niego saludando a ambas y caminando, entre el gentío en dirección a los barcos.

El sonido del tintinear de los pequeños caracolitos de mis pulseras, son el único ruido mientras camino por la parte final ya, de lo que ocupan algunos puestos por la venta de sus mariscos por viejos pescadores.

Que con pedazos de cartón y sentados sobre banquetas viejas de plástico, se hacen aire para sí y combatir el calor sofocante.

Miro la hora de mi reloj.

Mierda.

Ya pasó mi hora de almuerzo, farfullo sacando mi fino abrigo porque empiezo a sudar como todos, mientras espanto un par de gaviotas curiosas que vuelan a mi alrededor.

Jodidos bichos.

Me detengo en lo que parece el fin de la comercialización de venta, pero el comienzo del muelle principal de barcos aparcados, de esta parte y lado de la zona.

Miro curiosa, porque media docena de gaviotas caminan a mi lado y juro, que observándome.

A mí.

Y mis ojos, se elevan para ver que otra tanda y chillando entre sí, vuelan a mi alrededor.

Bajo.

Muy bajo.

¿Y eso?

Camino un par de pasos y las que están a mi lado como las que vuelan.

Me siguen.

Y suelto una risa, porque eso tiene que ser imposible.

Pero al dar otro paso, ellas me imitan.

Miedito.

Y una, pica mi mano.

- ¡Oye! - Digo, espantándola y retrocede.

Pero, otra segunda la imita.

Y una tercera.

Como cuarta.

Para luego, todas viniendo hacia mí.

Sus picos filosos lastiman mi muñecas, brazos y parte de mi cuello como cabeza.

No entiendo, el por qué.

Corro e intento escapar, pero es inútil.

Bajan y suben sobre mí con sus fuertes aleteos y chillidos, mordiendo mis brazos y provocando que varias de mis pulseras de caracolitos se rompan y rueden por el piso.

Y me cubro con mi abrigo, arrinconada sobre mi lugar e intentando a gachas escapar.

Los gritos del par de ancianitos, de esos viejos puestos con algo entre sus manos, intentan alejarlas de su ataque y pueda huir.

Pero, no puedo.

El dolor, me invade.

Arde y pica.

Porque, duele mucho cada picotazo que me dan haciéndome heridas.

Mis brazos cubiertos de sangre como mi manos, manchan y se hacen huellas rojas con cada arrastre que doy por el piso de cemento.

En un último intento por escapar, el abrigo que me cubre se escapa de mí y quedo más vulnerable a sus ataque, por eso cubro mi rostro con ambas manos húmedas y tibias por mi sangre, bajo mi grito de auxilio y las de los ancianitos, luchando por espantar las aves.

Mis fuerzas me abandonan y me dejo llevar por el cansancio y desvanecimiento, que me invade.

CONSTANTINE

Grito a los viejos, que se alejen de la mariposa, como de las aves.

Es peligroso, para ellos también.

Me lanzo sobre su cuerpo recostado en el piso y con mi vieja camiseta que llevo enroscada en mi mano, cubro sus ojos para atarlo sobre ellos ante el ataque de los pájaros, cuando la giro como su cuerpo a mí y contra mi pecho.

Y mi corazón se paraliza, al notar mientras intento espantar de las gaviotas sobre nosotros y recibiendo, sus picotazos por ella y acurrucándola contra mi cuerpo, como sus brazos, manos y parte de su cuello con lastimaduras por mordidas de las aves.

- *Aimra 'at himqa'* (Mujer insensata). - Gruño, al ver el motivo del revuelo de los pájaros que aún, intentan sacar de sus brazos.

Como otro grupo de aves, del interior de su cartera tirada sobre el piso.

Las pulseras, de caracoles.

Achatina fulica.

De doble poder, para este tipo de aves.

Por ser rica en nutrientes y su alto aroma similar al que emanan estas aves, en su época de apareamiento y celo, provocando luchas encarnizadas entre machos alfas.

Rompo todas de un movimiento, con la pequeña daga que llevo en mi baja

espalda, provocando lo que quiero.

Que el centenar de caracolutos vuelen y se dispersen rodando por el piso y las gaviotas, dirijan su atención a ellos.

No pierdo tiempo y pasando mis brazos por abajo de ella con cuidado, la cargo contra mí y tomando su cartera, corriendo en dirección a mi barco.

Mi grito alerta a Cabul mientras bajo por la escotilla del barco y al interior de una de las habitaciones, que al ver el estado de Amely y reconocerla, se apresura abriendo la puerta del pequeño baño por mí.

Como la ducha, mientras deja el pequeño recipiente con agua yodada y un trapo dentro, para luego cerrar la puerta detrás nuestro.

Un gemido lastimero y algo inconsciente por el dolor de sus heridas sale de ella y bajo mi camiseta que aún ciega sus ojos, cuando dejo que el agua de la ducha nos cubra con nuestras ropas puestas y abrazándola contra mí y sosteniéndola de su cintura, mientras la obligo a ponerse de pie.

- *Yumkin litaflik...*(Tú puedes, nena). - Le susurro, con ternura y bajo el agua.

Me deshago de mi camiseta para despejar sus ojos y con la misma daga que utilicé para cortar las putas pulseras, de un movimiento desgarré su camiseta como su sujetador y las despojo de ellas, para curar sus heridas con el trapo yodado.

Gime sin abrir sus ojos pero de placer, al sentir el agua caer sobre ella y ante el contacto del trapo, pasando con cuidado por sus heridas por mi mano.

Atraigo su pecho desnudo contra el mío y resoplo el agua que trago de la ducha, mientras paso la medicina por su espalda desnuda.

Su mejilla reposa en mi pecho con un mano de ella cubierta de yodo, escurriéndose por su brazo y el agua.

Y un suspiro de alivio, escapa de sus labios entredormidos, intentando abrir sus ojos.

Pero la fuerte lluvia de la ducha, se lo impide como mechones de su pelo mojado cubriéndolos.

Acaricia mi pecho desnudo levemente con sus dedos, provocando que mi piel se erice por su dulce contacto.

Y por eso cierro mis ojos, echando mi cabeza hacia atrás para que el agua me golpee por eso y pidiendo a *Alá* misericordia.

Mi mano que no sostiene el trapo, dibuja la longitud y silueta de su cintura desnuda.

La ducha tibia, nos cubre y casi desnudos, bajo ella.

Abrazados.

En cuerpo.

Y alma...

Otro suspiro, sale de ella.

Y uno, de mí.

Sus labios vuelven a entreabrirse pero jamás, sus ojos sobre mi pecho desnudo.

- ¿Constantine, eres tú? - Susurra bajito y con sus manos lastimadas, intentando abrazarme.

Pero fracasa, con un gemido de dolor.

Y mi pecho se infla por el oxígeno que tomo y la respiración contenida, al sentir de sus labios mi nombre, cuando me llama por él.

Ya que, lo acaricia y es bálsamo, para mis oídos.

Dulce.

Y lleno, de...amor.

Mi mano suelta el trapo yodado.

Para que ambas, guíen las suyas entrelazándolas a mi cintura.

Apoyo, mi frente con la suya.

- Si, mariposa... - Susurro bajo y aún, con el agua cayendo sobre nosotros.

Y su pecho se pega más a mi como respuesta al escucharme, como la suavidad de sus duritos pezones, sobre mi pecho desnudo y otra exhalación, se me escapa por ello.

Cierro mis ojos.

- Soy, yo Amely...

Finalizo...

* **Sambuk:** Buque árabe antiguo. Originario para la navegación del Mar Rojo, semejante en diseño a los primitivos barcos Europeos.

Capítulo 5



EN ALGÚN LUGAR, DEL MAR ROJO Y NORTE DE ÁFRICA...

Mi resoplido somnoliento, se ahoga en algo suave.

Muy suave.

Tal vez, muy sedoso.

No lo sabría decir.

Pero me cubre totalmente de forma fresca, cuando con un bostezo y algo entredormida aún, trato de acomodarme.

Ya que, se desliza con ligereza y sensación agradable sobre mi cuerpo desnudo.

Abro de golpe, mis ojos.

¿Dije desnuda?

Me incorporo de golpe en lo que estoy recostada y gimiendo por el movimiento brusco, por sentir dolor al cubrirme completa y arrastrándome, contra un rincón de la cama en que me encuentro asustada al verme.

¿Pero, cómo?

Pestañeo para tratar de comprender donde estoy y observando, que no solamente la habitación no reconozco.

Sino.

Que tampoco sé, porque llevo ambas manos y parte de mis brazos, vendados y que duelen.

Palpo mi cabeza y lado de mi cuello, por notar que también esa zona me cubre pequeñas banditas sobre mí pelo suelto.

Y otro gemido sale de mí, cuando empiezo a recordar todo.

El puerto.

La niña y la compra de sus pulseritas de caracoles.

Gaviotas.

Esos horribles bichos, atacándome sin piedad.

Y elevo ambos brazos mirando con más detención, mis brazos cubiertos y envueltos con finas vendas.

Las giro, frente a mí.

Guau.

Fueron curadas.

Me cubro más por las sábanas de seda de color negro noche, intentando focalizar mis ideas y las imágenes confusas, que se apropian de mi mente y una otra vez.

Lo sucedido con ese par de viejitos de los puestos de mariscos, intentando ayudarme de esas aves.

Pero, nada más.

Nada.

Me concentro en la habitación donde me encuentro, con un bostezo y recorriéndola con la mirada.

¿Pero, dónde diablos estoy?

No es muy grande pero sí, toda en madera.

Como en la cama, donde estoy acurrucada.

Una grande.

Muy grande.

Mis dedos tocan la pequeña mesita baja, algo rustica y junto a esta, con solo una especie de mechero que encendida que iluminan tenuemente, todo el ambiente.

Una vieja silla en un extremo y junto a ella, un gran baúl.

Y en la pared contigua, un perchero de pared colgando de ella y que apenas diviso, por la poca luz junto a una puerta.

La que parece, del baño.

Todo es agradable, pese al poco mobiliario.

Pero mis ojos, se vuelven al baño de golpe.

¿Baño?

¿BAÑO?

Y ambas manos, suben a mi boca para ahogar el grito que sale de mí, al recordar todo.

En realidad.

Sentir, todo.

El agua cayendo.

Mojándome.

Mojándonos.

Mis ojos, siempre cerrados.

Y su cuerpo y el mío.

Él curándome y también, bajo la ducha.

El contacto de mi mejilla y mis dedos, reposando en su pecho y sintiendo la silueta de ella marcada, cuando se deslizaban tocándolo.

Como también.

Ese suave roce por una de sus manos y de algo pasando, por cada una de mis heridas con cuidado y lentamente bajo la ducha.

Su piel, mojada...

Flexiono más mis rodillas contra mí y apoyando mi barbilla sobre ellas, para mirar a la pequeña ventana que hay en todo el ambiente.

Y mi mirada con mi único pensamiento, se pierden en ese cielo azul que regala como vista, como si fuera un bonito cuadro en su lienzo perfecto, en tonos solo de la gama de los azules.

El chico del callejón y loquito del manicomio.

Con su voz, murmurándome bajo la ducha.

Esa voz tan él que guardé en mí, estos años y que por fin, terminé de reconocerla.

Díscola.

Pero suave y con ese acento milenario.

Llena de sentimientos.

Pero, sin dejo de emoción.

Diciéndome.

Confirmando, lo que recuerdo y que le pregunté con un susurro.

Que él era.

Constantine...

La suave seda oscura se arrugan entre mis dedos por tener mis manos como puño, por apretar estas fuertemente.

Oh Dios. Oh Dios. Oh Dios.

Mi único deseo, por tres navidades.

Por tres cumpleaños.

Siempre ese deseo que para mis adentros, pedía.

Rogaba...

Y Santo Dios Bendito, se cumplió.

Estoy tan abrumada por la emoción, que ni siquiera puedo encontrar las palabras o lo que siento.

Pero sí, algo tengo claro y determinante en mi cabeza.

Salir de esta habitación para enfrentarlo.

Verlo...

Con algo de la sábana envuelta en mí, me incorporo y salgo de la cama.

El piso en madera cruje por mis pies descalzos sobre el y al hacer unos pasos, en búsqueda de mi ropa en dirección a esa vieja silla y el perchero.

Pero mi mano recorriendo esas prendas colgadas y las que están algo dobladas sobre esta, no son las mías.

Son de él.

Unos viejos jeans, un par de camisetas y una gorra de beisbol.

Y no puedo no evitar, pasar mis dedos por el borde de esta ya algo ajada por el tiempo.

Porque, es la de siempre.

Y mis labios, dibujan una sonrisa.

Porque, es la que llevaba puesta el día del partido de Caldeo como en el Hospital, para luego días atrás en el mercado de pulgas de la ciudad, cuando mi cámara la capturó entre el gentío y esos niños, jugando en la gran fuente de agua.

El chico, del callejón.

Y el loquito medieval.

Son el mismísimo, Constantine Kosamé.

Está vivo.

Rasco nerviosamente mi pelo, con ambas manos por costarme creerlo.

VIVO.

Porque, Constantine nunca murió.

Mis ojos, vagan a los pies de la gran cama y camino hacia ella, al notar por sobre el bajo respaldo y doblada con cuidado, un par de prendas.

Unos limpios pero viejos pantalones de hombre, tipo marineros y en negro, abotonados sobre un lado que extendiendo frente a mí y sujetando mejor la sábana que me envuelve, con una amplia camisa tipo navegador de cuello grande y color clara que unen este, con unos hilos que cuelgan de el.

Arqueo una ceja.

¿Para mí?

Y me encojo de hombros, vistiéndome con ellos e intentando acomodar lo mejor que puedo, la enorme camisa dentro del pantalón para llenar lo que sobra al tenerlas puestas.

Mierda.

Pero, es imposible.

Y tomando uno de sus lados para que no caigan, me encamino descalza a la salida.

A la puerta abierta, que escaleras arriba me llevan afuera.

Pero, un mareo me invade.

Pestañeo.

¿Y eso?

¿*Esto acaso, se mueve?*

Me pregunto, apoyando una mano en el marco de esta.

Y un suave meneo, siento en mis pies y movimiento en mis manos.

Santa Mierda.

Apuro mis pasos otra vez a la única ventana, saltando por sobre la cama y casi perdiendo el equilibrio por ello, ganándome una queja de dolor por mis brazos lastimados.

Acariciando las heridas de uno, miro por ella.

Diablos.

Re diablos.

Celeste y más, celeste.

Arriba y abajo.

Cielo y no tierra.

Solo celeste cielo, con celeste...

Mar.

¡*MAR!*

Me giro contra la habitación, apoyando mi espalda contra la pared de madera, mirando todo lo que me rodea nuevamente y respirando fuerte.

Por. Que. Jodidamente.

¡Estoy, en un barco!

¡Y NAVEGANDO, EN PLENO OCÉANO!

Mi mano aprieta mi pecho, arrugando el cuello de la camisa.

Gimo.

- ...hay Dios...soy muy mala, nadando también... - Chillo bajito y observando esta vieja cosa flotante llena de poca fe, por si se hunde bajo la furia del mismo Poseidón.

Exhalo aire, retomando a la angosta puerta y con un pie en el primer peldaño, que al pisarlo acusa mi presencia.

Puta barcaza vieja, de la prehistoria.

Elevo mis ojos por unos segundos y sin moverme, a la escotilla peldaños más arriba y que abierta, me regala un panorama amplio de la cubierta de este

antaño barco y ese cielo, casi despejado en celeste mar.

El sonido del oleaje golpeando este y la brisa marina acoplándose a las velas, que con cada legua que hace, se mueve en un tranquilo vaivén colmando mis sentidos con cada paso que doy.

El sol me invade de lleno, con medio cuerpo fuera de la escotilla y utilizo una mano para cubrir mis ojos y no me cieguen quieta sobre mi lugar, rogando que mi estómago se acostumbre a las náuseas, que empiezo a sentir por el movimiento del barco.

- *Tabdu fi al'ufuq...*(Mira el horizonte). - Su voz, me da la bienvenida.

Ok.

No esperaba, un gran abrazo.

Como tampoco flores por doquier y con Constantine de rodillas, pidiendo perdón.

No solamente por mentir a todos y a ese hermano que lloró sobre su tumba "*vacía*" y cargando con su muerte, por darle su "*vida*" a él.

Como tampoco, por mentirme a mí, por cada uno de esos días que lo acompañé en el Hospital, creyéndolo muerto en vida.

Ni tampoco, por no saber jodidamente nada de él estos tres años y extrañarlo tanto, que sentía con cada lágrima que derramaba por él, que se me desgarraba el corazón.

Furia.

Que por tres años consecutivos en víspera de su muerte, me emborraché de tal manera hasta que solo por mi corriente sanguínea, corriera alcohol para olvidar el gran dolor que llevaba conmigo.

Más furia.

Por ocultarme su paradero y hacerme creer, que era un malhechor sexi y caliente como la mierda, en ese callejón.

O por invadir mi domicilio en plena noche como tal rufián, loquito y desequilibrado, vestido tipo fans gamer del *príncipe de Persia*.

Nop.

Repito.

No, lo esperaba.

Pero esa fría palabra en árabe, sin dejo de emoción y de mierda.

Me confirmaba sin alguna duda, que él era el agrio y huraño pero bonito Constantine, roba suspiros.

Un Constantine que de espalda a mí y con ayuda de ambos brazos, enrosca de forma hábil una gruesa sogá, mientras mira más allá del horizonte marino.

Hago un paso aún indecisa sobre el piso y en ese siempre movimiento que vibra y siento, sobre mis pies descalzos y propio de la navegación.

Mis ojos acostumbrándose a la nitidez del día y usando uno de los mástiles para que me ayude con el mareo que me amenaza, me apoyo en el para verlo mejor.

Y porque, toda yo se llena de emoción, de tenerlo a metros mío.

Mi mano aprieta poderosamente este, para no desfallecer en el intento al ver vivo y sin poder creer aún, que mi dulce milagro con corazón de piedra.

Nunca murió.

Siempre, estuvo vivo.

- ...*tabdu fi al'afiq, nuqtat thabitat. Thadiat mashaeiruk min alddawkh...*
(Mirar al horizonte y punto fijo, es lo que aplaca la sensación de mareo). -
Prosigue como si nada, aún de espalda y con un movimiento de su cabeza haciendo a un lado su pelo negro como la noche, ahora más largo y sujeto con una media cola cubren sus ojos.

Pero estos, vuelven sobre él.

Inevitable, por la brisa marina que corre por nosotros y negándome, la vista de sus ojos color agua.

Y yo, intento acomodar el mío detrás de una oreja.

- Gracias... - Digo entendiendo algo de lo que murmura, sin poder evitar recorrerlo con la mirada.

Mi vista, va a esa espalda.

¿Dije, desnuda?

Jodidamente desnuda, por solo llevar unos holgados pantalones de lino claros como este día, siendo testigo de nuestro encuentro y que caen de forma pecaminosa por sus lados, mostrando a todo esplendor la "V" de ese vientre tonificado y fisonomía como gran altura, igual a Caldeo.

Pero más fornida y comestiblemente, más trabajada.

Que bajo el sol, esa piel café con leche mezcla de dos culturas antepasadas, brilla por el sudor de este sol africano, mostrando con cada uno de sus movimientos y con una leve flexión de su cadera estrecha como sus brazos y hombros, se hinchan por el esfuerzo exigido al recoger la red que unida a esa soga acarrea y trae, algo del mar de forma pesada.

-...no, lo hagas. - Solo es su respuesta por mi agradecimiento en mi idioma, pero con ese acento milenario sin voltear y con ayuda de una vieja polea, para terminar de juntar la red y subirla al casco del barco.

Nunca, me mira.

¿Lo hace, apropósito?

Sigo con mi mirada y desde mi lugar, cada uno de sus movimientos donde el centenar de peces que pescó y sin voltear a mi dirección, abre una pequeña escotilla del piso junto a sus pies y vacía su red de la mercancía allí y en el interior de esta.

Los dedos de mis pies juegan entre sí, algo nerviosa y sin soltarme al mástil que sigo apoyada.

- ...que no haga qué, Constantine? - Murmuro, haciendo un paso a él y evitando no caer en el intento, por el movimiento del barco que empiezo a ver y notar maravillada, su diseño y construcción primitiva como antigua.

Preguntándome y añorando saber, donde está mi cámara fotográfica, porque media docena imágenes captada por ella, sería hermoso para ser parte de mi colección personal.

Se gira a mí de golpe y con un movimiento preciso, fuerte y certero de uno de sus pies también descalzos, empuja esa pequeña escotilla para cerrarla de forma dura.

Interrumpiendo ese sonido, toda la calma que nos rodea y provocando, que me detenga en mi precaria caminata y dé un salto sobre mi lugar.

Busco la ayuda de una soga que cuelga de una de las velas y me sostengo para un mejor equilibrio, mientras la otra se aferra más al borde de los pantalones que llevo puestos, para que no caigan.

Y muerdo mi labio inferior, porque creo que la cagué.

¿Acaso, se enojó?

Sus hombros se contraen frente a mí, siendo lo único como movimiento en los pocos metros que nos separan y como cavilando, con su mirada al piso que decir.

Puto hombre hermoso y de pocas palabras.

Su mano sube a su pelo para hacer a un lado, los mechones que caen de este y cubren parte de su rostro y ojos.

Y la luz se hizo, cuando lo hace.

Y yo, casi me hago pipí de la emoción al ver su rostro descubierto y mirándome, después de mucho tiempo.

Y de muchos años...

De esa forma profunda y seria, tan él.

Como una linda estatua en granito dorado y donde, el único vestigio que me acusa que está con vida, es su pelo que por la brisa marina que se empieza a levantar y mueve a sus lados, sin apartar su mirada de mí.

Dios querido...

Estos años mis recuerdos no le hicieron justicia, a sus facciones demasiado perfectas y viriles, de rasgos egipcios en su rostro.

Y mi corazón, colapsó de un salto reviviendo más ese sentimiento por él, ante el calor de esa mirada paradójicamente gris, fría y de color hielo única en su especie, tan iguales a la de su hermano.

Me quedé ciega otra vez, como tres años atrás.

Porque, Constantine fue y sigue siendo.

La cosa más bonita, puro misterio y exótica, que jamás vi en mi vida.

Haciendo honor, a esa bribonada de fingir su muerte como convertirse en ese caliente malhechor de callejón, roba besos de mujeres.

O ese sexi loquito de vestimenta medieval, que entra a media noche a la habitación de ellas.

Porque, Constantine Kosamé.

Es, un bandido de corazones...

- Agradecer... - Dice seco y viajando su mirada de hielo a mi rostro, luego a mi mano que sostiene el pantalón aún para no caer y por último, al horizonte marino.

Se aleja algo, por busca de una bota de cuero con agua fresca y que cuelga, del otro mástil.

La descorcha y bebe mirándome, a través de ella.

- ...yo, no cuido a nadie. - Es tajante. - Si no mantienes tu mirada en el horizonte, vomitaras y no quiero esa mierda tuya, en mi barco... - Da otro gran trago, limpiando su boca con el dorso de su mano.

Jesús Bendito.

Quiero ser esa mano que acaricia esa boca promiscua de pensamientos impuros, para luego abofetearlo, por su poca caballerosidad.

Su mirada me recorre duramente, de abajo hacia arriba.

Lento.

Muy lento.

Y enfadado.

Desde mis pies descalzos a mi rostro.

¿Qué, le hice?

Y creo que con cierta fijación, a mi pelo suelto que vuela por el viento.

Creo, dije.

Sus dedos corren a un lado un aparejo que parece esas jaulas para pesca de cangrejos, para quitar una camisa que está a su lado y del color de su pantalón

para ponerse.

Elevo mis brazos frente a él, para mostrar las vendas que me cubren.

-...ni por curar, mis heridas?

No se lo abotona pero sacude su cuello para acomodarlo y regalarme otra mirada de mierda y a juego, con un resoplido sin darme tiempo a babear de lo caliente que se ve.

- ...tu eres, fuente de problema... - Mis ojos se estrechan y cruzo mis brazos por eso y como puedo, sobre mi pecho y capto cierta chispa en sus ojos agua, ante lo que parece una sonrisa que se quiere curvar.

Pero se niegan esos labios dibujados, de los lindos que son por el mismo Dios Ra, Alá o alguna naturaleza divina.

- ...no te iba dejar morir en la vergüenza, de ser comida por aves... - Me arquea una ceja, con suficiencia.

Pero, que hijo de...

- ...cualquiera y el más tonto sabe que los caracoles *Achatina Fulica* que predominan en mi país, son una fuente tanto de nutrientes como afrodisíaco, para esas aves... - Pasa por mi lado, ignorándome. - ...ahora eres una carga, como los peces que llevo... - Rumea.

Lo sigo, con la mirada.

- ¿Carga? - Repito, haciendo que detenga sus pasos y voltee a mí, asintiendo en silencio.

Sus ojos van de vuelta a mi mano y mi cintura, que lucha por sostener los pantalones que llevo y no caigan.

Y a su vez, aferrarme a la soga que me auxilia con el vaivén, del movimiento del barco sin responder.

Putos hermanos Kosamé y esa mierda de silencio perpetuo, que llevan en la sangre.

- ¡Carga! - Chillo, otra vez. - ¿Y por qué, no me dejaste en mi departamento luego de sanar y no seguir siendo, tu "*fuentes de problemas?*" - Recalco.

Niega.

- Porque, no puedo ser visto por mucha gente...me reconocerían...- Su voz, se desvanece. - ...lo mejor era que cures y lo hagas por ti misma...

Inclino mi cabeza, corriendo mi pelo a un lado.

Y mis ojos van al cielo, ya que ciertas nubes como la brisa, ahora son más fuertes y han aumentado.

Como también, mi curiosidad de saber y preguntar, porque hizo todo esto.

¿Cuál fue su causa, que lo determinó?

Y lo más importante.

¿Qué ganó, matando al viejo Constantine, para darle vida a éste?

Un humilde pescador, viviendo en un viejo galeón...

Pero las líneas de determinación en su rostro, no se relajan como tampoco la rigidez de sus labios, ya fuera de esa sonrisa escurridiza que intentaba disimular.

Sería en vano, preguntar.

Porque, no va responderme.

Por ahora...

- ¿Y ahora, viajo contigo? - Miro la inmensidad del mar y los ciertos de nubarrones grises que trae consigo el viento del norte, que no me pasa desapercibido que con su llegada, aumentó la intensificación del oleaje y que golpea la proa, con cierta fuerza ahora el barco.

Constantine también mira el cielo como yo, pero sin un dejo de temor.

- ...debía zarpar, de madrugada hoy... - Me mira. - ...no me quedaba, otra opción...

¿Madrugada?

Guau.

¿Acaso, dormí más de 24 horas?

- ...pero, despertaste... - Vuelve sus pasos a unos escalones de popa más arriba, donde en un pequeño espacio se encuentra el timonel. - ...a la salida del sol, estaré en las coordenadas de las costas, cerca del palacio del *Sayyid*... - Se detiene en tercer escalón, para mirarme sobre uno de sus hombros, con su ceño totalmente fruncido. - ...unos kilómetros y serás recibida, por mi hermano y *'amira* Juno...

Y arruga más, este.

Lo que no sé, si es por ser esa molesta *carga* como me bautizó, o por las insipientes gotas de agua que comienzan a caer del cielo.

Una.

Dos gotas.

- ¿Kilómetros? - Exclamo, agarrando nuevamente de la sogá, que escapa de mi mano por el viento que crece.

Lo miro con odio.

- ¿Me dejaras en la nada de los riscos de las costas, para que camine hasta el palacio de tu hermano?

Se encoje de hombros, como respuesta.

- Eres sana, podrás con ello. - Seco.

Puto cabrón, sin sentimiento.

Y más gotas empiezan a golpear, sobre mí y él.

Suelto la soga para caminar hacia él, con ira y con ayuda de lo que encuentro en el camino.

Jodido barco, que se mueve mucho.

Y docenas de más gotas insipientes, comienzan a caer y dibujar de forma húmeda, el piso en madera anunciando la lluvia.

Una tras otra.

Muchas.

Cientos.

La mirada de Constantine se oscurece de un gris plomizo, como las nubes que cubren el cielo al verme caminar a él y observando lo que nos rodea, haciendo su pelo mojado por la lluvia para un lado.

- ¡Quédate, donde estas! - Su rostro se transforma, al gritarme con brusquedad y bajando los escalones de un salto. - *¡Easifa Sahara!* (¡Tormenta del Sahara!).

Pero no me importa, como tampoco entiendo lo que me grita.

Come mierda, manda más.

Como jodido viento que se levanta y hace que pierda el equilibrio, pero con ayuda de la pared de un lado del galeón, me sostengo.

- ¡Púdrete! - Chillo y agradezco la copiosa lluvia que comienza a caer sobre nosotros, que disfrazan mis primeras lágrimas y que se deslizan sobre mis mejillas.

Me las limpio con odio, como la lluvia abundante que me moja e impide ver bien de mis ojos.

- Maldi... - Intento decir.

Pero un fuerte oleaje, golpea contra un lado del casco trayendo agua consigo y al interior, inundando parte de ese lado, mojando y cubriendo mis tobillos desnudos.

Miro, mis pies.

Su frío contacto, me hace estremecer y perder el precario equilibrio, que a duras penas sostengo.

Y no puedo escuchar lo que Constantine me vuelve a gritar o advertir, por el sonido del viento golpeando y arremolinándose de forma fuerte en las velas.

Pero sí, ver el motivo.

Un segundo oleaje, viniendo hasta donde estoy.

Carajo...

Aunque su tamaño no es grande, su golpe es duro al chocar contra mí e invadiendo nuevamente el casco y su piso.

Mis pies en el intento de aferrarme a algo, pierden completamente la estabilidad y resbalo sobre el cayendo contra el piso y llevándome consigo, la corriente de agua al otro extremo del barco y con una leve inclinación de este, parte de mi cuerpo voltear al lado del mar, mientras me sujeto de su borde.

CONSTANTINE

El cansancio por el dolor y el fuerte unguento, de preparación casera a base de hiervas medicinales de mi pueblo con el yodo, en manos de Cabul la habían sedado.

Luego de despojarla de toda prenda, secarla con cuidado y recostarla con suavidad en la cama de mi camarote y verificar, sus vendas por última vez.

Subí escaleras arriba dejando algo de ropa mía sobre los pies de esta, para que vistiera cuando despertase, por desgarrar con mi daga la suya.

No podía devolverla a su departamento.

Como Cabul, tampoco.

Viste como pescador pobre, para venir a verme y yo, otro tanto cuando estoy acá.

Vernos cargando una americana, levantaría sospechas.

Esas sospechas, a la guardia real.

Y tales...a los oídos del *Sayyid*.

Mi hermano.

El plan, era simple.

A media mañana del día siguiente, con sus heridas ya sanas.

Dejarla en las costas y a pocos kilómetros del palacio.

Caminar es salud, dicen.

Y por otra, simple razón.

No me tenía que importar.

A la mierda.

Nada, de la mariposa.

Muchas coincidencias.

Y siempre, ella.

Kaf.(Basta).

No, mas.

Y luego de mi confesión, más decidido en ello.

Ya que, sus sospechas fueron confirmadas por mi mismo.

Imposible, no.

Eso o dejarla ser atacada por las aves.

Nadie hubiera llegado a tiempo para salvarla, en esta precaria y zona alejada del puerto.

Y aunque, me tendría que invadir un sentimiento de preocupación, por saber de mi verdad la mariposa.

Aparte de mi maestro y mentor Cabul, con *almuharibin alnnar*. (Guerreros de fuego).

No las hay.

Yo, no lo siento.

No me pone en alerta.

Y eso, me preocupa más.

Estoy en sosiego, ante ello.

Calma absoluta.

Como esa suave paz, que se desata entre dos terremotos.

Y niego, saliendo hacia las afuera de la escotilla.

Mala señal, Constantine.

Para tu corazón...

Un fuerte resoplido sale de mí y dando un salto a la punta de la proa, sosteniéndome fuertemente desde su barandal de madera y diseño viejo labrado, por mis antepasados artesanos.

Y mis nudillos, se ponen blanco por ello.

El viento golpea contra mi pecho de forma cálida por hacerle frente sin escudo y en la cúspide de este, mientras relajo mi pecho tenso por lo que me provoca la mariposa dormida, escotilla abajo.

Cierro mis ojos y me dejo llevar, por el movimiento de mi galeón en su meneo cruzando el mar.

Mi mar...

Y el que cruzaron mis antepasados.

Hijos, del pueblo de *Abraham*.

Los Ur de Caldeos, para convertirse.

Convertirme, también.

En un sangre Qurash y lo que corre en mis venas con pasión.

Seguir nuestro mundo, bajo la voz ancestral de nuestro mayores, para que lata siempre la memoria de nuestra gente y nuestro clan, no se extinga.

Un nómade guerrero para y por, la paz de mi pueblo.

Sea del corazón o no.

Y no, para ser llenados con sentimientos por ella.

Eso, no son buenos para mis planes, contra la reina madre.

Pilar fundamental de la mierda, contra la que voy a luchar, ni la lacra principal y bajo su mando.

El ruso.

Y mi pecho me traiciona con una fuerte punzada, en solo pensar a la mariposa metida en todo esto.

En Varcovich con sus manos manchadas de sangre, por piel de flores rosas como la llaman en ese argot podrido y genocida, sobre Amely.

La imagen de su bonito cuerpo desnudo y solo vestido, por las vendas que cubrí para sanar sus heridas y braguitas puestas, vienen a mi mientras la recostaba con cuidado para no despertarla.

Jamás, lo permitiría.

Mi *Argena Mittrei*, nunca.

NUNCA.

Por eso, tiene que odiarme.

Alejarla, de mí.

Y más doloroso que el filo de mis dos espadas, para lograrlo.

Es mi propio yo, contra ella...

Pero mi control y meta que me odie, se desploma como naipes sobre la brisa y como el viento de la tormenta tropical que nos ataca.

Porque mis ojos se estrechan al notar las nubes grises, cubriendo el cielo, bajo la abundante lluvia que nace de ellas y sobre sus reproches viniendo hacia mí, cuando despierta y aparece de la escotilla.

Trastabilla por su poco equilibrio, pero logra reincorporarse bajo las primeras gotas de agua cayendo sobre nosotros y nuestra discusión, para convertirse en una abundante y poderosa lluvia.

Allaena...(Carajo).

El colateral tropical de un monzón proveniente del Sáhara, que convierten estos vientos alisios y secos del Nordeste, en un cinturón húmedo de este lado del océano, transformándolas en una amplia tormenta de vientos ligeros y temporarios.

Que como las de arena o polvo, hay que aguardar que su cola pase.

- *¡Easifa Sáhara!* (¡Nada, mariposa!). - La alerto desde los escalones que subí hacia mi timonel para alejarme, de esa fuerza divina de atracción que ejerce sobre mí, como el primer día que la vi años atrás en el hospital.

Y de esas ganas y fuerza como nuestra estrella Orion rogarle, para no

amarrarla contra el mástil que se aferraba y atarla a esa sogas que la sostenía y cogerla con brutalidad.

Duro.

Salté y corrí, por ella.

Pero un oleaje con la fuerza de dos vientos, golpea e inunda el casco.

Su cuerpo choca contra mi *Sambuk* y sin darle tiempo a reaccionar, sucumbe en otro ataque de una segunda ola que la arrastra hasta la borda, dejando parte de su cuerpo siendo tragado por el océano por colgar de ese lado.

Y mi corazón se paraliza, al verla luchar para no caer bajo el temporal del mar y la copiosa lluvia.

Escupe el agua que traga y a duras penas respirando, tratando sostenerse.

Su pelo suelto y desordenado, que minutos antes me costaba dejar de contemplar como verla vestida con mi propia ropa, ahora cubren de forma desordena y pegajosa su rostro por hundirse bajo el agua y volver a recuperarse en la borda.

No pierdo tiempo.

No durará, mucho.

Con un movimiento tomando la cuerda que utilizaba para sostenerse, la amarro a mi cintura de un solo nudo diestro luego de verificar su fuerte agarre contra el mástil, cuando el mar se la lleva consigo.

- ¡Nada, mariposa! - Grito otra vez, corriendo a ella y contra la lluvia, al verla que lo intenta a duras penas.

Pero, las olas la alejan del galeón.

Y de mí.

Como si el Dios *Bahamut* la quisiera para él y pidiera a sus sirenas las olas, llevarla con él.

A su reinado.

Las profundidades.

Y gruño, por ello.

JAMÁS.

Su cuerpo se inclina para atrás, volviendo a sumergirse entre ellas que la abrazan y la arrastran, creciendo la superficie de distancia.

No, maldita sea.

Sus brazos como sus pies luchan, por mantenerse a flote en la tempestuosa agua oceánica mientras a gritos, me pide ayuda.

Cerré mis ojos y con un último jadeo desafiando la tormenta, di un salto

por la borda lanzándome al mar, con la soga atada.

Su frío y húmedo contacto, me colma al sumergirme en su profundidad.

Su turbulencia me impide ver, cuando lucho nadando con ferocidad contra ella.

Y grandes bocanadas de aire, obligo a mis pulmones a tragar mientras con cada brazada de fuerza voy hacia ella.

- *¡Farashatan la shy'!* (¡No dejes de nadar!). - Grito tragando agua y sin dejar yo también de hacerlo, buscándola sobre las tormentosas olas y haciendo mi pelo a un lado y despejando mis ojos del agua helada.

Pero la fuerza de una me impulsa y logro, agarrarla.

Alhamd lillah. (Gracias Dios).

La abrazo contra mí y sin perder tiempo, la giro sobre el oleaje atacándonos para que la soga que me envuelve, la aferre a ella también pegando nuestros pechos.

Ambos jadeamos sin dejar de luchar, bajo las olas crecientes y la copiosa lluvia.

Sus hombros caen, como la fuerza de sus brazos.

Dios, no.

Rodeo su cuello con un brazo, para atraerla junto a mí más y escupo el agua que trago que una ola me obliga y grito, para que me oiga sobre la lluvia.

- ¡Debes nadar, mariposa! ¡No te detengas! - La salinidad, quema mi garganta.

Sus brazos vuelven a intentar, mientras enrosca sus piernas sobre mi cintura.

- ...soy mala en eso, también... - Gime abatida, mojada y sin ya fuerza, pero sin dejar de luchar.

¿Dijo, también?

No puedo cavilar, mucho en eso.

Acuno mis manos en sus mejillas y la obligo, a que me mire.

Y focalice, en mi rostro y mirada fija en ella sobre la tormenta y el agua.

AMELY

Me mira, de forma dura.

Sus manos acunando mi rostro, me obligan a ello.

Pero sus pulgares, limpian y acarician mis mejillas y ojos, de restos de agua que me cubre una y otra vez, por las olas y la lluvia que nos invade nadando en el mar.

- Es un monzón húmedo, de vientos ligeros... - Jadea, al nadar por los dos.
Yo lo intento, pero no puedo.

La frialdad del mar y luchar contra ellas y sus olas, empiezan a entumecer mis extremidades.

Y Constantine lo nota y me rodea por sobre mis hombros con su poderoso brazo, atrayéndome más a él.

Me incentiva y quiero proseguir, pero una nueva oleada nos sumerge bajo una gran respiración de ambos y se lleva mis pocas fuerzas.

En la turbulenta profundidad, me aprieta contra él.

Fuerte.

Y pese a la turbia agua tempestuosa en las que nos sumergimos, nuestras miradas se encuentran bajo ella y conteniendo el oxígeno.

Dios...

Sensación extraña y hermosa, bajo las aguas del color de su mirada y mimetizada con ella.

Aprieta su frente a la mía y con un impulso de sus fuertes piernas, nos lleva de vuelta a la superficie.

Ambos escupimos agua y yo me ahogo con ella, procurando recuperar aire de mis pulmones.

- ...tormenta temporal... - Lucha y jadea asegurándonos más, a la gruesa soga que nos envuelve. - ...es la cola, de ella... - Prosigue y me obliga, a mirarlo nuevamente.

Las olas, nos golpean.

Nos quieren separar.

Sumergiéndonos y sacándonos de ella.

Una y otra vez.

Pero Constantine, no lo deja.

No lo permite.

Él.

No me abandona...

Pero, el miedo está en mí y es como un escalofrío helado, que me recorre por todo mi cuerpo y espina dorsal, acoplándose a las frías aguas que estamos inmersos.

- Es solo, la cola de un monzón... - Sigue diciendo.

Me alienta obligando a mi rostro a que lo mire e intentando por ambos nadar al barco.

- ...va a pasar... - Jadea imperioso y con cada brazada que da en dirección a

su barco. - ...confías, en mí? - Grita, sobre la lluviosa tormenta.

Yo niego sincera temblando y su mirada, se clava en mí por eso, con odio y curiosidad.

Estrecha, sus ojos hielo.

- ...confías, en mí? - Repite otra vez con su fuerte voz, como su rostro.

Una piedra.

Y asiento rápido limpiando los míos, empapados por la lluvia y sobre su mano en mi barbilla, sin dejar de nadar a su galeón.

He hice, bien.

Porque, no sé si fueron minutos o tal vez horas.

Pero con cada nado que hizo por los dos, sobre las bravas aguas y con la fuerza que le sobra como ese ímpetu que es todo Constantine luchando contra ellas y la lluvia, la tormenta de a poco se fue disipando y mermando.

Y tanto, las olas como la tromba se convirtió de a poco en un suave oleaje, bajo una típico chaparrón de verano de un cielo gris.

Con su ayuda y la soga, logro subir al barco cuando llegamos y lo abordamos, cayendo ambos sobre el casco de este, jadeantes y contra el piso húmedo de forma pesada.

La lluvia ahora leve, golpea nuestros rostros con cada gota que cae agitados y mojados como nuestros cuerpos, por estar recostados contra el piso mirando el cielo cargado de nubes en ese gris aplomado por agua.

- ...Dios... - Susurro, temblorosa del frío. - ...nos salva...mos... - Gimo, intentando regularizar mi respiración agitada y palpando mi pecho dolido.

Pero solo logro, que una tos ahogada de agua y bronquial, se escape de mí.

Su rostro también agitado, por procurar respirar lo mejor posible, se gira a mí.

Como su gran cuerpo y frunce su rostro, al escuchar mis bronquios.

Y todo, después sucede rápido.

- Tus pulmones, suenan... - Se abalanza, sobre mí. - ...hipotermia... - Sale de él y como si, sintiera un sentimiento de familiaridad por ello.

Con su cuerpo sobre mí, desgarrar la camisa de él que llevo puesta, con un movimiento de ambas manos.

¿Eh?

- ...ambos... - Prosigue, obligándome a incorporarme y con un brazo bajo mi espalda y la otra, envolviendo mis rodillas y sin hacer caso a mis senos desnudos y como algo natural.

Me alza contra su pecho y en el camino, despojándome de los grandes

pantalones que llevo puesto.

- ¡Estoy, desnuda! - Chillo, con otra tos ahogada. - ¿Qué haces, Constantine? - Exclamo tapando mis chicas con mis brazos cruzados sobre mí y mis mejillas, ardiendo por la vergüenza.

Pero, no contesta.

Haciendo a un lado su pelo algo largo y con un movimiento de cabeza, para descubrir sus ojos.

Solo dice, bajando por las escotillas a su camarote y conmigo en sus brazos.

- Calor, mariposa... - Sale de él, una vez dentro de la habitación, pero no me recuesta.

Solo, me deja de pie al bajarme.

- ...sufriremos de una hipotermia severa, si no lo conseguimos... - Continúa, deshaciéndose de su camisa empapada y desnudando su torso, para tirarlo contra un rincón. - ...padecemos descenso, de producción de calor... - Jadea tanto por el frío, como yo. - ...no podremos regular nuestra temperatura corporal, si no la buscamos con estas ropas mojadas... - Prosigue, desatando el precario hilo que sostiene sus pantalones de lino claros...

Oh Dios. Oh Dios. Oh Dios.

¿Se va, a desnudar?

Pestañeo.

Mucho.

Porque...lo hace.

Sus pantalones, caen bajo él.

Duro contra el piso en madera y de forma pesada, por estar mojados.

Y dulce y querido, Jesús.

Constantine, no lleva ropa interior puesta.

Mis ojos como yo, caen asombrada sobre su gran desnudez y desde toda su altura frente a mí, mirando su pene.

Dorada.

Perfecta.

Grande.

Dura.

Y erecta desnudez.

M.I.E.R.D.A

Algo me envuelve de calor, despertándome de mis pensamiento y fijación.

- *Abrazzame fawayrati mawi...*(Abrázame muy fuerte). - Me susurra en

árabe, al envolvernos en una vieja pero cálida cobija.

Entiendo, lo que dice, pero no escucho su orden, que pese a que todo él es imperioso.

Porque, me lo dice de forma suave.

Como la lluvia calma, que ahora es el único sonido que se siente y cayendo, sobre el techo en madera del camarote.

Como el aroma salino y a mar agradable llena de frescura, que ahora nos envuelve y llega por la única y pequeña ventana junto a la cama.

Como las bajas olas, lejos ya de ese temporal golpeando y ahora en ese ya, familiar sonido contra el galeón de Constantine navegando y cruzando sus aguas.

Extiende sus brazos sobre mi para rodearme y ofrecerme con esa cobija y sobre él, la desnudez y el calor de su cuerpo sin pedirme permiso.

Y mi cuerpo, obedece.

El silencio, invade.

Y algo temblorosa, mezcla del frío por el mar y por la situación, me dejo abrazar.

El roce de su cuerpo desnudo y aún húmedo sobre su piel fría como la mía, se contrarresta con el dulce calor que se ensambla con la proximidad y contacto de su piel desnuda con la mía.

Me sostuvo la mirada en su dulce silencio, mientras me dejé envolver y sin nunca bajarla, me atrajo más contra él y una ola sonó sobre una leve exhalación de él, al pegar nuestros cuerpos y sus manos cubirme abriendo ellas, en mi baja espalda con una caricia.

Sus dedos con cierta aspereza por el trabajo forzado de la pesca y vivencia propia en un barco, era una descarga eléctrica de placer y para cada poro de mi desnudez, haciendo erizar mi espalda con esa torpe, pero suave caricia propia de este hombre ermitaño.

- ...*wala tatrikuha farsha...*(No me sueltes mariposa). – Me dijo con voz ronca y llevándonos a la cama.

Me mira fijo.

- ¿Confías, en mí? Repite nuevamente, la pregunta que antes dudé.

Y mi entrepierna, se humedece más.

Y Dios, al sentir reafirmar sus manos en mi baja espalda, con otra caricia.

Mi voz, no sale.

La obligo, pero se pierde entre mi corazón y pecho.

Creo.

Pero ahora afirmo sin dudar, bajo su mirada pidiendo por ello.

¿Yrogando?

Y una sonrisa leve, se dibuja en mis labios, asintiendo.

Y otra, se dibuja en Constantine.

Pero, no en esos labios llenos y cincelados que su Dios, esculpió por él.

Sino, en sus ojos.

Unos ojos cálidos irradiando calor, en su color agua de un frío hielo cristalino.

Me envuelve más contra él y con una flexión de su piernas, aferrándose más a mí y de un movimiento sosteniendo mi trasero desnudo, me alzó y obligo a rodear mis piernas sobre su cadera robándome un jadeo sin jamás perder nuestras miradas niveladas, mientras nos recostó en la cama.

- ¿Descansar? - Titubeo, sin moverme a un lado de él y con nuestros pechos desnudos pegados y aún, esa cobija rodeándonos sobre la suavidad de las sábanas en seda negra, entre nuestras piernas enroscadas. - ...soy muy mala, en eso también... - Susurro.

Sus ojos cansados, se sonríen al escucharme decir eso y creo, que sus labios también por curvarse levemente para arriba.

Pero solo se limita a negar y cerrarlos, al acomodarse sobre la cama y provocando que su erección, golpee mi vientre, robándole un duro suspiro por ese movimiento involuntario de agotamiento y para descansar junto a mí, como al mismo tiempo notando una mueca de mi parte por dolor, en uno de mis brazos heridos por ello.

Pero, no nos separamos.

De ese contacto inoportuno, que no nos negamos y late, entre nosotros con una dulce atracción, pidiéndonos a gritos atención para sentirnos.

Yo, muerdo mi labio.

Porque su mirada es una lucha interna, bajo su pelo negro azabache medio oculto y cayendo sobre él, por la postura.

Hace a un lado el mío y que cubre mi frente, de forma desprolija con una mano.

Para luego, con cuidado y una leve inclinación, besar sobre la venda húmeda y de forma casta cerrando sus ojos a esa herida de mi brazo.

- ...'Iillah alssama'a, 'aetani alquwwat bik wasawf turdi...(Dios de los cielos, dame tu fuerza y voluntad, por favor). - Susurra al fin, con sus labios sobre mi piel vendada y con ternura.

Y atrayéndome, más a él...

* **BAHAMUT:** Dios e ídolo árabe, con forma de pez que soporta la tierra.

Capítulo 6



EN ALGÚN LUGAR, DEL NORESTE DE ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO...

Las hélices en el aire con su estrepitoso movimiento mientras descendemos en el helicóptero, provocan una nube de tierra en el polvoriento lugar.

Y hago una mueca de desagrado cuando desciendo de este, acomodando mejor mi sombrero en color claro que contrarresta, el calor del Sahara Africano.

Mientras con un pañuelo ya algo húmedo de tanto secar el sudor de mi frente, limpio y sacudo el saco de mi traje blanco.

Asquerosa tierra.

Y asqueroso lugar, me repito por centésima vez.

Siempre uno, magma de traslado de producción diferente de pétalos rosas.

Siempre.

No puedo, arriesgar nada.

Nada.

Mas cuando está en juego, tantos millones de por medio.

- *Im 'aqmar eadidat la taraa ya sayidi...*(Muchas lunas, que no nos veíamos señor). - Me recibe como saludo Mesut con un trote a mí, cuando desciendo de este.

- ¿La remesa, ya llegó? - No respondo a su saludo.

No me interesa.

Solo pregunto lo que me importa, mientras nos hacemos camino entre las ruinas de la vieja y polvorienta construcción, hacia una gran carpa armada a un lado de esta y que se levantó para mi llegada y dar reparo con su sombra.

Su dentadura amarilla y arenosa como la vestimenta que lleva mercenaria, se dibuja en su rostro trigueño bajo su *Kafiyyeh*.

- Como siempre, mi señor... - Formula complacido y en mi idioma pero con

acento, ofreciéndome un vaso de agua helada que saca de las manos de una jovencita, que se acerca temerosa y con su mirada baja hacia nosotros.

Satisfecho doy un gran sorbo, recorriendo su cuerpo entero para luego el lugar que me rodea, mientras es empujada por otro a que vuelva al interior por una puerta trasera y ajada por el tiempo.

Uno de tantos hombres dados, por *la joven madre* de todo esto.

O como gusta, que la llamen.

La reina madre.

Que me otorga bajo mis órdenes y con cada convoy de carga, que cruzo hasta otro país para su venta.

Elevo la mano que lleva el anillo de mi cofradía en alto y con un movimiento como orden a Mesut, dejando el vaso sobre una silla plegable.

No necesito hablar.

El silencio del inhóspito y desértico lugar, se mezcla con los ladridos de éste, dando órdenes.

Para que una veintena de hombres a medio encapuchar y con armas colgando sobre sus espaldas, se pongan en movimiento.

Corriendo.

Yendo y viniendo del lugar acatándolas y surgiendo entre la media docenas de *Jeep* oscuros y doble cabinas que estacionados que comienzan a rugir sus motores al ser encendidos, como los dos camiones de carga mediana estacionados, en la entrada y que de temprana madrugada, ya están alistados.

Los gritos como gruñidos en su dialecto y fuertes pisadas sobre la arenosa tierra del lugar, se contrarresta con las ferrosas rejas que se deslizan de forma seca, contra las puertas blindadas traseras de ellos al ser abiertas de par en par para comenzar, con la carga de la mercadería.

Y el sonido, dando el comienzo a todo es música para mi oídos y se acopla, con el aullido de dos coyotes solitarios que gimen hambrientos desde la zona rocosa, mientras me hago paso al primer *Jeep* que a la cabeza, que dará comienzo este viaje en caravana hasta el puerto.

Busco mis lentes oscuros de sol del bolsillo del saco de vestir de mi exquisito traje europeo, mientras abren por mí la puerta trasera de este para que suba.

Los acomodo sobre mi rostro bajo el sol y calor sofocante, mientras observo a las bestias relamiendo y hambrientas desde su alto y entre las piedras.

Esperando...

"Hoy, no hay sobras...ni desechos...muchachos..."

Les susurro para mí e introduciéndome al interior.

Sonrío.

Hoy...no...

AMELY

- ¿Qué? - Chillo, sobre mi lugar y sin moverme.

Al menos lo intento, tomando la cuerda de siempre y cuelga del primer mástil, que ya se hizo carne en mí, para no caer y mantenerme a flote.

Puto y jodido galeón, que se balancea más a orillas del acantilado donde arribó.

Mi vista recorre desde su base, su alta superficie que muchos metros más arriba y donde a duras penas por su altura descomunal, se logra divisar la tierra prometida del otro lado.

Y que, para llegar a ella hay que escalar entre sus estriadas e irregulares paredes verticales.

Con una mano tipo visera sobre mis ojos por el sol que no tiene piedad desde su cielo despejado, miro para ambos lados de todo el lugar.

Mis hombros, se caen.

Porque tampoco, es reconfortante y de gran ayuda.

Su extensión de cientos de metros por kilómetros, se pierden en la inmensidad y a la vista de uno, a lo largo y extremo de cada lado.

Cubriendo toda la costa oceánica como grandes murallas naturales rocosas y haciendo frente a las rugientes y altas olas guerreras, que golpean una y otra vez y sin compasión sus riscos.

Como si entre ellas, hubiera un amor de pura naturaleza contenida con odio, entre estos dos elementos.

Agua contra tierra.

Cuando se encuentran y colisionan, entre sí.

Miro mis bracitos que aún siguen a medio vendar, pero ya sanas su cicatrización.

Las elevo frente mío y sobre mi camiseta raída y algo rota por su navaja, que fue lo que encontré sobre un rincón de la habitación al despertar.

- No podré... - Sale de mí, insegura.

Constantine lanza el ancla y se gira a mí, sacudiendo sus manos.

- Eres sanas... - Murmura, con esa voz baja de mierda y sexi con acento milenario que tiene, mientras se encoje de hombros como si nada. - ...son solo,

un par de metros para arriba... - Señala el alto y por demás, rocosa pared de ciento de metro de altura del acantilado. - ...podrás, con ello... - Serio y sin dejo de emoción.

Pero, qué hijo de perra.

Le estrecho los ojos con odio sin moverme, mientras lo observo que con un último amarre de una gruesa soga, que provoca con varios movimientos jalando de sus fuertes brazos, que las velas bajen y de forma ordenada, reposen y dejen de izarse.

Arremolinándose sobre sus parantes y que el viento costero, deje de jugar con ellas.

Logrando que la vieja barcaza de la época de Moisés, merme su balanceo a orillas de la costa, contra su oleaje y quede quieta a orillas de esta.

Elevo, ambos brazos al aire exasperada y soltando la cuerda.

- ¿En serio, dejaras... - Señalo el acantilado a metros y frente nuestro, tratando en vano con un nudo maltrecho hecho por mí, para acomodar mi camiseta cortada por él y que tapa a duras penas mis chicas. - ...que escale, eso? - Suspiro resignada. - ¿Y que camine como 20 kilómetros, bajo este sol hasta tu hermano?

Luego del episodio de la tormenta y de casi, morir ahogada en el mar con ese sexi y caliente momento en su camarote de ambos desnudos y recostados para darnos calor.

Ambos, sucumbimos en un sueño reparador de fuerzas.

Al menos, yo.

Donde, la última imagen.

Corrección.

Última, sensación que tuve.

Fue de sus tibios labios que con cuidado y ternura, reposaron en mi brazo malherido diciendo algo en su idioma, que nunca entendí.

Pro siendo suficiente, para que la tranquilidad que tanto necesitaba para apaciguar mis miedos y que siempre me embargan, se borrarán llamando al dios de los sueños.

El tal, Morfeo.

Como el miedo a lo sucedido, con las aves y su ataque en el puerto.

Seguido al miedo a la tormenta y por ende, a la muerte y de hacerlo ahogada.

Y el miedo, que tengo siempre a todo lo nuevo.

Como el no menos importante y que colma todo mi ser, desde lo que lo vi

por primera vez.

Temor, que es toda esta locura de saber vivo, al que creí muerto.

Al hermoso príncipe de las mareas y oscuridad que es este hombre y que tengo en frente.

Que amé y sigo amando, más allá de todo.

Y que a veces en situaciones como, cuando sanó cada una de mis heridas bajo la ducha con sumo cuidado y dedicación, luego del ataque de las gaviotas.

O momentos después, rescatándome de la furia de la olas y de no morir en el mar poniendo en juego su vida y me rescató, para luego resguardarme entre sus brazos para darme calor en el camarote.

Haciéndome pensar, que con cada uno de sus lindos y tiernos gestos, nació de los brazos de una dulce madre humana.

Y no como ahora y lo miro, más con odio.

Que fue directamente engendrado del culo de algún personaje de King, por su insensible y frío corazón a juego con el color y mirada de sus ojos hielo y que me regala, por mi negativa de sentirme abandonada por él y en medio de este paraje entre océano, rocas altas y desierto.

De pie y a metro mío, solo vestido con unos viejos pantalones que en sus mejores épocas, fueron de un gris intenso como su mirada.

Tose.

- 15 kilómetros hasta uno de los puestos de la guardia real... - Susurra. - ...son más kilómetros, hasta el palacio... - Me corrige, limpiando su sudor con esa especie de manga en cuero y otro material que siempre cubre, parte de su brazo y muñeca que nunca se saca.

Hace a un lado su pelo suelto al pasar por mi lado detrás de su oreja, ignorando completamente mi presencia, como mi cara de pocos amigos por su dicho.

Regalándome a mi placer, toda esa simetría de rostro despejado de belleza exótica de piel dorada, por la mezcla de esas dos culturas etnias como por pasar tantas horas bajo el sol, mientras desaparece escotilla dentro.

Para aparecer minuto después, poniéndose una camiseta negra sin mangas.

Y yo, me fastidio y tengo ganas de llorar como nenita.

Por cubrir esa tela ese pecho duro y tonificado de cuerpo tallado con gran altura, cincelado por algún tipo de dios egipcio bajo ella con un movimiento, mientras viene a mi dirección con otra prenda entre sus manos.

Y entrecerré más mis ojos, ante el resplandor del sol agarrándome otra vez

y más fuerte, de la soga que me sostiene mientras camina hasta donde estoy.

Santo Dios.

Porque, Constantine Kosamé.

Es un hombre.

Rudo.

Duro.

Con algo de peluche, aunque lo niegue.

Pero hermoso.

Muy hermoso.

Cambié el peso de mi pie algo incómoda, cuando se detuvo frente a mi invadiendo mi espacio personal, provocando que me incline algo hacia atrás para nivelar la altura de su mirada, creando una pequeña superficie de más distancia entre su pecho y el mío, casi rozándose.

Pero tomando mis caderas con ambas manos, no se inmutó y de un movimiento me jaló contra él chocando nuestros cuerpos.

Y un jadeo de asombro salió de mí, al sentir su calor y ese contacto.

Su piel, contra la mía.

Y algo pequeño, se dibujó en sus labios por eso.

Tal vez, una sonrisa.

Para luego con otro movimiento diestro de sus dedos, romper el precario nudo que unía las dos partes rotas de mi camiseta, exponiendo mis pechos desnudos a su vista y con otro, dejarme libre de ella haciéndolo un bollo y lanzarlo, sobre el viejo piso en madera del barco.

No me quejé, ni grité como las otras veces.

Solo me limité a cubrir mis pechos desnudos con mis manos.

Porque si algo descubrí, en estas últimas horas de Constantine.

Era, que nada le importaba.

Y que tristemente, yo.

Amándolo y siendo mujer.

Y completamente o media desnuda ante él, como ahora o antes.

No se inmutaba.

No le afectaba, cuan sexi fuera la situación.

Porque, no conocía el miedo.

La vergüenza o la excitación.

Como el pudor de lo ajeno, cuando esa prenda que sostiene entre sus manos puso sobre mi cabeza, pero con cuidado la deslizó sobre mí para cubrir mi desnudez.

Y por ende, no sintió como yo la piel erizarse por nuestro contacto, por sus dedos recorrer mi piel.

Solo salió de él, algo así como un leve bufido al entreabrirse sus labios, luego de cerciorarse que estaba cubierta.

Nada más.

Triste.

Pero real...

CONSTANTINE

De la confrontación momentos antes de lo sucedido con las gaviotas, pasamos a la ducha semi desnudos.

Luego otra nueva confrontación, para luego terminar en la cama desnudos, por el incidente con la tormenta y ser lanzados contra el mar.

Y ahora, nuevamente a una tercera confrontación y pateo mis pelotas internamente, porque toda esta actitud con la mariposa en estas 24h, es un poco caliente.

Y mi pene bajo mis pantalones, se mueve con una amenaza de una erección de grado 9.

¿Acaso, no se da cuenta la inconsciente, que todo lo de ella me llama?

¿Qué sentí cada jodido minuto que la vi dormir y porque yo no pude hacerlo, mis pelotas ponerse de un azul intenso por mantener la precaria distancia de su bonito cuerpo desnudo contra el mío en mi cama, mientras le daba calor?

Una cama suficientemente blanda, perfecta y cómoda para cogerla de veinte maneras diferente y a mi placer?

¿Y cuando lo único que deseaba, era una y otra vez enterrarme en ella, hasta hacerla gritar mi nombre con cada orgasmo llenándola de mí, con el mío acabando?

Porque, cada condenada porción de su piel, olía tan bien.

Rico.

Dulce.

Como a mariposas y flores.

Gritando mi nombre, cada jodido rincón de su cuerpo, diciéndome.

Y no quiero.

Porque, no puede ser.

Que la mariposa, es mía.

Mía.

Y solo, mía.

Mi Argena Mittrai.

Siempre ejercí el control sobre todo lo que fue mi vida de temprana edad, sin otro remedio ante la muerte de mi madre querida en manos de Leon y sus brutales castigos siendo un niño.

Como en la desaparición de ese hermano que siempre adoré, pese a la distancia y en la búsqueda por su paradero hasta encontrarlo.

Me hice duro.

Fuerte.

Me forjé implacable, para que las emociones no me controlaran.

Y convertirme, en un *Qurash*.

Por mi gente.

Mi pueblo.

Y su rey.

Mi hermano.

Donde derramar sangre enemiga, no me conmueva bajo mis sables.

Como la de miles de Leones más, cruzarme con cada paso de justicia que doy si es necesario para obtenerla.

No siento emoción alguna, ni arrepentimiento por ello.

Pero la mariposa provoca en mí, el único sentimiento que no debo.

La de millones de sensaciones que hace acelerar mis latidos, apropiándose de mí.

Y la ira me llena, por no poder dominarlo.

Pero, no me permití terminar de sentir esos pensamientos que me llenan con solo verla.

Lo interrumpí antes de que pudiera molestarme por completo, estas emociones vainillas y tan rosas, que golpean mi corazón.

Y caminé ignorando por completo su presencia con rostro desencajado, por mi respuesta sin nada emoción, al verse sola para regresar hasta el palacio de mi hermano a kilómetros de la costa.

Aunque no pude evitar una sonrisa engreída y divertida, por su bonito rostro ante mi frialdad, caminando al interior de mi *Sambuk* por ropa para ambos fuera de su vista.

Porque aún quedaba en mí, del viejo Constantine.

Ese príncipe de la realeza, caballero y atento de años atrás.

Incluso bajo estas miles y miles de otras cosas que soy ahora.

Más duras.

Más inflexible.

Hasta más brutal y que, bajo mi vestimenta guerrera me puedo convertir, en algo muy cruel.

- Bueno...entonces, qué? - Me saca de mis pensamientos mientras con un último vistazo, cercioro que una de mis camisetas que busqué para ella cubra su torso desnudo y, sin poder evitar que un suspiro se escape al entreabrir mis labios, por lo hermosa que se ve con ropa mía y sus pechos desnudos, dibujando la redondez de sus lindos pezones bajo ella por no llevar sujetador.

Se aleja algo de mí y esa distancia, me hace sentir vacío.

Alqaraf...

Deja caer sus brazos, de forma cansada.

- ...dejarás, que trepe... - Señala el risco dudosa y con cierto temor. - ...sola?

Arqueo una ceja.

- ¿Tienes miedo? - Exclamo, caminando a un pequeño cobertizo por algo.

- No soy buena, en eso tampoco... - Su respuesta en voz baja, resuena a espalda de mí, inclinado para abrirlo.

Y trato de morder mi risa, negando.

Porque la mariposa, parece creer que no es buena en nada.

Dejo caer mi cabeza hacia adelante, provocando que mi pelo cubra la totalidad de mi rostro.

Allah min alssama' (Dios del cielo). Me murmuro, para mis adentros y cerrando mis ojos.

Porque presiento, que es todo lo contrario esta mujercita...

AMELY

Su espalda se sacude, creo por una risita.

Creo.

No lo sé bien, porque inclinado abre una pequeña puerta a un lado del barco que nunca noté su existencia, para sacar lo que parece un arnés con una especie de cuerda a él y en cuero trenzado, que enroscada con cuidado cuelga en uno de sus hombros, mientras camina a el borde del barco para saltar a la orilla, con un pequeño morral con cosas en su interior.

- Busca tus pertenencias, te subiré a la superficie del risco... - Exclama frío, soltando la cuerda de cuero sobre el rocoso suelo, para rodear su cintura con esa especie de arnés.

Corro barco dentro, por mi cartera y mi querida cámara, evitando hacer

algún tipo de tontería, como un bailecito de la alegría por su ayuda.

Cualquier cosa.

Menos que ese corazón frío y de piedra como sus emociones, por una demostración de felicidad hagan que se arrepienta por oxidarse de una expresión de alegría mía y ayuda samaritana.

El suave *clip* de un dispositivo de seguridad al ser cerrado y rodear su cintura, es el único sonido que se siente con las olas, cuando salto a la orilla y regreso a él.

Hace a un lado su pelo por la brisa marina, mientras trabaja en silencio y anexa algo a su muñequera de siempre que saca del morral y que, está unido a ese tipo de arnés profesional con la cuerda de cuero oscura.

Un pequeño artefacto, del tamaño de su ante brazo.

- ¿Cuánto pesas? - Suelta, cerrando un ojo y de la nada, apuntando con su mano que lleva ese aparataje; hacia el alto del acantilado.

¿Qué?

¿Acaso, preguntó eso?

¿Y a una mujer?

No puedo responder.

Porque tapo mis oídos con ambas manos, ante un zumbido tipo disparo lanzando la extensa cuerda trenzada, que vuela montaña arriba y con un golpe certero la púa de su punta, se empotra y ensambla, en la cúspide de esta y entre las rocas.

Guau.

Le achino, los ojos.

- ¿Qué, cuanto peso? - No me lo creo, bajando mis manos.

Me mira, con cara de nada.

- Si. - Como si fuera normal.

Me cruzo de brazos, mientras me dejo amarrar por él.

Y jodido cielo y bendito arnés, que hace que nos una cuando estamos seguros uno frente al otro.

Pero pegados.

Empuja el precinto con fuerza con su brazo para verificar mi seguridad, haciendo que me atraiga más a él y me roba un suspiro por ello, mientras me mira profundo y en su silencio muy a los hermanos Kosamé, con esos ojos grises color hielo.

Y arquea una ceja por ello, juguetonamente.

Pero, que puto creído.

Miro, para el otro lado.

- Necesito saberlo, por el soporte de peso... - Prosigue, mirando a lo alto y cerciorándose, mientras empuja para abajo la cuerda que nos subirá con su otro brazo.

Y una media sonrisa de satisfacción, se dibuja en sus labios al notar su firmeza.

Oh.

Junto, mis dedos dudosa.

- Bueno...no sé... - Susurro, mirando ellos. - ...con la dieta de la luna de la otra vez, creo unos 55 kilográ...

Y no puedo, seguir hablando.

Por la fuerza potente de algo.

Que es la cuerda, subiendo para arriba y nos lleva a ambos a gran velocidad, robándome un grito de asombro y sorpresa, mientras ascendemos.

Mi pelo vuela y sin soltarme de Constantine por temor, trato con una mano de acomodarlo con la vertiginosa subida.

Elevo mi barbilla para nivelar su altura, al sentir sus pies descalzos que se enroscan con los míos en el aire por ello; dándome estabilidad y más seguridad, pese al arnés que nos une y uno de sus brazos rodeándome con cuidado, sobre mi cintura.

Pero fuerte.

Para encontrarme, con su mirada glacial y profunda.

En mí.

Pero, pese a ese frío color.

Hay calidez en ellos y hasta juraría que cierta diversión, por disfrutar todo esto y mi temor, con cada metro que subimos por la ladera del alto risco montañoso.

Y por solo, un momento.

Tan solo, un momento.

Nuestras miradas, dejan de hacerlo.

Porque ambos hacemos algo, que imposible no.

Mirar mientras somos jalados, cuesta arriba.

El hermoso panorama, que nos regala la gran altura con su vista.

El oceánico mar con su horizonte sobre su frente, donde se une con el astro rey.

Para regalarnos un cálido atardecer dorado en tonos naranjas fuego sobre el cielo y las aguas, para dar lugar a la próxima noche.

Y no puedo evitar, apoyar mi rostro sobre su pecho luchando contra el viento por mi pelo.

Porque, esta sensación de adrenalina y momento, con el exótico e impredecible Constantine.

No me lo voy a olvidar.

Nunca.

Me lo prometí con este cielo, el océano y abrazada en el aire a él.

Jamás.

Un relincho de caballo nos recibe y rompe el encanto, cuando con su ayuda trepamos el par de metros para llegar al su cúspide, una vez que llegamos.

Sacudo mi jeans al ver un hermoso alazán negro como la noche, como su impecable montura en cuero lustrado y que relincha más, al notar a Constantine y se acerca a él como si fueran amigos de toda la vida, mientras nos deshacemos del arnés.

Y lo son.

Porque Constantine hace dos cosas, que casi me noquean de amor.

Una.

Acariciar al pura sangre, con cariño bajo su cuello.

Cariño.

¿Entienden?

Y lo segundo.

Y que, tuve que usar toda la fuerza de mi voluntad y la que no tengo.

Pero mucho, de esta primera.

Para no tomar mi cámara fotográfica que cuelga de mí y hacer una serie de disparos con ella, peleando contra mi corazón por ello.

Al ver y poder retratar a Constantine.

Sonreír.

Sonreír, natural.

Espontáneo y jovial a su caballo por el encuentro.

Una sonrisa que nunca abandonó su rostro, con cada caricia amistosa que le da mientras creo que mi sangre si abandonó el mío.

Porque Constantine, tenía una de las sonrisas más lindas del mundo.

Porque, lo hacía con sus ojos también y pareciendo, lo que es lejos de todo lo que creó con ese personaje y fingiendo su muerte.

Un muchacho de no más, de 24 años.

Me acerco con timidez al caballo que recibe también mi caricia con agrado, haciendo arquear una ceja curioso a Constantine.

Me encojo de hombros y sonrío por ello.

Sus labios se entreabren para decir algo por eso, pero la bocina de un Jeep todo terreno del color de la arena que pisamos, lo interrumpe mientras de una frenada precisa, se detiene a metro nuestro manejado por Cabul, que nos saluda desde el volante y manteniendo el motor encendido.

Y como si un interruptor, activara a Constantine.

Su seriedad vuelve, dejando atrás a ese juvenil chico de sonrisa linda y natural de momentos antes.

Para ser, el Constantine de siempre.

El sin dejo de emoción.

- *Fi alwaqt almunasib, kama hu alhal dayimaan...*(A tiempo, como siempre). - Exclama serio y caminando hacia el compartimiento trasero del Jeep para lanzar el arnés con la cuerda, como el dispositivo que se encastra de su muñeca de un movimiento, mientras saca un bolso oscuro y que hay a un lado, para colgarlo de un hombro.

- *Dayimaan ya sayidi...*(Siempre, señor). - Responde éste, complacido y con una reverencia con ambas manos unidas, tanto a él como a mí.

Y yo, miro a ambos perpleja y aún, acariciando al caballo sobre mi lugar, mientras Constantine ignorando o tal vez olvidándose de mi presencia, acomoda ese gran bolso negro sobre la parte trasera de la montura de su caballo, absorto en su pensamientos.

Señalo a Cabul.

- ¿Acaso, sabía que estaríamos acá... - Toco el animal. - ...cómo tu caballo?

Constantine se sonríe, ajustando más el apero y de un bolsillo de ese bolso, saca algo oscuro para rodear su caballo y de un salto montarlo.

Me mira desde arriba, mientras noto que lo que sacó, es un *Kafiyyeh* negro.

- Cabul, lo sabe todo... - Me responde, haciendo a un lado su pelo que siempre cubre casi la totalidad de su rostro, para colocárselo sobre su cabeza, para luego tapar parte de el y dejando a la vista solo sus ojos hielo.

Mi Dios.

Misteriosamente caliente y hermoso, el jodido.

- Y *Eadhab...*(Tormento). - Palmea su caballo. - Me sigue a donde voy, mariposa... - Finaliza maniobrando su alazán, con intenciones de irse.

Pero me interpongo en su camino con brazos abiertos, obligando a que el caballo haga una maniobra imprevista y se eleve en dos patas.

- ¿Te vas? - Exclamo.

Asiente, bajo su *Kafiyyeh*.

- Tengo cosas, que resolver... - Quiere esquivarme, pero me vuelvo a interponer y me gana una de sus miradas de hielo y de mierda.

Pero, no me importa.

Miro todo.

- ¿Esto estaba previsto, no? - Digo. - ¿Nunca me ibas a dejar escalar el risco y caminar los kilómetros bajo el sol, verdad? - Pregunto algo tímida, para luego mirarlo fijo a él. - ¿A dónde vas, tiene algo que ver con ese traje raro que usas? - Relamo mis labios, por la sequedad del calor y temor que me da saber eso.

Su mirada también está en mí, cuando dice.

- ...yo nunca, voy a dejar que estés en peligro, *Argena Mittrei*... - Murmura, nombrando mi animal favorito otra vez, haciendo un leve trote.

Pero detiene el caballo y se gira a mí, por sobre un hombro.

Siento su sonrisa, bajo la máscara.

- ...y pesas más de 60 kilos, mentirosa... - Afirma divertido.

¿Eh?

Y sin más.

Se larga cabalgando, con su alazán de un color tan noche.

Que parece que destella azul por el brillo de su pelaje negro, bajo el sol y siendo montado por Constantine.

Y yo, no dejo de mirar ambas criaturas hermosas mientras se pierden en la llanura del desierto y entre las dunas en su carrera.

Carajo.

Porque, son hermosos.

Y suspiro, sonriendo por su último dicho, subiendo el lado del acompañante y junto a Cabul.

Porque tiene razón y se dio cuenta.

Y quiero reír a carcajadas, por eso.

Ya que, tampoco soy buena con las dietas.

Acomodo mejor mi cámara como la cartera, sacando algo de su interior.

El extraño anillo, que dejó este exótico hombre que amo en mi habitación, esa noche.

Suelto una risita al recordar, mientras lo acaricio entre mis dedos.

- El loquito del manicomio... - Susurro, logrando una mirada curiosa de Cabul sobre el volante, retomando el irregular camino hacia el palacio de mi mejor amiga.

- Un *Rammisha* de la sangre *Qurash*, de *Los Ur de Caldeos*... - Solo sale de su boca, mientras con maniobras diestras esquivo dunas y arbustos del sinuoso camino, sin dejar de mirar al frente y donde conduce.

Así lo llamó Ghoro, mi compañero de trabajo de la redacción.

Pero miro interrogante a Cabul, por lo último que no sabía.

- Dinastía familiar del *Sayyid* y su hermano... - Me explica. - ...la sangre real del pueblo de Abraham, corre por sus venas... - Me mira, por el rabillo del ojo. - ...sangre guerrera en los hijos varones...*la Qurash*... - Repite y finaliza, al llegar a la primer detención de la seguridad real a pocos kilómetros del palacio.

Y frunzo mi ceño, porque no puedo preguntar nada ante los guardias que nos saludan con más reverencia, para luego dejarnos proseguir ya sobre un lindo camino de empedrados y adoquines de larga distancia y rodeado por árboles de tupida copa alta, regalando una sombra reparadora ante el gran calor del solsticio.

Me giro a él preocupada abriendo la palma de la mano, que sostiene el famoso *Rammisha*.

- ¿Esto, es un arma de defensa, verdad? - Pregunto y su asentimiento sin dudar, hace morder mi labio con temor.

Miro mis pies, para luego cerrar mis ojos.

- ¿Él lo dejó, para que me defienda?

Su mirada de lado, me lo confirma.

- Un *Qurash*, nunca pierde sus armas, '*amirti*...

¿Pero, por qué iba a necesitar eso, yo?

¿Una simple fotografía, de un semanal?

- Cabul... - Murmuro con cierto dejo de preocupación, por lo que agolpa en mi mente y elevo el anillo sobre nosotros. - ¿Esto tiene algo que ver, con lo que tiene resolver y ese traje de loquito medieval, que sabe ponerse?

Y me gano una risita baja y simpática de él, al detener el coche para que sean abiertas las grandes compuertas, que dan el ingreso al palacio por más servidores.

Su pesado y labrado hierro forjado con madera, rompe con su crujir y su abrir empujados por guardias, la soledad del paraje y nuestras miradas fijas.

Para luego hacer unos metros al ingresar al interior, pero detener otra vez su marcha a mitad de esta.

Sus manos abandonan el volante para girar su cuerpo hacia mí y tomar el anillo entre mis manos, pero con una reverencia de su cabeza bajo su turbante

por ello y sostenerlo con su mirada fija en él.

- El *Shayj* es un guerrero, *farashat al'amir*... - Murmura, mientras intento entender por cómo me llama, pero no puedo.

Haciendo una nota mental, que necesito urgente retomar más clases de árabe y notando, que responde lo que Constantine no.

Eso de "*Resolver con ese traje, cosas...*"

- ...corre por sus venas la justicia, como muchos lo hicieron de sus antepasados... - Prosigue, mientras con su otra mano libre, toma la mía con respeto.

Para ser precisa, la izquierda.

La eleva, sobre mí.

- Constantine es, *hariq*...(fuego). - Eso sí entiendo y sonrío.

Cabul, también.

- ...Constantine es, *'iinsaf*...(equidad). - También, lo entiendo.

-...Constantine es... - Prosigue acomodando el anillo sobre mi anular.

Mierda.

- ...*alaittihad walttahaluf, aldhy yurid*...(unión y alianza con lo que quiere). - Eso sí, que no entendí y sonrío por ello, de forma paternal. – Porque, Constantine Kosamé es... - Murmura deslizándolo el anillo sobre mi dedo y cubriéndolo con cariño con sus manos, para finalizar con esos viejos ojos de haber visto y vivido mucho, pero llenos de amor por esos hermanos príncipes que cuida y vela, como hijos propios. - ...*hi aleatifat alnnaquiat walharb*... (pura pasión y guerra).

Finaliza, mientras extendiendo mi mano con el anillo puesto, en mi anular.

Sin comprender mucho este lindo y emotivo momento, por tanta información contenida en este corto periodo.

Pero sí, perfectamente sus últimas palabras.

Y sonrío, sobre mi lugar y sin dejar de observar el anillo puesto.

De un dorado profundo.

Tal vez, oro.

Labrado con el escudo de su familia real, por sus ancestros.

Y donde en esa pequeña punta saliente de cuatro como defensa, corona la inicial de los hermanos y su pueblo en diseño grabado.

La letra "C."

Lo llevo contra mi pecho, mientras Cabul vuelve al manejo y nos introducimos más, sobre los jardines internos.

Hermoso en diseño como construcción, coronando con sus hectáreas todo

lo que es este único y paradisíaco en vergel con oasis.

Y sonrió más.

Cabul, tiene razón.

Porque, Constantine Kosamé.

Es.

Pura pasión y guerra...

Dos horas después y guardar de mala gana el anillo, en uno de los bolsillos traseros de mi jeans.

Y luego de escuchar los chillidos, primero de horror de mi mejor amiga y casi hermana Juno, olvidando por completo su protocolo de princesa en uno de sus salones principales, bajo la risita de su esposo y rey, Caldeo al ver mis heridas como de toda la gente que compone su emirato.

Justificándolas por el ataque de esas horrendas aves y a causa de las dichas pulseras, pero obviando la presencia de Constantine y solo, murmurando estar en el puerto por fotos nuevas para mi colección personal.

Estalló de alegría una vez que verificó de la curación total de ellas, cuando me despojé de las vendas y desnudé mis brazos para recibir los suyos; con un gran abrazo.

Y no pude reprimir, ciertas lágrimas por invadirme muchas emociones contenidas.

Sensaciones que viví en poco más de 24 horas y descubrí, que estaba vivo.

VIVO.

Y que al rudo.

Ermitaño y guerrero.

Lo amaba, más que nunca.

Y que mantener su secreto, es alegría y dolor.

Alegría.

De saberlo vivo y que nunca murió.

Y dolor.

Y mis ojos se llenan de más lágrimas por eso, cuando por sobre el hombro de Jun que me abraza, las reposo en su marido y un gran amigo que descubrí tener, como querer mucho.

Que de pie y feliz por mi llegada, pero atendiendo algún asunto de estado por una carpeta que le alcanza, uno de sus excelentísimos.

Nunca sabrá, la verdadera situación de ese hermano que amó, tanto lloró y aún, lo hace por su muerte.

Pero algo me embarga de alegría, borrando un poquito de este doloroso

secreto.

Y es por los pequeños pasitos, pero decididos con su trotecito.

De mi hermosa Sabanna, cuando aparece por unas de las escalinatas que dan a esta gran sala.

La hija de Jun y Caldeo.

La princesita de corazones, como la llama Cabul.

Porque lo es, con su apenas tres años por cumplir.

Siendo una hermosa metamorfosis, de mis amigos.

Piel blanca, como Juno.

Algo pecosa y con la mirada de ella.

Pero su pelo de un negro azabache como su padre y con la herencia de esos ojos cristales como el hielo, bajo unas pestañas oscuras que los protegen como si fueran diamantes.

Suspiro.

Al igual, que lo de Constantine.

Y no me hago rogar y me inclino sobre mi lugar, para recibirla entre mis brazos y llenarla de besos, haciendo que ría a carcajadas.

- ¡Cumpliste y a tiempo! - Mi amiga palmotea feliz, mientras yo me como los cachetes de mi sobrina. - ¡Para el festejo del cumpleaños, de Sab! - Exclama feliz y dejándose abrazar por atrás, por Caldeo.

Pero, me mira raro y arrugando su nariz.

- ¿Y tu equipaje, Amm? - Pregunta extrañada y prestando, más atención a mi ropa puesta.

Diablos.

Ruedo mis ojos.

- Volqué mi bebida y solo encontré a mano esta vieja camisa que traía en mi cartera por muda... - Me justifiqué. - ...mi equipaje vendrá después, fue viaje relámpago... - Prosigo y me quiero patear, porque ni yo me lo creo bajo la mirada de ambos y un Cabul detrás de ellos atento.

Juno inclina su cabeza y me estrecha los ojos.

La muy jodida, me conoce demasiado.

Me señala, con un dedo.

- Esa camiseta que llevas, es como tres tallas más grande que la tuya y de hombre... - Masculla y Caldeo me arquea una ceja por eso, depositando más su mirada gris y tan hielo como su hermano, sobre la prenda.

Re mierda.

Cambio el peso y postura de mi pie, incómoda por la situación y cuando

creo que voy a sucumbir en el infierno de mi mentira siendo descubierta, otro chillido de emoción de mi mejor amiga me saca a mí y a Caldeo, de nuestros pensamientos propios y profundos.

- ¡Dios, escuchó mis ruegos! - Se suelta de su marido, para volverme a abrazar con su hijita entre mis brazos. - ¡Por fin, encontraste el amor y lo olvidaste! - Su alegría no se contiene y pega mi hombro con cariño y tipo reproche. - ¿Y me lo tenías guardado, Amm? ¿Qué clase de mejores amigas, somos? - Pero su sonrisa otra vez dibujada en su rostro, borrando su enojo fingido, tocando la suave tela. - ¿Es de él, verdad? - Y su mirada, brilla ante la expectativa.

Como no.

Y quiero, rodar mis ojos por ello.

Si Jun, fue mi confidente.

Testigo.

Y hermana como la siento, de mi dolor por la muerte de Constantine.

Como ese amor incondicional por él y a lo largo, de estos tres duros y largos años.

Haciendo totalmente difícil confraternizar y por ende imposible, intimidar con algún hombre en lo sexual.

Por más intentos y empeño, que puse con cada cita.

Bajo la mirada aprobatoria de Cabul, asiento en silencio.

Y algo feliz, dentro de esta gran mentira.

Porque, un pedacito de verdad tiene.

Ya que, la camiseta que llevo puesta es de mi amor.

Pero, el de siempre.

- Anyel... - Repite mi pequeñita aún, entre mis brazos y con su dulce vocecita infantil, tocando la tela como segundos antes Juno.

Miro curiosa a todos y mi amiga, rompe en carcajadas mientras la toma por mí para besar sus regordetas mejillas.

- No, cariño... -La corrige con dulzura, para luego mirarme a mi rodando sus ojos divertida. - ...Sabanna tiene un amigo imaginario, que quiere mucho y lo llama ángel. Lo saluda desde los jardines, cuando lo ve desde los riscos... - Me informa para otra vez, besar a su bebita. - ...la camiseta, no es de tu amigo el ángel, cariño. - Me vuelve a señalar.

Y como fichas de encastre, entiendo todo.

Viajando mi mirada a Cabul que dentro de su siempre serenidad, me confirma lo de *ese ángel*.

Y me ahogo de los nervios, provocando que mis amigos me miren preocupados y golpeen mi espalda para subsanar mi ataque de tos.

Sacudo mi cabeza.

- No...no. - Toso. - Estoy...bien... - Aseguro, tomando una profunda respiración y un trago de agua, que me alcanza la servidumbre en un vaso.

Pero la pequeña aún obstinada, niega cruzando sus bracitos porfiada, ante la negativa de su madre.

- Ño... - Toca mi camiseta. - Anyel... - Vuelve a repetir.

Imposible.

Todos reímos y yo, beso su frente con amor.

Porque, jodidamente mi nenita inteligente, tiene razón...

Luego de un par de días de relajación disfrutando de la compañía de mis amigos con su hospitalidad y cariño, haciendo que olvide de a ratos al desaparecido Constantine sin saber de él y por más ruego que imploré a un mudo Cabul, pero con mirada cómplice.

Pero, sin antes avisar a mi trabajo por mi ausencia, bajo un Ghoro algo triste por ello, pero deseándome una feliz estadía en el palacio del rey en el teléfono.

Llegó el gran día del festejo número tres, de Sabanna y con ello.

La llegada un día antes de toda la familia Mon, Grands y Montero como los Nápole arribando al país Africano, en el avión privado de las T8P.

El Impala III.

Donde todo fue alboroto, como llantos de alegría con muchos abrazos de vernos todos reunidos y con sus respectivas familias.

Fresita con Salvador y los integrantes de la ex banda de Caldeo, con Cisco y Bruno.

Los padres, de las chicas.

Los de Caldeo, como también los de Caleb y el padre de Cristiano.

Como una Hope, que lejos de ese carácter dominante y controlador.

Vive su historia de amor, con su marido Caleb.

Convirtiéndose en estos cortos años junto a él, en uno de los mejores bailarines de ritmos latinos y ganadores absolutos, en lo que aman con pasión.

El Tango.

Con varias medallas de oro como plata por ello y que decoran, la gran vitrina en su salón de baile, donde dan sus clases, incentivando que nada es imposible tanto a niños como adultos y a sus clases especiales, a los que sufren alguna discapacidad.

O como Tatúm y Cristiano, con su historia de amor.

Mis otros amigos, que quiero mucho.

Qué y aunque dicen, que el hilo rojo es solo una leyenda oriental.

Un mito urbano.

Una linda fábula, sobre ese sentimiento.

Es verdadero.

MUY VERDADERO.

Porque, existe.

Y sonrío, por ello.

Porque es como Cristiano dijo una vez besando a su pequeña Lulú entre sus brazos y con amor, antes de yo parta a vivir a África y mostrando, su alianza de casamiento con Tate.

Un hilo rojo, enroscado en sus muñecas.

<< *Solo hay elevar el meñique al aire y sentirás flotar el hilo rojo, en el...>>*

Palabras que nunca olvidé y que aún, llevo en mi memoria después de tres años y en el gran día del cumpleaños de la pequeña Sabanna, que comienza de tempranas horas a la tarde.

Convirtiéndose en una gran fiesta a la noche, con la temática de llevar una máscara en los rostros de cada invitado.

Y donde los reyes abren sus puertas para su pueblo, para que festejen como ellos en kilómetros a la redonda y del palacio, el cumpleaños de su futura reina.

Pero bajo la mirada vigilante y rapaz de un Cabul dando órdenes a cada guardia, como parte del regimiento que compone y vela este reinado.

Sigiloso, entre los invitados.

Y como una sombra.

La cena para los centenares de invitados es deliciosa y exquisitamente saboreada por cada comensal, como las diferentes bebidas que lo acompañan en los inmensos jardines donde es el festejo, bajo la noche cálida y despejada, adornada con luces como guirnalda multicolor que cuelgan del paisajismo vegetativo con los hermosos lienzos propios del país de su tela marroquí con sus estampas en seda, sobre las columnas en dorado y blanco, que rodea el palacio haciendo del lugar bajo su música.

Uno, de ensueño.

Donde podría jurar, que la célebre recopilación medieval en lengua árabe de cuentos tradicionales del Medio Oriente de *Las mil y una noches*, se

inspiró en este castillo y su gente como musa, para ser escrito.

Donde, esta tierra de fantasía con su magia.

Convierte, todo en realidad.

Porque yo, creo en ello y robo una copa de un color mora en su contenido para brindar por ello a un mesero que pasa por mi lado, mientras esquivo los invitados que felices conversan entre sí, para vagar por una pequeña escalinata sosteniendo con mi otra mano libre del trago, mi largo vestido en color natural para no caer de mis tacones al pisarlo.

Y doy un gran trago a modo salud, por esa magia con un brazo en el aire y frente a mí, tomando asiento sobre un gran cantero de piedra natural, llena de flores y vegetación, haciendo a un lado el pequeño antifaz de mi rostro que Jun, mandó hacer para mí de encaje claro, como el vestido que llevo puesto y me regaló.

El líquido dulce, pica mi garganta por su fuerte sabor y alcohol.

Pero agradable al paladar con su frescura, que contrarresta el suave calor nocturno.

La carcajada de una parejita de invitados se siente detrás de mí, y entre los arbustos esculpidos por jardineros diestros.

Y hago un segundo brindis por ellos y su amor, bajo la música que invade en todo el lugar.

- No moriré, borracha de amor... - Me susurro bajito. - ...pero sí, borracha de buen alcohol... - Finalizo feliz, vaciando mi copa con el tercer trago mientras lo miro ya vacío.

Carajo.

Tendré que ir por otro, maldita sea.

- El vino espumante de la bodega del palacio, es delicioso para una noche de verano como esta... - Alguien, dice detrás mío. - ...pero, créame que no se compara con una buena copa de champagne fresco...

Me giro y tengo que elevar mi barbilla mucho, para nivelar la altura del chico que tengo frente mío.

Un atractivo hombre, rondando sus treinta y de Smoking en su perfecto color negro y que bajo su antifaz blanco, muestra unos lindos ojos color avellanas alegres como su sonrisa.

¿Será extranjero, como yo?

¿Un potencial cliente de Caldeo o inversor?

Y me encojo de hombros, porque no tengo idea.

Pero sí, acepto la copa de champagne extra que me ofrece.

- Gracias... - Murmuro, con otra sonrisa.

- ¿Americana? - Pregunta, desde su lugar asiento sobre mi copa bebiendo y mirándolo a través de ella.

- ¿Por trabajo? - Señala la fiesta, que se siente detrás nuestro.

Niego.

- Amiga, de la reina. - Respondo, bajo otra risita de esa parejita entre los jardines.

Y ambos reímos, algo incómodos y avergonzados por ello.

- Saben divertirse... - Justifica, frotando su nuca y tomando asiento a mi lado, bebiendo de su copa mirando todo lo que nos rodea.

Y yo me ruborizo, porque no tengo idea lo que es el coqueteo.

Carajo.

Estuve con un par de hombres, pero antes de Constantine.

Y no tengo idea, como se maneja ahora este tipo de situaciones.

Y por ello.

Bebo, más.

Hasta vaciar el contenido de mi copa y de un solo trago, ganándome una mirada de asombro del chico.

- Guau. - Exclama él.

- Si, guau... - Exclamo yo y haciendo una mueca, por semejante trago que me mandé, jugando con la copa ya vacía y provocando que ría.

Otra linda canción comienza y ambos miramos como metros más arriba y sobre un extremo del jardín, docenas de personas se acoplan en pareja para bailar.

Y suelto una risita al ver entre el gentío, a Caleb y Hope, que con pasos magistrales se ganan la ovación y aplauso del público al hacerlo.

- ¿Quieres bailar, señorita sin nombre? - Me invita divertido, por nunca habernos presentados.

Pero, cuando estoy por responder que sí, algo que es lanzado y con un golpe certero a un lado de su sien, lo desmaya contra mi regazo.

Para luego, ver aparecer en el extremo opuesto de la densa vegetación y de Smoking también, acomodando como si nada su saco y sacudiéndolo de algunas hojas.

A Constantine.

- ¡¿Oh mi Dios. Oh mi Dios... - Chillo con mis manos como puño, sin poder tocar al chico que yace sobre mis rodillas desmayado. - ...lo mataste?!

Me hace seña, que calle.

- Solo, está inconsciente... - Susurra, mirando para todos lados y cerciorándose que no es visto.

Para luego, empujar el cuerpo inerte del tipo que descansa sobre mi regazo, por bajo sus hombros a la oscuridad de unas plantas y a metros nuestro.

- Volverá en sí, en un par de horas... - Me asegura, alisando su traje con ambas manos, como el antifaz en negro que cubre su rostro.

Me cruzo de brazos, frunciendo mi ceño.

- ¿Y por qué, hiciste eso?

Arregla su pajarilla, aclarando su garganta.

- Te iba a tocar. - Pero, no me mira, porque de pronto le parece interesante, un rosal que esta frente suyo.

Puto engreído.

- ¿Y, con eso? - Miro para ambos lados sin entender, para luego a él. - ¡Era lindo y solo, quería invitarme a bailar! - Vuelvo a chillar.

Sacude una pelusa imaginaria, de un brazo.

- Su postura, era amenazante... - Dice casual, para luego apoyarse en el pie de una farola, que sostiene y envuelve una hermosa enredadera que se trenza sobre el.

Dios, es un bastardo hermoso.

Señalo el tipo tirado "durmiendo" a unos metros y que bajo los arbustos, solo se ven sus zapatos lujosos con mi copa vacía.

- ¿Me estás, jodiendo? - Se encoje de hombros y niega.

Dios...

- ¿Llamas peligroso, a un chico que quedó noqueado por una piedrita, en su sien? - Digo.

- Potencial amenaza... - Susurra, bajo la tenue luz de la farola y un par de metros de mí.

Distancia y luz, que juegan con las sombras y los diseños de todo este jardín florido, que se mueve al compás de la suave brisa nocturna y sobre la silueta de Constantine.

Siendo imposible por la semi oscuridad, dejarme en claro por su postura apoyada en ella y con manos en los bolsillos de su pantalón de vestir, como rostro a medio cubrir.

Si lo dice en broma o con su agria seriedad marcada.

Pero, algo era indiscutible.

Ese magnetismo, que era todo él.

Tan fuerte para mí, que absorbía y tomaba toda mi persona, aunque él no lo

supiera.

O no le interesara.

Mi oxígeno y mi espacio, con esa palpitante energía que irradia de todo él.

Una atracción, más allá de lo sexual.

Porque Constantine, es como el *Santo grial Egipcio del sexo*.

Froto mi frente, indecisa.

Dios querido.

Este hombre, era tan hermoso como raro.

Un raro, que por mis copitas de más, me enfurece.

Mucho.

Por todo esto que una vez soñé y hasta rogué pidiendo con cada deseo, que sucediera.

Pero confusa por tanta información, sin tener tiempo de procesar todo lo que fue nuestro encuentro, luego de tres años.

Y con su aparición repentina ahora, luego de intentar saber algo de él en estos días.

Con su anonimato.

Y lo que en se convirtió.

Lo que es.

He hizo, al chico dormido entre los arbustos.

Y en mi estado, medio de ebriedad.

Culo, hermosamente sexi o no.

Me enoja.

Me sostiene la mirada, mientras me pongo de pie acomodando mi antifaz nuevamente sobre mis ojos.

- ¡Vete a la mierda Constantine, loquito del manicomio o la jodida cosa que seas... - Gruñí, intentando erguirme.

Putos tacones y mis traguitos de alcohol.

Y sin voltear hacia atrás y retomando los escalones, me sumergí nuevamente a la gran muchedumbre enfiestada sobre el extenso jardín de la entrada principal.

Dejándolo a él y a su hermosura, solos.

Una canción embriagadora envolvió el lugar, mientras entre los centenares de invitados bailando y bebiendo entre sí, pedí permiso y esquivándolos como podía y me hice camino entre ellos.

Embriagadora, como el perfume que me seguía.

Sentía.

Y me envolvía, con cada paso que daba entre la muchedumbre.

Amaderado.

Oriental.

He intensamente masculino, como la persona que lo lleva y que, pese a no voltear para verlo.

Lo siento.

Está, sobre mí.

Porque, siento su mirada cretina, pero profunda y cristalina, detrás de mi nuca como si estuviera tocándome físicamente.

Sigiloso, entre este lugar atestado de gente y oculto entre ellos.

Mierda.

Trato de localizarlo, mirando a través de un hombro, pero los invitados son muchos y esquivo a unos que con alegría por el propio baile y la festividad, me invitan a ser parte de ellos.

Per niego divertida y con una sonrisa, otra vez intentando localizar a Constantine entre el tumulto, con disimulo.

Pero, nada.

Aunque, su presencia me invade.

Me colma.

Y llena de un dulce calor, parte de mi cuerpo que no sabía que podían arder tanto.

Otro mesero pasa con una bandeja entre los invitados y robo, otra copa de champagne fría.

Y dando el primer sorbo y al fin, girándome nuevamente.

Nos encontramos.

No lo distingo bien, entre el gentío que se cruza sobre nosotros y nuestra distancia.

Una distancia entre las sombras y las luces del jardín, ocultando parcialmente su cuerpo para él y donde estoy yo, entre el centenar de personas.

Me observa, sobre una pared apoyado y no pude eludir, mirar sus labios.

Eran llenos.

Marcados.

A medio sonreír, por toda esta situación de mi mandada a la mierda.

Y una media sonrisa devastadora y enigmática.

Enigmáticamente, prometedora.

Carajo...

Y hago, lo que mejor aprendí de mi mejor amiga.

Huir, de un hermano Kosamé.

Que, cuando nota que lo esquivo entre las personas y escapo de él, bajo su antifaz negro, niega con su cabeza divertido y sonríe en silencio.

Y yo muerdo mi labio, pidiendo más permiso entre la gente al notar que con un impulso de su hombro apoyado de la pared, viene con toda la confianza del mundo por mí.

Lentamente.

Pero, que cabrón.

Cruza las personas y no sé cómo lo hace.

Pero nadie, repara en su presencia de belleza milenaria pateando culos, como altura y vestido con ese Smoking, cuando cada paso que da lento y sigiloso entre la muchedumbre.

Es tipo felino y letal.

Trasmitiendo, arrogancia y poder.

Todo un macho alfa.

Pidiéndome.

¿Guerra?

Mierda. Mierda y re mierda.

Logro escapar de la sofocante multitud, para internarme a uno de los lados laterales del palacio, buscando una puerta anexa que lleva a uno de los vestíbulos principales y escaleras arriba, a las alcobas de invitados.

Un par de guardias en su vigilancia nocturna y por este lado del jardín, me regalan una mirada rara al ver que me deshago de mis tacones, con una maldición golpeando la pared y lanzando mi antifaz, por hacerme difícil mi caminar entre la pedregosa senda.

Pero al notar que me recompongo, con una reverencia prosiguen con su ronda.

Me apoyo sobre esta, ahogando un grito de frustración y tapando mi rostro con ambas manos que sostienen mis tacones.

Y algo de golpe, cae frente a mí.

Para ser exacta, del techo.

Y con su mano en mi boca, para ahogar mi grito de miedo, me lleva y me empuja contra la vegetación densa.

Y más allá, de ella.

Cuesta abajo.

Con su cuerpo pegado al mío, por apretarme sobre él.

Ya no grito, aunque su mano sigue en mis labios, como tampoco con fuerza,

porque sé quién es.

Ya que, ese perfume momentos antes me seguía, ahora me invade y se impregna de mi como la seda de mi vestido, por colisionar su cuerpo y el mío, con cada zancada que Constantine da para perdernos, entre la espesura de la vegetación del enorme jardín.

Hasta luego de unos minutos que me parecieron siglos, dejarme bajo un gran árbol entre la oscuridad y lejos del palacio.

La aspereza de este, araña algo mi espalda descubierta por el corte del fino vestido.

Quiero moverme por ello, pero aún su mano tapando mi boca me lo impide, por la fuerza que ejerce sobre el y su cuerpo acorralándome.

Aunque la visibilidad es casi nula por la oscuridad del paraje, logro ver como con su índice de su mano libre, la eleva a sus labios y hace sobre nosotros, el gesto que guarde silencio.

Asiento muda, para luego oír pasos algo lejanos.

De más guardias que con una charla amena en su idioma y por la negrura de la noche, se ve el fuego de un par de cigarrillos siendo encendidos, para proseguir su caminata de vigilia.

Continuo, a solo sentir entre nosotros, el silencio de esta noche de verano y bajo la tenue, pero lejana música de la fiesta.

Un suave suspiro salió de su boca, cuando descubrió los míos lentamente con su mano y casi acariciándolos con sus dedos mis labios de forma lenta al sacarlos.

Mi Dios...

- Tenía, que verla... - Susurra, con su siempre baja y sexi voz de acento milenario, presionando su frente entre la base de mi cuello y hombro.

Titubeo por toda esta situación y ante su justificación, respondiendo a mis dudas y enojo en el jardín.

- ...a la pequeña, Sabanna? - Murmuro, intentando entender toda esta irracional conducta y aparición de Constantine, exponiéndose a ser descubierto entre tanta gente y conocidos.

Y de su propio hermano.

Presiona ambas manos en cada lado de mi cabeza y contra el enorme árbol en el que estamos apoyados, para tomar una poca distancia y mirarme a través de sus ojos claros como el cristal, bajo el antifaz que aún lleva puesto, para negarme lentamente.

- A la *Argenta Mittrei*... - Responde.

Muerdo mi labio.

- ¿Mi mariposa preferida? - Susurro algo nerviosa y notando que la distancia que nos separa, ahora se acorta con otro paso de él contra mí.

Vuelve a negar, depositando un suave beso en mi hombro descubierto, provocando que millones de descargas eléctricas por ese dulce contacto, golpeen cada centímetro de mi piel.

Sus labios, se elevan un poco.

Solo algo, para susurrarme al oído.

- No me refería, a eso... - Acaricia mi oreja, con la tibieza de su aliento. - ... lo dije, por ti... - Suspira nuevamente. - ...mi mariposa. - Sus manos dejan el árbol, para bajar lentamente sobre mi cuerpo.

Santa Mierda.

¿Acaso, esto es una declaración?

¿O algo, parecido?

Dudo afligida, porque soy muy mala también con respecto al amor y las deducciones.

Pero, no puedo evitar repetir.

- ¿Tu mariposa?

Su manos reposan en la curvatura de mi cintura y deslizando algo hacia arriba, la suave tela de mi vestido al acariciarme.

- Mía... - Responde, como sus caricias.

Suave.

Pero presionando su vientre contra el mío y dejándome ver, lo duro que estaba por mí al sentir su erección, contra mi estómago.

El calor de sus labios, jugó con mis mejillas.

- Eres mi mariposa, Amely... - Besa con dulzura mi barbilla. - ...la mariposa que robó algo de mí y que veló por mí cada día de mi muerte en el hospital... - Confiesa.

Y un grito de asombro me sale y vuelve a cubrir mi boca con su mano.

Dios.

Porque, él recuerda todo.

Mis manos rodean la suya que tapa mi boca, para deslizarla para abajo.

- ¿Me escuchabas? - Murmuro.

Bajo la oscuridad, puedo ver que asiente levemente.

- ¿Y que, te leía?

Vuelve, a afirmar.

Mi mirada, baja.

Entonces, no fue un estado de coma inconsciente.

Sino, inducido.

Y eso aclaró, lo poco que entendía.

Que Constantine de su internación, como su muerte en vida fue todo planeado.

De un inicio.

Y lo empujo con fuerza, provocando que retroceda unos pasos.

Por la ira.

Lágrimas de impotencia, comienzan a deslizarse sobre mis mejillas.

- Eres un maldito bastardo y mezquino... - Gruño, limpiándome estas, con bronca con mis manos. - ¡Planeaste fingir tu muerte, de un principio! - Exclamo llena de furia, retrocediendo el paso que él intenta acercarse a mí. - ¿Importándote por tu egoísmo extremo, nada el sufrimiento de los demás? - Señalo con mi brazo en alto al palacio. - ...ni tu hermano, ni tu pueblo!

- Estás, muy lejos... - Solo responde, a mi ataque.

¿Eh?

He intenta nuevamente acercarse, pero lo rechazo con mi mano aún en alto.

Niego.

- No te atrevas... - Amenazo.

Y quiero decirle, un montón de juramentos.

Hasta improperios, inventados.

Gritarlos con todas mis fuerzas, hasta sentir escupir mis pulmones.

Pero todavía algo de mí, lo sobreprotege de su perra fingida muerte y me limito a mirarlo con mi barbilla en alto.

- Jódete, Constantine Kosamé... - Finalizo, intentando caminar descalza entre la vegetación y maldiciendo, por haberme sacado los tacones y vaya saber Dios, donde quedaron.

Pero siento su bufido a mi espalda y que viene a mi dirección, con pisada fuerte entre la maleza, haciendo que apure los míos.

Mierda.

Pero, es imposible.

En dos zancadas me atrapa sobre mi cintura y por la fuerza, obligando a mi espalda a chocar con brusquedad, contra su duro pecho.

Lucho y forcejeo, por alejarme de él.

Pero mi fuerza, es insignificante a lo que todo Constantine es.

- *¡Kunt turid 'an ttwqf!* (¡Quieres parar!). - Exclama, en su dialecto enfurecido.

Pateo su pierna.

- ¡Vete la mierda! - Me defiendo.

Y siento su risita en mi nuca, frenándose.

- *Shbal al'asad...*(cachorro de leona). - Gime por el dolor, divertido y su presión para detenerme, se intensifica como la respiración irregular de su pecho, cuando la fuerza de sus brazos impidiéndome escapar, se transforma en un doloroso y enérgico abrazo por detrás.

Y por el brusco movimiento de no ceder en el terreno emocional, caemos contra la maleza duramente rodando metros abajo.

- ¡Te odio! ¡Te odio! - Mentira.

No lo hago, pero grito bajo él y escupiendo el pasto que tragué, golpeando su pecho con mis puños.

- ¡Te odio! - Lo empujo para zafarme de él, pero me envuelve más con su abrazo. - ¡Bastardo egoísta, jugaste con todos! - Lloro. - Con tu hermano... - Gimo, entre lágrimas. - ...jugaste por tres años, con mi amor... - Suelto, entre llantos.

Y sus brazos se aflojan, al escuchar esto último.

Pero, no me suelta.

Solo se limita a buscar con su mirada la mía, haciendo a un lado mi pelo revuelto por la lucha y de algunas hojas, que cubren mi rostro y poder despejarlo de ellas.

- ¿Me amas? - Murmura.

Otro calor, llena mi rostro.

Uno húmedo.

Y es por nuevas lágrimas, rodando por el.

Lágrimas sinceras.

Y de amor.

Su salinidad llena mis labios, al humedecerlos y asentir.

Para que, mentir.

O fingir.

Había mucho de eso, en toda esta mierda ya.

Entonces Constantine hace algo, que me vuelve a noquear otra vez de amor, como días pasados.

Vuelve, a sonreír.

De esa forma natural.

Y juvenil.

Mientras con suavidad, inclina su rostro hacia mí.

Para besar y beber de cada lágrima, que derramé por él.

- *Jamilat tamama, ya farashatan...*(Perfectamente hermosa, mi mariposa). -
Susurra con cada beso, que roza mis mejillas.

Sus manos buscan las mías, para entrelazarlas con las suyas y sobre nosotros.

- ...no puedo ofrecerte, más que esto... - Sus labios juegan con los míos, pero no me besa. - ...y si me dices, que si... - Promete, bajo la suavidad de su voz ronca y sobre mi piel apoyada. - ...ten presente, que no voy a parar... - Amenaza, mirándome a través de sus gruesas pestañas oscuras y sosteniéndome la mirada.

Una mirada bajo su antifaz llena de promesas de conocimientos ocultos y que bajo ese color cristal, se tornan oscuros y misteriosamente de un gris líquido.

Promesas de un porvenir enigmático y que con el tiempo, quería descubrir el por qué.

Quería ser, parte de ello.

Y parte de ese lado, de esta vida oculta de Constantine.

Relamí mis labios, para solo asentir bajo él.

Solo afirmar.

Segura.

Muy segura.

Y como una extraña magia una tranquilidad flota sobre nosotros, después de mi aceptación.

Me mira fijamente por un momento, buscando algo en mi rostro acariciando con el dorso de su mano una mejilla.

Algo.

No estoy segura, de lo que es.

Pero sus ojos hielo, se vuelven más suaves.

Solo un poco y relaja sus hombros, sobre mí y como si la confirmación de lo que pregunta en silencio, lo encontrara.

Y entonces, asiente con la cabeza.

Con un suspiro lento pero decidido y aún encima mío, se incorporó lentamente para que arrodillado y ahorcajadas sobre mí, sacarse de forma lenta su saco de vestir aflojando su pajarilla, como los primeros botones de su camisa.

Y sin jamás, dejar de mirarme entre la media oscuridad, que nos envolvía.

Para luego, seguir con su máscara y despejar para mí.

La totalidad de ese rostro exótico y mirada egipcia.

Y un suspiro, se escapa.

Porque, también creo.

Que la desnudez, de su alma.

Jadee cuando tomó mi cadera con una mano para dejarme inmóvil y el contacto de la otra con la seda de mi vestido y arremolinado lentamente, la subió hasta mi vientre.

Constantine observó con lentitud cada centímetro de mi cuerpo medio expuesto, al recorrerme con su mirada hasta llegar a mi rostro.

Leía mis labios nerviosos.

- Mi mariposa... - Susurró al aire bajo y acariciando una longitud de mi pierna desnuda con suavidad, hasta la unión de ellas y sobre la tela de algodón de mi braguitas.

Y aire salió de sus pulmones, al sentir la humedad de ella en su mano, cuando me apretó dulcemente, provocando que me arquee bajo él.

- Mojada... - Susurró, haciendo a un lado la tela para acariciar con sus dedos mis pliegues como interior y empaparse de mi humedad con cada caricia, besando la curvatura de mi cuello.

Se deslizó abriendo más mis rodillas con uno suyo y el primer contacto de su boca con la mía, con sus dedos introduciéndose en mi interior entrando y saliendo de mi con movimientos suaves, estuvo cerca de partirme en dos, por esa dulce posesividad.

Y bajo, ese beso que dibujando mis labios, con lo suyos.

Jugando.

Rozando.

Comenzó, a entrelazar nuestras lenguas.

Pidiendo, más.

Succionando, tirando y lamiendo con necesidad.

Y demandando, más de ese beso.

Nuestros bajos gemidos y respiración entrecortada, comenzó a aumentar y a mezclarse con los sonidos, de la naturaleza nocturna.

Nos ayudamos mutuamente a desvestirnos, empujando mi vestido por arriba y quedando en ropa interior y Constantine, solo con sus pantalones de vestir a medio abrir.

Siempre besándonos.

Y tocándonos, cada centímetro de cada uno.

- Dios, mariposa... - Gimió sobre mi boca, al sentir que iba a colapsar por

mi orgasmo inminente de sus dedos trabajándome.

Y soltó con un gruñido mis labios, para hacerse camino con besos a mi clavícula y jalar mi sujetador, para descubrir mis pechos y lamer como besar, cada uno de ellos.

Soltándolos con suaves succiones cada pezón y seguir descendiendo.

Y mi espalda se arqueó y susurré su nombre, cuando la tibieza de sus labios besaron mi intimidad, ocupando el lugar su lengua al retirar sus dedos y presionando su cara contra mis muslos.

Era tibio.

Dulce.

Y yo, sucumbí por esa sensación de ella en mi interior.

Constantine gimió al sentirme y rezó el mío en su dialecto, sin dejar de saborear mientras me penetraba con su lengua, para luego sentir que me corría en su boca.

Sosteniéndome con sus manos con ternura, para que no colapsara y me lastimara por el suelo, por mis piernas desfallecidas de placer.

Volvió hacerse camino sobre mi subiendo y regando besos cada porción de mi piel con su mano y acariciando parte de mi rostro jadeante por mi orgasmo, haciendo a un lado un mechón de mi pelo sudado con cariño.

Y bajo la oscuridad pude ver esa sonrisa juvenil de él naciendo otra vez, mientras se posicionaba sobre mí, para luego besarme con ternura y morder mi labio inferior.

Y yo me relajé, al sentir mi esencia interior en sus labios.

Sonrió.

Y yo también, acariciando el suyo sin dejar de mirarnos y abriéndome más para él.

Tomó mis manos y me guio, a que rodee su cuello.

El sonido de la cremallera bajándose, seguido del paquete de condón abierto por su boca para deslizarlo sobre su duro pene, bajando algo su pantalón y apoyar en mi vientre su erección desnuda, hinchada y palpitante, fueron los únicos sonidos bajo nuestra respiración entrecortada propia de la excitación.

Y elevando algo mi cadera acomodándose en mi entrada, ambos suspiramos profundamente, por el calor de sentirnos y cuando me penetró con rapidez.

Fuerte.

Duro.

Y ahogando con un profundo beso, el grito de satisfacción de sentirnos.
Susurré su nombre, con cada embestida y abrumada por la situación.

Y sus labios besaron más los míos por ello, mientras con esa tímida sonrisa que se formaba en los suyos, se empujó más y más dentro de mi haciendo gemir de placer y obligándome a callar con cada beso, entrando y saliendo de mi interior.

Su espalda bajo mis caricias se tensaban marcando cada músculo, empezando a sentir el esfuerzo que bramaba ante el placer.

Porque Constantine, se entregaba y me poseía, con cada caricia y beso que iban al ritmo, de sus duras embestidas.

Haciendo que se construya, otra vez algo dulce en mí.

Y su espalda se tensó al sentirme en mi interior abrazándome más y profundizando, con más fuerza cada penetración.

Y yo, gemí de placer al sentirme venir, otra vez.

- Amely... - Jadeó dulce mi nombre con sus labios contra los míos, al sentir mi líquido orgasmo que se corría por su pene dentro mío y humedecía hasta la unión de ambos, mojándonos y dando más intensidad a nuestros cuerpos buscándose, mientras explotaba en un equilibrio perfecto y en millones de pedacitos por mi clímax.

Para luego.

Una.

Dos embestidas más.

Y abrazándome más contra él, echó su cabeza hacia atrás y con un gruñido de placer, el suyo llegó.

Podía sentirlo, en mi interior.

Y cerré mis ojos para que esa dulce y agradable sensación, se adueñe de mí.

Líquido y caliente.

Hermoso.

Me llevó contra su pecho y me apretó más contra él bajo suyo y metiéndose en su boca otra vez, de uno de mis pezones.

Y lo chupó con fuerza, embistiendo con sus caderas ya de forma lenta pero, dura las últimas gotas de su corrida.

Y gruñendo por su éxtasis, me abrazó bajo él.

Ambos sudados.

Piel, contra piel.

Segundos pasaron.

Tal vez, minutos.

Pero nuestros pechos unidos, siguen moviéndose intentando recuperar el aire con nuestros cuerpos jadean, por la adrenalina de nuestra unión.

Constantine soltando mi duro pezón, pincela mis labios con los suyos con suavidad, acariciando mis caderas desnudas con ternura y para que abra los ojos.

Y lo hago.

Su mirada de color gris como el hielo cristalino, me recibe.

Para luego desviarla a un lado de nosotros, de forma pensativa por un tormento de decisiones.

Y yo, acuno su cara con ambas manos y lo obligo a mirarme.

- Yo, quiero esto Constantine... - Susurro bajito y decidida.

Su mirada gris ante mi respuestas a sus miedos y dudas, recorren con cuidado cada centímetro de mi rostro.

Por un momento cierra sus ojos batallando, pero los vuelve abrir.

- Es peligroso, mariposa...

Acaricio su rostro que tanto amo, con mis pulgares y sacudo mi cabeza.

- No me importa... - Mi voz, se quiebra. - ...te perdí tres años... - Niego. - No más... - Y mis labios tiemblan, por solo pensar no verlo más, ahogando un llanto.

O peor, aún.

Por esta nueva vida que lleva, perderlo para siempre.

Yo, no puedo.

No quiero.

Y una profunda exhalación de aire contenida, sale de él bajo su decisión.

Apoya su frente en la mía, enredando sus manos sobre mi pelo y empujándose más dentro mío, para no perder nuestra unión.

- *La eeawdat 'iilaa alwara'ya Mittrei...*(No hay vuelta atrás, mi Mittrei). - Murmuró, lentamente.

Y eso.

Si lo entendí.

Comprendí.

Que era mis puertas abiertas a esta vida, del nuevo Constantine.

Dándome la bienvenida a lo que sea, por lo que iba a luchar.

A su lado...

Capítulo 7



Un hilo de sudor atraviesa sobre un lado de mi ojo derecho cerrado, haciéndose camino por mi rostro transpirado a mis labios y provocando, que su salinidad prueben ellos.

Pero, no dejo que eso me desconcentre, desde mi postura en el centro del campo de cañaveral.

Silencio.

Mucho, pero mucho silencio.

Solo el sonido del suave roce de los altos cañaverales que me rodea, meciéndose al compás y entre sí, por el cálido y suave viento, agolpa mis sentidos bajo el sol africano despejado y limpio sobre este campo.

Nada más.

Mi entorno silencioso, es tranquilidad y reposo.

Mi hábitat, desde que nací.

Refugiándome en el, cuando lo necesitaba.

<< *No hables, Caldeo...* >> Me decía, Lála.

Y como ahora, ese silencio me protege.

Y me enseña...

Como mis maestros.

Los sentidos.

A la espera y alerta.

Concentrado desde mi lugar, sin ningún movimiento.

Estático.

Pero en posición con mis piernas a medio flexionar y el filo de mi sable entre mi manos, siendo una extensión mía cruzando su duro y filoso acero, frente a mí.

Y...parte de mí.

Una última respiración interna concentrado doy, empuñando más mi arma entre mis manos.

Cuando, todo comienza y abro mis ojos...

Sobre movimientos y como si cuatro aguas de Moisés se abrieran de los tupidos cañaverales, marcando los puntos cardinales a mi alrededor.

Salen de este, ese número de hombres con su vestimenta como *Kafhiyyé* negros cubriendo sus rostros y con armas blancas en manos.

Para atacarme, sin piedad.

La hoja de mi sable corta el aire, cuando detengo los dos primeros frente a mí y chocando los suyos con el mío por la fiereza de sus fuerza, provocando un destello incandescente por el sol.

Suficientes segundos para con un giro y flexionado, empujar con la fuerza de el a uno y con un pie al otro, haciendo una distancia convenientes en su retroceso.

Para voltearme al tercero y luchar contra su espada.

Logro divisar al cuarto viniendo a mi por la espalda, pero esquivo su ataque agachando y deslizándome por abajo de mi oponente frontal y tomando su posición, lo empujo para que ambos colisionen.

Me vuelvo a los dos primeros usando como escalón y punto de lanzamiento, la espalda del tercero para elevarme por el aire y sobre un medio giro en mi salto y de mi mano libre del sable, sacar a un lado de mi traje una pequeña hacha de mano.

Que con movimiento diestro y certero.

Surca el aire veloz girando y de forma limpia este, para liberar de la mano de mi oponente la espada que empuña, despojándolo de su arma, que se clava con su punta en el suelo y a metros nuestro.

Y un grito guerrero en nuestro dialecto, sale de él viniendo hacia mi como los tres restantes.

Sonrío bajo mi *Kafhiyyé* oscuro, que cubre la totalidad de mi rostro.

Y elevando sobre mí el sable entre mis manos y de forma vertical los espero, derrapando por abajo de dos y esquivando sus embestidas.

Me giro y golpeo a uno, con la base de mi sable en su rostro, de forma dura.

Porque en esto, el correr de sangre, no entra en juego.

Por ahora...

De un movimiento, utilizo como escudo a uno para que reciba por mí, el puño de su compañero y adversario mío, dando en el blanco en su quijada,

desmoronándose sobre mi e inconsciente, cae con su peso muerto y sobre nosotros.

Pero un sentido me traiciona colapsado por la lucha, a que otro me tome por atrás con un golpe certero de un pie y con su abrazo atacante y por la fuerza de este, nos tumbe al piso húmedo y fangoso por los regadíos de la cosecha de temporada, peleando.

Pero suficientemente resbaladiza al tacto de la textura del traje que llevo especial, como guantes y botas, para deslizarme sobre ella y por abajo de mi enemigo.

Y utilizándolo a mi favor para zafar de él, con un golpe de puño en una zona de su cuello específico, lo inutilizo quedando tendido sobre el piso induciendo su desvanecimiento.

De un salto esquivo el tercero, guardando mi sable en la funda que llevo en mi espalda, pero recibo del cuarto su golpe en mi mandíbula sin piedad.

Pero la adrenalina, corre por mis venas.

Y el calor de mi batalla se confunde con el ardor de el y alimentando más, mis ganas de pelear.

Con una media sonrisa de satisfacción, barro con la punta de mi lengua el pequeño hilo de sangre que delata mi herida, a un lado de mis labios y bajo mi máscara.

Para luego, devolver potente y con otro golpe de puño mientras lucho con él.

Su brazo libre enrosca mi cuello y utilizando su propia espada, me asfixia para interferir mi respiración por mi espalda.

Jadeo y ambos escupimos salivas, por la dura pelea.

Forcejamos.

Lucho por liberarme con mis manos envolviendo su sable, atrapando mi cuello y utilizando todas mis fuerzas mientras su compañero sin tregua, viene otra vez a mí.

Y no lo pienso, dos veces.

Sostenida por el acero de esta que cruza mi cuello, con mis manos apretadas y envueltas en el.

Elevo mis pies para empujarlo logrando que retroceda y con mi bota, patear fuertemente su rostro, causando que tambalee sobre sus pasos retrocediendo y trastabille, cayendo sobre los cuerpos inertes de sus compañeros en el piso.

Intento tomar todo el oxígeno, que pueden acaparar mis pulmones.

Para que con una última fuerza desgarradora y un grito de pulmón de mí, inclinando mi cuerpo hacia adelante y con un envión de fiereza, logro mi objetivo.

Que el último guerrero utilizando mi espalda como punto de partida, gire su cuerpo en el aire y caiga sobre mí y delante de mí, de forma pesada y bruce contra el suelo.

Suficiente tiempo, para desenfundar mi sable con ambas manos y con un pie apretando su rostro contra suelo con brutalidad, apoyar la punta y el filo de esta, para reposar en su yugular amenazante.

Mi jadeo y el de mi último agresor tirado contra la fangosa y húmeda tierra bajo mi pie por la dura lucha, se siente bajo nuestras máscaras.

Solo se escucha las respiraciones aceleradas por el esfuerzo de ambos, bajo la agitación y adrenalina que todavía colma en nuestros cuerpos agotados y bajo todo este campo de cañaverales testigos de esta batalla.

Pero las palmas de unas manos, aplaudiendo de forma lenta y pausada, interrumpe sobre nosotros a modo felicitación.

Es Cabul desde su rincón alejado, dando por terminado el ejercicio y mi adiestramiento.

Y sonrío, mientras aflojo tanto la presión de mi pie como la punta de mi sable, que amenaza el cuello de mi oponente.

Para luego con un ademán de mi mano y sobre la de mi guerrero tendido en el piso, la tiendo para entrelazarlas y poder ayudarlo a ponerse de pie, palmeando su hombro en agradecimiento una vez parado frente mío.

Cual con una reverencia a mí, se aleja como el otro para ser atendidos por demás hombres de Cabul, que están verificando la inconsciencia del par desmayado.

Cabul eleva sus dedos como seña a un sirviente, que me alcance una botella de agua helada, mientras guardo mi sable en mi espalda y camino hasta donde está.

Bebo de ella sin piedad, sediento por la lucha y a mitad de ella, haciendo a un lado mi *Kafhiyyé* para atrás colgando de mis hombros, tiro el resto del líquido vaciando esta, sobre mi rostro descubierto, sudado y caliente por el sol.

- *¿Zajati?* (*¿Mi mujer?*). - Solo pregunto, mientras nos hacemos camino por el sendero a un lado de los cañaverales y en dirección al puesto, secando la transpiración como restos de agua de mi rostro, con el dorso de una mano y aún, llevando el guante.

- En el palacio, despidiendo *malikat jamal al kiram Amely...*(a la honorable señorita). - Responde una vez llegando y con otra seña de su mano en alto, pedir a un sirviente que abra la puerta por nosotros.

Y respiro aliviado, por ello.

Porque mi cachorra, no sospecha nada.

El puesto queda a unas docenas de kilómetros del palacio.

Nadie a ciencia cierta, sabe lo que es.

Más que un pequeño establecimiento de construcción de la época de mis ancestro en diseño, pero con ciertas reformas y modificaciones actuales, que fue utilizado por mi gente para la cosecha y producción de los cultivos, hasta hoy en día.

Como fachada.

Situado estratégicamente, en el centro de un campo artificial de hectáreas de cañaverales.

Pero con un fin a tras fondo de eso, por décadas.

De un campo de entrenamiento por generaciones, para la formación de guerreros sangre *Qurash* hijos de Abrahám.

La orden, de los elegidos de fuego o corazón.

Pequeña y anónima legión, de una veintena de hombres seleccionada por *el señor de honor*, sobre hijos varones de nuestro pueblo, desde su nacimiento para ello.

Como al hijo primogénito varón, nacido en la realeza.

Al Sayyid, del pueblo.

El entrenamiento de Los Ur de Caldeos, de cada generación nacida.

Siendo mito o leyenda popular, para la sociedad y el mundo.

Pero realidad y secreto de nuestros aguerridos, bajo la promesa del blasón de nuestra tribu y clan milenario Baru Hashim.

Con un destino.

El respetar, difundir la palabra y enseñanza de mis antecesores.

Como lo hizo, mi hermano querido.

El bienestar.

La paz.

Y cuidado de nuestra gente.

Nuestro pueblo.

Mi pueblo...

Un pueblo en un continente, de muchos países en crisis como guerras civiles.

Pero el nuestro, manteniéndose leal a nuestras convicciones y promulgando, la paz en el Medio Oriente y el mundo.

Suspiro una vez dentro, despojándome de todo lo que llevo puesto, con ayuda de Cabul.

Por este secreto, que guardo.

Mi adiestramiento diario, por horas desde su madrugada hasta el ocaso, desde que asumí.

En honor a mi hermano Constantine, que lo fue.

Como por mi gente, mis antepasados y su sangre corriendo por mis venas, con orgullo.

Y mis labios se tensan en una fina línea, al recordar mi otro motivo de todo esto.

Para vengar, con la muerte.

Al ladrón que robó el traje *Qurash* de guerrero fuego como sus armas, hace poco más de tres años desde la habitación ancestral, cuando noté su desaparición.

Mis manos, se hacen puño.

Porque, era.

El que pertenecía a Constantine...

Maldito jodido.

Nunca, se supo cómo.

Como tampoco, cuando.

Por más diestras investigaciones, de nuestro leal Cabul y sus hombres.

Días.

Meses.

Y hasta años, sin encontrar indicios de él.

Pero marqué mi venganza contra ese bandido, señalando su muerte anunciada sobre mi piel y como última tinta sobre el, con un último tatuaje sobre mi pecho y del lado del corazón.

Proclamando justicia en nombre de Constantine a ese ladrón, por manchar nuestra sangre y linaje, como la memoria de mi hermano con su saqueo.

Con un enfrentamiento a muerte, con él...

Algún día no muy lejano, jurándolo.

Hago girar el aro que aún llevo en mi labio inferior con mi lengua, deshaciéndome de la pechera de mi traje como guantes, armas y máscara.

Uno que mandé hacer respetando el diseño milenario de mi orden, que fue robado y perteneció a Constantine.

Pero mi elección, fue otro color.

El de mi hermano, con su oscuridad y negrura.

Simboliza lo que fue y me relató Cabul, con cada día de duro y fuerte entrenamiento, cuando acepté esto y a él, como mi maestro.

Con cada una de sus palabras.

Cada una, de sus historias *Qurash*.

Y bajo su suave y tranquila voz sobre mi adiestrándome, que escuché con atención mientras aprendí nuestras destrezas con cada entrenamiento.

Que Constantine, fue.

Un gran guerrero, de nuestra África nocturna.

Con la fuerza de la luna llena, surcando las noches.

La fiereza corriendo por sus venas, de las costas del Índico desafiando los acantilados en la oscuridad.

La destreza sigilosa, de los lobos como los coyotes corriendo por el desierto iluminada, solo por esta.

Y el ataque e ímpetu asesino, de un ave rapaz nocturna con sus garras, a la caza de su víctima.

Yo soy, mi África de día.

Como su sol, su vegetación árida y la arena que gobierna y cubre sobre nosotros.

Guardianes, que vigilan y amparan a su pueblo.

Y como el color, de mi traje.

Color desierto y nuestro astro rey...

Miro la mesa con un gran mapa extendido de nuestro país, marcando zonas específicas con resaltador rojo hecho por mí, formando un perfecto pentágono por mis cruces.

Cinco marcas.

Elevo mi vista, a la pared de su lado.

Donde pequeños recortes de periódicos fijos en el, tapizan casi su totalidad.

Con imágenes.

Comentarios de testigos.

Y el detalle de las hazañas delictivas, que hizo en estos años.

El ladrón, del traje de mi hermano...

Hazañas.

Y arrugo mi ceño por eso, sin dejar de observar con detenimiento cada hoja de periódico pegada para luego, las cinco ubicaciones del mapa donde

siempre fueron sus ataques o embestidas.

Que, pese a infringir las leyes de mi pueblo y su parlamento.

Fueron siempre.

Para detener, un atraco clandestino en zonas portuarias o a mitad de la carreteras de viaje o robos a mano armada a mi gente, en zonas urbanas.

Pero...

Llevándose, con ello.

La vida de los agresores y bandidos, bajo el filo de los dos sables sin piedad y haciendo justicia propia, con la sangre de ellos.

Despego la única imagen de la pared, donde la crónica de unas pocas semanas atrás, además de relatar el suceso de este personaje, logró capturar de forma borrosa pero rápida.

Una foto, de él.

Es a la distancia.

Casi intangible, por la oscuridad de esa noche.

Pero, una imagen al fin.

Donde muestra a este ladrón, bajo el fuego incipiente de un bar de mala muerte incendiándose y según testigos del lugar, de sacar entre sus brazos a mujeres que trabajaban en él de dudosa procedencia, hasta la llegada de los bomberos arribando a la zona.

Para luego, huir del lugar.

La imagen solo capta su escape, entre la multitud abarrotada curiosa en la calle frente a las dotación del par de camiones de bomberos y coches policiales como con el incendio haciendo estragos, esa vieja edificación.

Ya él.

Saltando luego de trepar con agilidad, desde una azotea de un edificio aledaño.

Observando.

Todo, desde su altura.

Mimetizado entre la oscuridad de la noche con el traje de mi hermano, con el humo abarrotando y devorando todo el lugar, producto del fuego.

Enmascarado y con los sables, cruzados sobre su espalda.

Fijo, mi vista en él.

Pese a la poca calidad y lejanía de la foto.

Toda su altura y porte.

Denota fuerza en ímpetu, como entereza.

No es un bandido cualquiera, con suerte.

Hay entrenamiento.

Disciplina.

Y destreza.

Como un *Qurash*.

Pero, sin los principios y códigos, de este.

Porque, asesina sin piedad con su acero a cada culpable que atraviesa en sus hechos.

No deja testigos, como pruebas.

Y no perdona, sus muertes.

Pero si, al inocente.

Como testificaron algunos clientes que lograron escapar de sus manos y las prostitutas del lugar, que fueron salvadas por él.

Y las pericias.

Donde afirma, que el incendio fue provocado, como las muertes degollando el cuello de sus víctimas por su justicia, a hombres de dudoso y oscuro perfil prontuario, que se encontraban en el nefasto lugar.

Incluyendo, el locatario.

Encontrándose su cuerpo calcinado, luego de detener el fuego.

Aún amarrado contra su silla por cuerdas, en lo que fue su oficina de tratos y negociaciones.

Todo, fue planeado por él.

Pero, bajo esa carnicería humana que fue esa noche como otras que desbarató.

Se pudo descubrir, que bajo la fachada de ese antro de mala muerte.

La prostitución que se regía, era ilegal.

Donde un par de menores, fueron rescatadas de procedencia Checoslovaca, de las fauces de esa gente.

Y donde los pocos salvados, mandé a encarcelar.

- *¿La shay' baed?* (¿Todavía, nada?). - Solo pregunto.

- No *Sayyid...* - Solo responde Cabul, ante ello silencioso.

Como siempre.

Y la ira me embarga, por la impotencia de la poca noticia de su jodido paradero o identidad, provocando que arrugue el corte del periódico entre mis manos.

Y con eso.

La única imagen, de él capturada.

- Refuerza las investigaciones, Cabul. - Ordeno, con ambas manos

apoyadas sobre la mesa y mirando con más detención el mapa.

Resoplo.

- Este puto asesino... - Mi dedo recorre los lugares marcados en rojo y lo detengo, en un punto.

En el puerto principal.

- ...tiene que aparecer... - Golpeo contra este, señalando. - ...Quiero más hombres aquí, abarcando todo... - Estrecho mis ojos para focalizar, todo el tamaño que ocupa en el papel. - ...la zona es grande dividiendo la mercantil y exportadora, con la pesquera y bajos recursos... - Donde Amely, fue atacada por las gaviotas.

Haciéndome preguntar.

Por segunda vez.

¿Qué diablos, hacía ahí?

¿Y en esa zona inhóspita y desapacible parte, del puerto?

¿Dónde solo se ve, la parte gris del trajín diario y crudo de un pescador?

Fotografías para su colección personal, dijo.

Dudo.

- ...la crueldad a veces va de la mano, con la iniquidad *Sayyid*... - La voz reposa de Cabul, me saca de mis dudas con Amely.

Su mirada no está en mí, pero su voz, sí.

Ya que, su cuerpo como ojos están en la ventana que, aunque permanece cerrada y se puede oír como apreciar donde colina más abajo.

Una docena de guerreros *Qurash*, ordenados y bajo el mando de otro.

Practican movimientos de ataque con disciplina y sincronización desde sus lugares, bajo exclamaciones, en nuestro dialecto de guerra.

- ...la clemencia hace puro el corazón, de un aguerrido con sed de sangre y venganza... - Prosigue.

Lo miro fijo.

Acaso.

¿Me está pidiendo, que le dé el perdón al ladrón?

- ¿Me estás pidiendo, indulgencia por él? - Mi puño va a la mesa, con dureza. - ¡Deshonró, a mi hermano Cabul! - Grito.

Y mi brusquedad, no lo inmuta.

Su siempre calma, irradia su semblante y ni se voltea, para mirarme.

Como tampoco, para contestar.

- ...solo mi *Sayyid*, espero... - Ladea a penas su rostro, para que nuestras miradas se nivelen.

Los míos, estrechos y furiosos.

Y lo de él, con su tranquilidad sabia y llenos de historias de mi pueblo.

- ...que la clemencia llegue a su espíritu, cuando por sed de venganza...lo enfrente a él cara a cara ese día... - Finaliza.

¿Triste?

Y carajo, porque no lo entiendo...

AMELY

- ¡Listo! - Me aplaudo feliz, terminando de teclear e introduciendo el pendrive al puerto de mi PC, para adjuntar las imágenes que capturé con mi máquina fotográfica y anexarlo a la información escrita por Ghoró.

Orgullosa, me deslizo sentada sobre mi silla y con sus rueditas, al otro extremo de mi box por un sobre de papel madera y poner el contenido, una vez guardado el trabajo y etiquetarlo con su nombre.

Suspiro satisfecha, por mi logro laboral y releendo su membrete.

Ya que, saldrá como primera plana en la edición especial del domingo en el periódico, mi trabajo y el de mi compañero como equipo, tras cuatro meses de investigación y con la ayuda de antropólogos a cargo de su descubrimiento, a pocos metros de las pirámides de *Egipto*.

Para ser precisos, sobre el perímetro de la impactante Keop's.

El descubrimiento, de ese milagroso cuerpo humano milenario y que data de la época A.C.

Y digo asombroso hallazgo, tras siglos de su muerte y entierro.

No solamente por permanecer y pese a las unidades geocronológicas de nuestras eras, casi con su cuerpo sin haber recibido los estragos de sus centurias y descomposición.

Y donde los estudios, demuestran.

Que era hombre.

En realidad un joven, no más de sus 30 años.

Con su piel tan blanca como su pelo y pareciendo hasta en un punto, color plata.

Sino.

Por ese impactantes par de extremidades extras y que sobresalen de él.

De su espalda.

Y que bajo una ardua investigación de ADN.

Estudios, minuciosos osarios y pericias científicas, por expertos.

Que afirman y contactan de forma unánime con el sello de las diferentes

universidades del mundo, que fueron partícipe en esta investigación.

Que son, parte de él.

Que nos hace replantear, tanto a esta sociedad frívola y carente de esperanza y emoción.

Como al mundo católico y los credos, de otras religiones.

Que los ángeles, existieron en alguna de estas eras creadas por Dios.

Sonríó, acariciando el sobre entre mis manos.

Y por lo tanto.

Si el mito que corre bajo el dialecto antaño y milenario Oriental, por boca de viejos pueblerinos del lugar, herencia folclórica de sus antecesores.

Que relatan, con fe.

Y yo suspiro, por ese milagro.

Porque yo, si creo.

Y mis fotos como investigaciones científicas, lo avalan.

Y con ello, su noticia está dando que hablar por televisión y recorriendo el mundo, por la revelación arqueológica del siglo.

El descubrimiento.

Que la leyenda de Caín.

El ángel caído.

Y el primer cupido, de Dios...

Existió.

Deslizo mi silla hacía atrás, para ponerme de pie y hacerme camino al piso de edición y dejar el sobre.

No quiero, perder tiempo.

Dos días pasaron, de que vi a Constantine.

Y uno, que me despedí de Jun, Caldeo y me pequeña Sabanna de su palacio, para volver a la capital.

Necesitaba regresar como entregar mi trabajo antes de la fecha prevista, para poder aprovechar estos libres y regresar para mi reencuentro, con el enigmático chico del disfraz milenario y muertito en vida que amo.

<< *Para hacer esto conmigo, deberás seguir al pie de la letra todas mis instrucciones; mariposa...>>*

Me dijo luego de ese sexo descontrolado y matarnos a polvos, entre la espesura y negrura de la vegetación del Edén, del inmenso jardín del palacio.

Explicándome en detalle y como si fuera una cría de 5 años, con su siempre calma exasperante y sin dejo de emocional tan él mientras nos vestíamos, mi itinerario para llegar a nuestro punto de encuentro 96 horas después.

A la cuarta ciudad más grande de Irak y al Noreste de Bagdad, su capital.
Tiempo suficiente.

Para organizarnos.

Él.

Con sus contactos, paradero y ese plan de vida que tiene y no tengo idea que es; pero acepté.

Y yo.

Mi trabajo y travesía, hasta allá.

Un ferri me cruzaría por el Mar Rojo, hasta pisar continente Asiático.

Para ser precisa.

Arabia Saudita.

Donde hombres a cargo de Cabul me arribarían, para llevarme hasta el aeropuerto internacional Rey Abdulaziz de Yida.

Y un vuelo, me llevaría a mi destino final.

La ciudad más antigua según la historia, con asentamiento humano permanente desde el S. XXIII A.C de dicho país.

Erbil.

- ¿Debo agradecer o preocuparme, por... - Ghoro formula, elevando ambas manos y dedos tipo comillas en el aire, al cruzarme saliendo de la edición. - ...tu otra vez salida sorpresiva y darme una minis vacaciones, hasta el fin de semana? - Caminando a la par mía por el corredor, poniendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

Busco el abrigo de mi silla y cuelgo mi cartera como cámara fotográfica atravesándola sobre mí, para luego besar su mejilla.

- ...gracias, a ti... - Le guiño un ojo. - ...tuviste mucho que ver Ghoro, adelantando el informe así podía terminar el mío...

Me acompaña, a la salida.

- No fue nada, ya que tengo mis asuntos personales que atender. - Se encoge de hombros, abriendo la puerta de salida por mí. - Solo perdí mi día libre tipeando sin parar, en la máquina de escribir... - Bromea.

Me desinflo.

- ¿En serio? - Le digo, apenada.

Se ríe, sobre la puerta abierta.

Y niega divertido.

- Nahh...solo unas horas nena... - El bullicio de la ciudad metropolitana, con su típica música de bocinazos y el intermitente tráfico de coches inunda el lugar, parados donde estamos. -...nada que un trago los dos y cual espero más

adelante, lo resuelva... - Acota.

Debería alertarme eso, de un hombre.

Pero viniendo de Ghorro, nop.

Ya que, muchas veces lo hemos hecho, pasando nuestras horas *primetime* laboral hasta pasada la media noche, por las investigaciones de nuestros trabajos asignados.

Sea, en su casa.

O en la mía.

Bajo los peldaños sonriendo y retrocediendo sobre mis pasos, para no dejar de mirarlo y elevo mi mano, como juramento.

- Prometido, Ghorro...

Suspira apoyado en ella, pero dando paso a gente con su ingreso.

- ¿Puedo preguntarte, dónde vas ahora?

Dudo.

Pero no veo, el sentido ocultárselo completamente.

Sabe de mi adicción por El Medio Oriente y fotografiarla.

Su cultura.

Gente.

Y por ende.

Paisajes, como zonas.

- Un vuelo, a Arabia Saudita... - Niega divertido. - ...para llegar a Erbil... -

Su sonrisa desaparece, al escuchar esto último.

- ¿Erbil, *Irak*? - Repite, serio.

Hago seña de alto a un taxi sobre la acera, acomodando mejor mi abrigo y cámara fotográfica de mi hombro. - ...dicen que es hermosa, en esta época sus paisajes...

Santo Dios.

Que mentirosa soy, porque no tengo idea que mierda de vegetación como geografía tiene y muerdo mi labio, porque Ghorro me mira poco convencido.

Creo.

Suelto una risa nerviosa.

- ...como sus antiquísimas arquitecturas Asirias y Persas... - Prosigo y agradezco que el dichoso taxi, se detuviera y por googlear en mi horario de almuerzo, dicho lugar por un rato.

- ¿Amm?

La voz de mi compañero, me detiene a medio abrir la puerta del pasajero.

Lo miro.

Aún sigue, sobre la puerta de entrada al periódico.

- ¿Si?

En sus ojos oscuros, hay cierta preocupación profunda o parecido.

Lo presiento y me maldigo, por eso.

Porque soy muy mala mintiendo también, como para ocultar cosas.

- ¿Cuídate, si?

Asiento y me obligo una sonrisa por su siempre palabras de cuidado, sobre mi persona cuando nos despedimos.

Y como tal, le respondo igual que siempre.

Con mi mano en mi sien, tipo saludo militar.

Y logro, mi objetivo.

Que se sonría y un suspiro de alivio se me escapa, una vez dentro del coche apoyando toda mi espalda de forma agotada, contra el respaldo mientras se interna entre el tránsito y las calles.

Mierda.

LA REINA MADRE

Mis altos y elegantes tacos en tono mora, resuenan con cada paso decidida que doy sobre el piso lustroso, luego de bajar de mi coche abriendo para mí, el chófer sobre la gran entrada del hotel cuatro estrellas donde me alojaré por tiempo indeterminado, hasta que la transacción esté hecha en esta ciudad y donde, me reciben dos de mis hombres a los pies de las escalinatas.

No puedo evitar, no mirarme reflejada una vez dentro sobre unos inmensos y cristalinos vidrios que separan los ambientes del hall principal y sector fumadores, de esta prestigiosa cadena hotelera al pasar.

Devolviéndome, una imagen de mi persona que años atrás.

Nunca, lo hubiera creído.

Pensado.

Por lo que me convertí...

No espero a mis hombres saliendo del ascensor, cuando sus puertas en acero y madera lustrada, se abren en el piso 70.

El Pentshouse.

Solo elevo dos dedos, como seña a que aguarden en la puerta de mi habitación vigilando, cuando las abro y me introduzco en el interior.

Mi cartera tipo sobre de *Gucci* en blanco, vuela al sillón más cercano una vez dentro y con ira.

La rabia, me puede.

Y abofeteo sin piedad, al idiota que tengo en frente y a la espera de mi llegada de América, con el periódico de semanas atrás de procedencia Africana, que llevo en mi otra mano.

El ruso trastabilla de pie por mi golpe directo a su mejilla, provocando que vuelque algo del contenido ámbar de su vaso de whisky importado, que lleva en su mano.

- ¡Necesito, más! - Grito sobre su rostro, directa y señalando el periódico que por el golpe, yace en la hermosa alfombra turca en tonos azules del piso. - ¡Quiere, más! - Vocifero indignada, corriéndome.

Camino sobre mi lugar pensativa, ante su silencio.

Y elevo un dedo sobre mi uña perfectamente pintada con esmalte y a tono, con mis zapatos de diseñador en su dirección, pero sin mirarlo.

- Tu eres el pasaporte escarlata, de la hermandad. - Lo miro. - ¡No se pueden perder, Mijhail! - Vuelvo a gritar. - Está furioso, por esas pérdidas... - Camino al mini bar.

También necesito un trago.

- ...él, está furioso... - Aclaro y finalizo sin nombrarlo, poniendo una medida con hielo.

El sorbo de mi whisky bebiéndolo, se mezcla con su chasqueo de lengua negativo y sus pasos, viniendo hacia mí.

La aspereza su mano recorre uno de mis brazos desnudos, del fino vestido sin mangas que llevo puesto.

Y cierro mis ojos, por ese contacto y los recuerdos, que me agolpan por ello.

Desagradables, pero fructuosos recuerdos...

- Ese hijo de puta, la cagó por segunda vez...pero, no más...- Acota sin dejar de acariciar y dibujar con sus dedos, el contorno de mi brazo.

Lo miro, por sobre un hombro.

- ...sé que está a nuestro acecho. Pero, voy averiguar quién es mi reina... - Me promete llamándome, como me gusta.

Porque, soy la reina de todo esto.

- ...ya tiene sus horas, contadas... - Augura sonriente.

Y yo lo hago también, dando otro sorbo a mi trago.

- Lo quiero vivo, ruso... - Ordeno. - ...necesito ver su rostro y mirada detrás de esa máscara, cuando lo traigas a mí...

Porque, quiero conocer al que está detrás de todo esto.

Al hombre.

Que está arruinando, lo que tanto sacrificio me costó estos años.

Mis ojos reposan con ira y venganza sobre el periódico a medio abrir, que quedó olvidado en el suelo.

Donde muestra como primera plana de este y tapa, bajo un título sensacionalista.

La única imagen capturada de este misterioso hombre enmascarado, luego del incendio de uno de mis prostíbulos.

Un fuego, provocado por él.

Y con este, llevándose la vida de algunos de mis hombres, como clientela de elite y aunque, la foto es algo borrosa desde la distancia como altura que fue tomada.

Todo él.

Es porte.

Masculinidad e irradia macho, con ese traje medieval que protege su identidad.

Estrecho mis ojos sin dejar de mirar y notar, que bajo ese traje gladiador.

Hay un cuerpo privilegiado.

Trabajado.

Y sensual.

Y que bajo mi odio y desdén que me colma, este nuevo enemigo anónimo.

También hay excitación, provocando latidos orgásmicos y llenando de humedad mi entrepierna de puro placer, en solo imaginar lamiendo la sangre de sus heridas por la lenta muerte próxima y oscura que tendrá, bajo mi dominio y su sumisión.

Y por la sensación que me embarga, desde que apareció con su foto en la portada.

Presentir.

De que lo conozco, de mi pasado.

¿Pero, quién?

AMELY

Deslumbrada.

Así estoy.

Y lo demuestro con cada disparo consecutivo, de mi máquina fotográfica entre mis manos.

Que pareciendo, turista idiotizada.

No paro de sacar fotos a esta hermosa ciudad que por solo minutos, arribé en ella antes de mi vuelo rumbo a Erbil.

Desde la parte trasera del coche que asignó Cabul a sus hombres para trasladarme, no dejo de admirar lo que fue, la antiguamente Mesopotamia como la imponente cadena montañosa Zagros, que velan tras ella.

Sus grandiosos paisajes arquitectónicos, reconstruidos luego de guerras internacionales por décadas, la hicieron renacer como un ave fénix.

Y con ese dejo aún, de historia arcaica que sobrevuela entre su gente, proclamada como la cuna de la civilización y por ende, el nacimiento de sus escrituras bajo los imperios Sumerios, Acadios y Macedonios.

Me roba con cada kilómetro que rueda el automóvil por sus calles, exclamaciones de asombro y admiración desde mi asiento y sin dejar de mirar, todo maravillada y casi colgada de mi ventanilla baja y la conducción silenciosa, de los hombres de negro en su asiento de conductor y pasajero.

Todo es mágico, para mí.

Su cultura musulmana.

Edificaciones.

Arquitectura.

Colores.

Paisaje.

Y gente.

Horas después de mi vuelo y ya, sobre la ciudad de Erbil.

Me dirijo con otro taxi a mi punto de encuentro, abriendo el papel con la dirección.

Una pequeño hotel antiguo, en su fachada como interior.

Donde una anciana con los años de la edificación y la misma Mesopotamia, me recibe.

Para luego, con pasos arrastrados y temiendo por su avanzada edad, que desfallezca con cada paso exigido, al subir las escaleras hasta el tercer piso, me conduzca a la habitación.

Entregándome antes de su reverencia de despedida y una vieja sonrisa que encontré familiar, un papel prolijamente doblado de su viejo delantal como las llaves de esta.

Cierro la puerta tras mí y dejando mi mochila con las necesarias pertenencias para mi estadía, sobre la cama de dos plazas, mientras observo que la habitación es más grande en tamaño de lo que parece.

No ostentosa.

Más bien, con lo justo y necesario.

Y mis hombros se desinflan, por notar que Constantine no está.

Pero todo el interior de esta, grita su nombre y personalidad habitando en ella.

Ya que sobre la habitación dispersas, hay prendas de navegador pesquero solitario, como un viejo bolso marinero, muy cargado en su interior por el tamaño y sobre un rincón alejado en una pared.

Un desgastado y antiguo catalejo llama mi atención sobre la única y mediana mesa, con solo dos sillas antiguas pero cuidadas.

Me deshago de mi chaqueta por más comodidad y por el cierto calor que llena mi pecho, al prestar más atención sobre lo que despliega y casi, abarcando toda su superficie además del aparato.

Ya que, hay papeles desordenado amontonados, como un par de marcadores.

Y un gran mapa con la zona Norte, de África e Irak.

Como en detalle de su propio puño y letra, de anotaciones en su dialecto que no logro descifrar por su intangible letra, con flechas sobre El Mar rojo, el Mediterráneo y alrededores.

Pero algo, llama más mi atención y frunzo mi ceño por ello.

Con mi mano, corro la pequeña montaña de papeles, haciéndolo a un lado por lo que cubren bajo ellas.

Y un grito ahogado sale de mí, por tapar mi boca y no asustar a los demás que se hospedan y solo nos divide, las finas paredes que separan esta, de las otras habitaciones.

Son fotografías.

Miro de a una las primeras de casi la docena que son, mientras me lleno de preguntas.

¿Pero, cómo?

¿Cuándo?

Y en qué, momento santo Dios?

La respuesta no tarda en llegar, cuando a mi mente viene.

La noche que ingresó por mi balcón, al dormitorio de mi departamento.

Y mis ojos vuelven, a las cuatro primeras fotos.

Porque, son mías.

Las tomé momentos antes, de llegar a mi casa esa misma noche.

Al lugar y comensales, comiendo a las afueras del elegante restaurant de

camino a mi casa.

Pero, lo que me alerta, es que una.

La de dos hombres exquisitamente vestidos de traje, para esa ocasión.

Porque, Constantine hizo un duplicado.

Más bien, uno de ella con zoom en su mano derecha de uno de los tipos.

Una mano que reposando, en la fina copa de vino púrpura y que lleva un anillo de escudería con diseño raro a mi entender y poco legible por tal aumento, en su meñique.

Dejo caer de forma pesada mi cuerpo, en la primer silla llena de dudas y perpleja.

¿Acaso, Constantine estuvo observándolos todo ese tiempo?

Mi mirada baja a las fotos, nuevamente.

Suspiro.

¿Entró a mi habitación, para robar la memoria de mi máquina?

¿Era ese, su objetivo?

Pero no puedo, seguir sacando más conclusiones.

Por la curiosidad ante el peso de las demás fotografías, que siguen entre mis manos.

- Maldito cuatrero, de fot... - Resoplo haciendo a un lado las mías, para ver las otras, pero el ahogo de otro grito reprimido, se apodera de mi impidiendo terminar mi oración.

Mi boca cae.

Y mi voz, no llega.

Congelándose a mitad de mi garganta, por el inmenso escalofrío que recorre y cubre mi espina dorsal.

Porque, con cada foto y que una tras otra, empieza a llenar mis ojos con imágenes captadas de puntos diferentes geográficos, de lo que parece África o Asia.

Como viejas construcciones, del desierto del Sahara tomadas desde su exterior y de depósitos de mala muerte, de alguna ciudad o pueblo recóndito.

Y de lo que parece las restantes, del interior de los famosos antros rojos como llaman aquí, a lo prostíbulos y cabaret.

Estas, son estremecedoras.

Por lo dudosas forma, de su objetivo tomadas cada una de ellas.

Posición.

Distancia.

Como si el que lo emite, lo hiciera refugiado desde su posición y

precaviendo, no ser visto con su acción.

Incógnito.

Mostrando la vida nocturna del lugar, siendo casi intangible la visión de ellos por la oscuridad de las mismas tomadas.

Pero, en su apogeo en sus noches de pecado capital.

De clientes.

Como ramera o fulana del lugar.

Donde la lujuria.

Gula sexual.

Pereza a la decencia.

Vanidad.

Y avaricia a su propio deseo sexual mezquino y dominante, predominan con cada foto que veo y de cada cliente, consumiendo al producto.

Mujeres jóvenes.

Casi niñas.

Y las meretrices.

Disperso todas las fotos sobre la mesa y una al lado de la otra, para una mejor visión y muerdo mi pulgar, mirando en detalle cada una de ellas analizando.

O lo intento.

De los burdeles.

Esas mujeres.

Y cada cliente, fotografiado con ellas.

Mis ojos van luego a esas diferentes construcciones ajadas, con camiones estacionadas a la espera de un algo, con ciertos hombres sobre ellos.

Para después a la del desierto, en alguna zona desahucible y poco urbana.

Con esos mismos camiones e iguales hombres vestidos.

En su permanencia y como también, a la espera de algo.

Para luego a mis fotos con la de ese hombre, que captó el interés de Constantine.

Un extranjero, por su etnia.

Tal vez nórdico, por piel como rasgos y pelo tan claro.

Pero que indiscutiblemente, hay vínculo y un nexo, con las demás fotos.

¿Pero, cuál?

Miro la hora, de mi reloj pulsera.

Va ser una hora, de mi llegada al hotel y resoplo por eso y la ausencia prolongada, de Constantine.

Y porque, también soy muy mala para sacar conclusiones mientras camino en dirección a la única ventana de la habitación y que da la a la calle.

Hago a un lado sus cortinas claras, para ver sobre ella.

La noche, ya se adueñó de sus calles y cielo.

Recordando el papel que me entregó la anciana, lo saco del bolsillo trasero de mis jeans.

La letra intangible de Constantine sobre ella, me ordena que lo espere y no me mueva hasta su regreso.

La arrugo, entre mis manos.

- ¡Pendejo, prepotente! - Chillo entredientes, caminando desesperada sobre mi lugar ardiéndome la cara, por el mensaje de su mandamiento glacial y que hacer.

Me apoyo sobre la mesa cruzada de brazos y golpeando insipiente con dedo, mis dientes frontales pensativa y deliberando.

Por el rabillo del ojo, caigo nuevamente al mapa de Erbil.

Sobre un lateral superior, en grande y letra de él, dice *Mwkwf Shark*.

¿*Parque de Shark*?

¿Eso, es un lugar?

Y con mi pregunta, ojeo el mapa.

Y la respuesta está en el centro de la ciudad, señalando su ubicación con negro.

Acaso.

¿Está ahí, ahora?

Y las dramáticas fotos que vi, vienen a mí.

Cada una, como las mismas mías.

La de ese hombre del anillo raro, como la de los prostíbulos en su interior, saqueando sexualmente a esas mujeres.

Y la de esos camiones como gente de dudoso proceder y ejecución, sobre esas edificaciones en ruinas olvidadas, como a la espera de algo o de alguien.

O...mucho, de esos alguien.

Sacudo mi cabeza, rascando mi pelo chillando frustrada y sin saber que hacer con una lucha mental, deliberando en seguir acatando la orden de Constantine en esta espera exasperante y comiéndome los nervios, pensando si está en peligro o no.

Pero la objetividad no me nacía y empecé a odiar, cada metro cuadrado de estas cuatro paredes.

La habitación como el hotel, eran pintoresco.

Lindo.

Lo reconozco.

Pero pasando poco más de una hora encerrada, ya lo sentía como un jodido basurero.

- ¡A la mierda! - Exclamo, cambiando mi blusa que llevo puesta por algo de mi mochila más cómodo.

Busco una camiseta sin mangas deduciendo, que será una importante caminata hasta ese parque y con este calor nocturno mientras me la pongo y cuelgo sobre mí, la cámara fotográfica haciéndome camino en dirección a la puerta.

CONSTANTINE

Una vieja música árabe proveniente de algún puesto de venta regional, golpea el lugar mientras camino entre la gente.

No podía esperar a la mariposa y su llegada, pero *'um* (madre) en su hotel, cuidaría de ella hasta mi regreso.

Las cosas se habían adelantado y complicado jodidamente.

Replanteándome mi puta decisión, de si fue buena idea que Amely, fuera parte de toda esta mierda.

Gruño por lo bajo por ello y con cada paso que doy, buscando algo que llame mi atención de parte de ellos entre el público.

Porque, ya notaron mi presencia y mi fin en todo esto, la hermandad Escarlata con su pasaporte y bajo, la órdenes de la reina madre.

Que alertas.

Están adelantando la transacción de sus productos y venta.

Y por eso.

Esta reunión inesperada en el Parque Shark a estas horas de la noche, que mi informante me dio.

Astutos, reconozco acomodando mejor mi gorra de beisbol sobre mis ojos, para luego con las manos en los bolsillos de mis viejos jeans y con la mirada baja, eludo la gente para no ser reconocido, mientras camino por el atestado parque lleno de ellos y como uno más.

Tanto de turistas, como aledaños del lugar.

Sus grandes fuentes de agua centrales iluminadas por sus luces estratégicas como reflectores, dan al apacible y enorme plaza, la imagen perfecta de una postal bajo la noche estrellada con su clima cálido del estío y con su antigua, pero digna fachada de admirar de vieja construcción de edificio como

galerías, coronando ellas y a la época de lo que fue en la historia musulmana en su mayor porcentaje.

Como también la gran ciudad turística que es y antiguamente conocida con su nombre arameo, Arbela.

Reconocida por la Unesco, como patrimonio de la Humanidad, años atrás.

Donde la multitudinaria gente extranjera disfruta de sus paseos y compras, como el sabor y colectividad de sus comidas y bebidas.

Una ciudad logística como su país para ellos por sus multitudinarios lugares, para pasar desapercibido en sus negociaciones.

Siendo estratégico Irak, para tales.

Que luego de su guerra.

Una coalición multinacional invadió esta, principalmente por norteamericanos y británicos.

Su conflicto como daño colateral a causa de ello, es para los Escarlatas, trascendente y a favor.

Ya que, con el aumento de la violencia civil.

Política desglosada.

Y la ejecución, del ex dictador Saddam Husein.

Lo convirtió en un país inestable y con una democracia parlamentaria, compuesta por más de una docena de provincias bajo su control.

Convirtiéndose en estos años, en su punto mayor de envíos de sus productos.

Lo que llaman.

Pétalos rosas.

Asco.

Y por, ende.

La facilitación por la manipulación, de tantas manos extranjeras.

Tanto del acceso y traslado por mar.

Como la de sus aeropuertos internacionales, para el uso de sus rutas aéreas.

Elevo mis ojos, al gran reloj estilo Big Ben en su diseño, de un punto del lugar.

Sin dejar de buscar y notando, tanto que la noche está avanzando como que, se llena cada vez más de gente con cada minuto que pasa.

Alqaraf... (Mierda).

Maldigo, por lo bajo.

Mala señal, Constantine.

Cruzo el único acceso de paso con tráfico de coches, esquivando estos

como las enormes fuentes, para dirigirme al edificio frontal e introduciéndome en un lateral y sobre un lado ajeno a la vista pública y escalar la pared de esta, para llegar a su altura máxima de pisos y acomodando, mejor el bolso que cuelga sobre mi espalda.

Su azotea oscura y flexionado sobre ella, me da un perímetro más amplio de visión a todo lo que es el predio turístico y comercial, con sus movimientos y gente.

Froto mis labios pensativo, focalizado y sin dejar de mirar todo.

El bullicio alegre de la aglomeración, invade mis sentidos.

Porque la postal del lugar, irradia.

Arte.

Cultura.

Y ciencia.

De nuestras historias ancestrales de este viejo continente, reflejada en este mundo actual que ahora y disfruta de ella.

Descuelgo mi bolso que cruza mi pecho y espalda, para dejarlo contra el suelo y en la oscuridad que me encuentro, abrirlo y sacar las cosas de su interior.

Porque bajo esta maravilla histórica y de mentes iluminadas, creándola siglos atrás.

Con sus colectividad y linaje.

Como la que corre, por mis venas y mi país.

La Qurash.

Detrás de todo ello, hay oscuridad.

Sombras.

Una que cubre esta era en que vivimos, que lejos del orden y la sabiduría que nos otorga.

Encubre una verdad, que oculta.

Camufla.

Y silencio.

La verdadera realidad, detrás de todo esto.

Con traiciones, secuestros y asesinatos, si se requiere.

Por el secreto.

Uno que se resguarda, con la propia sangre de su juramento a una hermandad.

Una cofradía bajo personas titulándose iluminados, por sus altos cargos como poder que legislan.

Sean políticos o comerciales.

Dominando parte o total del mundo.

Y donde el peligro abunda y dominan, bajo el mando.

De los Escarlatas.

Cubro sobre mí, parte de mi traje guerrero como guantes y máscara.

Ajustando con precaución, sus cinchas como armas.

Una hermandad, que debo abolir.

Y me juré, bajo la perdida y sacrificio de mi propia familia.

Por el bienestar de ellos.

Y mi pueblo.

Pueblo, que guía mis valores.

La justicia y el honor Qurash.

Una justicia que es mi faro y se conduce, con mis sables llevando escrita la sangre de los enemigos, que la corrompan y la atraviesen estas.

Para la destrucción total de ellos.

Y de todo lo que amenace, el bienestar de la humanidad...

Salto a la azotea siguiente camuflado con mi traje y mimetizado entre la negrura y poca iluminación de ella.

Cuando distingo entre la atestada aglomeración de gente al ruso.

Y mi media sonrisa nace bajo mi máscara, agazapado sobre mi lugar y altura.

Recorro su perímetro, intentando localizar más de sus hombres.

Los de su calaña, no se manejan solos.

Hay un regimiento, detrás.

Ocultos como yo, resguardando su persona y seguridad.

Putos cobardes.

Y sonrío más, al notar una docena de ellos.

Que de forma civil y esparcidos sobre la distancia, pero manteniendo su espacio personal merodean y vigilan el lugar.

Mientras su jefe, intercepta el encuentro con otro hombre estrechando ambas manos.

El mismo, de la noche en el restaurant.

Varcovich hoy no lleva sus costosos trajes europeos, como tampoco su interlocutor.

Y con ayuda de su origen Eslavo y atuendo de camisa de estampas multicolor, pasa tranquilamente desapercibido como un viajero o turista más, en una conversación amena con su compañero.

Estrecho mis ojos.

Pero no, para mi ruso...

Los sigo saltando los obstáculos del techo y escondido desde mi altura, hasta donde se detienen a discutir y negociar.

Sobre una de las mesas al aire libre, de uno de los bares que componen este enorme parque.

Luego de ser atendidos por la camarera del lugar con sus pedidos, retoman su conversación y notando que con disimulo y por abajo de su mesa.

Intercambian bolsos, que llevan cada uno.

Pero algo llama mi atención y una maldición, se escapa de mi labios y en voz alta.

Jodida mierda hermosa, metida y desobediente que no hace caso.

Exclamo.

Al notar a Amely siendo llevada pero con disimulo, por uno de sus hombres hasta ellos.

Y dejo caer mi cabeza hacia atrás mirando el cielo nocturno, porque no lo puedo creer, maldita sea.

¿Fue capturada?

Y ambas manos paso por mi rostro semi cubierto, de forma lenta negando lo que está sucediendo.

Vuelvo mi vista a ellos.

Alkaraf...

Porque sí, ocurre.

Pareciendo emitir, para la vista de los demás engañando, como una dulce parejita de enamorados extranjeros siendo abrazada por el tipo y sobre ella, preguntando y consultando algo con el mapa, que lleva la mariposa entre sus manos al ruso y el otro hombre.

Mi sangre se coagula al notar su cuerpo cubriéndola él y tensarse, ante la mano de este que la envuelve más, recorriendo el suyo desnudo por la camiseta sin mangas que lleva puesta, luego de susurrarle algo al oído que la hace estremecer.

- *Abn aleahirat, la tajiru ealaa lms laha...*(Maldito hijo de puta, no te atrevas a tocarla). - Murmuro, poniéndome de pie.

Y a la mierda todo...

Sobre el alfeizar del edificio y en posición.

Me lanzo de su altura.

Y con giro por el aire, para equilibrar la caída.

Aterrizo, preciso entre la gente.

Y atestado de turistas.

Conmoción invade el lugar, por mi presencia oscura bajo mi traje y ocultando mi rostro bajo mi máscara, atrayendo la atención de todos y como la media docena de hombres de seguridad del lugar, viniendo a mí.

Que sorteo y esquivo, con golpes certero de puños tranquilo y dejándolos tendidos sobre el piso ya que ellos.

No son nada para mi haciéndome batalla, mientras camino a mis objetivos.

El revuelo colectivo y disturbio aumenta por toda la gente, corriendo y dejándome libre el camino al ver que desenfundó mis dos sables de mi espalda con el sonido de sus filos al rozarse y me hago paso ante el ruso, sus hombres y mi mariposa entre ellos, mirándome suplicante.

Dilatando mi corazón como mis latidos, al verla asustada.

Y provocando, que mi pecho se expanda más por ese jodido sentimiento que luchó y niego.

Pero, ganando este.

Y ya...no me importa nada.

Ignoro, los gritos alarmantes de todos ante mi presencia.

Solo focalizo, en mi *Argema Mittrei* entre ellos intentando huir, aprovechando la estampida de toda la multitud corriendo por escapar, para luego ver más hombres de Varcovich aparecer delante mío y hacerme frente interceptándome.

Sonrío bajo mi máscara y en posición, haciendo girar mis sables entre mis manos y frente a mí, provocando que destellen sus filosas hojas por las luces del lugar y jueguen, encegueciendo los ojos de los hombres de seguridad del ruso.

Y me lanzo, sobre ellos.

Ya voy, por ti.

Mí descarriada, mariposa desobediente...

Capítulo 8



- Oh señor de los cielos... - Gimo de puro placer, pidiendo otro con una seña por tener mi boca llena, a la señora del puesto de comida tradicional, por otro estilo burrito árabe mientras termino el primero.

Dije que no era buena con las dietas y sumando, tantas horas de viaje como vuelo.

El hambre me pudo, al pasar por el atestado lugar y donde tiendas de comidas típicas árabes, invitan tanto a turistas como aledaños del lugar, con su delicioso aroma a comidas caseras que emanan de ellas y a que degustes mientras disfrutas del paseo por la inmensidad de este hermoso parque central Shark.

Un lugar, donde tanto su arquitectura como historia.

Su gente, con atuendos musulmanes.

Centenares de turistas, paseando e interactuando con ellos.

La cálida noche.

Y esa vieja música de su cultura, flotando en todo el predio naciendo de las tiendas, que hace de todo esto una postal viviente.

Fascinante y totalmente, hechizante a la vista humana.

Con una reverencia, saludo a modo despedida a la mujer del puesto mientras me hago camino saboreando mi cena, esquivando a la gente que colma el parque y camina sobre el lugar como yo.

Suspiro, algo desinflada por sobre mi comida sabrosa y echando una ojeada, al mapa del lugar que pedí en otro puesto de todo esto.

- Guau... - Me digo masticando por lo bajo, mirando a través de la multitudinaria gente y por sobre los hombros de todos, con cada paso que doy buscando.

Notando.

No solamente, la inmensidad del parque.

Sino, también.

Que con tanto centenar de gente merodeando el lugar, encontrar a Constantine, va hacer algo así como una aguja en un pajar.

Y acotación aparte.

Que el muy jodido muertito en vida, pero sexi como la mierda.

No quiere ser visto y debe estar camuflado en algún rincón.

Pero no pierdo la esperanza y continúo con mi caminata decidida por todo el predio, cruzando las gigantes fuentes centrales de agua danzante que son el corazón del lugar, hacia el edificio frontal y antiguo.

Observando todo y a todos.

Y me atraganto con el último bocado de mi segundo burrito, al llegar a un próximo bar y notar entre la docena de mesitas al aire libre del local y lanzando tanto mi espalda como cuerpo contra el primer pilar de concreto, que sostienen la inmensa galería de la edificación para ocultarme.

Al ver, entre esas mesas.

Al hombre de mis fotos.

El del anillo raro, del restaurant, esa noche.

Y como Deja vú.

Con el mismo hombre, de esa vez.

Pero lejos, de sus costosos trajes claros de diseñador.

Ambos hoy llevan solo simples pantalón como camisas con estampas veraniegas multicolor, muy propias de turistas extranjeros.

Estrecho mis ojos.

Sospechoso...

No tengo idea, por qué.

Pero sospechoso me digo, asomando apenas mi vista detrás de la pared que estoy escondida, mientras limpio mi boca con una servilleta de papel, de dejos de comida por escupir.

Lo lanzo al tacho de basura más cercano, para con un movimiento de mi cámara fotográfica que cuelga de mí y focalizando sobre ellos mi zoom, hacer un par de disparos cuando retoman su charla, luego de hacer sus pedidos a la camarera.

Y un tercero, cuando noto que intercambian sus bolsos personales y con disimulo, por abajo de la mesa.

Otra vez, guau.

Inclino mi cabeza curiosa y resoplando un mechón de pelo de mi frente que tapa el visor, para hacer un cuarto disparo a ese movimiento.

¿Por qué, harán eso?

¿Dinero?

Papelerio clandestini...

Pero algo golpea de pronto mi espalda con brusquedad, como mis conjeturas y mi mejilla como lado de un rostro, se presionan contra la fría y rasposa pared de cemento por ser empujada contra esta, por alguien con fuerza.

- *Walikan ladayna huna...*(Pero qué, tenemos acá). - La voz ronca pero susurrando de alguien, juega sobre el lóbulo de mi oreja y me hace estremecer porque pese a ser baja, todo él suena sucio. - *...waqal latif walikann algharif albutlat 'amirkiatan bida'a, alaishtimam hayth la ynbghy 'an...*(una linda americana, metiéndose donde no debe). - Finaliza empujándome contra él. - Gritas y mi daga a tu yugular, preciosa... - Prosigue y amenaza contra mi oreja, en mi idioma y envolviendo por sobre mis hombros su fuerte brazo.

Donde la punta de una hoja filosa, presiona mi cuello por abajo del puño de la camisa floreada que lleva, disimulando un abrazo cariñoso.

No respondo.

- ¿Entiendes? - Mi silencio no lo convence, mientras me abraza más contra él y con un movimiento de su otra mano libre, extrae con disimulo de mi cámara fotográfica el chip de su memoria y lo lanza por el aire, para que lo tome un segundo hombre a cierta distancia, de nosotros vigilando.

Me jala, más contra él.

- *¿Kunt 'afham abtalahum?* (¿Entiendes, pétalo?). - Repite entredientes.

Y ya, no hay suavidad esta vez y sigue el mismo tono sucio, como amenazante.

Mi pánico atraganta mis palabras, pero logro asentir con una calma que no tengo, mientras con una sonrisa que no veo pero siento entre la base de mi hombro y cuello, me invita a caminar.

En dirección, a el hombre del anillo y su acompañante.

Carajo, con mi perra suerte...

Trastabillo en algunos pasos para seguir sus zancadas obligada, mientras nos encaminamos a ellos logrando voltear algo mi rostro por sobre ambos, para mirar por detrás nuestro.

Solo gente.

Mucha.

Centenares de turistas, como oriundos del lugar.

Que sin notar lo que pasa conmigo, caminan despreocupados o solo nos

cruzan pequeñas miradas, como si fuéramos una dulce pareja abrazadas y disfrutando de todo esto como ellos.

Pero ninguno es, al que ruego bajo una silenciosa plegaría apretando más contra mi pecho, el mapa que llevo entre mis manos.

Que focalice y venga a mí.

En mi ayuda.

Niego para mis adentros.

¿Jodido Constantine, dónde mierda estás?

- ...*laqad wajadat alttasakkue...*(La encontré, merodeando). - La voz del hombre que me tiene secuestrada, suena sobre la música que invade el lugar y cuando nos detenemos bruscamente.

Giro mi vista.

Para encontrarme.

Frente a los dos hombres, sentados junto a la mesa.

- ...*saraq alssuar...*(robó fotos). - Prosigue inclinado levemente a ellos señalando con su barbilla mi mapa, pero en realidad a mi cámara profesional que cuelga de mi pecho y me aprieta más contra él, provocando que un jadeo de miedo brote de mi garganta y se sonría por ello.

- ...*nanh alquiam bih, ya sayidi?* (¿Qué, hacemos con ella, mi señor?).- Pregunta, pero no logro terminar de entender, al hombre rubio.

El más viejo de los dos y al que va su pregunta, no responde de inmediato.

Pero su dedo con el anillo tipo sello, de extraño diseño y de un dorado tan fuerte como las luces que ilumina el lugar, juega con el borde de la copa de vino púrpura que tiene frente suyo y sobre la mesa.

Rozando, suave su circunferencia.

Lentamente.

Como sus pensamientos de la mierda que sea que deliberan, sin de dejar de observarme detenidamente con sus ojos.

No gesticula movimientos.

Solo me contempla, silencioso y calmo.

De arriba, abajo.

Mierda.

Como examinándome, mientras me recorre con esa mirada clara como su piel y etnia extranjera.

¿Ruso?

¿Alemán?

No lo puedo adivinar.

Pero, nórdico seguro y no más, de 50 años.

- Linda Americana... - Interrumpe, su acompañante sentado a su lado.

Un hombre de bastante menos edad.

Tal vez, entrado en sus 40.

Con una barba tan tupida y como el cabello oscuro que deja ver, bajo su sombrero de vaquero.

Y mi sangre se congela, al nivelar su mirada fija en mí.

Porque.

No solamente, logro advertir por su acento como rasgos que provienen de mi continente.

Si no.

Por la forma explícita que también, me recorre con la mirada sin poco disimulo mientras acaricia con una de sus manos su barba.

- ...*walikannaha laysat eudhra'*...(pero no es virgen). - Acota el hombre que me tiene prisionera como respuesta al hombre de la barba, entre sus brazos.

No logro traducir y entender lo que dijo, porque mi cerebro se encuentra conmocionado y solo grita, que intente huir.

Pero el roce de sus dedos recorriendo con una caricia rasposa el largo de mi brazo desnudo, me confirma que no fue algo agradable.

Y como si las yemas de estos, quemaran mi piel ante su contacto hasta el punto de erizarla.

Logrando una sonrisa de satisfacción cuando apoya sus labios asquerosos sobre mi oreja, para susurrarme.

- ...*'astatie 'an 'ashumm rayihat rayiysih'*...(lo puedo oler, jefe). - Finaliza, oliéndome fuertemente y por sobre mi hombro sin entender.

Pero aspirando, de esa forma grotesca mi aroma.

Mi piel.

El perfume, que llevo puesto.

Mi esencia.

Provocando, que me estremezca de terror y que dibujen sonrisas de placer en sus interlocutores.

- Creo que el universo...conspira a nuestro favor... - Al fin el ruso o alemán, habla.

Suave.

Pausado.

Dando un leve sorbo a su copa de vino fino, con su siempre mirada fija en

mi luego de escuchar y limpiando, las comisuras de sus labios con cuidado y detalle con la servilleta de tela en un azul y seda marroquí, que descansa sobre su regazo.

Todo él.

Denota distinción como elegancia, pese a ese horrible atuendo de turista compulsivo y extranjero que lleva puesto.

Las dobla con cuidado junta a esta, que también deja junto a la pequeña mesa redonda, luego de beber.

Sus labios se elevan con una última calma, pero sanguinaria mirada sobre toda mi persona.

- ...mi reina, como él... - ¿Él? ¿Quién? - ...estarán muy felices, con semejante trocito de pétalo, recuperado... - Se sonríe más. - ...después, del par de perdidas...

¿Qué?

¡Qué!

Quiero gritar.

Pedir ayuda.

Escapar de los brazos del hombre, que me tiene prisionera fuertemente.

Pero alguien, lo hace por mí.

En realidad, muchos lo hacen.

Lo de gritar.

Provocando que tanto mi secuestrador se gire conmigo ante ello, como los hombres de la mesa obligados a ponerse de pie para ver, de donde proviene semejante caos de griterío y corromper la calma del lugar.

Porque el tumulto de gente, que copa el parque conmocionan la armonía, bajos sus exclamaciones de pánico y de horror.

Y mi cuerpo se afloja de felicidad, mordiendo mi labio para ocultar mi sonrisa mientras soy empujada y jalada con fuerza a retirarme con ellos.

Al ver, el motivo.

Y ahogo un grito de emoción, siendo llevada entre la conmoción de toda la gente, que corre desesperada, por intentar escapar del lugar.

Chocándose, entre sí.

Con más gritos, lleno de pavor de ellos en sus huidas y escondiéndose los que pueden, bajo las mesas o detrás de paredes como tiendas.

O simplemente, contra el piso del inmenso lugar y arrastrándose a la salida del parque.

Porque...

Mi muertito en vida.

Mi Constantine.

Vino, por mí.

Y es el causante, de semejante desorden y miedo de toda la muchedumbre, que como una presencia oscura.

Como una sombra más, de la noche.

Imponente.

Duro.

Y hasta, algo tenebroso y temible, bajo su traje guerrero y oculto su rostro por la máscara, que cubre gran parte de su rostro.

Que a su vez, atrae la atención de todos.

Como sus miedos.

Al aparecer de golpe, como fantasma oscuro que es.

Cayendo, del cielo nocturno.

Y se abre camino entre la multitud y su disturbio, mientras con pasos pausados pero precisos.

Sin miedo.

Tranquilo.

Muy tranquilo.

Y como si fuera algo natural y de todos los días, elude sin complicaciones y golpes de puños certeros, a unos guardias del predio que intentan detenerlo.

Nada, lo para.

Ni lo detiene.

Impresionante.

Simplemente, impresionante.

Porque cada uno de sus pasos, hacia nosotros.

A mí.

Es con esa seguridad guerrera, que corre por sus venas.

Con todo su porte, como cada andar al compás y movimiento de sus fuertes y anchos hombros totalmente sincronizado, bajo su traje medieval.

Y donde la sombra de la capucha que cubre su cabeza y lo único despejado de su rostro, bajo la máscara que oculta su identidad.

Sus ojos.

Esos ojos, cristalinos y color hielo, tan iguales a Caldeo.

Que al elevarse y ubicarme, entre el gentío y ante los hombres que me tienen cautiva, que me siguen jalando y llevando entre ellos contra el público intentando escapar.

Destellan ira, contra ellos con su glacial y clara mirada seria.

Y al chocar, las nuestras.

Colisionan.

Fuerte.

Pero, ese choque de nuestras miradas.

Pese a ser dura.

Toda llena de reproches, por parte de Constantine.

Y súplica, de mí.

Es una de choque, abrazándose ellas.

Porque, siento eso de su mirada.

Que me abraza, con ella...

Verificando para saber, que tanto el uno como el otro.

Estamos, bien.

Pero un empujón obligado y brusco de mi captor con el filo de su daga en mi garganta, me hace proseguir y continuar.

Que bajo el revuelo y la conmoción de la gente aprovechan ello, para utilizarlo como medio de escape conmigo mis captores.

Logrando ver por sobre uno de mis hombros como último vistazo, que el terror aumentan cuando notan.

Que de su espalda, desenfunda esos sables cruzados chocando sus filos de acero entre sí y lleva en cada mano amenazante, mientras se hace paso a nosotros.

Para luego.

Enfrentarse, a un grupo de hombres que se interponen en su paso.

Dios...

CONSTANTINE

Vienen a mí, sin compasión.

Logro contarlos con una rápida mirada y perímetro de sus ubicaciones, mientras intentan acorralarme, pero a una distancia prudente.

Y la adrenalina, empieza hacer ebullición entre mis venas.

Como la ligereza y velocidad de mis movimientos para acabar con ellos, cuando intercepto que el ruso como sus secuaces con la mariposa entre sus brazos, hacen su huida entre la gente agolpada de terror y que tipo estampida corren, pero se hacen paso entre ellos.

No puedo, perder tiempo.

Y no lo pienso, dos veces.

Maniobrando mi cuerpo, me enfrento a los primeros que intentan atacarme con golpes y puñal en manos.

Lucho, rodeado por ellos.

Esquivo sus embistes de cuchillos, girando y con golpes de puño y con las puntas de mis sables.

He inclinado sobre mis rodillas flexionadas y con un giro por abajo de ellos, logro que una de mis cuchillas mientras la otra me protege de sus embestidas sobre mi colisionando con cada choque de ataque, que corte e hiera de forma letal sus piernas, cayendo derrumbados contra el piso.

Sangre emana de esas extremidades que con sus cuerpos derrumbados contra el suelo, comienzan a teñir este con un charco rojo y su superficie, por más que intentan detener bajos sus gritos de dolor, la hemorragia que emanan de ellas con sus manos creciendo.

Me giro a los restantes atacantes.

Y no doy tiempo a nada, cuando noto que desenfundan las armas de fuego que llevan bajo sus ropas.

Mis ojos, van al predio.

El parque.

Todavía mucha gente inocente, en el lugar.

Aún, corriendo.

O agazapados desde un rincón escondidos detrás de algo, pero con el terror en sus miradas siendo testigos involuntarios, de todo esto.

Como niños, con su padres abrazados.

Observando todo.

Y observándome.

Alqaraf...

Lleno con una gran bocana de aire mis pulmones.

Yo debo detener esto, antes que sea una carnicería humana de inocentes y corro, desorientando a mis enemigos que empiezan con la balacera.

Eludo esa lluvia que descargan sobre mí, lanzándome en el aire hacia las mesas del bar, tumbando estas contra mí y como escudo a sus disparos.

Guardo mis sables en mi espalda, para arrastrar mi cuerpo contra el nivel del piso y llegar a un punto más alto del lugar y donde casi no hay civiles, al alcance de sus ataques.

El sonido de cada bala surcando el aire y viniendo en mi dirección, invade el área y corta este, mientras me desplazo rápido a mi objetivo sobre los gritos de conmoción de la gente y de estos contra mí y su ataque.

Una bala roza mi rostro, arañando tanto la tela de mi máscara como mi mejilla.

La tibieza de mi sangre brotando de la pequeña herida, recorre como hilo un lado de mi rostro y gotea en pequeños círculos perfectos, sobre el pavimento del suelo.

Pero hago caso omiso, cuando el que disparó se me viene encima y aún, apuntando su arma de grueso calibre intenta con otro disparo, no errar esta vez.

Su sombra como su cuerpo, me cubre y cae sobre mí y contra el piso, luchamos sin piedad.

Forcejamos, rodando contra el.

Y fuertes pisadas, viene por él.

Sus restantes, compañeros.

El frío hierro de la punta de su arma, apunta y toca mi cuello, mientras luchamos.

Pero logro desviar su mira y lo obligo a disparar.

Siendo su rostro, el final de todo esto.

Su cuerpo con peso muerto, se desploma sobre el mío, manchando parte de mi traje de toda su sangre.

Pero lo elevo contra mí y lo utilizo como protección ante la nueva lluvia de balas, que descargan sus compañeros mientras me desplazo sobre el lugar.

El cuerpo inerte, repercute con cada disparo que recibe y tomando el arma que era de él, mi turno de disparar.

Cayendo tres ante mis fulminantes disparos y otros tantos, se lanzan por la protección más cercana.

Dándome, con esa pequeña pausa.

Lo que necesito.

Un tiempo.

Y sonrío, bajo mi máscara por ello.

Porque, es mi turno.

De asesinar...

Y con mi media sonrisa, nace un silbido, de mis labios.

Suave.

Ligero.

Pero demandante.

Llamando.

Y cruza el predio, llenando el parque y flotando sobre el.

Y sonrío, más.

Al sentir, la respuesta.

El galope fuerte y sin vacilar, de unos cascos que golpean el piso con su carrera.

De mi, *Eadhab*. (Tormento).

Mi alazán negro y mi compañero.

Que viene, a mi llamado y sin dudar.

Me lanzo a mi caballo cuando pasa por mi lado, sin perder la velocidad de su carrera.

Lo monto de un salto y con un movimiento diestro tomando sus riendas, voy a la persecución de los tres hombres del ruso, que intentan huir.

Guardo el arma, pero desenfundo mi látigo que llevo bajo mi capa y con un certero chasqueo en el aire, cae sobre el primero deteniendo su huida y enroscando, el fuerte cuero trenzado de esta su cuello.

Con otro movimiento tajante, impido su respiración apretando más sobre él y frenando su escape.

Mucho...

Para caer derrumbado y sin vida, por mi lado al pasar sobre el sin perder mi velocidad y arrastrarlo varios metros, por el suelo del predio su cuerpo.

Por el rabillo del ojo, puedo ver luego como yace sin vida contra el piso cuando aflojo esta, y sirenas empiezan agolpar el lugar, tanto de ambulancias como de móviles policiales deteniéndose bajo chirriantes frenadas.

Donde oficiales como paramédicos, bajan de este y corriendo, toman el lugar empezando a cercarla.

Mi vista, vuelve a los dos restantes que se dividen en mi persecución.

Cruzando mi látigo sobre mí, para tomar unas de mis dagas de un lado de mi traje, lanzo a la espalda del primero surcando el aire e impidiendo su escape, por los viejos corredores de la edificación y donde por mi acertado tiro, se incrusta en ella haciendo que tambalee y trastabille cayendo al piso.

No me preocupo, por él.

Herido y convaleciente, no hará mucho y será apresado por los oficiales del lugar.

Más sirenas de móviles policiales, se perciben en la lejanía, cuando me volteo y frente a mí noto, que cruzan una media docena de móviles policiales la salida del parque y contra sí, para impedir mi escape como al del último agresor.

Tomando posiciones sus hombres bajo el grito de otro, con sus armas

apuntando sobre nosotros y utilizando sus mismos coches policiales y abiertas sus puertas, como escudo o detrás de ellos para detenernos.

El jadeo de mi caballo por la imparable carrera hasta el punto de llenar, una saliva viscosa de espuma a los lados de su boca y sobre su negro pelaje.

Por su velocidad.

Y la adrenalina como a mí, que le envuelve por ser mi compañero invaluable, en estos tres años de justicia bajo mis sables.

Es el único sonido que siente sobre nosotros y con cada galope, que acorta la distancia entre ellos y nosotros.

Me sonrío y palmeo su cuello con cariño, sin perder de vista a los móviles policiales como los agentes, posicionándose más con sus armas para recibirme y notar, que no voy a detener mi carrera.

Como al hombre del ruso, ya llegando hasta él.

- *Ealayna 'an nafeal sadiq...*(Tenemos que lograrlo, amigo). - Le susurro, con cariño.

Su relincho sin decaer, es mi respuesta.

Y es suficiente para mí, con mi media sonrisa creciendo bajo mi máscara y estrechando mis ojos con seguridad.

Mientras saco uno de mis sables y con otro movimiento de las riendas, como orden de acelerar más la carrera.

La elevo sobre mí, para que caiga sin piedad sobre el cuerpo del agresor dando por finalizado, su fuga y derrumbándose su cuerpo sin vida sobre el pavimento.

Su sangre corriendo de forma uniforme, por el filo de la hoja de acero de mi sable.

Es mi grito de justicia, por cada pétalo rosa.

Una lacra menos, en este ruin y al bajo poderío del mundo de los Escarlatas...

Gritos en mi dialecto, me ordenan que detenga mi huida con la amenaza de abrir fuego por parte de ellos, cuando la distancia se acorta por la policía en su cerrojo.

Pero, mi interminable carrera es mi respuesta.

- *¿Mustaed Eadhab?* (¿Listo, Tormento?). - Digo, acomodando mejor mi postura.

Y con una última bocana de oxígeno.

Casi, llegando a ellos.

Y bajo sus miradas de asombro, sin dejar de apuntarme.

Inclinado sobre un lado del lomo de mi caballo y este, aumentando en los últimos metros que nos separan de los móviles policiales, su velocidad.

Y bajo la orden de que abran fuego, de alguien.

Mi caballo, como yo.

Con su agilidad y presteza.

Y de un movimiento hípico, lleno de destreza.

Saltamos sobre los coches y bajo sus disparos.

Y empuñando, todavía mi sable.

Para golpear, en el trayecto y por el aire.

Lo que interfiera, nuestro camino.

Los cascos de mi alazán, chocan fuerte el pavimento al aterrizar.

Pero con proeza y decisión, cuando seguimos haciendo nuestro camino entre las calles como los antaños corredores de los edificios, de esta cultura musulmana e internándonos en ellos y su media oscuridad.

Sin darle tiempo a la fuerza oficial, a su reacción rápida y persecución.

En búsqueda de mi *Argenta Mitrei* y el ruso...

AMELY

Un grito se escapa de mi a medida que avanzamos, al sentir una lluvia de disparos a cierta distancia y sobre los intermitentes sonidos de las sirenas, en el predio del parque cuando logramos salir de este y escapar.

- *¡Almashi!* (¡Camina!). - Grita el hombre que me tiene apresada aún con su brazo y empujándome con brusquedad, obligando a apurar mis pasos cuando me detuve por ello aterrada, mientras el hombre rubio vocifera en su idioma órdenes en ruso deduciendo y logrando captar, al par hombres que nos acompañan y aparecieron en nuestro escape.

Su seguridad, pero de civil.

Que se pierden en la inmensidad de la noche y alejándose de nosotros, para cumplir lo que les ordenó.

- Varcovich... - La voz algo insegura del hombre de barba y mi nacionalidad, suena en nuestra huida y sobre la semi oscuridad de la noche y en los viejos pasillos de los edificios, en cual los internamos. - ...ese monstruo carnicero, viene por nosotros... - Jadea por la caminata como temor y ya, sin ese sombrero vaquero sobre su cabeza, por haberlo perdido en el camino.

Y lágrimas asoman mis ojos, por la respuesta de este tal Varcovich.

Que al sentir su apellido ser nombrado en voz alta por este, lo toma con ambas manos de las solapas de la camisa del aludido y lo empuja con rudeza

contra la pared próxima.

Provocando que golpee, fuertemente su espalda contra esta, y deteniendo nuestra caminata.

- ¡Idiota! - Escupe, sobre él. - ¡Ahora ella...sabe mi nombre, imbécil! - Jadea.

Pero su rostro ladea a mí, mientras el suave clic de un arma de bajo calibre sacando su seguro y por detrás de su pantalón, suena sobre nuestro silencio.

Y elevándolo, a un lado de su rostro.

Sus palabras van hacia él, que lo suelta con rudeza, pero su mirada está en mí.

- No te preocupes, maldito cobarde... - Se sonríe apenas. - ...la policía, se debe haber hecho cargo de él... - Augura entredientes, por el tiroteo que se sintió segundos antes.

Y esas lágrimas que amenazaban mis ojos.

Comienzan a rodar, por mis mejillas silenciosamente.

Dios.

Constantine...

Provocando que éste, perplejo por mi actitud y ladeando su cabeza curioso, camine a mi dirección.

Oh mierda...

Presiona con su mano mi barbilla con fuerza y me obliga, a que lo mire fijo mientras el hombre que me tiene retenida, asegura más mi agarre a él.

Sus ojos de un celeste claro, se estrechan arrugando la comisura de ellos como analizando los míos y a través de ellos, quisiera leer mis pensamientos sobre la oscuridad que nos rodea.

- ¿Acaso, lo conoces lindura? - Murmura serio y recorriendo mi rostro, con precaución. - ...sabes quién es el puto jodido, detrás de ese traje? - Insiste, apretando más mi mandíbula con la aspereza sus dedos.

Niego sin vacilar, pese al dolor que me provoca ello.

Pero, no lo convence.

Y solo logro con mi negativa silenciosa, una bofetada de su parte en mi mejilla y donde el sonido de ella, se hace eco entre el callejón que estamos y su edificación.

Un duro escozor tiñe mi mejilla de ardor, pero reprimo su dolor cuando el silbido de algo sobre el aire cálido de la noche y cruzando este, corta su interrogatorio mezclándose con el galope de algo.

Cuando, lo que fue lanzado por el aire.

Golpea la mano del jodido Varcovich que tiene prisionero mi rostro y con su fuerza, se clava en su mano y lo separa de mi rostro con violencia.

Robando a ambos, un jadeo.

El mío, de asombro y sorpresa de esa cosa filosa casi rozando mi rostro y que no pude ver por su velocidad.

Y a éste, uno de dolor agonizante bajo juramentos en su idioma, intentando zafar el pequeño puñal de su mano y traspasando esta, que se clavó en su palma con una puntería perfecta.

Su grito y órdenes al que me tiene retenida, se mezcla con el mío de júbilo, cuando saca bajo otro juramento y de un movimiento, el puñal que clava su mano y lo lanza con ira contra el piso envolviendo su herida con un pañuelo blanco que se tiñe de rojo en el momento, por la emanación de ella.

Y cuando ambos.

En realidad, todos.

Notamos, la presencia de Constantine, que montado en su caballo.

Y pestañeo, por no poder creerlo.

Porque, es el mismísimo *Eadhab*, en su trote galopante y nunca, perdiendo su velocidad con él encima.

Para luego Constantine, lanzarse sobre ellos sin tregua en su ataque.

El hombre de barba, intenta huir.

Pero en su carrera, Constantine lo alcanza y con uno de sus sables en mano, lo atraviesa sin piedad, cayendo derrumbado su cuerpo inerte y herido, contra el piso de empedrado.

Mi grito ante eso, es ahogado por la mano sana del ruso, que cubre mi boca presionando el frío hierro del arma que carga, sobre mejilla lastimada por él mientras me obliga arrastrándome a la fuerza a retroceder y seguir camino, sumergiéndonos más en la oscuridad de los estrechos pasillos del callejón y como rehén, mientras mi captor enfrenta a Constantine.

Sus blasfemias de dolor por su mano gravemente herida se siente, sobre el salto de Constantine contra el agresor para luchar contra él, mientras su caballo sigue viaje.

Y al notar que este, saca un arma de la baja espalda de su camisa, descargando los disparos de su automática por reflejo y al aire sin punto fijo.

Una, tras otra.

Disparos, que suenan sobre nosotros.

Pero, contra Constantine.

Colisionando cada tiro sobre su carrera y como sombra eludiendo estas,

mimetizado con la misma oscuridad de la noche y sobre el lugar.

Tanto en paredes.

Como objetos, apoyados en esta.

Rincones.

Y hasta cuando lo enfrenta, sobre las mismas hojas de los sables cruzados frente a él como escudo y donde uno de los misiles, rebota contra su acero.

Guau...

Culminando y dando fin a mi captor, cuando encontrándose sin municiones para seguir disparando contra él y demorando en buscar otra carga del bolsillo de su pantalón.

Constantine camina sobre su siempre calma y bajo el retroceso de éste al verlo venir, cayendo bruceas al piso rogando su perdón y elevando una mano sobre él, mirando suplicante desde abajo, cuando él pateo tanto su arma como cargador a distancia de ambos.

El filo de uno de sus sables, reposa en su garganta inmóvil como toda su presencia y altura frente a él y contra el piso arrodillado.

La capucha que envuelve y protege su identidad, no me permite ver desde el rincón que me tiene apresada Varcovich, su rostro que con su baja mirada, solo está en su víctima.

¿Acaso?

Acaso Constantine, lo va a mat...

- *Fi eaynayk 'ann talab alssafh ...'araa siwaa alzzalam al'ahmar min dhunubikin, yasrakh bila rahmat alkhas bk; dahaya fi ydik...*(En tus ojos que suplicas perdón...solo veo la oscuridad Escarlata de tus pecados por los gritos sin tu piedad, de víctimas en tus manos). - Su voz agriamente hermosa y sin ese dejo de emoción, interrumpe mis pensamientos. - *...'ana last allah liaghfir ...wala alqiddis albabba, lisamae nadim alkhas bik...*(No soy Dios para perdonar...ni el santo pontífice para escuchar tus ruegos).

Y el filo de ella.

Ese sable.

De forma precisa y tajante, surca su cuello cortando este sin piedad, con su cuerpo desmoronándose.

Siendo, mi respuesta.

Y mi gemido ahogado por ser testigo de eso y sobre la mano del ruso, lo hace girar a mi dirección.

Y decidido, se encamina a nosotros.

Serio.

Y saltando el cuerpo sin vida de su víctima, que obstaculiza su camino.

Pero, sus pasos decididos se detienen, cuando el frío acero del arma que sostiene Varcovich, apunta mi sien.

Y con otro movimiento.

El sonido del martillo de su arma, se siente en el silencio que nos rodea, siendo jalado hacia atrás y listo para disparar en mí.

- No...te atrevas... - La voz amenazante y baja de Constantine, resuena sobre los tres.

Y una risita de mi captor, lo acompaña con burla.

- ¿Qué? - Siento su mirada, en mi nuca. - ¿Ella te importa, enmascarado? - Susurra suave, en mi oído.

Y cierro mis ojos, al sentir la humedad de la punta de su lengua, lamer mi cuello.

Mi piel se eriza, ante asco y miedo.

Constantine no contesta y tampoco se mueve.

Una frenada de un coche, aparece en un extremo de la salida del callejón y los hace girar.

Abro mis ojos, pero mi mandíbula cae, al notar, que es uno de los mismos Jeep negros de las fotos.

Y donde de este, descienden los mismos hombres que Varcovich, les ordenó algo y se marcharon.

Y ahora apuntando a Constantine con sus armas de fuego y sobre este, están estáticos sobre su lugar a la espera.

Pero no se inmuta, volviendo su mirada a nosotros.

Silencioso y como una hermosa estatua viviente y medieval.

No se mueve y aún, empuñando sus sables en cada mano.

Haciendo honor a como lo llamo, maldita sea.

Mi muertito en vida.

Varcovich me obliga a reiniciar la caminata saliendo del escondite y usándome, como escudo frente a él, sin dejar de apuntar ahora a Constantine.

Mi mano temblorosa, pero con cuidado va a mi bolsillo delantero de mis jeans con cada paso lento que hacemos y en dirección a sus hombres, a la espera de sus órdenes.

Necesito, hacer algo.

Yo, tengo que hacer algo...

Debo salvar a Constantine me digo, mientras hurgo con cuidado y logro encontrar lo que busco.

- Quítate la máscara y prometo, dejar con vida a la muchacha... - Jura el ruso, empujándome más contra él y ya casi, llegando a sus hombros.

Pero el silencio de Constantine como su nula reacción, lo enfurece.

- ¡Quítatela, puto mal nacido! ¡O juro que sus sesos, teñirán esta paredes! - Vocifera, acomodando el gatillo como la pistola, contra mi cabeza con fuerza otra vez, logrando lastimarme con la punta de este.

No hay respuesta.

Y por segundos, desgarradores.

Hasta que.

Dios, no.

Los hombros rígidos como su porte, caen de forma vencida de Constantine deteniendo nuestro andar por eso.

A una distancia, prudente.

Pero, uno frente al otro.

Y pasos más atrás y detrás nuestro, el coche como sus hombres esperando, pero sin dejar de apuntar con sus armas expectantes.

A Constantine, cuando elevando sus fuertes brazos para guardar sus sables, sobre su espalda.

Cae.

Si, cae.

Sobre sus rodillas, al piso.

Oh mi Dios...

Y ambas manos lentamente, lleva a los lados de la capucha que cubre su cabeza y parte de su rostro.

Para tirarlo atrás y poder dejar al descubierto, su pelo negro como el azabache y algo largo ahora, cubriendo como siempre parte de su rostro y sus ojos de su máscara, pero sin levantar su vista.

Y como señal, de su rendición antes sus palabras.

Niego.

No.

NO.

Será, su fin.

Y mis latidos golpean fuerte mi pecho, con cada palpitación y en solo pensar, ver muerto a Constantine.

Un calor llena, oprime y recorre mi ser y jadeo entre lágrimas, sacudiendo mi cabeza.

Porque.

Lo hace, por mí.

Solo.

Por mi...

Y con el impulso, de cada uno de esos latidos que son por verlo así.

Entregado.

Y siempre, latieron por y para él...

Deslizando el anillo, con disimulo sobre mi anular.

El *Rammisha*, que me dejó esa noche en mi habitación y que no fue un olvido, según Cabul.

Para luego, bajo la sorpresa de mi agresor y con el puesto.

Empuño mi dedo a su rostro sin titubear y con toda la fuerza de mi ser.

Siendo mi blanco directo, un lado y todo el largo de su rostro, bajo una herida profunda y cortante sobre su piel.

Grito, dolor y sangre, brota de él soltándome para con su mano sana, tapar ese lado de su cara echándose hacia atrás.

Y todo.

Sucede, rápido después.

Abriendo fuego sus hombres, yendo a su rescate.

Yo, corriendo sobre las balas hacia Constantine.

Y este.

Viniendo en su carrera, por m.

Felicidad...

Mucha felicidad para mí, cuando nuestros cuerpos colisionan bajo nuestro encuentro y abrazo.

De forma fuerte.

Dura.

Reacia.

Tan de Constantine con su agarre, lleno de ese sombrío cariño por su poco uso, en la materia del amor.

Pero que no cambiaría su forma de demostrarlo, por nada del mundo.

Y más, felicidad.

Cuando otras frenadas, se sienten en el otro extremo de salida del callejón.

Por patrullas, de la policía musulmana.

Que sin vacilar y bajo gritos, de abrir fuego.

Tanto al ruso como sus hombres, que ahora disparan contra ellos para huir.

Estos.

Lo hacen también e intentando iluminar con un reflector sobre nosotros, al

mismo tiempo.

Constantine vuelve a cubrir su cabeza y sin perder tiempo y sobre nuestros lugares, me mira.

No puedo ver sus ojos de ese color gris como el hielo, bajo la sombra de su capucha.

Pero la siento, colmándome.

Llenándome de él.

- ¿Lista para escapar, mariposa? - Me susurra, bajito.

Y humedezco mis labios ante la expectativa con la que me sorprenderá, mientras asiento segura.

Me aprieta más contra él, robándome un jadeo ante ese dulce y caliente contacto.

Y siento su sonrisa, bajo su máscara por ello.

Y sin más.

Elevando su brazo libre como su vista y rodearme, contra él.

Dispara algo, hacia arriba.

Y como la otra vez, para escalar esa poderosa y alta ladera de ese risco.

Una cuerda o soga de menor grosor, pero fuerte como aquella.

Despide de esa muñequera, que lleva siempre puesta en su brazo y ahora bajo su traje.

Para que la punta de esta, con sus tres filos al ser lanzada.

Enganchando en el diseño uniforme, de la azotea del viejo y alto edificio que estamos.

Y para con un tirón de Constantine y su brazo expuesto.

Nos jale cuesta arriba a velocidad y bajo la mirada de asombro de la fuerza policial intentando detenernos, bajo gritos e inútilmente disparando contra nosotros, por la oscuridad que nos envuelve y la altura como distancia, que vamos retomando.

No sé qué, será romántico para ustedes.

Tal vez.

Las flores.

Una cena, a la luz de las velas sobre una playa.

Corazones.

Pero, créanme.

Volver a sentir el cuerpo de Constantine, bajo su traje guerrero contra el mío y como esa vez, en los acantilados.

Trepar ahora, la altura de este viejo edificio y sentir como sus pies se

aferran a los míos, de nuevo enroscándolos a medida que ascendemos, para darme seguridad.

Y con su brazo presionándome, más contra su duro y fornido pecho, sin dejar de mirarme con esos ojos claros como el agua y de un gris hielo.

Para luego.

Inclinándose suavemente, hacia mí.

Para besarme.

Con cada metro, que subimos.

Cada distancia que nos elevamos y acortamos, la distancia a la azotea.

Rozándolos, con los suyos.

Acariciándolos.

Y luego chuparlos con cuidado y profundizar el beso, hasta entrelazar su lengua con la mía.

Suave.

Pero demandante.

Posesivo.

Pero, con amor.

Eso.

Es romántico, para mí.

Y sonrío sobre sus labios, acomodando como puedo mechones de mi pelo que vuelan sobre mi rostro, por la brisa que se arremolina en nuestra vertiginosa subida y escape bajo balas.

Romántico, repito.

En el idioma.

De mi extravagante.

Extraño.

Y raro.

Constantine Kosamé.

Porque, él es.

Pura pasión y guerra...

Capítulo 9



La claridad del sol, golpea mis ojos cerrados y me obliga a entreabrirlos.

Me remuevo sobre mi lugar y aún sobre mis manos por abajo de mi mejilla y en mi postura dormida de lado, notando mientras me despabilo más, que lo hice en algo seco como rasposo.

Pero paradójicamente, cómodo y acolchado.

Entrecerré los ojos obligada a pestañear más fuerte, ante el resplandor del sol de la mañana que llena el lugar, mientras me incorporo sobre el lecho donde caí dormida bostezando.

Guau.

Mi colchón es un montículo de heno y viejos como grandes costales de lino que parece semillas de lino a medio abrir y dispersos, sobre el viejo piso en madera.

Recorro con mi vista el lugar, viniendo a mi mente lo sucedido la noche anterior.

Y para mi sorpresa.

Lo que parece un cobertizo por, su no gran tamaño en donde estoy.

En realidad aclarando mis pensamientos y mente dormida.

Me doy cuenta, que estoy sobre la torre de algo.

Para ser precisa.

La de un antiguo campanario.

Donde esta, yace inmóvil sobre un extremo de este cuarto colgada.

Imperiosa, por su tamaño.

Y donde su cobrizo, oxidado y labrado diseño por manos artesanas, muestran sus centurias de la cultura de su pueblo en cada uno de sus dibujos sobre el esculpido.

A la espera de ser tocada y sean sentidas, sobre las cuatro arcadas estilo ventanas en las paredes de piedra rosa en su construcción que nos rodean.

Que como bocas al exterior y desde la altura, donde nos encontramos.

Tiempo atrás.

Habrán teñido este pueblo milenario con cada campanada, con su grito de acero e hierro fundido.

En nombre de el.

Dando victoria a algo o advirtiendo, el ataque del mismo.

Anoche, no lo noté.

Ya que, sucesivos edificios sorteamos con Constantine.

Uno tras otro.

Entre las alturas y la densidad, de la noche.

Entre cornisas y más azoteas, bajo la cortina siempre mientras nos hacíamos camino a donde sea que me conducía.

Me guiaba.

Y me ayudaba, en nuestra carrera de escape sobre las alturas entre la oscuridad, del cielo estrellado que nos protegía.

Y las luces propias con su iluminación cubriendo bajo nuestro, de toda la ciudad con su movimiento típico de la noche.

Pero, bajo el sonido intermitente.

De las patrullas policiales por toda la zona, con sus luces invadiendo el lugar.

Yendo y viniendo.

Buscándonos.

Para llegar luego a este lugar sin iluminación, en la negrura de la medianoche.

Y donde, a la espera que las sirenas de las patrullas con sus luces mermen, caí rendida de sueño y en los brazos de Constantine y donde seguro, encontré este rincón como lo más adecuado para recostarnos y a la espera de la aurora.

- *Kunt aistayqaz...*(Despertaste). - Su voz se siente, desde algún lado de toda la habitación.

Me pongo de pie sacudiendo como puedo, dejos de heno sobre mi pelo como ropa e intentando ver tras los reflejos y el brillo de los rayos del sol, que entran por esos ventanales.

Con una mano como visera sobre mi frente, intento localizarlo acomodando mejor mi cámara fotográfica a un lado y que todavía cuelga de mí.

Pero su presencia física no logro divisar, aunque su voz gruesa y pausada sí, llenando el lugar.

Y la sigo, con pasos lentos a medida que habla.

- ...ya no hay más que uno que otro móvil, deambulando la zona... -

Murmura con su siempre voz pausada, llena de esa paz y tranquilidad interior.
- Conduciéndome, hasta una de las arcadas.

Para asomarme en ella apoyando mis manos sobre su alfeizar de piedra y mirar a través de ella al exterior y haciendo a un lado mi pelo por el aire, detrás de mi oreja.

Y encontrarme a Constantine.

A sus afueras.

Y sobre la cornisa, de este.

Flexionado sobre sus piernas y con uno de sus brazos apoyado sobre su rodilla doblada descansando y con los dedos de su mano, frotando sus labios pensativo.

Esos labios que hacen que muerda los míos, ante el dulce recuerdo de ellos besándome anoche en nuestra huida, mientras observa todo desde la gran altura en pisos que estamos, la majestuosidad de esta hermosa ciudad.

Que como postal de fondo, por la vista ante la altitud que nos encontramos, nos regala el panorama de sus 180 grados de esta, bajo su sol naciente detrás de los edificios.

En otro momento.

Hubiera escapado de mí, algún grito de espanto ante lo peligroso de verlo allí en un borde y a metros de altura.

Inmóvil.

Con esa calma absoluta, que todo su ser se rige siempre.

Domina.

En esa postura y sobre el arimez, del borde exterior.

Desafiando la temible altura, bajo su actitud vigilante.

Sin arnés de seguridad.

Sin nada.

Pero, me limito a solo observarlo.

Paciente.

Calmo.

Y yo, me derrito de amor.

Para ser sincera, empiezo a babear.

Como, bajo esa postura de importarle una mierda.

Llámenlo.

Sea las leyes de la física desafiando o jugando contra ella, por estar sobre el filo de la cornisa y nivel de altura.

Como esa brisa que lo envuelve y es insipiente por tal contra él.

Que juega sobre los lados de su traje medieval, provocando que estas se muevan suaves y al compás de ella, como su pelo que sin llevar tanto la máscara como la capucha que siempre lo cubre, ahora descansan sobre sus hombros como espalda.

Donde su pelo algo largo, suelto y de ese negro noche, ladea sobre su rostro por el viento.

Y para mi puro disfrute.

Suspiro, para mis adentros.

Deja a mi placer.

La vista despejada de esas facciones egipcias, perfectas y viriles de piel café con leche, mezcla de esas dos razas milenarias.

Donde el contraste de esos ojos tan claros, hasta el punto de parecer cristalinos.

Como hielo.

Y rasgados.

Herencia de esa genética pura como Caldeo que corren por su sangre, llena por la historia de su pueblo Africano.

Su gente.

La Qurash.

Y que bajo su traje guerrero, como armas que carga sobre él.

Como esos dos sables, cruzados sobre su espalda.

Lo hace dar un aspecto un poco feroz, debajo del frío de la oscuridad de su vestimenta de guerra como porte.

Pero tan caliente, maldita sea.

Como misterioso.

Aclaro mi garganta.

- Eso, debe doler... - Solo respondo sobre mi lugar, al notar un pequeño corte sobre una de sus mejillas y donde la sequedad de la sangre marca su largo, como el tamaño de ella.

No es grande.

Como tampoco, profunda.

Pero, una herida en fin.

Niega sin dejar de mirar al vacío de la ciudad que despertando del nuevo trajín despertino, se comienza a percibir su movimiento de a poco entre las calles y su gente.

- Ese hombre... - Prosigo, ante su silencio y caso omiso a mi comentario de su herida y cerrando por unos segundo mis ojos, intentando acomodar mis

ideas y lo que sucedió ayer por la noche en el parque.

- El ruso... - Me saca de mis dudas y confirma, con su mirada ahora en mí.

Y mierda, con su mirada tan seria como sexi.

Que sin moverse de su lugar como postura prosigue, lo cual se lo agradezco, porque estoy segura que tengo mi cara de babosa, por lo lindo que lo hace todo esto.

Ya que, soy muy mala disimulando también.

- ...*Mijhail Varcovich*. - Resalta su nombre, pero no me es familiar para nada. - ...es integrante de una hermandad establecida entre hermanos, sin ser de sangre...

- Una cofradía de... - Dudo. - ...filosóficos o ideológicos?

Asiente.

- ...y devoción religiosa, mariposa... - Suspira, con desacuerdo. - ...donde utilizan sus creencias como mandamientos a la orden de justificar, lo que hacen...

Me apoyo sobre la pared de piedra, cruzando mis brazos sobre mi pecho y empezando a entender todo.

No estoy lejana de esas confraternidades.

Son agrupaciones, que nunca se saben específicamente, de sus existencias.

Tipo leyenda.

Como la Francmasoneria.

Pero, se comprenden que están.

Que existen.

Creadas a la par del mismo mundo y tan antiguas, como la misma biblia.

Donde sus integrantes, son gente de poder.

Mucho poder.

Y se hacen llamar, los iluminados.

No solamente, por la potestad absoluta en que se rigen y dominan.

Sino.

Porque, es una sucesión.

Un legado de generación a generación su cofradía y donde se permite su admisión a un nuevo miembro, mediante una ceremonia bajo su juramento.

Solo por y para, que el objetivo de que su leudaría crezca.

Ya que, las Masonerías.

Son filantrópicas.

Simbólicas.

Filosóficas.

Jerárquicas.

Muchas veces, involucrada la metafísica.

Como también, internacionales.

Y por eso, esa red mundial.

Pero discretas...

En un silencio oscuro, pero paralelo al mundo real en que nos movemos y vivimos.

Cada hermandad, tiene sus objetivos, con la búsqueda, *de su verdad*.

Afirmando y justificando ellas, mediante sus conductas humanas.

Conductas humanas...

Que a veces, tanto esa devoción como creencias.

Son muy erradas.

Y enfermizas, para llevarlas a cabo...

Y llevo mi mano a mi boca, al recordar las fotos de la habitación del hotel.

La vieja edificación, medio en ruinas y en pleno desierto.

Los dos camiones como Jeep negros allí y con esos hombres y ese otro viejo depósito, abandonado de alguna otra ciudad, también con esos mismos camiones, como Jeep y al igual hombres vestidos.

Y siempre, denotando lo mismo.

A la espera, de algo...

Camino sobre mi lugar, recordando luego las demás fotografías.

Las que parecían, burdeles de mala muerte.

Las meretrices.

Los clientes.

Y la mercancía.

Estos, con su demanda sexual.

Frunzo mi ceño por asco, al recordar las imágenes.

Posiciones.

Juerga carnal.

Las peticiones que irradiaban, con cada postura y goce solo por parte de ellos.

- Se hacen llamar, los Escarlatas... - Continúa, sintiendo que se pone de pie y me giro a él.

- ...el anillo... - Murmuro, recordando al ruso llevarlo puesto como a la fotografía con el zoom a su mano.

Con el símbolo, de su blasón.

Afirma.

- Varcovich es el pasaporte escarlata, dentro de esta logia... - Su mirada vuelve a mí, luego de hacer una última, por toda la ciudad sobre ella. - ...la herramienta... - Resopla, sin un gramo de aceptación por lo que me va decir a continuación, tensando sus lindos labios en una fina línea.

Dejándome la duda, si es por odiar todo esto o por aún, no terminar de aprobar verme envuelta en esta mierda, que se viene y que empiezo a entender.

- ...el instrumento. El transportador como lo llaman. El que se encarga del proceso de la coerción con el comprador, para la distribución y venta de sus productos en contrabando de su mercancía clandestina. - Me explica. - Lo que llaman, *los pétalos rosas*... - Finaliza, bajo mi mirada de asombro por todo esto.

Y mi cerebro por ello, comenzó a jugar dentro mío y ante sus palabras.

Y tanto el viento constante por nuestra altura, como el helado escalofrío que recorre mi cuerpo.

Hace que me abrace a mi misma y acaricie mis brazos desnudos, al erizarse mi piel por confirmarse mis pensamientos, bajo la mirada fija y profunda de Constantine mirándome.

Que pese a que la eminente brisa azota sobre su rostro, su pelo por su fuerza y ocultando como siempre parte de él.

Podía sentir, la fuerza de ellos envolviéndome.

Fijos.

Sin nada dócil, en ellos.

Como tampoco, amables por toda esta jodida mierda.

Pero.

Lleno de preocupación.

Y ahora, entiendo.

Es, por mi...

Por lo que se viene, al enfrentarlo juntos.

Y esperando mi reacción, por toda la información que absorbí y saber, en lo que me estoy metiendo.

Dios.Santisimo.

Llevo mi mano a mi frente, caminando sobre mi lugar, pero me detengo luego de unos segundos, para mirarlo.

- ¿Trata de blancas? - Pregunto, por más que sé la respuesta.

- Si. - Responde mientras la fuerte pisada de sus botas, retumban tanto sobre la madera del piso como habitación al entrar por su salto de la ventana, como sus palabras. - El comercio o tráfico, de personas... - Prosigue y ahora

él, caminando sobre el lugar. - ...con su comercio ilegal tiene múltiples propósitos mariposa. Esclavitud laboral, mental, reproductiva, trabajo forzado, extracción de órganos... - Se detiene a mi espalda. - ...y la explotación sexual. - Niega en desacuerdo otra vez, por esto último.

Miro a un lado y luego a él.

- ¿Ellas...son, los pétalos rosas? - Murmuro.

Afirma, volteando a mí.

- Aunque existe un protocolo de *Las Naciones Unidas* para prevenir, reprimir y sancionar este tráfico ilegal. El nivel más alto en tratar de frenar estas organizaciones, siendo casi nula por lo que conlleva el esfuerzo por alcanzarlo, se encuentra casi en su totalidad en centro y norte de África, la totalidad de Arabia Saudita, Irán, Myanmar y parte de Indonesia... - Resopla. - ...donde su creciente activación en estos últimos años, remarca países Sud Americanos como Venezuela, Colombia y Ecuador...

Me acerco a Constantine.

Solo algo.

Por lo que se apodera, de mi mente y empieza a amargar, mi corazón en solo pensarlo.

Tal vez, hasta marchitarlo.

- Lo de anoche... - Titubeo. - ...entre el ruso y el americano, en el bar del parque... - Pestañeo sin poder creer aún. Mierda. - ...fue una venta?

- Como la llaman en su jerga, una *tranza*, Amely... - Afirma. - ...una, de cientos de ventas que hay por día y en cada punto de venta, en el mundo... - Finaliza.

Y un temblor, me estremece.

No solamente por cada palabra de información, que sale de Constantine.

Certero.

Sin vacilar o dudar y en solo pensar, en esas mujeres como niños.

Víctimas de esta aberración, sometidos contra su voluntad.

Sino, también.

Y mis ojos reposan en el rasguño de su mejilla, para luego bajar lentamente mi mirada recorriendo su cuerpo bajo ese traje, que momentos antes admiraba por lo caliente que lo hacía.

Pero, ahora.

Mirando con detención.

Solo veo, sobre sus telas oscuras, viejas heridas sobre su género, pese a ser de textura fuerte para aguantar luchas.

Marcas.

Muchas de ellas, que antes no presté atención, pero son señales antañas, de otras viejas batallas y donde aún, sobre su oscuridad misma de su color.

Otra la cubre.

La reciente sangre desecada, de alguna víctima de anoche o de muchas, que bajo sus sables enfrentó...

Y luchó.

Solo.

Pero siempre, vencéndolos.

Y mi corazón se oprime, por la gran pregunta.

¿Pero, hasta cuándo?

Esa llámese suerte de aura divina, mantra celestial, protección de mismísimo *Ra* o nuestro señor de los cielos, a favor de Constantine.

¿De él, contra el mundo?

¿De él contra toda esta jodida mafia, solo y con sus sables, empuñando justicia?

Sacudo mi cabeza negado, bajo su mirada curiosa sin entender los pensamientos que me colman.

Mis miedos.

Un miedo, en realidad.

El de siempre.

El de volver, a perderlo nuevamente.

Empiezo a ver nublado.

Porque, sé que esta vez, no va habrá ese engaño en ello, si sucede y notando la realidad de todo esto.

Un paso que hace a mí, yo lo retrocedo negando asustada por ese temor y me gano que su ceño se frunza de desaprobación, ante mi repudio de su cercanía.

Porque, ya no va habría teatro como tampoco fingir con ayuda de Cabul, como ese cuerpo médico.

Su muerte.

Sus cejas esculpidas naturales y perfectas se estrechan más, sobre su mirada fría por ese color gris hielo y bajo su pelo cubriendo estas, al comprender mi recelo de pánico a todo lo que auguro como desenlace, ya sabiendo a lo que se enfrenta.

Y otro paso a mí por eso y que vuelvo a retroceder, me gano un gruñido de su parte por mi rechazo.

- Caldeo... - Susurro tragándome mis lágrimas, que amenazan mis ojos. - ...podría ayudarte, en todo esto, si tu...

Niega rotundo enojándolo más toda esta situación, como mi comentario.

- ...mi hermano es el *Sayyid* del pueblo, Amely... - Me interrumpe.
- ...*almaliki fa'innah yahmi...taht damayina Qurash..* (al rey se lo protege, bajo nuestra sangre Qurash).. - Exclama acercándose más a mí, para finalizar.
- ...*'iida lazam al'amra, kama shaebi...* (de ser necesaria como a mi pueblo).

Pero vuelvo a negar ante su respuesta, retrocediendo los mismos pasos y remarcando que jodidamente, no deseo su proximidad.

Que condenadamente.

No quiero, que invada mi espacio personal.

Y que, no quiero tenerlo cerca y aunque duele como perra, negárselo.

Me duele mucho más esa mezquina forma de afrontar todo esto solo, por más ayuda samaritana y su siempre sobre protección, que tenga por parte de Cabul.

De ese egoísmo lleno de amor, por su hermano y su pueblo de ampararlos siempre, bajo su sombra y por sobre su vida misma, de ser necesario.

Ya no me aguanto y exclamo, con fuerza.

- ¡Tu hermano, no es el mismo muchacho de años atrás, Constantine! - Chillo. - No es el Caldeo, que crees... - Resoplo, llevando mi mano al pecho totalmente convencida por lo que presiento y comencé a notar en estos años, compartiendo mi vida con él y Jun, en África.

Resoplo.

- ...él no es el muchacho indefenso y enfermizo, pese a las mierdas que le hacía a Juno con sus burradas, para alejarla por más carácter jodido, silencioso y de mierda que tenía... - Enfrento su mirada, clavada en mí. - ...porque, Caldeo cambió... - Trato de sonreír entre ya las lágrimas, que se asoman en mis ojos. - ...y para bien... - Mi puño va a la primera de ella que baja mi mejilla, para limpiarla. - ...es valiente tanto o más que tu...y de siempre... - Elevo ambos brazos al aire, para dejarlos caer agotada sobre mis lados. - ...Juno no lo nota, porque Caldeo se lo oculta o lo disimula bien... - Y una risita entre triste por todo esto, pero a la vez feliz, se escapa entre mi llanto. - ...y creo que él no quiere que pierda la esencia de su cachorra si se entera, como la preservación de tanto ella como su hijita y a ese pueblo que tanto ama, como tu... - Lo miro ante su reacción fija y procesando, cada palabra que digo sobre su hermano, ahora estático sobre su lugar atento. - ...Caldeo, todo él...denota fuerza guerrea como tu...no es un simple muchacho

que le gusta cantar y gobierna un país... - Digo entre mis dudas, sin saber muy bien el por qué, convencida igual de ello mientras observo la vista azul cielo, que nos regala una de las arcadas del campanario.

Suspiro, volviendo mis ojos a Constantine.

- ...yo creo, que Caldeo empuñaría muy bien un sable a la par tuya contra el ruso y toda esta condenada mierda, aparte de esa guitarra con la que creció, tocó y como cantó en nuestra adolescencia...

CONSTANTINE

La paciencia, con la que siempre me regí.

Crecí.

Que se inculcó, bajo mi entrenamiento físico diario, desde temprana edad.

Y sobre mi adiestramiento guerrero, de la mano de mi maestro y señor de honor.

Cabul.

Se estaba yendo al carajo.

Por la única persona, que podía contra ello.

Desafiando en desmoronarlo en dos putos segundos, lo que jodidamente fueron años.

Muchos.

De este, autocontrol.

Una disciplina que inculca.

Te influye.

Y sirve, para tu auto conservación.

Como escudo.

Ya que, las emociones no entran en juego para que puedan dominarte en situaciones de peligro latente, como en un enfrentamiento de lucha.

Como ahora, maldita sea.

Pero una guerra.

Contra la mariposa.

Mi mariposa...

No solamente por su rechazo a mi proximidad, cada vez que intenté acercarme a ella y que me cabrea, hasta enloquecerme.

Sino también, por dos cosas.

La de esa certera afirmación, de mi hermano por afrontar conmigo lo que quiero desbaratar.

Esta red, de tráfico de personas.

Niego, para mis adentros.

Mustahil. (Jamás).

Caldeo, está fuera de discusión en todo esto.

Él, no sospecha.

No sabe, como tampoco tiene idea.

Y aunque, corre por sus venas la sangre *Qurash*.

Sería suicida, involucrarlo en toda esta carnicería que se viene.

Amely, está equivocada.

Y yo, juré.

Prometiendo cuidar de él, cuando de temprana edad razoné, desde el momento que fue llevado por Lála y por órdenes de nuestra madre querida, para salvarlo de las fauces de León nuestro padre.

Porque, es mi hermano.

Mi sangre.

Y mi rey.

Y algo, se licua entre mi sangre y acelerando, condenadamente mi corazón.

Lo otro.

La jodida emoción, que me embarga y recorre por mis venas.

Al notar ese miedo, insipiente de Amely.

Otra vez...

Ante la duda a ese terror latente, en ella.

De mi muerte, en todo esto.

Mi verdadera, muerte...

Justificando su rechazo ante mi acercamiento, cada vez que hago otro paso a ella.

Pero, la mariposa no ve.

No lo siente a este suceso, como yo y cierro mis ojos por unos segundos desde mi lugar y a metros de ella donde me detuve, tragando con dificultad saliva de verla.

Porque Amely no se da cuenta aún, bajo sus fervientes palabras diciendo que soy un jodido egoísta y mezquino, por mis actitudes en todo esto.

Porque, no siente en realidad...

Que no lo soy.

Y todo.

Absolutamente, todo.

Sea por mi hermano, como nuestro pueblo.

Lo hago, solo por ella...

Pero no está, en mis planes doblegar ante ello y donde en la misma oración está Caldeo y la palabra afrontarlo juntos como hermanos, a todo esto.

Y tenso mis hombros ante mi respuesta, abriendo mis ojos otra vez.

Para ver que Amely quieta y sobre su lugar, espera por ello.

Y sonrío para mis adentros negando, por esta guerra que nos amenaza.

Esta siempre...

Dura y dulce confrontación...contra mi única.

Princesa...

AMELY

Estoy tan atrapada en el momento que no noto, cuando Constantine llegó a mí.

De esa forma sigilosa.

Solapada.

Tan cautelosa, pero rápida como irreal con sus movimientos.

Felina.

O tipo espectral.

Lo juro.

Y donde el choque de su pecho contra el mío, por atraparme y con su baja, pero seria voz gruesa, acariciando el lóbulo de mi oreja me lo confirma, al envolverme entre sus brazos.

- *La ya, farasha...*(No, mi mariposa). - El tibio sonido de sus labios, me acaricia con su respuesta.

Y jadeo por la sorpresa y el impulso, de sentir su cuerpo contra el mío.

Donde intento no flaquear ante su contacto y a su dictamen, mandando con toda mi fuerza de voluntad y mi libido enamorado a la mierda.

Pero, que cabrón.

Y hago, en lo que si soy buena en eso.

Y como lo dije no hace mucho tiempo atrás, que aprendí de mi mejor amiga.

Huir, de un hermano Kosamé.

Y ruedo mis ojos, para mis adentros.

Porque, se terminó casando con uno a la larga...

Pero en el primer intento, falló estrepitosamente al procurar empujarlo con mis propias manos, contra su pecho.

Solo logrando, que me acorrale más contra él, maldita sea.

- *¿'Ant la tafham dhalluk?* (¿No entiendes, verdad?). - Susurra,

entredientes.

Una dulce furia, dulce?

Carajo.

Niego sin buscar una respuesta a eso, como a su mirada inquiriendo la mía y a esa ternura bruta y tan él demandante.

Como también, de seguir entre sus brazos sin dejar de forcejear.

Pero vuelvo a fracasar, en el mismo instante que me atrae más contra su pecho, ganando fuerza.

Una que le sobra contra mí, por su gran tamaño como altura y donde todo esto, por más que lo intento y a quién quería engañar, en esta lucha de poder.

Es solo un juego de niños para Constantine en esta batalla, mientras se desata sobre nosotros y de sus fuertes brazos libres, que se enroscan más en mi cintura y para atraerme más contra él.

Y para invadir, mi boca con la suya con voraces, pero expertas penetraciones de su lengua acariciando la mía.

De forma profunda.

Muy profunda.

Demandante y al mismo tiempo, dulce.

Fuerte.

Pero, también de la misma manera, tierna con cada choque de ellas.

Hasta el punto, de robarme bajo el jadeo de ambos, mientras nos conduce contra la pared próxima.

Inoportunos gemidos míos en voz alta, haciéndose eco en toda esta antigua habitación y bajo el revoloteo de unas palomas, con sus aleteos sobre la cornisa y su arrullo mañanero.

- Todo Amely... - Exclama, con esa ira de ternura sobre mis labios succionándolos, luego de morderlos y atrapando mi rostro con sus manos, obligando a nivelar nuestra miradas y acorralada contra la pared que me llevó.

Y donde ellos, con ese gris hielo se hicieron líquidos por la forma de mirarme y por lo que va decir.

- *...farashatan, hu lak...*(es por ti, mi mariposa). - Me jura con devoción, para asaltar con su lengua, otra vez mi boca.

Y respondo con ímpetu, besándolo también y enroscando mis dedos sobre su pelo suelto y revuelto al escucharlo.

Para luego, romper ese beso y obligarlo con fuerza a que me mire como yo ahora, profundo.

- Prométeme, Constantine... - Susurro sobre sus labios palpitantes, húmedos e hinchados, pero con nuestros rostros tan cerca, que aún conseguíamos beber de nuestro propio aliento. – Prométeme, bajo tu Dios y tu pueblo... - Murmuro repitiendo, pero con mis pulgares descendiendo hasta acunar sus mejillas y acariciar con uno pero con cuidado, la herida de ella por anoche. - ...que, no vas a morir... - Ruego triste y cerrando con toda la fuerza de mi amor por él mis ojos, porque no quiero llorar en solo pensarlo, mientras apoyo mi frente en sus labios y a la espera de su respuesta.

Que llega, con la humedad de su beso y asintiendo sobre mi piel.

Pero sacudo mi cabeza negando, bajo su juramento silencioso sin mirarlo.

- Necesito, más... - Suplico, bajando mis manos y tomando el cuello de su traje para atraerlo más contra mí, con demanda. - ...quiero escucharlo...prométemelo!

Un leve silencio se hizo, para luego sus manos lentamente rodear mi rostro, obligando a que suba mi vista y colisionen contra los de él.

Porque eso nos sucede, cuando se buscan por exigencia de ambos.

Por vernos, bien.

Como anoche.

Saber, con esa necesidad imperiosa.

Que nos encontramos bien.

Para luego, sus labios elevarse apenas a un lado y entre abrirlos ligeramente, acariciando con ellos los míos al decirme y susurrar al fin, besándome suave.

- ...lo prometo, *baladay farashatan...*(mi mariposa). - Me jura, profundizando este.

Y yo, correspondí a ese beso que selló su promesa, con fuerza al igual que él.

Intensificándose con cada abrazo y apretándonos más uno contra el otro y con cada beso que nos damos, mientras me despoja de mi cámara fotográfica.

Como respondí también a su cuerpo demandante y con la crudeza de cada caricia por parte de ambos, buscándonos con necesidad.

Desespero.

Sintiendo, nuestro amor.

Y el amor de Constantine.

Tosco y agreste.

Pero donde su forma bruta y pese a que todo él grita y se manifiesta, como carente de toda emoción.

Todo Constantine en ese plano, es equivalente a pasión...

Su mano baja a la cremallera de mis jeans y con movimiento diestro desabotona y baja este para introducir su mano en el interior de mis braguitas, contra la pared.

Y nos roba un gemido de ambos, por sentir mi humedad y mojar sus dedos, al separar mis pliegues e introducirlos en mi interior con fuerza.

Mientras respondo automáticamente a la otra, ayudando a que me despoje de ellos, sin abandonar nunca, esos dedos gloriosamente exploradores.

Trabajándome.

Saliendo y entrando, de mí...

El sonido de mi bragas siendo rasgadas y rotas con fuerza, luego por él con su otra mano por una daga pequeña que sabe Dios de donde la sacó, las desecha contra el piso de forma desconsiderada mientras vuelve a guardar esa navaja, bajo sus besos y sonrisa de satisfacción sobre mis labios, para estar desnuda y totalmente expuesta para él de la cintura para abajo, en este inhóspito como rudo lugar y ante la adrenalina, de ser descubiertos.

Me gustó.

Y me excitó, más.

Como a Constantine.

Sintiendo su duro pene, creciente y oprimiendo, bajo el pantalón de su traje guerrero.

Golpeando.

Y frotándola contra mí, al ritmo de su mano penetrándome.

Provocando, que grite de placer y por ello, con su boca se estrelle con la mía para ahogarla bajo su risa.

Esa risa que por segunda vez y bajo nuestras caricias, noto como esa vez que esbozó al ascender del risco y que dibujó en sus labios.

La sincera.

La jovial.

La sin tabúes.

Y lejos de sus obligaciones, cuando vio a su caballo a su espera y recibéndolo, en la llanura de este.

La que solo afirma, que bajo toda esta mierda que eligió como vida y con tanto compromiso asumió.

Me confirma, que es un muchacho.

Solo un simple chico sexi, de belleza exótica y herencia egipcia.

Pero, un simple chico al fin.

Siendo mi detonante de pasar, directamente desde la confrontación caliente, a coger desesperadamente por ambos.

Para sentirnos.

Siguiendo nuestros instintos, para amarnos y donde mi orgasmo a venir amenazó, tensando mi interior palpitante y sintiendo, como envolvía a sus dedos mojando más ellos.

Y gruñó de placer, al sentirlo y retirarlos de golpe.

- ...no te vayas a correr, mi mariposa... - Murmuró esa orden bajito en mis labios, provocando que un gemido de dulce y contraído dolor salga de mí, por la ausencia y privarme de mi clímax.

Pero me calló con ellos sobre mi boca, recorriendo aún húmedos como mojados de mi interior, estos sobre mis labios.

Pudiendo saborear mi propia esencia y salinidad al lamerlos, bajo su mirada tornándose oscura por la lujuria, al verme hacerlo jadeante y contrayéndome por la necesidad contenida, de ese jodido orgasmo que me negó.

Y que crece.

Al sentir su voz como respiración entrecortada, tanto la mía como propia de nuestra excitación, cuando me susurra y promete bajito, pero con ternura haciendo estremecer mi cuerpo, por ese juramento a venir.

- ...balladay 'amirat baed...(todavía no, mi mariposa). - En el momento, que su otra mano hace el sonido más glorioso de todos, cuando toma por abajo mi trasero desnudo con un impulso para elevarme y que rodee mis piernas sobre cintura.

La de sentir.

Como desabrocha su pantalón y bajando solo su parte delantera y con ayuda de mis talones, la parte de atrás, empujo para que libere su firme y rígido pene, entre mi bajo vientre desnudo y la intimidad de mi labios.

Y donde la desnudes de su húmeda y dura punta, se acomoda en mi entrada para abrirse camino.

Sintiendo su contacto tibio y duro como el hierro a fundirse, haciendo que me estremezca y pida más, moviéndome sobre él porque lo quiero dentro mío, pero aterciopelada ante la textura de su piel, al introducirse en mi interior y con toda su longitud para llenarme.

Toda.

Y nos roba un grito a ambos de puro placer, cuando una de sus manos tomando las mías.

Las lleva sobre mi cabeza para entrelazar nuestros dedos y contra la pared en que me aprisiona, deslizándose hacia afuera poco a poco.

Suave.

Lento.

Y cerré mis ojos, por eso.

Porque, quería que sienta.

Cada centímetro de su longitud, abandonándome.

Y que, era mío.

Como yo, de Constantine...

Sus labios pincelan los míos y me echo para atrás, cuando sale de mí.

Dolorosamente pausado.

- Abre los ojos, mi *Argema Mittei*... - Me ordena y cumplo, para encontrarme con los suyos sonriéndome.

Jadeo.

Dios, con esa sonrisa latente aún.

Y que se amplió más, cuando aferrándose a mi cadera con su mano, me embistió con fuerza y de un empujón, haciendo que ahogue mi grito con otro beso.

Y se quedó así por unos segundos, sin moverse y con todo su miembro latiendo en mi interior expandiéndose.

Tan profundo, que me hizo temblar.

Y tan duro.

Que apenas, podía sostenerme con mis piernas envueltas sobre él y de reaccionar, cuando comenzó a moverse dentro mío.

Una y otra vez.

Fuerte.

Entrando y saliendo de mí, con cada beso y caricia, recorriéndonos.

Con sus dedos descendiendo y dibujando mis pechos como vientre, sobre la tela hasta llegar al borde de mi camiseta, para elevarlos y exponerlos, sobre mi sujetador.

Que sin dejar de embestirme y bajo su mirada cristalina a través de sus pestañas azabache y haciendo a un lado ellos, para desnudarlos.

Sus ojos brillan, ante esa sonrisa que curva sus labios y comienzo amar, cuando se empuja más dentro mío hasta sentir que toca el final de mi pared vaginal y los besa.

Lame.

Cada uno de mis pechos desnudos para luego, apropiarse de uno de mis

pezones y con su mano en mi boca, tapar otro grito de gozo al sentir, como juega con el.

Lo muerde.

Dibuja su contorno, con su lengua.

Para luego, succionarlo.

Con la necesidad de alimentarse de el y de mí.

Mucho.

Atrayéndome más y con fuerza.

A medida que chupa y succiona de el.

Se amamanta.

Y con esa misma, profundizar más dentro de mí, sin detener sus duras embestidas mojándonos más.

Duro.

Y algo, estalla sobre nosotros.

Y no por la secuela líquida de nuestra unión y que con cada penetrada que Constantine da contra mi cuerpo, de su piel golpeando mi piel, sintiendo ese sonido húmedo una y otra vez inundando el lugar por nuestras piernas y movimientos, excitándonos más por sentir que nuestros fluidos escurriéndose y colmando, con su aroma tanto a nosotros como el lugar a sexo.

No, por nuestra unión física.

Sino.

Por sobre esta.

Cuando Constantine abandonando mi pezón mojado de su saliva completamente y elevando su rostro a mí, bajo su cabello revuelto y disparado.

Y tan sudado y agitado, como yo.

Y hundiéndose más, bajo su ritmo castigador y donde la habitación, se llena de nuestros gemidos como entrecortada respiraciones.

Sus ojos hielo y nublados de deseo, pero a la vez de un gris oscuro de la emoción.

Me prometen algo...

No sé, que es.

Pero, va más allá de todo esto.

Algo del alma y del corazón...

Y quiero decir algo por eso, abrumada por esa emoción, pero me lo niega bajo un beso suave y esa sonrisa tímida que se vuelve a formar en sus labios, mientras apoya su frente en la mía y acunando mi mejilla, con una última

embestida tan fuerte que me hace gritar.

Pero sin salir, de mí.

Plenamente, dentro mío.

Y con más fuerza apretándome más contra la pared, hasta el punto de sentir los guijarros de la piedra de esta, arañar sobre mi media espalda desnuda.

Se empuja más.

Duro.

Hasta que un gemido profundo, sale de mi al sentir mi orgasmo por colmarme.

Y con ello, el calor de su aliento jadeante en mi rostro como bajo mis caricias, siento los músculos de sus fuertes hombros como brazos se tensan, mientras controla su propia necesidad a la espera de la mía.

Cuando por fin, mi cuerpo rígido tiembla a su alrededor y se libera con su nombre en mis labios, por la ola de sensaciones de mi orgasmo que me invade y lo envuelve.

Lo moja y late, sobre él.

Y su gruñido de placer al sentirme se siente y acaricia mi nuca, moviéndose lentamente otra vez, para sacarme los últimos restos de él y con mi uñas clavo en su espalda, mientras sus caderas vuelven a tomar el ritmo golpeando en mí.

Una.

Dos.

Tres veces, más.

Para perseguir, el suyo.

Y su jadeo.

Fuerte.

Gutural.

Llena la habitación, cuando su orgasmo llega.

Estremeciéndolo y tensando todo su cuerpo, echando su cabeza para atrás mientras flexionando sus caderas.

Llena, mi interior.

Y gimo como Constantine de puro placer, porque podía sentirlo colmándome.

Líquido y caliente.

Mientras me aprieta más contra él, besando mis labios y con tanta fuerza, hasta el punto de resultar doloroso sus últimos y lentos empujes.

Como, si cada gota de su corrida, quisiera que se preservara en mi interior y no se escurriera, sobre mis muslos.

Ni una.

Me gustaba.

Incluso.

Quería, que lo hiciera más fuerte.

Porque, era dolorosamente dulce...

- *¿'Ant bakhyr?* (¿Estás bien?). - Susurra tan agitado como yo y casi sin aliento, apoyando toda su frente sobre la mía y sosteniéndome más contra la pared, acariciando mi mejilla con ternura.

Asentí mientras traté bajo las mías sobre su pecho, de memorizar su rostro.

Porque, este hombre era hermoso.

Como sus labios jadeantes e hinchado, por todos los beso que le robé, con ahora su pelo revuelto y algo transpirado.

Y esos ojos...

Suspiro.

Dios, esos ojos.

Tan raros, cristalinos y penetrantes que me miran con cierta preocupación, como recelo por todo esto.

Y que lo hace.

Caliente.

Fuerte.

Y tan, tierno...

Mientras con un leve movimiento, se separa algo de nuestra unión, pero solo algo.

Y bajé mi mirada como la Constantine, por ello.

Para ver como cada centímetro de su pene, deslizarse lentamente y fuera de mí, pero volvía a empujar con esos mismos dedos que me cogió, momentos antes.

Pero, con suavidad.

El líquido blanco de su eyaculación, que empezaban a escaparse fuera de mi vagina.

Empujándolos otra vez en mi interior con cuidado, provocando que gima bajito y de placer por ver eso, bajo su mirada a través de sus gruesas y negras pestañas ante mi reacción.

- *Munjum...*(Mía). - Me susurró. - *...kl al'algham fi dakhilika, dayimaan...* (todo lo mío dentro de ti, siempre).

Y fue el jodido cielo, ver sus labios jugosos cerrarse sobre mi cuello con esas palabras y por lo que hizo.

Dominante.

Primitivo como descarado.

Pero me encantó, maldita sea...

CALDEO

La carpeta dejada por el ministro de seguridad de mi país, se siente en toda la habitación como único sonido, cuando es apoyada sobre la mesa en la que estoy sentado del otro lado y bajo la mirada atenta de Cabul que sin mirarnos, solo se limita a regar con una jarra llena de agua, pero con cuidado la planta de un extremo de mi oficina del palacio.

Abro esta, recorriendo con mi mirada y en silencio, desde mi postura seria y sentado aún.

Las imágenes como informe por escrito y en detalle que pedí, de lo que solo las noticias hablan de anoche, en cuanto lo sucedido en Erbil.

Para ser exactos.

En Iraq y su parque recreativo Shar.

Un enfrentamiento.

Que pudo llegar a ser una masacre, por haber sido en pleno lugar turístico bajo la aglomeración de gente.

Tanto de civiles de la localidad como atestado por forasteros, disfrutando de ella.

Pero, por sobre el escrito que leo.

Solo las víctimas fatales fueron en esta reyerta, la caída de nueve hombres de dudoso perfil y donde uno de ellos, de procedencia americana.

Un comerciante, de alto poder ejecutivo y dueño de una cadena hotelera prestigiosa, como inmuebles de su país.

Fue asesinado a sangre fría, como la mayoría y bajo la fauces, de unas poderosas armas blancas.

Por sables.

Entrelazo mis dedos bajo mi barbilla releyendo y absorbiendo cada palabra, con las imágenes que fueron capturadas de la policía forense después del hecho, donde muestran todos los cuerpos sin vida asesinados, bajo las marcas del suceso señalando estos y cercando el lugar.

Pero, mi curiosidad va más a las otras.

Las tomadas por gente testigo y participe de todo esto, bajo sus celulares.

Muchas intangibles por la distancia y desde la postura, en que fueron sacadas y se encontraban escondidos.

Como, la poca iluminación o movidas, propia del mismo pánico mientras huían del lugar.

Pero la conclusión, es la misma.

Por más distorsión fotográficas de estas diferentes personas que capturaron del momento, como el informe escrito policial.

El enfrentamiento.

No fue, por dos bandas.

Mafias.

Sino, una y por las unánimes palabras de toda la gente que testigos, hicieron declaración.

Fue, contra un solo hombre.

Y las intangibles y mal sacadas fotografías, desde sus móviles lo confirman.

Uno.

Oscuro como el traje guerrero, que llevaba puesto y donde su máscara como capucha, protegían su identidad.

Y según, las palabras.

Cayó del cielo.

De la noche.

Y mis manos como puño, arrugan ese lado de la hoja que tengo entre ellas mientras gruño por lo bajo, ganándome una mirada silenciosa de Cabul aún, sobre esa planta y acariciando sus verdes hojas.

Porque, es.

El ladrón del traje, de Constantine...

Mi ministro tose sobre su lugar, dejando otra cosa junto al informe.

- *Kunna qadirin ealaa tahqiq dhalik, Sayyid...*(Pudimos conseguir esto, señor del pueblo). – Murmura, depositando un celular.

Donde aprieta el video, que empieza a rodar ante mis ojos.

No es mucho.

Más bien pocos segundos de grabación, donde muestra a este asesino con el traje de mi hermano, cabalgando en la lejanía y sobre el predio y como, empuñando uno de los sables de Constantine y con suma precisión, cae su última víctima desangrándose contra el piso.

Para luego, con un salto de destreza por el animal y montado en el.

Elude la fuerza policial saltando sobre sus coches, para perderse en la oscuridad de la noche y calles de la ciudad, bajo el grito de asombro y sorpresa del muchachito que grabó esto.

Pero, frunzo mi ceño y me giro a Cabul, que aún sigue sin mirarme, porque algo llama poderosamente mi atención y juega con mi mente.

- ¿Ese alazán, parece de nuestras tierras Cabul... - Pregunto, sin estar muy seguro. - ...de nuestras *haras* de crianza del palacio?

Este se acerca con aún la jarra de agua cristalina entre sus manos, para mirar por sobre mi hombro, la imagen congelada del semental negro, que bajo la distancia que fue tomada como la misma noche de ese lugar, se mimetiza con el traje robado de mi hermano que lleva el ladrón.

Se encoje de hombros, bajo su calma respuesta que sale de él, luego de sobre leer el informe también.

Para luego suspirar, bajo su conclusión.

- *Sayyid*...mis viejo ojos solo ven un simple caballo, como un simple hombre pidiendo justicia... - Solo, se limita a decir.

Y arrugo, más mi ceño.

¿Pero, qué mierda?

¿Otra vez, con su misericordia por este tipo?

Y no contesto, a su incongruencia.

Solo me limito a volver mi vista al informe escrito y con una señal de mi mano al aire, pedir que se retire a mi ministro, cual con una reverencia asiente marchándose.

Algo no me cierra, de todo este ajuste de cuentas.

¿Por qué, un asesino y desde la misma calaña, desbarató a otro?

¿Quiénes eran los otros que huyeron y no se pudo capturar, cuando la policía musulmana los emboscó en las calles?

Busco en más detalle, sobre las hojas.

Pero nada.

Solo otra cosa, llama mi atención en la hoja final, en cuanto al ladrón de mi hermano.

Su escape fue por las alturas y bajo el testimonio escrito que lo avala, que lo hizo llevándose una rehén con él.

Y por la descripción.

Una joven extranjera...

Y algo oprime mi pecho llevando mi mano ahí, sin terminar de entender, si es por la falta más de información.

Y de datos.

O porque, que no me cierra toda esta jodida mierda.

Pero, es esa sensación.

Que por años, no sentía y siendo la última vez, que me colmó.

En mi ciudad de adopción y que amo, como a mi pueblo mismo.

Donde una tarde y ante del juego de apertura de temporada de básquet de la U, junto a mi cachorra, sobre unas colinas y bajo un árbol, mientras observábamos como niños más abajo, jugaban al fútbol.

Le confesé a mi nena.

Mi verdad.

Mi historia.

Para luego, invadirme esta misma emoción.

En mi pecho.

Fuerte.

Para día, después...

Saber, que Constantine.

Estaba de regreso.

- Prepara, el helicóptero Cabul... - Solo digo, tirando toda mi espalda contra el respaldo de mi silla pensativo.

Pero decidido.

Muy decidido.

Rodea mi mesa.

- ¿Va a salir, *Sayyid*? - Solo, pregunta calmo.

Me pongo de pie, deslizando la silla hacia atrás.

- Si, a Erbil... - Digo, encaminándome a los grandes ventanales y apoyarme sobre estos abiertos.

Y cierro mis ojos para inhalar con una fuerte bocanada, la brisa como el aire marino que proviene del Índico, que golpea y se hace música de sus olas contra los riscos, mientras intento sosegar esa sensación que embarga y no deja mi pecho en paz.

Su vieja mirada llena de historia, siento en mi nuca.

- ¿Viajar *Syd*?

Abro mis ojos, para mirarlo por sobre uno de mis hombros, mientras juego con el aro de mi labio inferior.

- Vamos, a viajar... - Lo corrijo. - ...mi señor de honor... - Acoto.

Y no me responde, con palabras.

Pero las arrugas de la comisura de sus sabios ojos formándose, por una leve sonrisa bajo su reverencia ante mí, lo hace mientras se retira para preparar todo.

- Cabul... - Lo llamo y se detiene a media sala, ante mi llamado.

Resoplo ahogado por esta emoción que no me abandona y con mis ojos otra vez, sobre vista que regala todo el ventanal.

- ...prepara mi traje... - Finalizo.

Y aunque estoy a espaldas de él, mientras se retira y sin entender, jodidamente el por qué.

Siento su sonrisa llena de sabiduría, cerrando la puerta tras sí...

AMELY

Sin dejar de masticar mi pedazo de queso como cada cucharada que tomo, del rico caldo de pollo caliente que me sirvieron.

Sentada junto a Constantine en una linda, pero vieja mesa en madera de la pequeña cocina que nos encontramos.

No dejo de observar.

Tanto a este.

A mi sexi, muertito en vida.

Que me a dado momentos antes, el polvo de mi vida y ahora almuerza como si nada y con tanta hambre como yo, la porción de su plato de comida como beber de su vaso, el vino fresco y espumante cual, por su densidad como color púrpura, denota que es casero.

Pero elevo mi cuchara a medio comer, sobre el otro.

El que está, frente nuestro.

Para estrecharle mis ojos, curiosa.

- ...entonces...ustedes, se conocen? - Murmuro, mirando tanto a Constantine como a él, dudosa.

La risita del otro, suena en el lugar barriendo con su puño y de su bonita barba, dejos líquidos de ese buen vino y al que le dio un sorbo con muy buena gana.

Una risa que en realidad, es muy agradable y hace que sonría sobre mi sopa.

Y proviene de un muchacho, con no más edad que Constantine, pero la mitad de este, por su delgadez como tamaño.

Hasta el punto de parecer por su contextura física como mirada alegre, bajo su color de ojos grises, un lindo adolescente.

Y que para, mi asombro.

Es un delgadito párroco, por su atuendo de sotana en color caqui oscuro, como la cuerda que le atraviesa esta.

- Pablo. - Se presenta. - Y muy amigo, de Constantine... - Lo señala con su

vaso en alto y siempre, con esa sonrisa latente.

Pero al escuchar que lo llama con su propio nombre, mi comida cae de mi boca a medio masticar, girando a Constantine preocupada.

Pero este, tirando su cuerpo hacia atrás y sentado a mi lado, solo se limita a limpiar su boca con la servilleta de tela, para mirarme con esa tranquilidad tan él y haciendo a un lado con una de sus manos, su pelo negro y disparado que cubre su rostro detrás de su oreja.

Oh mierda.

Eso fue lindo.

- Es mi mejor amigo, mariposa... - Me responde, dando un trago a su vino mora, para dejarlo junto a su plato ya vacío. - ...nos conocemos, de toda la vida...

- De muchachitos... - Prosigue el tal Pablo mientras se pone de pie, para recoger lo de la mesa y me agradece expandiendo más esa sonrisa agradable, porque también lo hago alcanzándole los nuestros. - ...nos conocimos y graduamos juntos, de la Real academia militar de Sadhurst del Reino Unido...

Y creo que mi cara, lo dice todo.

Porque una carcajada sale de él, dejando todo sobre la encimera de la cocina, girando a mí.

Que de pie como él, por ayudarlo a levantar la mesa, lo miro atónita.

Niega divertido señalando su delgado cuerpo, como la sotana parroquiana que lo cubre en su totalidad, pero me arquea una ceja de un rojizo tan claro, como su pelo ondulado y barba que lleva.

- Lo sé...engaño... - Me guiña un ojo, con picardía. - ...pero bajo esto, soy una máquina indestructible de asesinar... - Bromea y señala a su amigo, con una cuchara de madera. - ...peor que él...

Y tapo mi boca para no reír, mientras palmea mi hombro con amistad para proseguir, tomando nuevamente asiento.

- Soy inglés. Pero erradamente a lo que mi familia quería y como hijo mayor. Me di cuenta que lo mío, no es la lucha y guerra. - Me relata. - Sino, ayudar contra ellas. Y encontré, mi vocación en ser pastor del señor. Un párroco y servir a los necesitados, como ejercer mi ayuda a la comunidad donde me encomienda, la autoridad del Obispado diocesano... - Señala el lugar.

Que en realidad es una antiquísima y hermosa iglesia y donde una de sus torres.

La del campanario.

Fue la que nos resguardó en la noche y bajo su protección, de nuestro escape nocturno.

Miro a Constantine siendo su respuesta, un encogimiento de hombros dentro de su silencio.

Porque. no fue al azar.

Él realmente sabía dónde estábamos y que teníamos que llegar, para ocultarnos como protegernos.

Aclaro mi garganta.

- ¿Entonces...sabes todo, de Constantine?

Asiente, apoyado sobre el respaldo de su silla.

- Todo. - Afirma y vuelve a sonreír.

Y se señala.

- ...a alguien, tiene que confesar sus fechorías, no?

Y una sonrisita se me escapa sobre la de Constantine, mientras observo todo y camino sobre el antiguo lugar.

Para luego detenerme y mirar al diminuto, pero no sé porque siento.

Aguerrido como singular párroco y mejor amigo, del chico árabe que amo.

Que éste y aún con su traje guerrero puesto, sentado no deja de observarme divertido por todo esto, dentro de esa seriedad tan él.

Por su amigo, que al parecer.

Nos va ayudar.

Contra el ruso y la hermandad Escarlata.

Me apoyo sobre la mesada sin poder disimular mi sonrisa, cruzando mis brazos sobre mi pecho y tirando mi pelo suelto a un lado.

Pero, lo miro de lado y sospechosamente.

- ¿Por qué, presiento que eres un cura muy especial? - Suelto.

Y con un gesto al aire de su mano con autosuficiencia teatral como su carcajada que vuelve a resonar, haciendo eco sobre las cuatro paredes en piedra que componen la cocina de la iglesia y sobre nosotros.

Como respuesta...

Capítulo 10



La punta de la flecha al impactar certero y a gran velocidad, en el medio del circular y centro de una silueta humana, dibujada con un trozo de ladrillo sobre la pared del jardín trasero del viejo campanario.

Se clava precisa y frente a mi nariz con mi boca abierta, de asombro al ser testigo.

Cuando, le pregunté al diminuto.

Aguerrido.

Singular.

¿Y mejor amigo?

De mi muertito en vida.

Cuál era su mérito extra parroquial, que todo él irradiaba.

Aparte, de profetizar la palabra del Señor y de ser el oído como el perdón, de las fechorías y pecados, de Constantine en sus confesiones.

- Mierda... - Sale de mi sorprendida y tapo mi boca con ambas manos, por mi blasfemia con mirada de súplica, al estar frente no solamente del párroco.

Sino.

En este lugar sagrado.

La risa del bajito Pablo, se hace sonoro en todo el jardín trasero mientras saca la flecha impactada de la pared de un movimiento y sopla la punta de este, por dejos de sedimento con sus dedos.

Camina hacia mí de lo más tranquilo, haciendo oídos sordos a mi juramento.

- Mi familia inglesa por generaciones, se destacó en la arquería... - Exclama, a mi lado. - ...como mis ancestros... - Rueda sus ojos divertidos. - ...bla bla bla de abuelo, padre y luego yo, como hijo mayor... - Justifica su hazaña y disciplina, sintetizando.

- Pues chico, eres grandioso... - Acoto aún sin poder creer, su precisión exacta desde tal distancia en que lo hizo.

Y un rubor tímido, cubre sus mejillas por mi halago sobre su sonrisa, pese

a su barba tupida y rojiza como prolijamente cuidada, que cubre gran parte de su rostro.

Dándole un aspecto, más aniñado por su pequeñez como textura física.

Como también.

Dulcemente, adulta.

Estira ambos brazos con flecha y arco a mí.

Sonríe más.

- ¿Quieres intentar?

Suelto una risa insegura y retrocedo un paso, negando con mis manos.

- ¿Yo? - Vuelvo a negar nerviosa. - Soy muy mala, con cualquier artefacto...

- Justifico con miedo frente a ese poderoso arco, que tiene poco más de la mitad de mi altura y al notar también, la potente flecha con su rígida y filosa punta de acero, en el momento que aparece por la puerta trasera Constantine.

Y casi, me hago pipí encima.

Y no por el pánico, del ofrecimiento de Pablo.

Sino.

Cubro mis ojos negando, con una mano.

Por mis jodidas hormonas prostitutas, que afloran con solo verlo.

Dios...

¿Por qué, es tan hermoso este hermano Kosamé?

Ya no lleva su traje medieval y justiciero *Qurash*.

Fue por su muda de ropa que obviamente guardaba aquí, para la luz del día.

Solo, unos jeans claros y una sencilla camiseta y aunque, está algo marcada con pequeñas arrugas, por tanto tiempo precaver doblada en alguna habitación, del campanario de su amigo.

Es de un blanco tan limpio, como las nubes del mismo cielo que ahora nos cubre.

Y yo, suspiro...

Porque, toda su altura como porte y condenadamente haciendo a un lado su pelo negro como la noche, que caen siempre enamorados sobre esos ojos rasgados, cristalinos y color hielo con sus dedos.

Y dejando sobre un lado de la pared, el gran morral que carga.

Denotando esa sencillez, como arrogancia.

Poder.

Trasmitiendo, ese linaje egipcio y monarca que corre por sus venas y que lo hace.

Muy.

Pero muy caliente, maldita sea.

Esa sonrisa escurridiza se dibuja a un lado de sus labios sobre su siempre mirada seria y sin dejo de emoción, al escuchar mis últimas palabras de mi perpetua inutilidad, para la mayoría de las cosas.

Sip.

Porque es, la pura verdad.

Soy, muy mala para todo.

De pequeña.

Excepto, para dos únicas cosas.

Para la fotografía.

Bajo algo la mirada, avergonzada.

Y para amar, a Constantine...

Una bofetada de calor ardió en mis mejillas, al ver que toma tanto el arco como la flecha de las manos de su amigo con naturalidad, seguido a posicionarse detrás de mí y con su otra mano libre y sobre mi vientre.

Me empuja a él de un movimiento, robándome un jadeíto inoportuno, chocando mi espalda a la totalidad su torso.

Y cierro mis ojos, por dos gloriosos segundos.

Para sentir.

Solo, sentir...

El contacto de su cuerpo, con el mío.

Y pese a nuestras ropas.

La piel, con piel.

De su firme y tonificado pecho, apoyado contra mí, donde me deleito llena de alegría silenciosa, sobre el aletear de docenas de palomas desde los techos del campanario con su revuelo, de su suave pero algo acelerada respiración bajando y subiendo, que le provoca nuestro acercamiento y pese a ese control, en que se rige todo él.

Sintiendo toda su mirada imperturbable, inspeccionándome por unos segundos desde su lugar callado.

Como deliberando.

Para luego su cálido aliento, al entreabrir sus labios y a milímetro de la base de mi cuello y hombro, para murmurar bajito.

- *Ma tasammunah al'iftiradi alkhas bik hu'aezam fadilatan bik aistighlal bldy farashatan...*(Li que llamas tu defecto, es tu virtud más grande por florecer mi mariposa). - Me susurra suave, mientras posiciona tanto el arco como flecha frente a nosotros y rodeándome con ellos y entre sus

poderosos brazos.

Incitando con ese movimiento a la vez de protección cubriéndome, como de enseñanza a que extienda los míos y entrelace mis dedos, por bajo los suyos y, sin nunca abandonar bajo una leve caricia de su pulgares, sobre mis nudillos envolviéndome.

Pero dándome, el mando completo del arco extendido frente nuestro y sobre la rígida flecha tensa en el, lista para ser lanzada amenazante con su filo.

Delante nuestro.

Sacudo algo indecisa mi cabeza a él como a Pablo, que solo nos mira en silencio pero con su eterna sonrisa entre sus labios, desde su rincón apoyado y testigo de todo esto.

- ...no creo poder lograrlo, Constantine... - Niego nerviosa e intentando tranquilizar, el temblor de mis manos bajo las suyas y que no repercuta sobre el arma.

Siento que cierra sus ojos, al inclinarse y arrimar más su rostro al mío.

- El arco como flecha tienes que sentirlo, como parte de una extensión tuya... - Dice suave sobre mi oreja, sin hacer caso a mi pánico y expandiendo más el arco y contra el blanco, que espera a la distancia.

Cambio de peso de uno de mis pies, incomoda por todo lo que Constantine provoca en mí al sentirlo, como sus fervientes palabras de confianza en mí.

Guau.

- ...siendo ambos, una misma cosa... - Continúa posicionándolo más y donde consigo captar la mira del arco, sobre mi nariz. - ...como... - Prosigue acomodando más, nuestra puntería al dibujo hecho por Pablo, sobre la pared del viejo campanario.

- ...parte, de ti... - Dice suave, al percibir algo mi confianza y notar que me aferro más segura al arco y flecha con mis dedos y ya, sin temblor por escucharlo atenta.

Siento su sonrisa aún en mi oído por ello y cuando concluye al fin, con un.

- ...como tú, de mí... - Finaliza con un susurro, abriendo sus ojos y acariciando apenas con la punta de su nariz, el lóbulo de mi oreja.

En el preciso momento.

Que me decido, a lanzar la flecha.

Y carajo, por eso.

Siendo motivo suficiente, esa delicada caricia, para que caiga algo mi puntería de lanzamiento, por la suba de mi libido.

Pestañeo, perpleja.

¿Eso fue, una muestra de cariño pública, de Constantine a mí?

Y elevo mis ojos curiosa, encontrándome para mi desgracia feliz.

La suya totalmente, con ese color de ese frío hielo.

Seria, como siempre.

Pero, tierna sobre mí...

- Dulce niño Jesús, eso debe doler como el infierno...

Una exclamación de dolor, nos saca a ambos de nuestra burbuja y de mis dos segundos, de abalanzarme sobre él.

Para comerlo a besos.

Y de hacerle cosas muy indebidas y que Dios me perdone por ello, por estar en su tierra santa.

Girando ambos y notando a Pablo con una mueca de dolor teatral, señalar el otro extremo con su barbilla.

Más bien.

La vieja pared, donde se encuentra dibujada la silueta humana.

Y donde, mi flecha lanzada.

Tapo mi boca con ambas manos, para no reír a carcajadas.

Reposa.

Impactada en la entrepierna, de la figura dibujada.

CALDEO

- *Sayyid...* - La voz de Cabul apareciendo sobre la butaca vacía a lado mío, me saca de la profundidad de mis pensamientos y lectura, de las hojas que llevo entre mis manos con el informe como documentación y fotos impresas, del suceso de ese atentado o ajustes de cuentas.

Entre esa mafia y el ladrón del traje de mi hermano, en el parque Shar de Erbil de la noche pasada.

Señala mi cinturón de seguridad, que yace sobre mis lados descansando.

- *...nahn qaribun min wusulih 'ilaa matar arbyl, ya sayidi...*(Estamos próximo a arribar el aeropuerto de Erbil, mi señor). - Murmura, tomando asiento frente mío y como yo ante sus palabras, abrochando estos.

Mi mirada va a la ventanilla de mi avión privado, sobrevolando el país Iraquí.

Donde las tenues y dispersas nubes que atravesamos desde los cielos con nuestra altura, nos permite ver la extensión de esta antigua Mesopotamia Asiática.

Y que a la lejanía, se puede apreciar los ríos Tigris y Éufrates, cruzando y

recorriendo este milenario imperio tanto Sumerio como Macedonio.

De una cultura, tan rica en historia como mi pueblo mismo.

Muerdo el aro de mi labio, totalmente en mi silencio, pero con mi mente llena de preguntas como conjeturas, intentando entender todo esto que dicen los papeles, que yacen sobre mi regazo.

Poco más de tres años, rigiendo sobre mi país.

Mi gente.

Mi pueblo.

Que me enseñaron, lo que se me privó de niño.

No solamente de conocer como crecer en mi nación, llena de leyendas valiosas y abundantes de nuestra historia *Qurash* y siendo cuna nuestra tribu, de centurias de un clan con sangre real, recorriendo por nuestras venas.

La Baru Hashim.

La Ur de Caldeos.

Del hijo, del profeta Abraham.

Sino.

Que estos antiguos continentes hermanos, unidos por la vieja biblia y eruditas de su sabiduría, como historias entrelazadas.

Paradójicamente.

Y donde mi pueblo fue su sol naciente, en ellos.

Existe sobre sus países, crisis como conflictos, provocando guerras civiles entre ellos y al exterior y donde el nuestro, manteniéndose leal a las convicciones decretadas por mi hermano en su momento al poder y ahora respetadas como legisladas por mí, como conseguir una economía avanzada, sostenible y diversificada para el bien de nuestra gente.

Que nuestro pueblo no está exento de ellos, por más paz mundial al Medio Oriente, promulguemos.

Y elevo por eso, una de las hojas con más informe en detalle que ordené.

Donde es contaminado mi país ante esa vulnerabilidad, como Iraq por sus guerras y coalición multinacional ocupándola post conflictos, por mandos extranjeros.

A ser sede de estas mafias, por sus salidas a mar como por aire ofrecido ante ellos a otros estados como continentes.

Por gente.

Frunzo mi ceño con desdén, ante la foto del hombre impresa renglones más abajo.

Por personas siendo parte de una cofradía o jodida hermandad, como

detalla el informe y que se dedican en varios punto estratégicos de los cinco continentes, a la trata y venta de blancas.

Como dice en el informe y desconocía.

Los pétalos rosas.

- Mihail Varcovich... - Repito el nombre escrito, bajo la imagen y que fue parte de la carnicería de anoche.

Y froto mi mandíbula sobre mis ojos, otra vez en mi ventanilla que me regala la vista desde nuestro alto del aeropuerto internacional Rey Abdulaziz, de la ciudad Islámica a donde estamos a punto de aterrizar desde la lejanía.

Por las dos únicas preguntas, que rondan en mi mente, pero no logro concebir respuestas sensatas.

¿Quién carajo es el hombre, que robó el traje de mi hermano?

Ya que, no es un bandido cualquiera.

Sabe manejar sus armas de forma certera, como el traje mismo y fuera de toda la vida.

Y como tal y fotos capturadas sobre su persona, demuestran.

Gallardía y porte.

Y eso se logra, bajo años de una educación refinada.

Como entrenamiento y adiestramiento intensivo y físico.

Algo que a mí me falta mucho por recorrer, bajo la educación de mi maestro.

Cabul.

Lo miro bajo su eterna calma sentado y bajo su túnica como turbante, a juego en la gama de los azules en sus sedas, mientras disfruta de la lectura del libro que tiene entre sus manos.

Resoplo, por la segunda.

Y la que más carcome mi cerebro desde anoche, imposibilitando y manteniéndome en vela muy tarde, hasta el punto de preocupar algo a mi cachorra por mi desvelo.

En cómo hizo este simple y ratero mortal.

Para saber antes que yo, siendo el mandatario de nuestro país.

¿De semejante red de tráfico, golpeando esta?

¿Cómo localizó informantes para ofrecerle data precisa del lugar y dar el golpe justo anoche en el parque y contra estos mafiosos, haciendo justicia con mano propia?

Y con un acto de valor heroico, pese a llevarse tantas muertes este asesino.

Frunzo más mi ceño.

Porque solo gente cercana a mi estado, podría dar con ello y tener acceso a esta información, si yo lo ordeno.

Mis ojos vuelven a Cabul que de forma tranquila, da la vuelta de una página de su libro.

- ¿Se sabe ya la identidad, de la americana que secuestró en su huida, el ladrón de mi hermano? - Pregunto, de la nada.

Su mirada apenas se alza de su lectura, para mirarme a través de sus viejos ojos llenos de historia de mi pueblo.

- *Qaribann ya sayidi...*(Muy pronto, mi señor). - Me promete, bajo una imperceptible sonrisa y volviendo a su lectura.

Niego desconforme y algo impaciente.

- Quiero que nuestros hombres se contacten con la policía musulmana para más detalle de esa mujer, como también manden una vez arribando mi hotel y me preparo para la gala, la lista con nombres de todas la extranjeras de nacionalidad americana que abordaron Erbil semana anterior hasta la fecha y por todas las movilidades. - Le ordeno. - Sea marítima, coche o avión, Cabul... - Bufo por ansias de más información y por ese enigma, mirando por la ventanilla y casi a punto de aterrizar. - ...quiero llegar al fondo de todo esto y darle fin, al ladrón de Constantine... - Gruño entre dientes y mirando a los asientos, pasillo por medio.

Donde reposa.

Uno de mis bolsos.

El especial.

Donde me aguarda, mi traje guerrero.

Como mis armas.

El sonido del libro cerrado por las ambas manos por Cabul, hace que voltee a él.

Pero su mirada, no está en mí.

Está en su ventanilla y el cielo azul, que momentos antes yo contemplaba.

- ...tu justicia con sed de venganza por tu hermano, pide un final... - Murmura pausado, por mi último dicho. - ...pero en tu vida, mi *Sayyid...* - Reposo su vista, ahora si en mí. - ...*lihadhih alghay, yaeni bidayatan jadida Kosamé...*(ese final, significa un nuevo comienzo para los Kosamé). - Finaliza, volviendo a lectura interrumpida de su libro.

No contesto a su reflexión, siempre certeras.

Sabias como precisas.

Pero, últimamente.
Confusas, para mí...

CONSTANTINE

- ¿Y por qué no, si se puede saber? - Me dice porfiada por sobre mi espalda y cruzando sus brazos sobre su pecho, mientras acomodo mejor sobre la base de mi cuello y camisa de vestir, la pajarilla de mi smoking negro frente al espejo de la habitación del hotel.

Y por tercera vez.

Pidiendo por esa santísima calma, que toda la vida, rigió en mí.

A Alá.

Pero ahora sin un gramo de ella, por la única persona que puede corromperla.

La mariposa.

Y con un simple.

- *La* (No). - Le vuelvo a negar en mi idioma y mirándola por sobre el espejo y como si nada, mientras peino mi pelo aún húmedo por la ducha con ambas manos.

Una especie de chillido frustrante con sus manos en alto, sale de ella ante mi tercer negativa, caminando sobre la habitación, y tipo leopardo enjaulado.

Para luego detener su andar y con ambas manos en la cadera y descansando un pie su peso, mirarme de forma odiosa desde su extremo.

Me encojo, de hombros.

La yahmini (No me importa).

Un día pasó, desde que llegamos del campanario de Pablo.

Esperando de forma prudente tales horas al salir y con vestimenta civil para pasar desapercibidos y ante posibles miradas curiosas, tomar el metro en dirección al hotel para que se calmen algo las cosas y siendo un tiempo cauteloso, no solamente para resguardarnos.

Sino.

Para que mis informantes mediante Cabul al teléfono, me dieran certeras ubicaciones del ruso con su gente en la ciudad, después de nuestra confrontación en sus últimos movimientos y antes de dar el gran golpe.

Mientras bajo todo ese informe logrado y la mirada curiosa de Amely.

Transcurrió la mañana como gran parte de la tarde, planificando sobre la mesa como mapas, los lugares remarcados.

A mi cambio de planes.

Por recibir dos jodidas buena y mala noticias.

La buena.

Un gran baile de gala que bajo la fachada del Cónsul de la Unión Soviética, dará esta noche en una prestigiosa cadena hotelera.

Donde su fin a tras fondo, es y como cortina de esta, la subasta y puja de algunos *pétalos rosas* de la hermandad, bajo su pasaporte Escarlata.

En algún recóndito lugar de ella y gran hotel en el transcurso de la noche, para posibles compradores magnates, que asistirán de gran parte del mundo.

Y donde todo remarca como aval con su presencia para dar calma a lo sucedido noche anterior al parque Shar, sin sorprenderme, pero sí, llamando totalmente mi atención.

Pese a que nunca se la vio y solo es un mito viviente como real, en este mundo de mierda y jerga de tráfico humano, en estos últimos años.

La presencia misma de *la reina madre*, en todo esto.

Para asegurar, a los posibles clientes compradores, la garantía de que todas las transacciones por las compras, van a hacer hechas con sumo éxito y privacidad.

Y la mala.

Donde eso si me asombra, pese a los justificativos de Cabul contra mi enojo por ello y bajo las palabras del Cónsul Soviético, a su fiesta de gala.

De la presencia sorpresiva de mi hermano en ella, como invitación a todos los mandatarios reales como legislativos, euro-africano-Asiático.

Para consolidar y afianzar, los lazos políticos.

Y por, ende.

Sin que me reconozca y sobre la lejanía.

Vigilar y proteger, su persona.

AMELY

- ¡Es injusto! - Sigo chillando, una vez fuera en el patio trasero del pintoresco hotel al seguirlo, pero cubierto con una bonita enredadera de flores como hojas naturales sobre el, mientras acaricio el cuello de *Eadhab* que mastica tranquilo y bajo suaves relinchos por mis caricias sobre su lomo, la alfalfa junto a un rincón que fue dejado para el.

El sonido ronco y fuerte de su enorme motocicleta negra al ser montada y encendida por Constantine, es toda la respuesta que recibo.

En una palabra.

Me ignora el muy cabrón, asegurando su casco puesto sobre él.

Y yo babeo, sobre mi furia.

Porque jodidamente es tan sexi y caliente el muy cretino, con ese smoking de alta costura y de vestir que lleva puesto.

Y donde la estrechez del traje como camisa ciñéndolo, remarca con cada movimiento involuntario, ese cuerpo marcado de belleza egipcia que su Dios árabe le dio, sobre esa motocicleta oscura que sacó de una de las abandonadas cocheras del lugar, sacudiendo el polvo de la manta que la cubría y de vaya saber desde cuándo.

Porque, todo Constantine Kosamé.

Es así.

Pura pasión.

Guerra.

Y blanqueo mis ojos.

Enigma...

Mi rabia como impotencia, me puede.

- Prometiste que sería parte de esto y que juntos, lucharíamos... - Acoto dejando su caballo y sobre su segunda acelerada verificando el motor, con su eterna mirada de nada en mí y a mis quejas.

Pero que pendejo, pendenciero y sin emoción...

- Voy a ir. - Amenazo y me gano su mirada ahora si con atención, pero fulminante.

- No. - Me dice, sobre el motor rugiente. - Es una fiesta cortina, en manos del ruso y su gente. Te reconocerían... - Me advierte.

Sacudo mi cabeza.

- No lo harán, Constantine... - Niego sobre mi lugar. - ...yo seré prud...

Y ahí, me quedé sobre su tercera acelerada y mis palabras a medio decir, sin hacer caso a ellas.

Al salir, por un lateral del viejo edificio y perderse, entre las oscuras calles.

Y mis manos sobre mis lados se hacen puños, frente a mi pedido y su completa ignorancia sobre mí.

Dejándome, sola.

Un duro pisotón de impotencia doy contra el suelo para luego, un grito de frustración inclinada sobre mis rodillas flexionadas, que resuena en todo el jodido, solitario y oscuro vecindario Musulmán.

Donde, no viene a mi reencuentro o como replica por ello.

El jodido Constantine cabrón, Kosamé.

Sino.

Siendo la respuesta, el aullido de un solitario perro, desde la lejanía.

Chillo peor.

C.A.R.A.JO.

Y maldita seas Constantine, murmuro para mis adentros volviendo sola y triste al interior del viejo hotel y para subir de forma aburrida cada puto escalón de la escalera, que me lleva al piso de nuestra habitación.

Saludo con una mano al aire a la dulce y silenciosa viejita, dueña de lugar.

Pero me detengo a mitad de ellos al notar su esfuerzo por querer subir los mismos y llevando entre sus ancianos brazos, una tupida pila de ropas prolijamente dobladas que dice a grito que es Musulmana, por su fina seda como estampas y delicados bordados trabajados.

Acudo a su ayuda aliviando su carga y ofreciéndome en llevarla yo, mientras subimos a su lento y costoso ritmo, cada peldaño.

- ...*'amirat fi almustaqbal ealaa wajjahaha aljmyl, la ynbghy 'an taekis alhuzn sayidati...*(Una futura princesa ajo su bello rostro, no debería reflejar tanta triteza). - Murmura tenue, cuando llegamos al lobby de mi piso.

Y de dónde sacando un manojito de llaves de su delantal que tranquilamente por su cantidad, competirían contra las de San Pedro.

Y para mi sorpresa.

Abre con una de ellas la puerta frente a la nuestra, siendo su propia habitación mientras sonrío por su forma de llamarme.

Suspiro manteniendo esta, abierta por ella.

- De princesa, no tengo nada... - Murmuro afligida.- ...sería muy mala, en ello también... - Suspiro, mientras juego con las siluetas que se componen y dibujan con su tallado, la antigua puerta con mi dedo.

- *¿Sayiyat lilghayat hawl hdha almawdue, ayda?* (¿Muy mala, ello también?). - Repite mis últimas palabras curiosa y haciéndome seña con sus viejitas como pequeñas manos, a que ingrese a ella; invitándome a su interior.

Y bajo sus pintorescos mobiliarios como decoración antañá, pero bien cuidadas y con un dulce y tibio *shay* (té) de amapolas, que prepara para las dos y sobre unas poltronas.

Descargo con sinceridad y no me pregunten, el por qué.

Pero, necesitaba hacerlo.

Como también y de solo haberla cruzado, un par de veces desde nuestra estadía y por obvias razones para el mismo Constantine, es uno de sus escondites donde confía.

Yo también, lo hago.

Y le narro.

Toda mi jodida historia, con el cretino.

Desde cómo llegó a nuestro país en busca de su hermano mellizo y enamorándose perdidamente de él años atrás.

Lo sucedido después del casamiento de Juno con Caldeo, cual escucha muy atenta.

Para luego, en cómo se convirtió y descubrí viviendo en mi África querida.

En mi muertito en vida, juntándonos la vida otra vez.

Su galeón.

Sus mares, atravesándolo.

Su vida marina como justiciera, que eligió por modo de vida bajo su mentira.

Y que, por ende.

Estamos acá.

Resoplo triste, dando el último sorbo a mi infusión de flores y culminando mi historia, con lo sucedido hora antes, con su partida a la fiesta sin mí.

Sus arrugados labios propias de su vejez, hacen una mueca pensativa luego de escuchar toda mi historia.

Lo que me hace suponer que no le es indiferente, mientras deja también su pocillo vacío al lado del mío y sobre la baja mesita frente nuestro, para luego verla ponerse de pie y contemplarla, mientras camina de forma pausada a la pila de ropa musulmana que momentos antes, ayude a traer y que dejé sobre un sillón junto a su cama.

Sus manos de forma afanosa, buscan entre ellas algo y con una pequeña sonrisa dibujando su boca, señala que lo encuentra, cuando lo extiende con ambas manos y se gira a mi dirección.

Y una exclamación de asombro escapa de mí, poniéndome de pie para acercarme y contemplar ese hermoso género de tela, como el diseño de la túnica femenina que noto que es, mientras me relata en su idioma que era de ella cuando joven.

Un tipo vestido.

Largo como elegante.

Algo ceñido y de un color en su estampado, en la gama de los rojos y verdes en toda su seda.

- Es precioso... - Digo acariciando ella muy suave, entre mis dedos y a todo su largo.

- 'Ami...(Mami). - Se señala. - ...*qul lli*, 'ami...(solo dime, mami). - Murmura, con cariño.

Sonríó haciendo una reverencia, frente a ella y ese precioso vestido Musulmán aún, sobre nuestras manos.

- 'Ami... - Repito y su sonrisa, se amplía al escucharme.

Y yo también, lo hago.

Porque, me gusta al decirlo.

Levanta este y me toca con el.

- Póntelo... - Me dice en mi idioma, asombrándome porque no sabía que lo hablaba y apoyando su tela, sobre mí. - ...*bunti 'amirat almustaqbal* ...(futura princesa).

Río sin entender, pero niego divertida a la diminuta anciana.

- Es muy hermoso. - La miro y elevo mis hombros, por no comprender el motivo. - ¿Pero, para qué?

Y para mi sorpresa.

La respuesta llega de la dulce anciana, cuando se sonrío ahora más y de forma inteligente.

Rejuveneciéndola.

Mientras me entrega de forma definitiva el vestido y palmea mis manos con cariño, señalando el baño para que vaya.

Oh mierda...

Y oh con mis saltitos de alegría sobre mi lugar, por su idea que dibuja su rostro mientras sonrío festejando y pensando, con mi mejilla acariciando la tela feliz y corriendo a la otra habitación.

En la cara de Constantine, al verme esta noche en la fiesta...

CONSTANTINE

Cruzo el gran y elegante salón, atestado de centenares de invitados.

Que tanto mujeres como hombres, entre sus finas copas de champagne entre sus dedos y charla de por medio.

No solamente denotan estilo, alto nivel adquisitivo y distinción colmando el lugar.

Sino también y bajo las máscaras que cubren casi la totalidad de sus rostros, por la temática de la velada.

Sus procedencias extranjeras y de otros continentes, como etnias bajo sus elegantes vestimentas.

Acomodo mejor la mía para no ser reconocido, bajando los tres únicos

escalones que separan a la gran pista de baile que muchas parejas se deleitan con ella y del escenario montado en un extremo.

Donde, bailarinas con sus gasas.

Sedas.

Colores.

Y danzas.

Nos regalan a la vista y placer.

Su baile del Medio Oriente, con música de mis raíces.

Robo una copa a un elegante camarero, de un espumante vino blanco al pasar por mi lado, con bandeja en mano.

Mientras doy un sorbo y con disimulo bebiendo y a través de ella, escaneo todo el lugar para encontrar entre el gentío, algún movimiento que me acuse de sospecha o la posible presencia del ruso y sus hombres, mezclados entre la multitud y con sus máscaras.

Frente, a una posible charla.

O negociación.

De potentes como posibles compradores, de pétalos rosas.

Camino y comienzo a reconocer en mi trayecto, por sus posturas y por sus voces cuando paso por su lado.

Tanto a mandatarios como políticos y grandes empresarios, disfrutando de la fiesta y charlando entre sí, de mi época al poder.

Avanzo, esquivando los invitados, cuando noto una delicada mano muy bien cuidada advirtiéndome por ello, con sus suavidades como delicadas uñas esculpidas y pintada de un mora tan intenso, como el ajustado y elegante vestido de noche que lleva puesto, reposa en mi brazo y me detiene.

Elevo mis ojos de mi brazo prisionero en mi silencio y entre los comensales, pasando por nuestro lado, para mirar a la dueña de ese cuerpo sexi como sensual vestido.

Su máscara es casi completa y no me permite ver su rostro.

Alkaraf.

Solo el labial, de un rojo puro y que me acusa unos labios llenos, muy marcados y besables, sobre una cascada de pelo color rubio como cobrizo por su elegante recogido, que cae sobre un lado de uno de sus hombros desnudos, por el diseño de su curvilíneo vestido de gala.

Y una sonrisa, dibuja esos labios al hablarme.

- ¿Extranjero como yo, en este país? - Pregunta suave y alegre.

Denotando, que es americana.

Estrecho mis ojos por ello detrás de la mía y solo me limito a asentir, con una reverencia hacia su persona ante su pregunta.

No es bueno, que escuchen mi voz.

Suelta una risita por ello halagada y cubriendo más su rostro ya por su sexi máscara, con una especie de abanico con bordados en oro, pero a juego con su vestido que lleva su otra mano.

Para luego, envolver más mi brazo que tiene atrapado, pero ahora con ambas manos.

Y gruño para mis adentros por ello, mientras me conduce a adentrarnos más a la pista donde una suave melodía comienza a llenar el ambiente y muchas parejas con su tranquilo ritmo, se mueven al compás de ella.

Otro camarero viene a nuestro encuentro, para recibir nuestras copas ya vacías y poder bailar de forma cómoda.

No puedo negarme.

Rechazar un baile en este tipo de eventos, llamaría poderosamente la atención entre los invitados ante una mujer, siendo negada a ello por falta de caballerosidad.

Como un insulto a ello.

Si llega a ser hermana, hija o esposa, de algún dignatario.

Envuelvo con delicadeza mi mano sobre su estrecha cintura, mientras la otra entrelaza su mano y frunzo mi ceño al notar que entreabre algo sus labios por cierto temblor, ante mi contacto y bajo la tenue canción.

Su estremecimiento, me pone en alerta.

¿Acaso, nos conocimos?

Sonrío levemente tratando de memorizar, sus ademanes como los pocos rasgos de ella que deja ver por algo de información a mi cerebro.

Pero fracaso, porque jodidamente no la recuerdo, en mis años al poder de mi país.

Mientras ella, falla en su disimulo por su reacción.

También.

Ante mi constante roce pero con decoro como yo, intenta cubrirlo bajo nuestro baile de protocolo.

Siendo algo, muy claro.

Que intenta hacer memoria, como yo.

Carajo.

Tengo que salir, de esta mierda...

- No nos, hemos presentado... - Intenta, sonsacar información. - ...me llam...

- Murmura recorriendo y dibujando una porción de mi brazo, con demasiado detalle.

Pero algo, nos interrumpe.

En realidad.

Me interrumpe y me aleja, de su voz suave como femenina.

Porque, algo llama mi atención.

Una presencia.

Por otra mujer.

Que logro localizar entre la muchedumbre y desde su rincón.

Allah min alssama'...(Dios de los cielos).

Y palpitaciones, dentro de mí.

Cuando veo y noto.

A mi Argentta Mitrei.

A la mariposa que pese a su máscara oriental, cubriendo ese dulce rostro que tiene, la podría reconocer a la distancia.

Jodidamente, kilómetros...

El casi fin de la canción, me da pie a mi despedida a mi pareja de baile.

Que con postura perpleja y besando su mano con una reverencia y modo despedida, me alejo de ella y entre los invitados, sin darle tiempo a una réplica por mi espontánea partida.

'Ana asaf, wayughib. (Lo siento, señorita).

Pero, tengo cosas más importantes, que hacer.

Como corregir a alguien.

Duro.

Por desobediencia, para luego seguir con mis planes esta noche.

Me ubico de forma solitaria y desde un ángulo estratégico, para observar a Amely.

Esperando.

Agazapado.

Y a la espera, del momento oportuno.

Pero, con mi furia, latente.

Mucha furia.

Por no acatar mi orden por su seguridad y lo disimulo, desde mi lugar.

No solamente, por ser una insufrible mujer irresponsable y potencialmente peligrosa, para la atracción a los problemas la muy descarriada, mientras la miro como habla de forma animada y sin abandonar nunca su rostro, la sonrisa de sus labios cuando entabla conversación con una pareja de ancianitos desde

su lugar.

Pero al mismo tiempo y con disimulo, mirando por sobre cada invitado del gran salón.

Sonrío, dentro de mi ira.

Buscándome...

Y un suspiro, sale de mi al verla y llenándome de ella.

Porque tiene, una de las sonrisas más lindas del mundo.

Como también, reconocer.

Provocando hasta el punto de moverse mi pene, entre mis pantalones.

De las ganas de meter mi lengua, dentro de su bonita boca.

Entre, otros sitios...

Y una sensación me colma, por sobre mi furia y ante su desobediencia.

Cóctel peligroso.

La devoción.

Al verla y recorrerla lentamente con mi mirada y bebiendo cada centímetro de su cuerpo.

Y una media sonrisa, se dibuja en mis labios por ello.

Al notar.

Lo condenadamente hermoso y caliente.

Que le queda ese vestido largo, musulmán...

Y sobre ello, mi paciente espera.

Tiene sus frutos.

Cuando mi mariposa, bajo una cortés reverencia a la pareja anciana.

Se retira, en dirección.

A los baños, de dama.

Y sonrío más, bajo mi máscara mientras con las manos en los bolsillos de mi pantalón de vestir.

Lleno de calma.

Y de un leve empujón de mi hombro sobre la pared en que estoy apoyado, tras mirar con disimulo a mi alrededor por no ser visto.

Me encamino.

Sigiloso.

Y muerdo más mi sonrisa por ello, frotando mi barbilla ante la idea.

Por un castigo...

Tras.

Y para mi desobediente y no puedo creer, por lo que voy a decir.

Mujer...

Capítulo 11



Invitados.

Muchos.

Cientos.

Cruzo y esquivo a medida que avanzo sigiloso entre ellos.

Lento.

Niego divertido bajo mi máscara, mientras me hago camino y pido paso siguiendo a mi mariposa y en el proceso, aflojando la pajarilla de mi smoking con una mano y con la otra, robo con disimulo y sin ser visto entre invitado e invitado cruzando.

Una cinta de seda roja que es parte y cuelga, del vestido de una bailarina al bajar del escenario con otras compañeras al finalizar su danza, que pasan por frente mío.

Porque, no tengo apuro.

Y enrosco dicha cinta, entre mi mano despacio, pero de forma dura.

Mi castigo.

Y mi sonrisa, se dibuja más.

A mi manera...

MIENTRAS TANTO, EN ALGÚN PISO SUPERIOR DEL LA PARTE OESTE Y MISMO HOTEL...

El sonido de la puerta golpeada levemente para ser abierta por alguien luego, suena en una suite, Dando paso a un hombre de elegante smoking como los demás invitados, que pisos más abajo disfrutan de esta.

Pero ella, no gira su rostro.

Ni siquiera, para mirarlo a través de uno de sus hombros.

No lo necesita.

Porque su siempre perfume masculino.

Amaderado y aldehídico.

Que llena la habitación, la invade.

Como su ser porque fue, lo primero que sintió años atrás, cuando el país africano.

Le dio la bienvenida...

Sus ojos del mismo color, que las cortinas corridas.

Claros y casi verdes.

Se cierran por solo un segundo, ante ese recuerdo para poder reprimirlos.

- ¿Están listas, las *pétalos rosas*? - Solo pregunta, volviendo a recuperar su postura y sin dejar de observar, toda la vista nocturna con sus luces iluminando la gran ciudad de Erbil, que le regala estas de su piso.

Él asiente.

- Los compradores, ya están listo. - Responde.

- ¿Y nuestros hombres, para cualquier eventualidad? - Murmura, sin jamás moverse de su postura como mirada al paisaje nocturno.

Solo cruzando algo más, sus brazos entre sí.

El ruido de la automática del ruso siendo preparada por sus manos y fuera de su seguro, acompaña a su respuesta.

- Si, mi reina... - Promete, acariciando con su mano libre y vendada, sobre un lado de su rostro, su mejilla también cubierta por la otra lesión profunda.

- Ruso... - La hermosa y joven mujer de cabellos dorados, al fin se digna a mirarlo cuando siente su retirada al abrir la puerta de la suite, para dar comienzo al pasaporte y venta Escarlata. - ...si él aparece... - Le recuerda, con los ojos fijos en él. - ...lo quiero vivo... - Ordena. - ...es mío... - Finaliza.

El gruñido de éste y cerrándola tras él, es toda su respuesta.

Pero, ella se sonríe.

Ya que, sabe que obedecerá.

Porque, esta repugnante persona, que tanto le hizo, como también le dio.

Haría cualquier cosa.

Absolutamente, cualquier cosa por ella.

Por la reina madre...

Porque, el ruso la convirtió en todo esto, bajo las órdenes, *de Él.*

Con sus ojos y a través de su sexi máscara, vuelve su mirada otra vez al ventanal.

La suave y lejana música de la fiesta, llega hasta sus oídos por el silencio que vuelve a su habitación y la profunda exhalación que larga, empaña el vidrio con su aliento.

Como duda y temblor de lo único que ahora, embarga sus pensamientos.

Acaricia sus brazos desnudos entre sí, ante el recuerdo de ese contacto.

Por la sensación de ese hombre enmascarado, que ella misma invitó a bailar momentos antes.

Por el recuerdo, de ese...

Niega y muerde sus labios prolijamente maquillados del tono, de su vestido de gala por no poder creer.

Niega.

Es imposible...

AMELY

- Ay, carajo... - Maldigo en mi idioma y ganándome, la mirada de asombro de un par de señoras musulmanas elegantemente vestidas con sus oros y sedas, que detuve para preguntar si es la dirección correcta al *toilette* de damas, de este inmenso salón.

Al ver, por sobre sus hombros.

A Constantine.

Sip.

Y viniendo jodidamente a mí, maldita sea.

Porque, me encontró antes que yo a él.

Y gimo.

Ya que, todavía no encontré la excusa perfecta para decirle recitando prolijito y sin equivocación, cuando lo tuviera frente mío con su mirada de mierda y sin dejo de emoción, pidiendo explicaciones de mi presencia desobedeciendo en la fiesta.

Pero algo me alerta he hizo que se erizaran los vellitos de mi piel, en el intento con una reverencia a modo despido a las señoras, para seguir rumbo al baño.

Y es ver, la forma en que esboza esa sonrisa en sus labios, viniendo hacia mi dirección.

Inclino mi cabeza, media dudosa.

Porque tal vez, es...

Estrecho mis ojos, como si eso me permitiera una mayor visión.

¿Una, media sonrisa?

No lo sé bien, por esa máscara elegante y de diseño pérfido, pero que lo hace caliente como el infierno y que cubre la mayoría de su rostro, junto a su smoking puesto.

No me deja ver bien.

Jesús.

Pero sí, que camina a donde me encuentro, con toda esa calma tan suya del mundo.

Con su altura.

Y todo su porte, al mover tan a juego con sus hombros, esos pasos que da en sincronía.

Y como siempre, digo.

Entre felino y misterioso, gracias a esa cultura y civilización milenaria, que todo él irradia como su hermano Caldeo.

Donde cualquier mujer en este planeta, si tiene la gloria de conocer a los hermanos Kosamé.

Le sería difícil e imposible ignorar, semejante bellezas masculinas.

Porque son alfas de los alfas.

Sip.

Un festín sensorial, para el gremio femenino.

Porque todo él se transforma en cámara lenta, con cada paso que da cuando lo ves y a su alrededor, donde la gente normal como la fiesta, invitados y como yo.

Simples mortales.

Siguiéramos nuestro ritmo normal y como lo único moviéndonos a tiempo real.

Y otra sacudida eléctrica recibe mi cuerpo, cuando desata esa media sonrisa confirmada a sonrisa completa, casi llegando sobre mí y haciendo juego con su máscara y la cristalinidad de su mirada bajo ella.

Y yo pestañeo.

Porque, es insidiosa y mi boca se cae.

Ya que, totalmente obscena también...

SANTA...MIERDA.

No tengo tiempo ni quiero analizarlo y me escurro rápido, en

dirección a los baños agradeciendo que quede a poca distancia mía y una vez dentro, me dé el glorioso tiempo necesario para pensar en mi excusa perfecta.

Alcanzo la puerta donde la figura femenina sobre esta, me indica que es el de damas y la abro.

Pero su brazo se encuentra sobre mi cabeza y apoyando su mano sobre ella, me impide que la abra.

Jesús.

¿Qué mierda de magia negra o blanca fue esa, que hizo que llegara tan rápido?

Su rostro se encuentra sobre mi cabellera y su pecho, presionando mi espalda.

Duro.

Pero silencioso.

Y bajo su profundo y enojado resoplido contra mí, yo aprieto mis ojos con fuerza preparándome para las cuales sean las palabras, que está a punto de decirme por mi desobediencia.

Pero, suspira.

¿Y eso?

- Dios...por qué, haces cosas potencialmente peligrosas? - Su voz grave, se siente sobre mi pelo. - ...eres un dolor de culo, mariposa...

¿Qué?

Y abro mis ojos al escuchar esa expresión muy de mi tierra, asombrada.

Se inclina levemente más a mí, para que sus labios susurren a mi oreja bajito y presionándome, más contra la puerta.

- ...*baladi ailtihab alhimar*...(mi dolor de culo).

Quise reír.

Por su forma extraña y siempre huraña con esa expresión, de decirme que me quiere.

Pero la mordí sobre mis labios, cuando me preguntó con un gruñido bajito.

- ¿Estas lista?

Intento mirarlo, pero la presión de su cuerpo contra el mío, no me lo permite.

Y porque en realidad, no es una pregunta.

Es una advertencia.

Quiero decir algo, pero una quinceañera con una mujer mayor abre de golpe la puerta, recibiéndonos a ambos sobre ellas y con nuestras posturas por demás sugerentes.

Unidos.

Muy unidos.

Y el rubor, ardió en mis mejillas por ello, pero en el patán y caliente Constantine.

Nop.

Y como si nada y elevando más su fuerte brazo sobre mi cabeza para acorralarme y casi pegando sus labios a mi cuello, aprovechando el alto recogido que me había hecho y lo mantenía despejado murmuró.

- Déjame entrar, *farashatan...*(mariposa).

Se me escapó una risa nerviosa, mirando a ambas mujeres.

- ¿Al baño, de damas? - Dije, intentando ponerle humor y la calidez de su sonrisa, acaricio la curvatura de mi cuello negando.

Lenta y seximente, para la desgracia de mi libido mujerzuela.

Mierda.

- No me refería a eso... - Besó suave mi piel. - ...*qasadath lak...*(me refería, a ti).

Y fue suficiente para que la mujer con cara de espanto bajo su máscara con túnicas y con mirada desaprobatoria a nosotros, tapara los oídos como ojos de la niña y la empujara obligando a que camine.

Y la infante, sonriente y de forma divertida nos miró a ambos hasta perderse con la púdica mujer, entre el centenar de invitados.

Y todo.

Fue rápido.

Después.

Encontrándonos ambos, ya dentro del baño de damas.

Y gracias al poder, de ese Dios Egipcio suyo.

Solos.

Y como, si tuviera una especie de pacto secreto con él.

O con el mismo diablo.

De que nadie, ingresara tampoco.

Ya que se toma todo el tiempo de mundo, cuando se aleja algo de mí y sobre sus pasos siempre pausados, para deslizar su mirada y recorrerme con su siempre tranquilidad.

Desde mis pies y subirlo lentamente, hasta volver a nivelar nuestras

miradas bajo la música que golpea nuestros oídos y provienen del gran salón.

Su ardiente mirada bajo su máscara, colisiona con mis ojos y debajo de la mía.

Y el calor de mi cuerpo aumentó, al ver que hace un paso hacia dónde estoy y me lleva dentro, de uno de los cubículos individuales e ingresando ambos a su interior.

Ahueca mi rostro entre sus manos donde la sedosidad de una cinta roja que envuelve una de ellas, acaricia mi mejilla y ante su suave tacto.

¿Preguntarme, para que será?

Y mis ojos se abren de golpe, cuando me doy cuenta, bajo su sonrisa de satisfacción como respuesta.

Dulce.Jesús.

¡ES LA ADVERTENCIA!

- No he estado, dentro de ti en días... - Murmura y a mí, se me mojan mis braguitas al escucharlo con su seriedad llena promesa ilícita y sosteniendo mis ojos con los suyos, mientras con un golpe de su pie cierra su puerta y el pestillo se asegura por el movimiento.

Y guau.

Porque, eso fue impresionante.

- Me desobedeciste... - Dice y quiero acotar algo sobre eso, pero no me deja y me da la vuelta empotrándome contra la pared, con otro diestro movimiento.

Y un grito de exclamación me roba, cuando su mano cubre mi boca para ahogarlo, provocando que mi cuerpo choque contra la madera barnizada de esta y haciendo que apoye mi mejilla, contra su superficie fría para callarme.

- No te voy a coger, en la cama de nuestro hotel mariposa... - Toma mis ambas manos y cruza sus muñecas sobre ellas y detrás de mi espalda, para sentir después como la sedosidad de la cinta me rodea, por atarme con ellas.

Imposibilitando, mis movimientos por más que lo intento.

- ...porque, te quiero contra esta pared... - Me empuja más contra ella, con su cuerpo y con ambos brazos acorralándome, de cada lado de mi rostro. - ...temblorosa y húmeda... - Prosigue, acariciando mi pelo con la punta de su nariz, para luego con una mano abriéndose en mi espalda con presión, impedir que me mueva atada y desde mi postura aferrada contra

ella.

Se flexiona sobre sus rodillas, para descender y de forma lenta, dibujar el contorno como largo de mi espalda y mi trasero, con su otra mano.

- Constantine... - Tartamudeo su nombre y retorciéndome sobre mí, al sentirlo recorriéndome.

Porque...

Y Dios.

Es siempre así.

Un toque y no puedo tener, suficiente de él.

Gimo al notar como su mano sigue bajando y continuando por abajo de mi prenda y subiéndola, se desliza sobre una de mis piernas, para ascender y detenerse en la unión de ellas y acariciar con su pulgar, la suavidad del algodón de mi bragas ahora húmedas y exponiendo esta, al subir mi vestido a la altura de mis caderas.

Sus dedos empezaron a acariciar sobre ella y tantear mi entrada y deslizar uno por dentro y haciendo a un lado estas e introducir dos de ellos dentro de mí, para penetrarme con ellos enérgicamente.

Me quedé allí inmóvil, conteniéndome y sintiendo, como sus dedos empapándose, salen y entran de mi interior y como todo sonido mi jadeos excitados, el suyo propio y el que nos sucumbe a ambos, el de mojado por mis fluidos al compás de su dedo penetrándome.

Y casi un orgasmo mental tiene mi cerebro y estando cerca de partirme en dos, cuando presiona su cara contra mis muslos e inhala, para luego con su mano aún en mi espalda tomando el control sobre mí y sin permitirme movimiento.

Lame su dedo para comer toda mi esencia, como mis pliegues expuesto con su lengua a su voluntad, para volverlos a meter dos dedos ahora.

Y un gemido, sale de su garganta de placer.

- *Shummamat rayihat wa'ant taerif dhlk jayidaan ya farasha...* (Hueles y sabes tan bien, mi mariposa). - Gruñe profundo en su idioma, con fuerza y posesivo.

Y su beso siguió, sobre mi unión.

En mi vagina.

Duro.

Succionando y con una orden de su mano, que me incline sobre mi

postura a espalda abriendo mis piernas, más sobre él.

Para jalarme y con su otra mano abrir más mis pliegues y lamerme más dentro y al ritmo de sus dedos, de la otra mano cogiéndome.

Y mi espalda se arqueó y quise gritar su nombre, ante mi orgasmo próximo que venía con la furia de la demanda de su lengua en mi interior e intentando por reflejo, liberarme de mis manos atadas sobre mi espalda.

Pero una nalgada de su mano que retenía mi cuerpo, desgarró el aire.

Yjadee.

Porque, sentí mi trasero desnudo arder.

Pero no, de dolor.

Sino.

De privación.

Y gemí fuerte de deseo y asombrosamente, por ese dulce escozor.

Un dulce ardor que como un interruptor, activó mi cuerpo.

Mi piel.

Porque, quiero más.

Mucho, más.

Y estoy a punto de gritar de frustración y que se entere todo el jodido hotel, porque la excitación me puede y por privarme de mi clímax, cuando con una segunda nalgada pica otra vez en mi trasero y tanto sus dedos como labios, me abandonan para posicionarse otra vez de pie y detrás de mí.

Y no lo puedo soportar.

El calor tira de mí y quiero desatarme.

Lo intento.

Pero un tercer castigo de su mano, me hace gemir de placer y apoyarme más contra la pared entregada y temblorosa.

- Ya está, tu trasero rosa... - Constantine murmura, acariciando la zona castigada con suavidad.

Su mano es áspera y dura por el esfuerzo de la vida que tomó con opción, pero de forma tierna sobre mi piel ardida, mientras me voltea hacia él y mis manos atadas como espalda, reposan en la pared ahora.

Me toma por la nuca y me besa con demanda, para ahogar mis gemidos pidiendo más.

Para luego tomar mi cabello y poder apartar su rostro del mío y mirarnos.

Los dos, estamos sin aliento.

-...*aleiqab baladi*...(mi castigo, mis reglas). - Con una de sus rodillas, abre mis piernas sin perder su mirada en mí y bajo nuestras máscaras.
- ...*qawaeidi*...(mía). - Finaliza, desabrochando la hebilla de su cinturón, como él botón y la cremallera de su pantalón de vestir, deslizándolo para bajo mientras su otra mano como brazo tomando por abajo mi trasero, me levanta y con un movimiento me eleva, mientras yo rodeo mis piernas sobre su cintura.

Y sin previo aviso desnudando su pene rígido, hinchado y caliente sobre mi entrada, se empuja contra mi cuerpo y la pared.

Para enterrarse, en mí.

Fuerte.

Y gemí, cuando tomó más duro mi pelo y lo enroscó con su mano, encontrando mi punto sensible entrando y saliendo de mi interior, sin preocuparse por el precario tamaño del baño, nosotros y con sus embestidas duras empujando y penetrándome en mi humedad.

- Tu, no me tocas... - Jadea sobre mi piel, por el esfuerzo y sonriendo.
- ...y te vas a correr, cuando yo lo diga... - Se conduce dentro mío, como si estuviera tratando de atravesar la pared y tomándome más contra él, pegando nuestros pechos.

- ...Esto es para mi propio beneficio y vas a empaparme de ti...cuando yo lo diga... - Finaliza.

Y yo gimo de placer, bajo sus gruñidos de excitación.

Me lanza y apoya más, para desvestirme con ambas manos y de forma feroz, la parte de arriba de mi vestido.

Casi desgarrándolo.

Y sus ojos color hielo se tornan plomizos, al notar que no llevo sujetador.

Provocando, que hasta nos dificulte la respiración.

A mí.

Por sentirme tan deseada y todo él dentro mío.

Y a Constantine.

Por la sorpresa y vista de mis pechos expuestos y la dureza de mis pezones, propia de la excitación.

Amasa y juega con ellos, para luego alimentarse de uno.

Succiona.

Lo muerde.

Y los lame como si se le fuera la vida en ello, mientras ahoga mi

fuerte jadeo con su mano, cuando siento el calor de sus labios mojados amamantándose de ellos y una fuerza oscura de placer y muy poderosa ahora, flota en el aire adueñándose de ambos.

Y de nuestra piel.

Y con ello, nuestras bocas se buscan con desespero, soltándolo y pegándose más conmigo.

Una pasión y guerra, contra nosotros mismos.

Mientras se empuja más dentro y fuera de mí, entrelazando nuestras lenguas.

Más y más duro.

Más rápido.

Y con toda su longitud, latiendo en mi interior tan profundo y fuerte, que apenas podía sostener mis piernas.

- 'Ant li, 'ana faqat ...(Eres mía, solo mía). - Murmura inclinándose jadeante a mi oído y flexionando más sus caderas, para profundizarse más en mi interior.

Me suelta el cabello para atraerme y poder apretarme más contra él, rodeándome con sus brazos.

- Me voy a correr... - Advirtió. - ...y quiero que lo hagas conmigo, mi *Argema Mittrei*... - Me ordena, dejando caer los labios sobre los míos.

Y fue suficiente.

Para que mi cuerpo obedezca su orden y mi mundo, se incline a su eje liberando mi orgasmo con el grito de ambos, sofocado por nuestro beso en su última penetrada, mientras se viene dentro de mí.

Juntos.

Consumidos.

Siempre unidos, latiendo como si fuéramos uno y jadeantes como agitados, con nuestros pechos pegados.

Se gira y bajando la tapa del inodoro de un movimiento, toma asiento conmigo encima intentando no tocarlo, mientras con una seña con su índice en sus labios hinchados por tantos besos míos, me dice que guarde silencio mientras desata mis muñecas y guarda la cinta, en uno de los bolsillos de su saco.

Y muerdo mi labio, mientras me dejo masajear como ser besadas por él mismo, mis muñecas donde una leve marca de un suave rosa, indica la zona que fueron prisioneras.

Pero, es imposible retenerlo.

Rompo en risa, por esa actitud algo adolescente de preocupación que ahora lo invade, porque no seamos escuchados.

¿En serio?

¿Después de semejante polvo, que nos echamos de forma descontrolada?

Y mi corazón, se quiebra.

Pero, de puro amor.

Cuando a mi risa, la acompaña la de él.

Y yo, me muero de ternura.

Porque, otra vez es la juvenil.

La despreocupada y la que cela, porque acusa.

Que pese a todas sus mierdas y elección de vida que eligió.

Un sencillo pescador.

Un guerrero.

Y hasta la de un asesino.

Solo, es.

Un simple muchacho de 24 años, mientras besa mi frente sudada y haciendo a un lado con cariño, mechones de mi pelo ahora despeinado y transpirado.

Lejos ya de lo que fue ese recogido elegante, para atraerme más contra él y abrazarme con esa forma suya algo bruta y torpe.

Porque Constantine no tiene idea, como demostrar amor.

Y que sin embargo, yo.

No lo cambiaría, por nada del mundo.

Baja su mirada a nuestra unión, sacando su pañuelo del bolsillo de su pantalón a medio bajar.

Y como en el campanario, limpia mis muslos húmedos, por el propio resultado líquido de nuestros orgasmos y repitiendo si dejar de mirarme a través de sus negras pestañas, la acción de empujar deslizando su erección fuera de mí, en meter con dos de su dedos, pero con suavidad.

La eyaculación que escapa entre mis piernas a mi interior otra vez, robándome un suspiro por sentirlo y por esa dulce como prehistórica, acción posesiva.

- *'Uriduk 'ann yakhudhani...*(Quiero que me lleves). - Me da un suave beso, bajo nuestra obligada respiración de ambos, procurando regularizarla post sexo. - *...anzim dayima, ya farasha...*(siempre encima,

mi mariposa). - Murmura, ayudando a ponerme de pie cuando finaliza como acomodar, mi vestido para luego su pantalón.

Intenta ordenar su pelo con ambas manos y su máscara al igual que yo.

Pero se vuelve a mí, para acunar mi rostro.

- Amely... - Me pide. - ...necesito, que vuelvas a nuestro hotel... - Me ordena bajito y con su mirada totalmente en la mía.

Sacudo mi cabeza.

- ...no te voy a dejar... - Me niego. - ...por favor, no me lo pidas Constantine... - Ruego triste y lo abrazo.

Siento que sus ojos se cierran por un segundo, sin dejar de acariciar mis mejillas con sus pulgares inmóviles.

Para luego abrirlos, decidido y obligarme a que lo mire elevando mi barbilla, mientras mira la hora de su elegante reloj pulsera.

- La venta de *los pétalos rosas*, debe estar por llevarse a cabo... - Vuelve, sus ojos a mí. - ...necesito encontrar el lugar, en todo este gigante y jodido hotel mariposa... - Niega. - ...y saberme tranquilo, de que tú estás cuidada en el hotel por '*ami*...

Y quiero reír.

Por dos cosas.

Porque, cree que le voy a obedecer y por la forma muy confiada y natural en que dice, que la dulce pero ancianita '*ami*, cuidará de mí.

Santo Dios.

No es, por desmerecerla.

Pero apenas si puede mi longeva y nueva mejor amiga después de Juno, subir unos simples peldaños como caminar.

Vuelvo a negar y gruñe furioso por mi capricho, girando el pestillo y amenazando salir.

Y mis ojos se nublan, mientras mis manos como puños arrugan parte del vestido que sostengo, con ambas manos.

- Si me haces, volver... - Me atraganto con mis lágrimas, que lo detiene de su marcha al escucharme. - ...es porque, quiere decir que es peligroso... - Murmuro y limpiando la primera que empieza a rodar por mi mejilla, con el dorso de mi mano. - ...me estas preservando, Constantine... - Mi turno de gruñir. - ...de que vea...algo feo... - Me detengo ante ese eterno miedo, que me llena de pánico por lo que pueda ocurrir y en solo pensarlo.

Y mis palabras, se pierden con mi voz.

- ...y tú, me prometiste vivir... - Le recuerdo, tomando aire como coraje para llenar mis pulmones y continuar, mientras sigue espalda a mí, sin gesticular movimiento alguno.

Dándome pie a proseguir.

- ...porque, yo te amo Constantine! - Chillo, con un sollozo.

Y ese silencio en que solo escucha, continúa sobre él por varios segundo pensativo y aún, estático sobre su lugar.

Solo el subir y bajar de sus hombros, por su irregular respiración.

Me dice, que es un ser vivo.

Porque todo él, es como una hermosa y jodida estatua viviente.

Y humedezco y muerdo mi labio inferior, a la espera de su mandada a la mierda.

No me importa.

Solo quiero que de una y condenada vez, aunque lo sepa.

Noticia vieja, para él.

Pero, nunca se lo dije, que sepa cuanto lo amo.

Que inservible y en muchas de las cosas, no ser buena para hacerlas bien.

Como dije tiempo atrás y reitero.

Pero si, para la fotografía.

Y lo que más, me importa.

Amarlo.

Y para siempre, como sobre todas las cosas...

Intento respirar hondo a su espera, limpiando mi rostro.

Cuando de golpe y tomándome por sorpresa.

Viene y en el trayecto, sacándose la máscara, se estrella contra mí tomando mi nuca con su mano con fuerza.

Para darme un beso.

Duro.

Fuerte.

Y lleno, de él.

Porque, cuando Constantine besa, lo hace con los labios.

Lengua.

Y dientes mordiendo estos, posesivamente.

Pero, con dulzura tosca.

- Soy tuyo, mariposa... - Exclama sobre mis labios y con sinceridad cruda. - ...tuyo desde el momento que te vi y aunque lo quise negar, luego

de que me cuidaras en el hospital... - Separa apenas nuestros rostros, para deslizar también mi máscara y que pueda ver sincero como lleno, el calor de su mirada pese a ese color gris hielo sobre su pelo negro y despeinado, cayendo sobre ellos.

- ...y que tú, eras mía... - Gruñe, confesando. - ...siempre y solo mía... - Me susurra, pero con tanta vehemencia que puedo ver como se inflan las venas de su cuello, por la sinceridad decirlo en voz alta.

CONSTANTINE

Nos pertenecíamos.

Era así.

Y esa agotadora pared construyendo, contra mis jodidos sentimientos por Amely y que quise negar.

Condenadamente se desmoronó, como un castillo de naipes ante una leve ventisca.

Como mi corazón, partiéndose en dos.

Cuando sus palabras como llanto sincero a su miedo afloró.

Por su eterno temor a volverme a perder.

Y bajo su labios, diciendo que me ama...

Me giré, a ella.

Y bajo su mirada algo baja limpiando con ambas manos su dulce rostro, la humedad de sus lágrimas, que no paraban de rodar de sus mejillas.

Yo, me descompuse de amor.

Porque Amely, era un caos.

Un completo caos con su pelo desprolijo, maquillaje algo corrido y sus ojitos rojos como hinchados de tanto llorar.

Pero, mi caos.

MIO.

Solo mío.

Dándome cuenta que era inevitable, por lo que siempre luché y nunca quise reconocer y me adiestré años, perfeccionándome en ello y bajo la mirada de mi maestro, para convertirme en lo que deseo y recorre entre mis venas.

Un guerrero, Qurash.

Como mis antepasados y sucesor de ellos.

Y donde, no entra en juego.

El amor.

Ya que, ese jodido sentimiento.

El quinto elemento.

La mayor fuerza poderosa, sobre el humano y su universo.

Que todo lo sana.

Que todo rige, sobre él.

Protege.

Cuida.

Como todo lo perdona.

De él, estoy colmado.

Con solo verla y solo, repitiendo mi corazón con cada latido y por como la llamé momentos antes, mientras me lanzo a ella para besarla.

Mi mujer...

- ...te amo Amely y siempre mía... - Le susurro, con mucha vehemencia.

Y para mi asombro, me gusta escucharme decirlo en voz alta y sonrío sobre nuestro abrazo, como mi mariposa.

Pero luego esta, cae desvanecida.

Cuando acunando su rostro con mis manos y antes, de darle un último beso a sus labios.

Y me obligo a llenarme de ella mirándola, para poder grabar en mi cerebro sus dulces ojos, llenos de amor por mí y como si fuera la última vez ello.

Seguido de tocar con suavidad, una delicada zona de su cuello, que la hace desfallecer por mi desmayo inducido, cayendo inconsciente entre mis brazos.

- *Farashat almaghfira...*(Perdón mariposa). - Le susurro contra mis brazos y llevándola más, contra mi pecho.

Y sorprendiéndome.

Que como ella, momentos antes.

Mis ojos se nublan también, de lágrimas.

Porque jodidamente.

No sé si podré cumplir, a mi promesa...

El de no morir.

Y un bajo silbido, suena de mis labios enjugando mis ojos con el puño de mi camisa, para luego aparecer por sobre la puerta y a medio abrir despacio del baño, mi párroco amigo Pablo vestido de smoking como yo

y con una máscara completa cubriendo su rostro.

Lo miro curioso a él y luego a la opción, de la máscara que eligió.

- ¿Del diablo? - Digo, señalándola.

Increíble.

Se encoje de hombros como respuesta, haciendo que sonría dentro de mi tristeza.

Y miro a Amely, cargándola a sus brazos con cuidado dormida.

- ¿Podrás? - Le pregunto, acariciando su mejilla por última vez.

Asiente y ríe, colgándola sobre su hombro y tipo costal.

- La haré pasar por una mujer, que se pasó de copas... - Me responde confiado y me hace sonreír triste. - ...el coche ya espera por ella y tus hombres, sobre los techos a la guarda de tu orden jefe... - La acomoda, mejor sobre él.

Asiento en silencio, mientras vuelvo a ponerme mi máscara caminado hacia la puerta.

Pero, me detengo sin voltear.

- ¿Cuídala, si? - Pido.

No lo veo, pero siento que asiente sobre mi espalda.

Y sin más.

Me retiro cerrando la puerta tras mí y buscando la llave de la habitación que Cabul reservó bajo otro nombre, mes atrás en el bolsillo interno de mi saco.

Donde me aguarda.

Mi traje...

Me encamino, evadiendo a cada invitado que cruzo en dirección a los dos únicos ascensores del salón de esta plaza hotel.

Y agradezco a mi jodida suerte, antes de ser visto por alguien y que pueda conocerme, cuando el primero se abre automáticamente a mi llegada vacío.

Entro a este, acomodando mejor tanto mi saco como máscara en mi rostro, cuando sus puertas se comienzan a cerrarse, bajo el silbido de un hombre con pasos apurados y viniendo al mío, para que lo detenga.

Aprieto el botón con el número de mi piso, haciendo caso omiso a su llamado.

Lo lamento.

Pero estoy apurado.

CALDEO

Después de estrechar tantas manos, como me fue posible.

Tanto de embajadores, primer ministros, comerciantes acaudalados con sus respectivas mujeres y confraternizar bajo promesas, con futuras negociaciones de su país hermano con el mío.

Chequeando la hora desde mi reloj y escabullirme bajo un pretexto, me encamino entre el público presente y mirando como a la distancia y ante un gesto mío de mi barbilla a Cabul.

Cual se pierde, entre la multitud, obedeciendo.

Para dar comienzo, al plan en marcha contra los Escarlatas.

Porque, todo está por comenzar en algún lado de todo este jodido hotel, bajo la fachada de la elegante fiesta del Cónsul.

Y acelero mis pasos a los ascensores de este, para dirigirme a la suite presidencial que Cabul reservó para mí con antelación y gruño apurando mi caminata, haciendo un leve silbido como seña, a un hombre que ingresa al primer ascensor.

Pero que sin oírme deja cerrar sus puertas automáticas de estas, mientras acomoda mejor el saco de su smoking como máscara de su rostro.

Mierda.

- Jodido sordo...- Lo maldigo, dirigiéndome al segundo ascensor.

Pero la suerte me acompaña, porque estas se abren sobre mi llamado.

Y no puedo disimular mi sonrisa, acomodando mejor la máscara que llevo puesta mientras aprieto el comando, con el número de mi piso.

A mi suite.

Donde me espera.

Mi traje...

Y sonrío ante la expectativa, llevando mi mano a mi pecho.

Porque, otra vez esa sensación extraña me colma.

Difícil de explicar.

Pero me embarga como la vez, que Constantine visitó mi país de adopción para buscarme y lo sentí cerca.

Y es, por que dicha sensación.

Me dice.

Me promete.

Que estoy cerca, del traje de mi hermano.

Y como tal.

Que me voy a encontrar.

Y mi cuerpo como sentidos por ello, se llenan con sed de venganza.

Con el ladrón, del traje de Constantine.

Esta misma noche...

Capítulo 12



EN UNA HABITACIÓN, DEL GRAN HOTEL EN EL PISO 33...

Mi pajarrilla vuela sobre mi saco de vestir, como camisa al terminar de desabotonar y sacar los gemelos en plata de mis puños, junto a la gran cama King Size jamás usada por mí, mientras me encamino al gran ventanal de la habitación y con vista total a la ciudad metropolitana de Erbil.

Me desabrocho el pantalón, mientras me deshago del cinturón con un movimiento y en el proceso y antes de echar un último vistazo al paisaje nocturno, corro sus cortinas cerrándolas entre sí.

Cierro mis ojos, bajando mi rostro al piso y apoyada una mano en esta.

Por solo dos segundos.

Para que, con una profunda exhalación de concentración, se llene mis pulmones.

Y los abro, cuando siento totalmente mi torso desnudo colmado de ellos y listo, con mi mirada ahora a un rincón específico, de toda esta gran habitación.

Dónde está, mi traje guerrero a la espera mía...

MIENTRAS TANTO EN LA SUITE PRESIDENCIAL. EL ÚLTIMO PISO DEL GRAN HOTEL, EL 34...

CALDEO

Me deshago de mis prendas, quedando solo con el pantalón y mi camisa de vestir blanca abierta de par en par, mientras me encamino al gran ventanal de mi suite.

Donde a través de sus cortinas corridas, me brinda la gran vista de

esta ciudad mientras me deshago de los gemelos de mis puños en oro en el proceso.

Mi silueta toda tatuada, se refleja sobre el vidrio de esta al acercarme con cada paso que doy.

Y cierro mis ojos levemente, apoyando ambas manos sobre la superficie fría del vidrio y con una profunda exhalación de aire, para copar mis pulmones de ella.

Concentrado.

Para luego, abrirlos.

En donde mi traje sobre un lado de esta suite, está a mi espera...

CONSTANTINE

El sonido, de la tela de mi traje guerrero.

De género fuerte.

Oscuro, como la noche.

Y resistente.

Se siente en el aire cortando este, cuando acomodo su casaca al ponérmelo, como su solapa protectora de mi cuello y elevándolo sobre mis lados con mis manos.

CALDEO

Ajusto la cincha de seguridad de mi cintura, ya con mi traje guerrero puesto.

Su calce, es perfecto en mí.

Como todo lo que el demanda y fue creado.

Garra.

Justicia.

Para luchar.

Y como el color de nuestro astro rey de los cielos y de mí, mismo pueblo.

Arena y oro.

Recorro mi mano a lo largo y contorno de esta para verificar su protección, como las pequeñas armas blancas que se sostienen de ella.

CONSTANTINE

Deslizo hacia arriba la tela que cubre parte de mi rostro,

mimetizándome a ella y que solo deja a la vista, mis ojos mientras oculto con la capucha la totalidad de mi cabeza.

CALDEO

Mis manos se elevan sobre los lados y contorno de mi rostro para tapar este, con el paño que cubre parte de mi rostro dejando solo expuesto mis ojos.

Y de un movimiento, con la capucha tapo toda mi cabeza para ocultar mi identidad.

CONSTANTINE

El sonido de mis dos sables cruzándose entre sí y sobre mi espalda a la espera por ser usadas, se siente por sus filos en la habitación, para luego verificar la manga que cubre casi la totalidad de mi brazo y que llevo siempre conmigo con aparatología y como arma de defensa que es y comprobando su certeza, cerrando y abriendo mi mano con ella puesta.

Perfecto.

CALDEO

El duro acero de mi espada, destella sobre la luz de la suite y frente mío, al acomodarlo sobre un lado de mi cintura en su funda.

CONSTANTINE

Camino en dirección al baño y sin dudar, recorro con la vista el gran tamaño de esta en detalle como su diseño, decoración y elegancia.

Sonríó hacia la ventana, junto a la enorme ducha.

Y abriendo una hoja de ella y de un movimiento, me trepo a esta, saliendo al exterior y comienzo a escalar sobre las cornisas y descender a través de sus diseños, tribales musulmanes y llena de su historia sobre *el lado derecho* del edificio.

CALDEO

La fresca, cálida y nocturna noche, me invade y flota sobre la gran suite, cuando apagando sus luces y deslizando sobre un lado, una hoja del gran ventanal abriéndolo.

Me interno entre las oscuridad al balcón, para luego comenzar a

descender sobre el arimez y diseño de este edificio y sobre *el lado izquierdo* de sus muros.

AMELY

Movimientos irregulares y de ajeteo, me despiertan de mi sueño.

Bostezo incorporándome y tratando, de no enredarme con el lindo vestido musulmán que me prestó *'ami*.

Y pestañeo fuerte.

Al darme cuenta, que me encuentro despertando sobre el asiento trasero de un coche.

Me refriego los ojos olvidando totalmente que los llevo maquillados, para luego focalizar en los dos únicos pasajeros aparte de mí y dentro, que van los asientos delanteros.

Un desconocido al volante vestido todo de negro con ropa algo rara y supongo, de procedencia musulmana con un *Kafhiyyé* a tono cubriendo rostro como cabeza y solo, dejando a la vista su mirada totalmente al frente por manejar.

Y frunzo mi ceño.

Al notar a Pablo de smoking al lado y con una máscara del diablo, ¿entre sus manos?

Y las mías suben a mi boca, recordando todo y provocando que este se gire a mí.

- ¡Maldito, hijo de perra! - Chillo, tocándome un lado del cuello. - ¡Me durmió, propósito! - Acuso, sobre la mirada de él.

Pero no les doy tiempo a nada ya que y aunque, soy mala deduciendo, no hace falta ser un genio para darme cuenta que está pasando acá.

- ¡Pablo, regresa al Hotel! - Exclamo, entre los dos asientos delanteros.

El diminuto párroco que por cierto, le queda muy bonito su traje de vestir, me niega triste.

- Lo lamento, Amely... - Se gira completamente a mí. - ...son órdenes, de Constantine... - Mira a su compañero al volante, pero los vuelve a mi dirección. - ...le prometí, que ibas a estar bien...

Y mi sangre, se coagula.

- ¿Bien? - Digo. - ¡Bien! - Vuelvo a chillar. - ¡Si quieres realmente verme bien, llévame al condenado Hotel, de regreso! - Grito y me importa una mierda que los coches de al lado, me miren como loquita

desequilibrada, junto a un encapuchado al volante y otro vestido de traje elegante, en la detención del semáforo y plena avenida atestada de gente.

Pero solo recibo, una negativa silenciosa de Pablo reacomodándose con su mirada otra vez al frente, cuando el auto reanuda su marcha lenta sabe Dios hacia dónde.

Y me derrumbo sobre mi asiento trasero golpeando este, con mi mano como puño en desacuerdo y con mis ojos lagrimeados.

Me lo limpio con la manga de mi vestido, antes que comiencen a deslizarse sobre mis mejillas.

Y por un momento.

Unos segundos.

Me dejo llevar con la vista citadina, que veo a través de mi ventanilla con cada metro que hace el coche.

- Me considero, mala en todo... - Digo y se me escapa una risita, negando triste. - ...no sé hacer, casi nada bien... - Prosigo, viendo que aparte de captar la atención de Pablo, logré la del conductor medio enmascarado.

Sus ojos denotan edad bajo su *Kafhiyyé*, mirándome a través del espejo retrovisor sin dejar de manejar pausado, por las calles de la ciudad.

- ...soy pésima, corriendo... - Digo recordando mi época estudiantil junto a Juno, en el campus de la U. - ...ni hablar, en los deportes... - Suspiro. - ...cocinando o hasta organizando mi vida... - Murmuro, bajo la mirada de reojo de ambos, en silencio escuchando atentos. - ...pero, cuando conocí al jodido Constantine en su visita a nuestro país, esa noche de internación de Caldeo... - Prosigo. - ...me di cuenta que aparte de mi vocación, para la cual me consideraba buena... - Sonríe triste, con mi mirada entre mis manos entrelazadas sobre mi regazo. - ...lo era también, para quererlo... - Los miro. - ...mucho... - Corrijo. - ...tanto, que aunque confirmaron su muerte cerebral, luego de su accidente en el casamiento de Caldeo y Jun. - Me encojo de hombros, porque como en ese momento no me importó, ahora menos. - Lo cuidé cada minuto, como hora y día que pasó ahí, porque lo amaba...

Limpio mi primer lágrima, con mis dedos.

- Y lo sigo haciendo, Pablo... - Murmuro, cuando se gira a mí. - ...quiero seguir cuidándolo, bajo la promesa que me hizo de estar juntos en esto, pese a todo y que no iba a sucederle nada... - Aspiro mis

lágrimas. - ...que no iba a morir, otra vez... - Junto mis manos sobre mi pecho y reprimiendo la tristeza, en solo pensar en eso.

Me niego a ello.

- ..por favor... - Les ruego.

A ambos.

Porque tanto Pablo como la del conductor, tengo su atención.

Y Pablo, refriega su nuca con su mano, indeciso.

- Ay carajo... - Gime lleno de dudas luego de escucharme, para luego mirar al intimidante conductor oscuro, que maneja al lado suyo.

Supongo, uno de los hombres del clan guerrero de Constantine.

- ¿Tu, qué dices? - Le consulta, mientras este no deja de conducir.

Y una risita, se le escapa al susodicho y yo, volteo hacia él de golpe.

Porque, es.

Una risita.

Femenina.

- Yo, creo... - Dice en mi perfecto idioma perfecto bajando su *Kafhiyyé* con dos de sus dedos y que cubre la totalidad de su rostro, para exponerlo frente a mí. - ...que deberíamos volver y que nuestro *Shayd* sepa, que su *farashat al'amira* (princesa mariposa) va a patear traseros Escarlatas con él... - Me sonrío a través del espejo retrovisor.

Y mi boca.

Cae.

- ¿'Ami? - Murmuro.

No me la creo.

Ni un poquito.

La dulce.

Longeva.

Casí que no podía caminar como hablar en mi idioma, propio de su edad que me demostró en estos días en su hotel.

¿Es la misma mujer que pese a sus años, está al volante manejando certera y hablando, con excelente fluidez?

La recorro con la mirada, porque no caigo de mi asombro.

¿Y vestida, tipo guerrera o algo así?

Pablo se vuelve a ella, entendiendo.

Calculo.

Por mi cara de sorpresa y la de 'ami sobre mí, sin dejar de sonreír.

- ¿Ay no me jodas, que le hiciste creer lo de la frágil y dulce ancianita desvalida? - Le dice.

- ¿Creer? - Digo.

Pablo ríe a carcajadas y la señala de arriba abajo.

- Pues, es su mayor camuflaje. - Dice, para luego aclarar su garganta a modo presentación. - Amely.. - Me llama. - ...déjame presentarte, a las maestras de los maestros... - Continúa. - ...lo que tiene en años, lo tiene en sabiduría como única guerrera *Qurash* de los descendientes Sayyid, del pueblo de Abraham...

- ¿Maestras de los maestros? - Repito.

Por favor sacúdanme, para que arranque mi cerebro.

Pablo asiente.

- La madre, de Cabul... - Resume.

Y es suficiente, para mí y darme cuenta, lo que esta mujer simboliza.

En años.

Como sabiduría.

Y guau.

Re guau.

En ser en su juventud, como años ahora en la actualidad, una guerrera *Qurash*.

Y la maestra, del mejor.

De Cabul.

El que con su herencia bélica, marcial como milenaria de su pueblo y llena de cultura campeadora, por la sangre como estirpe real de los Ur de Cadeos.

Inculcó y enseñó a mi muertito en vida.

A Constatine Kosamé.

- ¿Eres guerrera, siendo mujer? - Le pregunto, aún sin poder creer toda esta información.

Afirma deteniéndose en un semáforo en rojo y sin dejar de mirar, de sus espejos laterales como retrovisor.

Muy atenta, a todo lo que lo rodea.

- La primera y única, en realidad *'amira... (princesa)*. - Me responde, con voz perfecta y yo sonrío negando, por esa forma que me llama.

Se gira a ambos y nos eleva, una ceja anciana a los dos.

- ¿Entonces? - Nos dice a la espera y dado por terminado esta charla

de presentación, pero depositando su mirada sobre todo en mí.

Y que ahora entiendo, porque me era tan familiar su rostro.

Porque, está llena de erudición como de inteligencia y de guardar como haber visto, mucha historia de su pueblo a través de los años.

Igual a su hijo, Cabul.

Y sonrío para mí, para luego de mirar al singular párroco como mejor amigo del cretino y rarito chico que amo, depositarlos totalmente convencida en 'ami.

- A hotel de regreso, por favor... - Digo, sin titubear.

Y por primera vez.

Con mucha confianza, en mi misma para mi asombro y sin miedo, como temor.

A ser mala, en algo...

Y la respuesta a eso, viene con una chirriante frenada como giro del coche sobre la avenida en 180 grados, esquivando otros autos con maestría y provocando que con Pablo nos sujetemos de los asientos, por el freno de mano puesta por 'ami y acto seguido acelerar.

Mucho.

Para regresar al Hotel.

A gran velocidad esta vez y zigzageando entre coche y coche, con habilidad y destreza esas manos al volante.

Evadiendo estos entre carril y carril, para luego pasar por el medio de dos, en una intersección bajo bocinazos de todos a toda velocidad y sin respetar todos los semáforos con la detención en rojo.

Guaa.

EN ALGÚN LUGAR, DEL GRAN HOTEL...

Un amplio corredor, comunica y da acceso directo a los puntos de participación.

A un poco más de media docenas de cabinas, presurizada recubiertas sus lados como su frente por estas, blindadas como polarizadas por privacidad sus vidrios se encuentra algo demandada, por pasos masculinos yendo y viniendo.

Una docena de ellos.

Tal vez, más hombres.

Que con su andar algo ligero todos ellos, tanto cada paso que dan como vestimenta puestas y llevando una mano a su oreja derecha por

intercomunicadores y armas bajo sus trajes oscuros, denotan ser parte de la seguridad de todo esto.

Y ese sonido.

Es como la canción típica, que da comienzo a una nueva venta como entrega.

De pétalos rosas.

Una única mujer camina entre ellos, escoltada por uno de origen nórdico como etnia eslava o caucásica con el lado de su rostro y una mano con vendas.

Que como ella, viste ahora un sobretodo cubriéndolos a los dos y dejando, solo a la vista las piernas de ambos.

Lejos de ello ya, tanto el vestido de gala en tono mora de momentos antes que envolvía y dibujaba la silueta perfecta de ella, como el smoking como camisa clara y de alta costura de él.

Ambos, ahora.

De prendas oscuras, que atraviesan la única puerta al final de este, encendiendo él una vez dentro, un cigarrillo y que ella roba de sus labios para dar una calada, mientras camina en dirección al exclusivo y único vidrio *Gesell* de la habitación.

Acondicionada, para permitir la observación con personas, con su visión unilateral.

A un habitáculo de pocos metros cuadrados, ubicado en el centro y rodeado de este, de un poco más de media docenas más de minis estancias para los compradores y sobre la oscuridad de las mismas, para mantener la privacidad del cliente en cada uno de ellos.

Pero con atención *only exclusive*, a la marcha de cada puesta en escena y venta que se haga, como absoluta reserva de ellas.

Los equipos de audio como vídeos para la grabación de dicho evento para observar en detalle la conducta, tanto de cada producto de venta al exponerla, como puja de compra entre los clientes preservando el anonimato de todos, da comienzo con su música sonando a través de ella el acontecimiento y que todos, ya están ocupando sus respectivos lugares.

Pequeñas luces circulares posicionadas en un extremo y superior de cada cabina individual, de forma pausada y de a una por vez, comienzan a encender con sus luces.

Iluminado algo con su color naranja, el epicentro de venta de la mercadería donde se deja apreciar bajo su suave luz, ciertos artefactos

manuales como aparatología BDSM de una pequeña mesa mostrador y junto a una cama redonda en el centro de esta, cubierta por finas sábanas en seda negra y oro.

El hombre de procedencia rusa, notando la iluminación de los diferentes habitáculos ya en marcha y al lado de la muchacha, la mira mientras ojea la hora en su Rolex.

- Pronto cambiaré a rojo, dando comienzo a la venta mi reina... - Le murmura.

Ella asiente dando la última calada a su cigarrillo, para luego de lanzarlo sobre el piso y apagarlo con la suela de su alta y sexi bota en cuero negra que lleva ahora y que cubre hasta su rodilla.

- Venderemos todo, ruso... - Responde exhalando el humo de sus labios, con decisión. - ...y lo que sobre, la embarcaremos rumbo a América...

El ruso asiente convencido, pero su barbilla señala dichas luces a través del enorme vidrio que los separa de la habitación central, como cubículos independientes.

- Saben que viniste, mi reina... - Se gira a ella y una sonrisa de lado, le nace. - ...entiendes que te reclamaran, no? - Dice y recorre su cuello como hombro, bajo el abrigo de ella con su dedo.

Y ella sonríe, por ello.

Pero su sonrisa no llega a sus ojos claros, totalmente maquillados como todo su rostro.

Disimulando el asco como beneficios, que siempre le dio ese contacto.

Muchos frutos.

Ganancias.

Como provecho a su vida casi acabada, cuando el ruso la encontró.

Y que, sin embargo ese contacto.

Jamás.

La hizo erizar su piel.

Ni desearlo.

Como lo hizo el hombre de quien se enamoró años atrás y a primera vista.

Muerde su labio.

Y como el chico enmascarado, que sacó a bailar horas antes.

Se sonríe borrando esa idea loca que circula por su cabeza, desde que

la dejó en mitad de la pista de baile, sin previo aviso.

- No te preocupes que les daré el espectáculo, que los clientes quieren de la reina madre, ruso... - Promete sin más y bajo la mirada aprobatoria de él.

AMELY

- Ay, carajo... - Reniego, una vez estacionado el coche a un par de cuadras de distancia del Hotel y notar que al bajar, parte del vestido de *'ami*, quedó enganchado por su largo contra la puerta trasera al cerrarla.

Miro suplicante a mi longeva y mi segunda nueva mejor amiga, por arruinar algo su prenda y a Pablo, porque este jodido vestido nos va a retrasar.

Elevo su ruedo con mis manos, para ver mis pies.

Y mis hombros caen a 2.5 segundos de llorar.

Por notar mis súper tacones de muerte que llevo puestos y también, me van a joder la existencia en todo esto.

La cajuela abierta por ambos y entre risas del auto, me saca de mi pataleta y desgracia, al momento que *'ami* me lanza algo que saca de su interior.

- Te irán perfecto, *'amira...*(princesa). - Me dice en mi idioma perfecto y ver que son un par de pantalones de grueso como resistente tela en color negro, para luego una par de botas acordonadas y una camiseta algo extraña, pero abrigada del mismo color.

Llamando mi atención, tanto su diseño raro como su doble costura resistente, entre cuero y otro género fuerte.

La miro por sobre la misma oscuridad del callejón, que nos detuvimos y donde el silencio se acopla a nuestra respiración y algún que otro gato callejero maullando, desde algún tejado vecino.

- ¿Llevas un guardarropa, en la cajuela de tu coche siempre? - Le pregunto desde el interior del mismo, para poder cambiarme y por sobre la ventanilla baja, deshaciéndome del vestido como tacones.

Ríe con Pablo que a su lado y previamente sacando, su majestuoso arco como morral con flechas y colgándola cruzado sobre su pecho, me mira cerrando la cajuela tras él.

- No, Amely. - Dice el párroco, sin dejar de sonreír. - En realidad esa es mi ropa, para ocasiones como estas... - Murmura, comprobando la

tenses de su arco y aflojando tanto su pajarilla como primeros botones de su camisa por comodidad y colgando su arco sobre un hombro, como señal que ya está listo.

Y agradeciendo que seamos casi la misma talla, salgo del interior del coche con esa vestimenta puesta, mientras termino de atarme los cordones de las botas estilo combate.

'Ami se acerca a mí y de lo que sobra en telas que no le encontré sentido a los lados y como colgando de esta, para cruzarlas sobre mi frente donde de forma perfecta, se amolda a mi pecho con su grueso como duro género en cuero sobre un diseño de un blasón con cinco puntas, seguido de engancharlo con su unión en mi espalda.

- Es como un escudo protector, de tu traje... - Me dice. - ...cuida lo importante, de que no seas herida 'amira... - Toca con cariño y levemente mi pecho. - ...órganos principales y el corazón, ante un arma de ataque...

Y yo, abro mis ojos.

Que ya bajo toda esta oscuridad que nos rodea en este desolado callejón, mis pupilas comenzaron a adaptarse a esta y notar.

SANTA.MIERDA.

Que lo que tengo puesto.

Miro a 'ami de arriba abajo frente mío, para luego a mí de cuerpo completo.

Porque, llevo un traje guerrero, muy parecido al de ella.

Y estilo Qurash.

Pero la preocupación me llega, mirando a Pablo aún de traje de vestir.

Y niego.

- Yo, no puedo... - Lo señalo. - ...quedarás expuesto, por dármelo a mí... - Sacudo desconforme mi cabeza. - ...eres un *Qurash* y sabrán tu identidad... - Ríe apoyado sobre el coche y con un envión, camina hacia mí.

- Lo soy, pero más... - Me dice. - ...de un guerrero, de nuestro Señor... - Eleva su dedo al cielo estrellado. - ...y mi arma es su palabra, para predicar contra los injustos... - Me dice. - ...pasa que a veces hay que hacerle entrar en razón, de una forma un poco más práctica... - Junta sus manos y entrelazando sus dedos, hace sonar estos al acomodarlos de forma amenazante.

Dios.

Quiero reír.

Palmea, con cariño mi hombro.

- Todo tuyo mi traje, *'amira*. - Dice feliz.

Carajo.

Ahora él, también me llama así.

Sube la máscara del diablo que lleva en su mano, para cubrir su rostro.

- Créeme. - Prosigue. - Que un cura con la palabra de Dios y máscara del diablo, pidiendo justicia a los pecadores... - Eleva su arco. - Da más miedo, que un traje oscuro. - Me recorre con la mirada y pese a tener la careta cubriendo la totalidad de su rostro, lo siento sonreír divertido mientras saca algo del bolsillo de su saco. - Te queda mejor que a mí, y lo vas a necesitar a futuro... - Augura, elevando ambos brazos para apoyar lo que sea que sacó y con sus manos sobre mi cabeza, de forma suave deslizarlo para abajo y sobre mi rostro.

Una especie de cuello protector que elevándolo algo una vez puesto en mí, cubre parte de mi rostro y dejando solo mis ojos a la vista.

Para luego, la capucha que cuelga de mis hombros de mi extraña camiseta reforzada, la eleva mientras acomodo mi pelo para cubrir mi cabeza.

Retrocede unos pasos.

Para ser exactos, al lado de *'ami*.

Ambos me observan y se cruzan miradas, entre ellos.

Oh mi Dios.

Porque la información, me cae al cerebro.

Ya que, me convertí en una loquita medieval, como Constantine ahora.

- Cuando me ayudaste con mis cargas entre mis manos, hoy en mi hotel... - Interrumpe *'ami* mis pensamientos de pánico por entender, todo esto al verme así. - ...me dijiste, que no eras buena en nada... - Saca dos pequeñas dagas que ella misma carga, de la cincha de su cintura. - ...siendo tu Karma... - Las coloca a los lados de la mía y comprueba su seguridad con un movimiento presto, provocando que me mueva sobre mi lugar.

Se sonríe.

- ...un Karma, que se convierte... - Prosigue abriendo su mano frente a mí, para que vea lo que lleva en ella.

Mi *rammisha*.

El anillo de diseño extraño, que es un arma de defensa y Constantine

me lo dejó.

¿Lo sacó, de la habitación?

- ...en Dharma, *'amira...* - Prosigue, buscando mi mano para deslizarlo en mi dedo y aprieta este entre las tuyas, con cariño. - ...ley y conducta religiosa. Un dogma a seguir. La fe en algo con pasión... - Me sonrío. - ...la creencia, *farashat al'amira.* - Toca mi corazón. - De que en realidad, eres buena en muchas cosas... - Para luego, mi anillo. - ...por creer siempre, en tu amor. Un amor que es tu religión, por el *Shayd* Constantine... - Continúa, mientras Pablo en silencio le da la razón escuchando.

- *Lm yakun ladayk alttadriba, walikun 'iidha kan 'afdal silah lilddifae ean ma tuhibb...hubb...* '(No tienes entrenamiento, pero sí la mejor arma para defender lo que amas. El quinto elemento, el amor). - Finaliza.

Dios.

No sé en qué, va a terminar toda esta mierda, conmigo en el medio.

Y aprieto y llevo la mano que tiene el anillo, a mi pecho.

Pero algo, era seguro y me da la confianza, que necesito.

No sé si mi amor por Constantine, era un arma dentro de mi ignorancia a lo que íbamos a luchar esta noche.

Pero jodidamente, lo iba a defender contra capa y espada a mi muertito en vida.

Miro a 'ami y Pablo a mi espera y por ellos con su fe en mí, sin titubear y mi otra mano, rozan las dagas de mis lados corriendo a su encuentro.

Y aunque, diez mil rusos se me pongan en el camino, esta noche...

CONSTANTINE

Mi espalda choca a la par de Cabul al lado mío, luego de encontrarnos contra un concreto saliente de la azotea del hotel.

Entre las sombras elevo mis dedos ante él, como seña y orden.

Cual asiente, bajo su máscara como traje ahora puesto y con impulso sigiloso por los dos y sincronizados, saltamos a la pared siguiente en nuestra carrera para dar a un contratecho siguiente, de todo este descomunal edificio hotelero de cientos de metros cuadrado.

Donde la cubierta de este, posee una bóveda vidriada y donde y a nuestra espera, nos aguardan parte de mis hombres *Qurash.*

Nos deslizamos como ellos, con nuestros cuerpos a tierra para llegar a sus cristales y poder ver dentro.

Un recibidor incógnito.

No al público.

Un reservado.

Para entrada como salida y comunicación a un acceso Vip, con derecho de admisión.

Y mi respiración bajo mi máscara, empaña una pequeña porción del vidrio por hacerse fuerte y ante la impotencia, de ver un par hombres de grueso calibre como procedencia dudosa bajo sus trajes, caminando en el.

Seguridad, de la reina madre y el ruso.

Alqaraf...

Con otra seña y sobre un lado de la bóveda vidriada para no ser visto, ejecuto órdenes a mis hombres a seguir sobre sus lugares y a la espera de mi señal, de ingresar mientras con Cabul seguimos sorteando en el techo del hotel entre su oscuridad y guiándome ante mi recuerdo del plano de este, memorizado para conducirnos.

Para llegar a un ala alejada en un extremo y sobre rincón oscuro y agazapados, observamos movimientos de siluetas de dos hombres más, de vigilancia de los Escarlatas en este lado de la azotea.

Sonríó.

Porque, es señal de que vamos por buen camino.

Y donde, tras estos hombres.

Se encuentra el ingreso al interior, al showroom piso más abajo de la venta de los *pétalos rosas*.

Rodeamos cautelosos y con direcciones opuestas, la solana y donde apoyados ambos, hablan en ruso.

Y con un movimiento y saltando a espalda a ellos, sin perder tiempo tomando el cuello del primero con mis manos, lo giro en mi dirección siendo la muerte de este, instantánea desplomándose sobre mis pies mientras Cabul al segundo hombre y con su daga, atraviesa la base de su cuello con su filo.

Cayendo también, derrumbado sobre su compañero sin vida.

Cabul sin perder tiempo se encamina peldaños más abajo, pero mi mano sobre su hombro lo detiene en su carrera.

Me mira silencioso como curioso, por mi reacción sin entender.

Y yo, no respondo.

Tampoco, puedo hablar.

Me limito a elevar mi rostro al cielo estrellado, como nocturno que nos envuelve.

Pidiendo piedad.

Misericordia a Alá...

O tal vez, paciencia.

Jodidamente, mucha paciencia.

Mientras le señalo el pequeño monitor, que llevaba entre las manos uno de los muertos.

Cabul se inclina para tomarlo del piso, donde la imágenes de las cámaras internas del edificio, muestran sobre la pequeña pantalla un corredor y de alguna parte de este condenado hotel.

Unos segundos antes a '*ami* pasando por este, en compañía de Pablo con su traje guerrero.

Lo cual me hace sonreír, porque significa que volvieron y dejaron a mi mariposa, en el hospedaje.

Pero mi sonrisa cae y le da pie a mi ceño fruncido, al ver en más detalle las imágenes momentos después.

- ¿Desde cuándo, Pablo tiene tetas y un cuerpo tan curvilíneo? -
Susurro entredientes a Cabul.

Y mi respuesta viene al segundo y sin necesidad a la de mi maestro y por ello, paso de forma pesada mi mano sobre mi cara.

Porque, no me la creo.

Cuando vemos metro más atrás, al verdadero Pablo aún en smoking, máscara y con su arco entre sus manos siguiéndolas.

- Amely... - Gruño amenazante, ante mi descarriada mujer desobediente y un Pablo blandito a sus pedidos.

AMELY

Me detengo de golpe por helado escalofrío, provocando que Pablo golpee con mi abrupta detención, su pecho contra mi espalda.

Me mira interrogante por eso, escondiéndonos sobre un rincón desolado de todo este corredor.

- Lo siento... - Susurro, bajito a los dos. - ...pero podría jurar, que sentí a Constantine decir mi nombre de esa forma odiosa, cuando se enoja conmigo... - Me justifico.

Los siento sonreír, bajo sus máscaras y Pablo, quiere acotar algo.
Pero todo, sucede rápido después y como a gran velocidad.

Cuando un conducto de aire del techo, se abre de golpe y cae alguien bajo el.

Mientras tanto Pablo en el proceso, le apunta con su arco como *'ami* con su espada al hombre que descendió de este, mientras me toma por atrás y contra su pecho de forma amenazante.

Prisionera y con la punta filosa, de su daga de mano.

Sobre mi yugular.

Silencio.

Mucho.

Solo mi jadeo fuerte se siente entre los cuatro, por costarme respirar por su aprisionamiento contra él y su cuchillo a mi cuello, mientras me jala más a él y retrocediendo algo, para mantener una distancia prudente entre él y mis amigos, mientras forcejeo en su contra y bajo las posturas como miradas amenazante de *'ami* y Pablo, sin vacilar a pelear contra él.

Pero algo llama mi atención, sobre mi mirada de reojo a mi agresor con su rostro cubierto y que, logro divisar sobre su atuendo.

Que es muy parecido a la mía, como a la de mi amiga longeva.

Al igual, que la de Constantine.

Pero esta, no es oscura.

Sino, de un color arena.

Para luego el brazo que su tela elevada algo por la posición y tenerme prisionera, deja a mi vista esa desnudez entre ella y el guante que lleva, provocando que deje de resistirme a luchar contra él.

Quedándome sobre mi lugar, estática.

Y abriendo, mucho mis ojos.

Porque, los tatuajes que tapizan esa porción de su muñeca, me son familiares.

Y trago saliva sin poder creer, lo que voy decir en voz alta.

- ¿Caldeo? - Murmuro bajito.

Capítulo 13



El sonido de un acero teniendo una dura caída, ante el contacto contra el piso.

Se siente seguido de que pronuncié, el nombre de Caldeo.

¿Eh?

Por mi posición, no puedo ver a mi agresor.

Pero si sentir, como notar que ambos.

Y hasta, el mismo Pablo.

Tanto nuestras posturas como miradas, van a *'ami*.

Para ser específicos, a sus manos.

Que momentos antes y de forma amenazante, sostenían su sable hacia mi atacante y en mi defensa.

Y ahora.

Ambas libres de ella y aún, permaneciendo abiertas frente suyo, como si hubiera quedado la mujer congelada en el tiempo.

Por pequeños segundos y sin dejar de mirarnos a ambos, bajo su máscara protegiendo su identidad.

Fijo.

Y profundamente.

Seguido a dejarse caer de rodillas contra el piso y con ambas sobre su frente y al piso, como mirada baja contra el.

¿De forma, sumisa?

Niego.

Nop.

Va más allá de eso.

Ya que, su postura.

La observo más.

Aunque es de entrega y rendición, ante mi agresor.

Dice a gritos toda su actitud, ante esa posición.

Que es, una reverencia de respeto.

Devoción.

¿Y amor?

Para luego, ay Dios mío.

Ver como nuestra '*ami* querida, elevando los dedos de una mano que momento previos, firmes y certeros al volante del coche manejaron con precisión regresando al hotel como empuñaron su arma, que ahora yace en el suelo olvidada.

Temblorosa van al borde del paño que cubre su cara bajo su *Kafhiyyé* guerrero, para descubrir su rostro y revelar su identidad.

Seguido de mirar con cariño ya sin nada cubriendo este y llena amor, con lágrimas en sus ojos y recorriendo estas, ambas mejillas surcadas por el tiempo.

A la persona, que me tiene contra mi voluntad.

Y algo me sacude.

Y es el cierto temblor del pecho como cuerpo de la persona, que me tiene aún contra él.

Y con ello, el afloje de la punta filosa de la daga en mi garganta, como sus poderosos brazos reteniéndome.

Para luego, vacilante murmurar.

- *¿Lála...min 'ant?* (Lála, eres tú?)

Y yo pestañeo.

Sorprendida.

Muda.

Y testigo de esto, como Pablo sin moverse desde su lugar.

Cuando vemos como nuestra dulce '*ami* asiente y manteniendo aún su postura de reverencia, amor y sin dejar de llorar silenciosamente.

A Caldeo.

Sip.

Como leyeron.

El mismísimo hermano Kosamé de mi muertito en vida y marido de mi mejor amiga, de la infancia y el alma.

Que liberándome, de su agarre de forma lenta y con pasos pausados.

Y tan lleno de emoción como ella.

Camina en su dirección y se deja caer, también de rodillas y sobre sus talones.

Frente a ella.

- ...*aietarafat li 'annaha mjrd tfl, ya 'amir...*(me reconociste y siendo solo un niño, mi príncipe). - Susurra *'ami*, acunando con sus manos su rostro con amor y con su mirada empañadas por las lágrimas.

- *Qult la lihimayati walttahadduth lifatrat min alwaqt, laqad nasit kayf nnafeal dhlk...*(Me decías que no hable, para protegerme). - Responde él.
- ...*lakannani lm yans 'abadaan aldhdhakhirat wa'ann habbi al'amhat kawajh min baladi Lála...*(y por un tiempo, olvidé como hacerlo, pero nunca olvidé ese recuerdo de amor maternal, como rostro de mi Lála). - Y también él, ahora desliza hacia abajo su máscara para que lo vea. - ...por más años que pasen... - Finaliza sonriendo, tímidamente y acariciando con el dorso de su mano y bajo su guante con ternura, una mejilla de *'ami*.

Y ay mierda, otra vez.

Como que la emoción, no me deja traducir lo que corno se dijeron.

Pido disculpas, si lo esperaban.

Pídanselo a Cristo, el escritor de nuestra historia después.

Pero sí, capté en toda esa charla, el nombre de Lála.

El nombre de la mujer que según Juno me contó una vez, fue el de la nodriza que escapó de África y cuidó a Caldeo de niño en América, contra la furia de su padre y por orden de su madre la reina asesinada, tiempo después.

Y mis manos suben a mi boca, para ahogar mi gemido de tantas emociones encontradas, que estoy empezando a sentir y al ser partícipe de todo esto y notar que también Pablo lo es, liberándose de su máscara para enjugarse los ojos con el puño de su traje de vestir.

Toda yo, soy mezcla de sorpresa, impresión y enternecimiento.

Y de las dos que más me invaden, recordando dónde estamos y provocando que mire a todos lados y comprobar la habitación en que estamos metidos y que solo, somos nosotros cuatro.

Agitación y conmoción.

No solo, por si aparece gente del ruso.

Sino.

- Ay, re mierda... - Se escapa de mis labios, al darme cuenta de toda esta situación.

Por si aparece.

Carajo.

El mismo, Constantine.

Y los hermanos Kosamé, por ende.

Se vean sus jodidas y hermosas como exóticas caras, frente a frente.

Caldeo se voltea al sentir mi blasfemia y viene a mí dando un beso de respeto como cariño a ambas manos de su nodriza, tomándome de sorpresa con un abrazo profundo.

Para luego mirar a *'ami* y Pablo.

- Entiendo, todo... - Murmura, ante un dedo elevado por Pablo a modo de explicar tales circunstancias de vernos acá.

Pero calla, al ver que prosigue Caldeo y que vuelve su mirada a mí, para mirarme con cariño.

- ...gente de Cabul que vino a salvarte, de las garras del ladrón de mi hermano disfrazándote...

¿Qué?

Y miro para todos lados perpleja, por no entender.

¿Qué, quién dijo?

Huy.

Como, que está confundido.

Y quiero acotar algo yo ahora explicando esta rara realidad, pero afirma totalmente convencido y oscureciendo su mirada cristalina y tan hielo, al nombrar ese nuevo personaje que no tengo idea quién es y que parece que odia tanto como culpa de mi presencia acá.

Su mirada se torna de un gris plomizo, por la ira.

- ¿Fue él, verdad? - Me recorre con la mirada, de arriba abajo cerciorando mi bienestar. - ¿Te tocó Amely? - Gruñe, entredientes.

¿Por quién, lo dice?

Si es por su hermano.

Uf, si supiera como y de qué, forma...

Y me mira raro, ante mi blanqueo de ojos bajo mi atuendo y que quiero decir algo, pero vuelve a interrumpirme.

- ...cómo rayos llegaste acá, Amm?

Y la claridad llega de golpe, iluminando mi cerebro.

Carajo.

No.Puede.Ser.

Ahora, entiendo todo.

Porque, ese ladrón que odia y Constantine.

Son la misma persona.

Y Caldeo por su mirada interrogante, no lo sabe.

No intuye.

No percibe.

Que lo que tanto, amó.

Como sigue, amando.

Veneró.

Y venera, aún.

Hasta el punto, que el mismo destino maniobra sus piezas, dichos puzzles que son Constantine y Caldeo, por ese lazo de amor incondicional como hermanos.

Y miro a '*ami* que bajo su leve sonrisa, me lo afirma recogiendo del piso su sable y ocultando nuevamente su rostro.

Maldición.

Ella lo sabía y todo, comienza a encajar en mi mente.

Porque, entonces...

Y sonrío para mis adentros, negando y notando el atuendo guerrero de Caldeo.

Su sabio hijo y maestro de ellos, también.

Y por ende.

Tanto Lála como Cabul, son las herramientas que forjaron esta nueva unión como encuentro, de los hermanos Kosamé, bajo estas circunstancias justicieras.

Cierro mis ojos como puño, por un solo segundo para dilucidar y buscando las palabras correctas a su pregunta.

Pero otro abrazo de Caldeo, no me lo permite.

- Te voy a sacar, de acá... - Me promete.

Y yo agradezco su intromisión, porque jodidamente no tengo idea como explicar todo esto cuando se entere.

Que su hermano querido.

Es un bravucón marinero, de poca monta convertido ahora y un guerrero *Qurash* como él.

Y por ende, un cretino rastrero y mentiroso a la enésima potencia, que nos hizo llorar a todos con su supuesta muerte.

Está vivo, en realidad.

Y sonrío ante la posibilidad que Caldeo como hermano mayor por minutos, *Qurash* y rey que es, le dé la tunda y zurrada de su vida por hacernos sufrir así y en nombre de todos a su hermano menor por mentirnos así estos largo años, cuando se crucen.

He dicho.

- Debo llevarte, a un lugar seguro. - Dice tomando mi mano, con una señal

tanto a Pablo como Lála que lo sigan.

Pero las luces de la habitación, apagándose de improvisto por prolongados segundos o minuto y dejándonos, totalmente a oscuras nos hacen detener.

Para luego, su reactivación casi inmediata por generadores, pero acompañada de cierta alarma contra incendio del lujoso hotel que empieza a sonar y sentir, como el murmullo algo lejano de pasos humanos corriendo y acercándose cada vez más.

Señalando inquietud como nerviosismo, en esa carrera de quienes sean.

Y algo, llama mi atención en Caldeo.

Cuando sin soltarme y subiendo el paño para cubrir su rostro nuevamente y solo dejando a la vista esos ojos de color hielo cristal idénticos a su hermano, se sonríe complacido.

- Él...ya está aquí... - Murmura bajo su máscara, desenfundando su sable amenazante y ante tanto alboroto.

¿Él?

¿Acaso, lo dice por el supuesto ladrón de su hermano?

¿O sea, Constantine?

Ok.

Su mirada como postura, me hace cambiar de parecer.

Ya no quiero, que le dé la zurrada de su vida y mis ojos suplicante van a Pablo, para luego a *'ami*.

El primero se encoje de hombros preparando su arco mientras Lála con esa siempre calma que heredó su hijo, solo se limita en silencio y llena de confianza a que me mantenga serena y confíe, mientras Caldeo se vuelve al centro de la habitación sin abandonarme y llevarme con él.

Señala el techo, soltándome.

Para ser precisa la escotilla de ventilación, por donde apareció.

Y guardando su espada nuevamente, da un gran salto sube y abriendo más esta, para luego una vez arriba, extender su brazo hacia abajo como ayuda y que suba con él.

- No es bueno que nos encuentren, ahora... - Nos dice con una seña de su mano, a que la tome. - ...debemos seguir por los conductos de aire, a donde nos llevan los hombres del ruso corriendo ante la alarma... - Dice por sobre el asentimiento, de mis amigos. - ...donde está el magma de todo esto y ocultarte, en un lugar seguro...

Y yo lo miro desde abajo dudosa y desde su cierta altura, desde el piso.

Mierda.

- No era buena en gimnasia y menos en saltos, en el colegio Caldeo ¿Lo olvidas? - Digo, midiendo su distancia en altura.

Sus ojos sonrían, ante el recuerdo.

- Claro, que puedes... - Murmura confiado, para luego con su mirada seria en mí. - ...el peligro, apremia Amm...

Sus últimas palabras me sacuden y se confunden con el aumento de esa sirena que la hace más intensa y aterradora, con la cierta falla de las luces que alimentadas por el generador del hotel que comienzan a pestañear y amenazar, con la oscuridad perpetua en todo el gran edificio como la habitación que estamos.

Y recordarme.

Que Constantine, está solo en todo esto.

Luchando.

Y yo prometí, ayudarlo.

Retrocedo unos pasos.

Tengo, que protegerlo.

Elevo mis ojos a la altura del conducto de aire y notar que Caldeo, se hace a un lado al notar mi decisión.

Estar con él, en todo esto.

Tomo carrera.

Porque, nos juramos estar juntos.

Y sin ya dudar me lanzo confiada y para mi sorpresa, con precisión con un salto perfecto y sin ayuda de Caldeo sobre la escotilla, sumergiéndome en su interior seguido de mis amigos.

CONSTANTINE

Una esfera negra y del tamaño algo menor a una pelota de tenis lanzada por Cabul, rueda hasta los pies de otros dos hombres, ya una vez en el interior del hotel y sobre el piso a un hall de este, chocando y deteniendo su trayecto en los zapatos oscuros como lustrados de uno.

Que con sus miradas curiosas ante la rápida aparición del artefacto y sin dar tiempo a que reaccionen, por más armas que sacan del interior de sus sacos negros de vestir ante su avistamiento, se activa al momento del contacto detonando un humo blanco y colmando el reducido ambiente, la poca visibilidad con ello.

Y no le damos tiempo a nada.

Corrección.

No les doy tiempo a nada.

Desenfundando mis dos sables de mi espalda y pasando tranquilo por medio de los dos, conmocionados por nuestra aparición repentina.

El filo de mis dos aceros los atraviesa sin vacilar cayendo, mientras sigo haciendo mi camino y solo los pasos que doy de mis botas, son el único sonido que decidido doy por el corredor con Cabul detrás, mientras dejamos derrumbados sus cuerpos sin vida contra el piso.

Apoyados ambos sobre cada lado de la gran y doble puerta final en madera de este y con una seña a mi maestro y su asentimiento de barbilla en silencio, que está listo.

De un movimiento la abro de golpe con el pie, para recibimos otro vestíbulo pero de más tamaño.

Como mayor cantidad de hombres del ruso y la reina madre también.

Poco más de media docena de ellos que al notar nuestra presencia, vienen a nuestro encuentro.

El primero es víctima de uno de mis sables y ya sin vida, lo utilizo tomándolo por el cuello de su traje como escudo y protección, de los primeros impactos de balas, que un segundo libera contra mí.

Lanzo su cuerpo inerte y barrido de sangre por recibir todos los impactos por mí, al sentir su cargador ya vacío y de un movimiento en su apuro de buscar uno nuevo de su chaqueta; mi daga tomada del interior y a un lado de mi traje, hace justicia certero en su garganta cayendo junto a otro que redujo Cabul bajo su espada.

Mi espalda choca con la de mi maestro cubriéndonos estas y con nuestras miradas puestas, frente a los que quedan y nos rodean.

En el centro de la habitación.

Nuestros jadeos por la respiración algo entrecortada, propia de la adrenalina que nos embarga como la lucha se siente sobre nosotros y ellos, sin dejar de mirar a cada oponente que nos miden.

Un hilo de sudor desciende un lado de mi rostro y su salinidad la siento en mis labios bajo mi máscara, ante mi sonrisa confirmada mientras observo a cada uno, girando sobre nosotros mismos con Cabul y nuestro lugar, en el centro de su acorralamiento.

Porque, no son los bandidos sin escrúpulos de las fotos del ruso, vestidos con elegancia.

Mal vivientes cuatreros de sangre fría y sin conciencia, engendrados por la sed de sangre creada por la propia guerra civil de su pueblo y que venden su

alma, por un puñado de monedas.

Ellos deben estar a la espera en algún lugar al acecho y a la orden del ruso como reina madre, sobre sus camiones de movilidad de la mercancía de los *pétalos rosas*, para su traslado a algún puerto o pista de vuelo clandestina una vez finalizada la venta.

Estos, son solo seguridad.

De mala monta, también.

Pero solo, simples hombres de bajo perfil de la hermandad.

- *¿Mustaed, Shayj?* (¿Listo, mi señor?). - Me murmura Cabul.

En realidad no es un pregunta.

Es una advertencia.

De lo que se viene y va a dar comienzo a esto que empieza.

La confrontación *Qurash*, de los soldados Ur de Caldeos.

Reacción. Confrontación. Y anticipación.

Fases, que experimenta un guerrero.

Las tres particularmente, cuando se está ligado a algo y que muy pocos *Qurash*, pese a negarse a ello con nuestro adiestramiento desde temprana edad, como entrenamiento físico mental nos negamos.

Y es, cuando amamos y encontramos a la persona correcta.

A nuestra mujer.

La utilización de las fases, para sobrevivir en cada combate.

Para volver a ella.

Siempre.

Una razón, para no morir.

Sonrío y gruño bajo mi máscara, porque jodidamente la mía descarriada, no me espera en el hogar.

Sino.

Que tengo que salvarla y constantemente, por desobediente.

Y mi pecho, se llena de un tibio calor por eso, ya que es por el hecho de querer estar siempre conmigo a la par en todo esto, bajo nuestro juramento.

Mis puños aprietan más mis sables con seguridad, por recordar el mío.

Vivir, por ella.

Me pongo en posición y cierro mis ojos por un segundo, concentrándome.

Tengo, que cumplirlo.

Yo, debo...intentarlo.

- *Dayimaan.* (Siempre). - Digo abriéndolos decidido.

Y todo comienza.

Rápido, por parte de mí.

Y presto, por el de mi maestro.

Que al inclinarme y atacar los pies del que tengo en frente se gira sobre el mismo a gran velocidad y hacia mí, para que la punta de su arma se clave sin piedad en el segundo, mientras cae mi víctima seguido del suyo.

Un cuarto huye, intentando por su intercomunicador dar alerta, mientras Cabul se encarga del tercero.

Pero el sonido del chasquido cortando el aire de mi látigo para luego recaer y envolver un pie de éste, provocando que caiga bruceas contra el piso de forma dura y que el aparato colisionando contra él, lo detiene.

Lo jalo a mí, mientras acorto con mis pasos y nuestra distancia.

La suela de mi bota destruye el dispositivo bajo su grito de dolor, porque sigue en su mano que lo sostiene.

- ¿El showroom de la venta de los *pétalos rosas*, dónde está? - Pregunto, mientras enrosco mi látigo nuevamente. - ¿La habitación? - Prosigo. - ¿Dónde?

Su risa, se mezcla con la espuma que larga su saliva.

Me mira, desde abajo.

- *¡Poshel na khuy!* (¡Púdrete!). - Me maldice en ruso, escupiéndome.

Elevo una ceja y sonrío, bajo el sonido de algunos de los huesos de sus dedos quebrándose, por el aumento de la presión de mi bota sobre su mano aprisionada.

- *¡'Iilaa 'ayn!* (¡Dónde!). - Repito, bajo su lamento de dolor.

- *Die dlya brat'yev Escarlatas...*(Morir por los Escarlatas). - Gime en su idioma, jurando los principios de su orden. - *...moya vernost'...* (idolatraremos).

La punta de mi sable sobre la base de su cuello, lo interrumpe de su juramento de mierda contra su cofradía.

- *'Araa almawt 'illa walddamar walddam walnnisa' wal'atfal al'abria' naqiata, multtakhatan fi ydyk ...*(Solo veo muertes, destrucción de sangre inocente como pura, de mujeres como niños en tus manos). - Murmuro deslizando amenazante mi sable hacía abajo, para detener su recorrido a su entrepierna, donde su filo bajo su grito de pavor, aprieta su polla. - *...waljasad ...* - Prosigo mirando sus ojos, lejos de arrepentimiento por abusos sexuales como asesinatos. - *...'ana last alkuhnat lisamae khatayak, wala 'illah alssama' liaghfir ...*(no soy el sumo pontífice para escuchar tus pecados ni Dios para perdonártelos). - Sentencio, bajo mi sable clavándose en la unión de sus piernas, por justicia ante tanta sangre de mujeres inocentes.

Y lo saco este de forma brusca, donde lo enterré.

- Debemos proseguir... - Señalo a Cabul la siguiente puerta, mientras limpio la sangre que corre por el filo de mi acero con su misma ropa, seguido a guardarla en mi espalda mientras nos hacemos camino.

Abrimos otra puerta, reduciendo a cada hombre que se interpone en nuestro camino allí, pero a medida que nos acercamos al objetivo, nos hacemos invisibles escondidos y evadiendo otros para no alertar más de lo debido.

Detrás de la oscuridad de una mampostería, nos señala que un ascensor de gran porte como ambas puertas de su metal esmerilado y finamente pulido en diseño como construcción, con hombres de pie y en su frente cerrado, resguardan algo importante por su seguridad en el fino salón alfombrado de rojo que nos encontramos.

Mi mirada va sobre un lado a un gran ventanal que se compone lo que es una pared y nos regala, la vista desde el piso que nos encontramos de este prestigioso hotel, construido sobre un lado y riscos a orillas del gran río Zab con sus cuencas subterráneas y que domina esta ciudad semita.

Todo, hace del conjunto.

Vista espectacular a lo marino.

Piso elegante.

Como la seguridad de ese distinguido ascensor, que tanto velan su *only exclusive*.

Porque, tras sus puertas.

Te llevan directo al showroom de ventas, de *los pétalos*.

Mis manos se abren ante un arma de hoja como diseño filoso en forma de estrella por sus puntas entre mis dedos que sostengo y que saco de un lado de mi traje y cual lanzo ante la señal de Cabul, con sus dagas surcando el aire.

Atinando los míos al pecho de uno y las cuchillas a otro, mientras los dos restantes desenfundando sus armas vienen a nosotros y evadimos su balacera.

Mis sables rugen al rozarse entre sí, cuando los saco de mi espalda y esquivo sus punterías, arrojándome contra el piso y ruedo, hasta un mobiliario que decora un lado de la estancia para protegerme, mientras Cabul lucha contra el otro.

Me apoyo a espalda y detrás de este ante la descarga de su arma y con una fuerte bocanada de aire para llena de aire mis pulmones y cerrando mis ojos concentrado para poder sentir, sus movimientos como pasos hacia mi dirección y pronosticar, su futuro ataque.

Sin vacilar, me vuelvo lanzando uno de mis sables contra él.

Dando en el blanco este y despojándolo de su arma, que cae sobre la alfombra y metros de él girando entre sí.

Me sonrío sobre el rasguño que dibuja el hilo de sangre de su mano por mi espada y lame esta, limpiando su herida mientras saca de su baja espalda una cuchilla que abre su hoja y donde el filo de esta, destella con su brillo sobre la luz que ilumina la habitación.

Es tan alto como yo, pero de contextura física más grande.

Mido su fuerza como velocidad de movimiento, permitiendo que me ataque primero pero esquivando su embestida empuñando su arma contra mí, mientras giro sobre él para luego intentar atacarlo.

Pero es diestro y retiene el choque de mi sable con su cuchilla cruzada frente a él y me empuja con un pie, contra las puertas del ascensor amortiguando mi espalda.

El sonido de la punta de su cuchilla rechina sobre el acero del ascensor al eludir de un movimiento girando mi rostro rápido y donde certera, su arma impacta segundo después.

Un grito gutural sale de su garganta y se acopla a otro ataque de él por su falla, viniendo otra vez a mí.

- La reina madre dio órdenes, de quererte vivo y para ella... - Vocifera con otro intento de apuñalarme, pero lo retengo con mi sable y por sobre nosotros.

El choque de ambas armas, retumba en toda la habitación bajo nuestro forcejeo.

- Pero te presentaré, muerto ante ella... - Finaliza jadeando por la lucha, sobre un golpe de su puño certero a mi mandíbula, provocando que nos distanciamos y yo retroceda.

Estrecho mis ojos bajo mi máscara tocando la zona lastimada, con dorso de mi mano y el sabor metálico y tibio de la sangre de mi herida, invade mis labios al tragarlo.

Una risa, sale de mí.

Pero no hablo.

Preservar mi identidad ante todo, mientras elevo mi vista amenazante como una mano haciendo seña con mis dedos a él, que venga a mí y riendo aún.

Y no, se hace esperar.

Pero esto, se ya se está demorando y bajo nuestros cuerpos colisionando en la lucha, golpes de puños y nuestras armas chocando con cada impacto de ataque que damos.

El sonido de un impacto de bala derrumba mi agresor, que sin vida cae

deslizándose sobre mí, muerto ante la certera puntería de una bala en su sien.

Miro a Cabul que desde su lugar y ya habiendo reducido el suyo y con el arma de éste en su mano aún, apunta al mío caído sobre el suelo.

Camino en dirección a mi sable metros de mi lanzado antes, mientras me inclino y lo guardo como al otro.

- Ya era hora viejo, que vinieras en mi ayuda... - Digo, volviéndome a él sonriendo y hacia el ascensor, mientras con la punta de una daga clavada en su ranura, obligo a que ambas hojas de sus puertas se abran.

Su risita se siente sobre la mía ante mi reproche, cuando abre la única puerta de servicio en un extremo y se pierde en su interior y escaleras abajo para por el centro y manejo de luz de un sector de hotel.

Para luego, minuto después.

Quedar, en oscuridad total, solo por sobre esos segundos y contados que tenemos.

Tal vez minuto y medio hasta que el generador del hotel abastezca la energía suficiente, para este enorme condominio y sonrío sobre ella, cuando con el mango empuñando aún mi mano la daga, la apoyo contra el vidrio de protección a cierta distancia del ascensor, del botón de alarma contra incendio a la espera de mi viejo compañero.

Que una vez apareciendo entre las sombras, nos miramos a través de ella.

- ¿Listo, amigo? - Le digo en nuestro hábitat, como trajés que llevamos puestos.

La oscuridad.

Para nuestro encuentro, donde el último hombre del ruso me dijo.

Que la reina madre, espera por mí.

¿Acaso, me conoce?

¿Sabe, mi identidad?

La imagen bailando con esa hermosa mujer en el salón en la fiesta momentos antes, viene a mi junto al viejo recuerdo de ella, preguntándome si son la misma persona.

Alqaraf...

Mucha coincidencia.

¿Pero cómo llegó a todo esto y convertirse en quien es, sería la pregunta?

Solo la pequeña y casi imperceptible luz verde siendo activada por él de su muñequera igual a la mía que lleva puesta y compone parte de su brazo, ilumina tenue como señal a nuestros hombres *Qurash* que aguardan desde los

techos, que todo comienza me saca de mis pensamientos.

- *Dayimaan ya sayidi...*(Siempre, mi señor). - Responde y sonrío sobre su confianza aguerrida, mientras con una afirmación mía y ante el impacto del cristal roto por mí de la alarma contra incendio, empieza a sonar e invadir el lugar.

Y ambos, bajo una fuerte respiración para copar nuestros pulmones de aire. Nos lanzamos, en la profundidad de este.

Y colgados cada uno de la soga de acero trenzado que lo sostiene una vez en el interior, nos montamos para deslizarnos a uno de los únicos piso como puerta *only exclusive*.

Que conduce, más abajo.

Al showroom de venta de los *pétalos rosas*.

Para dar fin a toda esta mierda, en nombre de mi pueblo y mis ancestros.

Como a su rey.

Mi hermano querido.

Suspiro.

Y si es necesario.

Dar mi vida.

Para salvar, a la mujer que amo...

Capítulo 14

EN ALGÚN LUGAR DEL GRAN HOTEL Y SHOWROOM, DE LOS PÉTALOS ROSAS...

Una habitación.

Limpia.

Pulcra.

Y solo compuesta por poltronas en tapiz blanco, cubriendo el largo de la misma y contra dos de sus paredes desnudas de decoración y como todo mobiliario.

Es abierta una de sus puertas, por un hombre manteniendo esta con una de sus manos mientras la otra, ayuda a jalar con sus compañeros el ingreso de un poco más de media docena de mujeres.

Que, pese a sus contexturas.

Rasgos.

Color de pelo y etnias, denotando países como culturas diferentes.

Todas.

Con su cierta similitud entre sus edades, coinciden en algo.

En el pleno, apogeo de su juventud.

Que a rostro lavado y solo llevando, prendas cortas.

Sencillos vestidos, pero sugerentes y solo tapando ciertas zonas de sus bonitos cuerpos, dejando poco a la imaginación.

Son obligadas a tomar asiento una al lado de la otra, bajo sus quejas adormiladas y movimientos pesados de sus cuerpos, por el estado de la fuerte droga ingerida ya, recorriendo por sus venas cual empieza a hacer efecto, bajo los gritos de los hombres y mirada profunda del ruso, observando en el centro de dicha estancia inmóvil.

Sus pasos ahora haciéndose camino sobre el largo de la habitación y donde cada una tomó asiento, se siente de sus pulcros zapatos de vestir negros.

- La cuestión, es fácil... - Les dice mirando y tomándose su tiempo con cada una, al pasar por su lado mientras camina de forma pausada y lenta.

Sea, levantado a algunas su barbilla por su mirada baja y perdida como quebrantada, por el narcótico consumido u observando en detalle la dentadura de otras, como la firmeza de sus pechos donde muchas gimen de pánico ante ese contacto y se abrazan más a ellas mismas.

- ...muchas querían escapar de las miserias de sus países, para convertirse en modelos o gente importante en Estados Unidos o Europa... - Las mira. - ...otras, fueron encontradas por nosotros... - Acaricia a una la lágrima silenciosa, que recorre por una de sus mejillas, para luego adueñarse de su mentón con fuerza y obligándola a que lo mire, bajo su quejido de dolor. - ...pero, eso vale dinero... - La suelta con brusquedad. - ...pasaporte y visado, para algunas... - Prosigue. - ...más comida y alojamiento...y eso, es caro... - Continúa. - ...a estas alturas cada una me debe, docenas de miles de dólares a la reina madre y a mí.... - Se sonríe. - ...además de los intereses...

Se detiene de su andar y en el centro de todas ellas.

- ...quiero decir, que mientras terminen de pagar lo que me adeudan algunas, que será en unos años... - Se sonríe más. - ...me pertenecen... - Acaricia su mejilla vendada con su mirada en un par, que se agazapan ante ella por temor. - ...unas lo harán esta noche, con la venta de sus almas al mejor postor y otras, serán enviadas para trabajar en mis burdeles de América, Filipinas o Rusia... - Se inclina sobre sus rodillas frente a una, para nivelar su altura y recorrer con su mirada su cuerpo.

Para luego entrelazar sus manos, apoyadas en una de ellas.

Pensativo.

Deliberando.

- Deben saber... - Al fin dice. - ...que si intentan, huir hoy... - Su mirada se estrecha, amenazante a todas. - ...alguien, lo pagará caro... - Formula tranquilo. - ...tenemos mucha información de donde vivían. Como hermanos... - Se detiene en un par. - ...hijos... - Murmura. - ...así que, si sienten ese impulso que perjudica este acuerdo de venta de la reina y mía... - Acomoda un mechón de pelo suelto de una, detrás de su oreja con calma. - ...es inevitable que ese familiar, pequeño hijo que tienen o ser querido... - Aprisiona con brusquedad de golpe, el cuello de la muchacha con sus gruesos dedos obligando a que su mirada llena de lágrimas, se nivelen a los de él, bajo las exclamaciones de pavor de todas, por ser testigo de eso. - ...lo pague, en su nombre...

Reojea a todas.

- ...quedó claro? - Decreta al fin amenazante y bajo la afirmación de entendiendo de la chica, rompiendo en sollozo como de las demás.

Se pone de pie limpiando su mano húmeda y vendada por ese llanto, con su fino pañuelo en seda complacido.

Mira a sus hombres.

- *Obuv' proch'* (Que se saquen los zapatos). - Les ordena en su idioma y

guardando este, en uno de los bolsillos.

Y estos, no se hacen esperar.

Bajo gritos y órdenes, la obligan a ello.

- *Eto ochen' narkoticheskoye op'yaneniye* ...(Esta, está muy drogada).

- Dice uno intentando en vano, que una cumpla.

Porque su pequeño cuerpo tambaleante a duras penas y con sus dedos temblorosos por los efectos e inducidas por los fármacos, pueden lograr ello.

- ¡Oblígala! - Vocifera el ruso.

Y la bofetada directa al rostro de la muchacha, se siente en la habitación y un llanto al unísono de todas, se acopla al de ella por el golpe, que yace sobre el suelo tomando su rostro adolorido.

- ¡Idiota! - La voz de la reina madre, aparece con su persona por la misma puerta.

Mira a la chica tirada contra el piso, desabotonando los primeros botones de su gabardina oscura.

Ya no lleva esa máscara completa, ocultando la totalidad de su rostro, solo un sexi antifaz cubriendo sus ojos en tono negro y encaje a composé con su nueva vestimenta ahora, pero que oculta bajo ese largo abrigo.

Pero, donde el desdén de su mirada verde bajo ellos, acusa furia.

Como ese alto recogido de momentos antes, cuando la fiesta se daba comienzo y con solo ahora, su dorado cabello recogido por una cola de caballo.

Mira a cada una y señala varias.

- Quiero a estas, de vuelta en el camión rumbo al puerto y a la espera de la venta de la Hermandad, de esta noche... - Su mirada vuelve a la muchacha que aún sigue sobre piso, llorando y con sus manos ocultando su rostro maltrecho.

- ...a esta, también. - Dice despectiva. - ...los clientes protestan, de los moretones y golpes si lleva la mercancía... - Declara, haciendo a un lado su rubio pelo. - ...cárguenlas a los containers, porque van directo a América. - Mira a las restantes, bajo la mirada aprobatoria del ruso por sus palabras.

Las seleccionadas.

- Estas son las más bonitas y ya están educadas, para este tipo de cosas... - Murmura, encaminándose a la puerta. - ...que no se les vaya las manos con sus caras, otra vez... - Ordena a sus hombres y estos, asienten en silencio.

Pero detiene su andar ante la queja de la golpeada, obligada a ponerse de pie con las otras descartadas, para que vuelvan al camión.

Por la defensa de otra muchacha, interponiéndose.

La reina madre se gira sobre sus pasos, para observarla con más detención.

Aunque está bajo los efectos de la droga consumida y sus ojos café están dilatados por el estupefaciente, como cuerpo algo vacilante y luchando con mantener la compostura abrazando protectoramente a su camarada, un poco más joven que ella.

No se deja amedrentar, bajo la amenaza de todos.

- No se atreven...a tocarla... - Balbucea, tomándola más entre sus brazos y desde el suelo a la niña.

Y eso, hace arquear la fina como arreglada ceja, de la reina madre.

Quiere preguntarle el nombre a la valiente muchacha, porque la recuerda en sus comienzos.

Hace ya, poco más de tres años atrás.

A ella misma.

Pero, niega bajo una mueca, porque no tiene sentido.

Ya que, no tienes tal una vez capturada y habiendo vendido tu alma al diablo de forma inocente, por sed de fama y fuga de tu país por la miseria y el hambre o que, te hayan secuestrado.

La misma mierda.

Ya no tienen pasado.

No existe, el pasado en esto.

Solo, tu presente.

Y el futuro.

En uno de los antros de mala muerte en algún punto, de los cinco continentes o lo que te depara, detrás de una de las puertas de esta estancia donde aguarda un cliente.

Tu nuevo dueño.

O tu amo.

Se acerca a ella, volviendo sobre sus pasos.

- Eres audaz... - Le dice mirándola de arriba y de cuerpo completo, aunque su pelo lacio, negro y hasta los hombros, solo permite ver algo de su mirada castaña por cubrir ellos bajo su postura, para luego al ruso.

La señala.

- ...será, la primera... - Dictamina regresando a la puerta, pero se detiene a mitad de abrirla y para finalizar, sobre su mirada en uno de sus hombros. - ...jugarás conmigo en la venta pétalo, cariño... - Le dice, sobre una media sonrisa en su labios y pintado de un rojo escarlata.

Pero esta desaparece de su boca, ante el apagón de golpe de las luces de la

habitación.

Segundos de oscuridad que provocan el aumento de lamentos, como miedo de las muchachas, bajo los gritos de silencio de los hombres ordenando que callen en ruso.

Pero el titilar inmediato de esta, volviendo y pestañeando en su lucha por componerse, vuelve casi de inmediato, por los generadores propio del Hotel.

- Averigua que carajo, fue eso... - Ordena entredientes la reina madre viendo como todos, el parpadeo de las lámparas acompañado ahora, de la alarma contra incendio del lugar siendo activada. - ...su detonación debe ser por la falla eléctrica, busca al dueño del puto hotel...no queremos a la policía, en todo esto... - Maldice.

El ruso asiente y haciendo seña a dos de sus hombres, que lo sigan perdiéndose en una puerta.

CONSTANTINE

El filo de una hoja de acero desciende sobre la ranura de la unión de las dos puertas del ascensor por mí, de forma silenciosa y obligando a estas que se separen desde su interior, llegando pisos más arriba.

Siendo ayudada por mis manos, como las de Cabul sobre sus lados y bordes de estas mientras forzamos a que ambas, se abran empujando a su extremos.

Con el suficiente espacio para salir ambos de su interior y rodar sigilosos de cada lado sobre el piso, también alfombrado de rojo y resguardándonos detrás de rincones, para no ser captadas nuestras presencias.

El hall que nos recibe es elegante, amplio y semi oscuro.

Solo iluminado tenuemente, por pequeñas luces dicroicas ubicadas estratégicamente en sectores del techo de la misma y donde, deja ver a nuestras vistas en la profundidad un gran pasillo en su final cual nos llega el leve murmullo de voces masculinas.

Más hombres del ruso y la reina madre.

Que se aprecia sus sombras en la lejanía, reflejándose y jugando lo que parece a los naipes, por sus movimientos en las paredes.

La conversación de ellos denota intranquilidad aún, bajo la desactivación de la alarma de incendio accionada por Cabul, siendo aviso de un falso llamado.

Y agudizo mi oído percatando que tampoco hay sonido alguno de sirenas de patrullas, como alboroto de rezagados de invitados que aún deben rondar, en

la ya finalizada fiesta.

El ruso y su gente, actuó rápido.

Y bajos unos minutos de espera con mi maestro a que bajen su guardia, mis ojos van al gran ventanal de cristal que compone toda una pared de este sitio y regala a placer la ostentosa de este gran hotel prestigioso y con la vista espectacular desde la altura por el piso que nos encontramos, otra vez de más construcción de este lado y también a orillas del gran río Zab ,conformada por sus cuencas subterráneas y altos acantilados.

La carcajada de uno como respuesta de otro, es mi señal para que elevando un dedo y luego cerrar mi puño a Cabul, comunicarle que un minuto entramos.

Asiente entendiendo y me confirma con otra en la oscuridad, que nuestros hombres.

Mis guerreros *Qurash*.

Y equipo de respuesta, ya están en posición avanzada y preparados en sus lugares para ingresar, desde sus puntos ubicados de partida.

Y es suficiente para mí, como para él.

Para hacernos camino, en dirección al gran pasillo.

Dónde.

Esa luz casi intangible que momentos antes, era de un tono naranja tenue.

Se convirtió, en rojo.

Y con cada paso que damos notamos, que no son una.

Sino.

Seis.

Cada una sobre un lado de cada puerta, que compone dicho pasillo de un solo lado de pared.

Cual me confirma y estrecho mis ojos, bajo mi máscara.

Que son las *habitaciones vip* y por ende, la iluminación cambiante de estas a tono escarlata, es porque se dio comienzo a la venta del primer, *pétalo rosa*.

Y cuatro hombres sentados y rodeando una mesa mediana, nos recibe al vernos llegar y como los anteriores que enfrentamos.

De pulcro traje negro, todos.

Cartas de naipes de sus manos vuelan al notar nuestra presencia, pero sin darle tiempo al primero a que saque su arma bajo su saco de vestir guardada, tomando su nuca golpeo fuerte su frente contra la mesa quedando inconsciente, mientras con un rápido movimiento de mi pie, empujo a otro que viene a mí, dándome los segundos necesarios que necesito como tiempo, para girarme y clavar mi daga, con fuerza en el pecho de un tercero y derrumbarse contra mis

botas.

La mesa vuela por otro atacante, provocando que tanto los naipes como vasos con su líquido ámbar, caigan sobre la alfombra y el quiebre de los cristales, se sientan por sobre las fuertes pisadas de los zapatos de este, viniendo a mi encuentro.

Mi vista va a Cabul que se enfrenta a dos más, apareciendo de la puerta doble en madera que da fin a este pasillo y comunica, por el bullicio que armamos interponiendo su paso para que acceda y desatándose entre los tres, una lucha encarnizada.

El sonido del silenciador por un arma surca el aire y esquivo, tomando su mano apuntándome y con un golpe de mi puño y girando contra su cuerpo, mi espalda choca con su pecho y direccionando su brazo con el arma, apunto a su compañero obligándolo a que le dispare a su camarada, frente a nosotros.

Para luego, con un golpe directo a su cara, inhabilitarlo y empuñando mi puñal a su ingle para caer inerte y deslizándose por mi espalda.

Y sin pensarlo dos veces, desenfundo uno de mis sables y lo lanzo directo a un rival de mi maestro que a espaldas de él luchando contra otro, lo detiene de su ataque incrustándolo contra la pared cercana.

Mi jadeo por la lucha se siente, sobre el lamento desgarrador de mi víctima haciendo justicia, clavada y atravesando su vientre contra el concreto.

De sus manos recorren hilos de sangre intentando en vano sacarla de sí, mientras Cabul con un último golpe, reduce a su agresor desfalleciendo de rodillas contra el piso frente a él y tomando su garganta al ser cortada su yugular.

Solo, intercambiamos miradas, para entendernos.

Cabul, dirigiéndose a las dobles puertas en madera al final de este pasillo, por mi orden en encontrar a la mariposa, 'ami y Pablo.

Y yo, sacando de un movimiento mi sable del cuerpo del hombre, que ante ello se desliza por la pared mientras dibuja su rojo camino, hasta el suelo por su voluminosa figura sin vida al caer y por estar apoyada contra esta.

Me giro tomando de un caído, su arma con silenciador y la guardo en mi baja espalda, mientras me encamino frente a una de las seis puertas, iluminadas de rojo.

Los atriles vip, donde cada postor y cliente en su interior.

Un cofrade, de esta basura de Hermandad.

Que están pujando, con su compra ahora.

Abro con suavidad la central y la levedad de la música que apenas es

audible para nuestros oídos, por la hermeticidad de dichos compartimientos, empieza a colmarme con su melodía sugerente.

Lenta.

Con su ritmo suave.

Y embriagador.

Para la ocasión.

Mis ojos recorren la misma, en el interior y la oscuridad, también gana en ella iluminada tenuemente y solo focalizada, en un sector de la pequeña estancia.

Donde un gran sillón como único mobiliario, con fisonomía Burguesa en su diseño y tapiz a espaldas de mí, me recibe.

Y donde, de este.

Un brazo apoyado y extendido, con un ademán imperioso ante mi llegada, me ordena con un movimiento, que llene la fina copa de cristal que sostiene entre sus dedos ya vacía.

Me sonrío bajo mi máscara negando, pero cumplo su mandato.

Por ahora...

Dejo que crea que soy un hombre del ruso y tomando bajo su segundo y silencioso ademán de impaciencia por mi demora, la botella de champagne de la pequeña mesa junto a él, vierto su contenido para llenar la copa nuevamente.

También silencioso.

Y utilizo de todo mi control para mantenerme calmo, cuando noto como reacomoda parte de su cuerpo donde solo veo el smoking que lleva puesto, mientras cruza más una de su piernas sobre la otra bebiendo un largo trago de su copa, por escupir un gemido de placer con su vista como postura siempre hace adelante.

Frente a la gran ventana *Gesell*, que con su panorama y donde nos regala a la vista y a placer.

La habitación central que como ésta, los restantes cinco atriles con demás compradores, observan en detalle también.

A una muchacha, en el.

Y tengo, que reprimir las náuseas por la ira que se agolpa en mi ser, al notar como la simple mujer de no más de 20 años y a duras penas.

En el centro de esta, de pie y en exposición.

Y junto al armado de una cama redonda con sus sábanas en seda negra, prolijamente tendida y con una serie de objetos sexuales sobre ella, llevando

solo un ligero vestido corto cubriendo su cuerpo tambaleante, por los efectos de drogas consumidas.

Y obligada.

Lucha por mantener su compostura, bajo su mirada perdida y dilatada por los narcóticos apropiándose de ella y su corriente sanguínea cada vez más.

AMELY

El sonido de pasos.

Muchos.

Nos hace detener ante la señal de Caldeo al sentir estos, obligándonos a escondernos en un rincón.

No tengo mucha idea donde específicamente nos encontramos dentro de lo que es, este gigantesco hotel.

Perdí, mi brújula de orientación totalmente, yendo por más conductos y terminar, en esta gran sala.

Para luego, seguir la travesía y ahora encontrarnos en otra, donde una puerta se abre y salen de esta dos hombres trajeados de negro.

Armados.

Y donde uno sosteniendo la puerta, el otro abre una siguiente con su cartel en letras verdes con la palabra "EXIT" en grande, imita su acción para luego empujar un grupo de mujeres saliendo de esta, para que ingresen a ella y la obliguen a descender por las escaleras de servicio.

Y frunzo mi ceño de tristeza, porque son *pétalos rosas*.

Sus vestimentas, abrazadas a sí misma y sin ningún tipo de abrigo.

Y Dios...

Porque también, están descalzas bajo este clima fresco y hora de la noche.

Y con sus bonitos rostros desencajados, con huellas de llantos y posturas como cada paso que dan, con sumisión y tambaleantes.

Y quiero, hacer algo.

No tengo idea, qué.

Pero, algo.

Y me importa una mierda si, sé pelear o no.

Pero, tan solo quiero defenderlas.

Protegerlas...

Pero el fuerte brazo con la mano de Caldeo, me detiene de mi movimiento brusco por intentan hacer algo.

Me lo niega en silencio, con su mirada color hielo y clon a su hermano,

bajo su máscara.

- No puedes... - Susurra, una vez que la puerta de servicio se cierra tras el último hombre custodiando a las mujeres. - ...no es momento y es peligroso, Amm...

Mira *'ami*.

- *Ghurfat huna waistihabiha 'iilaa makan amin Lála...* (Sácala de aquí y llévala a un lugar seguro Lála). - Me señala para luego a Pablo, con su arco guerrero colgado de él. - ...quién eres? - Al fin, dándose cuenta de su presencia.

Mi amigo se sonríe.

- Pablo, el cura. - Se presenta.

Lo observa, de arriba abajo.

- ¿Y eres arquero?

Asiente.

- ¿Predicas, con un arco y flecha? - No se la cree.

- La palabra del Señor, llega de muchas formas hermano... - Responde, acomodando mejor su morral en su espalda, cargadas de flechas.

Aunque asiente dudoso, afirma.

- ...ok, te vienes conmigo.

- Este enfrentamiento, no me lo pierdo por nada... - Le exclama, expandiendo su sonrisa.

Sonrisa la cual, yo no tengo para nada.

Porque sé, lo que quiso decir Pablo aunque Caldeo no y por eso, lo mira extrañado.

Yo quiero estar con ellos, luchando para dismantelar esta red de tráfico humano.

Como necesito estar y proteger a Constantine y no solamente, contra el ruso y sus hombres.

Sino.

Cuando Caldeo.

Y mi mirada va a él, con cierta ternura y a la vez llena de miedo.

Note.

Se dé cuenta.

Que su hermano querido, está vivo...

- No voy a ningún lado, Caldeo... - Me niego y lo obligo, con un ademán a que suelte mi brazo que tomé.

Exhalo una fuerte respiración, intentando buscar las palabras correctas y

explicar mi motivo de estar aquí, como anteriormente quise hacerlo.

Pero, como tal.

Tampoco encuentro ahora esa justificación, maldita sea.

Porque soy muy mala para explicar, situaciones también.

Tomo su hombro.

- Caldeo, me quedo... - Mi barbilla señala la puerta de salida, donde se fueron esos hombres con las muchachas. - ...quiero, ayudarlas... - Suspiro. - ...no hay tiempo, para explicaciones... - Lo palmeo, con cariño. - ...pero juro, que la tendrás... - Le prometo intentando sonreír y que mi miedo por todo esto tan desconocido a mí, se note.

Un segundo silencioso, pasa por su rostro deliberando, con su mirada de mí a Lála para luego, otra vez sobre la mía.

Y tras un enorme suspiro de resignación y mirándome profundo, una leve sonrisa lo delata pese a estar cubierto su rostro bajo la máscara, por pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos gris hielo.

Su mirada vaga por todo el recinto en que nos encontramos, volviendo a 'ami y a mí.

Y señala la puerta de servicio, como yo anteriormente.

- ¿Podrán, con ello? - Nos murmura.

Y yo, quiero dar saltitos de alegría sobre mi lugar palmoteando, pero me contengo mientras Lála asiente, confiada y yo la imito.

Y es suficiente para que la mujeres por un lado vayamos a nuestra misión, para luego ayudar a Constantine y estos hombres, sabe Dios con quién.

O contra quien.

Pero de improviso, un segundo abrazo me toma por sorpresa de Caldeo.

- No sé qué, mierda está pasando Amely contigo y detrás de todo esto... - Me dice, sobre mi nuca. - ...pero me debes una explicación, a mi cachorra y a mí... - Finaliza soltándome.

Lo miro con cariño.

- Promesa... - Digo, siguiendo a Lála camino a la puerta de servicio, bajo su mirada y la Pablo sobre nosotras, mientras atravesamos esta y sin perder tiempo, descendemos escaleras abajo.

CONSTANTINE

Mis ojos desde mi rincón y el otro lado del vidrio.

Al igual que el de la muchacha van a la única puerta donde está, porque es abierta por alguien y donde, lo primero que aparece es la punta de una alta

bota de tacón negro, seguido de la otra por una muchacha rubia de un pelo dorado solo llevado recogido este, por una cola de caballo.

No se puede apreciar mucho de ella, ya que su mirada esta algo baja y mirada protegida por un antifaz del mismo color y su cuerpo por una gabardina también negra, que cubre la totalidad de su cuerpo.

Pero, de algo estoy convencido.

Ella no es, una segunda *pétalo rosa*.

Su caminar acercándose a la chica rodeando sugerente, la cama con sus juguetes y parte de todo este show de mierda, gana otro gemido aprobatorio del hombre delante mío reacomodando con su mano libre, la protuberante erección de sus pantalones.

Niego conteniéndome y con mis ojos otra vez a la mujer, acariciando incitadora a la chica que pese a su estado, se estremece ante eso y por rechazo.

Pero, no se mueve de su lugar.

Lo acepta, pese a su repudio y estrecho mis ojos, con desdén.

Porque, debe estar amenazada sobre algo.

Por alguien.

Tal vez, un ser querido de su lugar de origen.

Y el inicial tono con una suave campanada de aviso o llamado, inaugura la puja.

Donde un primer postor de alguno de los restantes atriles de esta Hermandad, da comienzo a la subasta de compra.

Seguido, por otro.

Y otro.

Y solo remarcando el mejor postor, donde un display digital sobre la habitación central que figura al lado el número de atril ganador, hasta el momento lo va indicando.

Nadie habla.

Nadie, interviene.

Porque, nadie sabe quién es quién.

Absoluta reserva.

Así es, este juego de compra.

Solo la sensual música funcional colmando todo, la pétalo de turno y la rubia meretriz, llevan el show.

Uno, que de a poco y con cada oferta en aumento, la mujer domina a la sumisa muchacha a su placer.

Uno lésbico.

Sexual.

Y donde luego de acariciar su largo de piernas desnudas ubicada detrás de ella, hasta la unión de ambas y elevar algo el ruedo del corto vestido, dejando entrever unas finas como diminutas bragas que lleva a juego y a color, con las sábanas de la cama redonda, seguido de introducir dos de sus dedos bajo el interior de su tela.

Para dar comienzo a un lento como sensual penetración con ellos a su intimidad y bajo delicados besos en su hombro.

Y con eso y por sobre jadeos como movimientos involuntarios de la muchacha, intentando luchar contra ellos, los números de puja se elevan mientras la meretriz abandonando el interior de la pétalo lamiendo sus dedos, la obliga a recostarse sobre la cama y a horcajadas de ella se deshace de su abrigo con sensualidad, para mostrar el esplendor de su figura casi desnuda y solo llevando sus extensas botas en cuero negra, cubriendo más arriba de sus rodillas, como un atuendo sexi y provocador corsé negro y encaje, al igual que su antifaz y pequeñas bragas a tono.

Obliga a que eleve sus manos por sobre su cabeza, mientras sigue recostada y las toma prisionero con las esposas colgando ya, del cabezal Victoriano de la cama.

Para luego, con sus manos propias recorrer el contorno de su figura y elevar su vestido a la altura de su cuello y tapar con parte de el, sus ojos dejando a la vista la desnudez de sus pechos.

Lo cual los lame y juega con su lengua y muerde estos, para que sus pezones se endurezcan ante el contacto, mientras la obliga con una rodilla a que se abra de piernas y se exponga mientras busca entre los juguetes a un lado y a la espera.

Un consolador con forma de pene, como un collar de bolas esmeriladas de gran tamaño, mientras palpa su ano virgen.

Mientras la mercadería, se exhibe con su desnudez total.

Y es suficiente, para mí.

Mi cuchilla va directo al mentón del hombre y por detrás, amenazando con su filo, que ante mi intromisión sorpresiva, intenta escapar y notar que no soy parte de esta mersa.

Pero su movimiento brusco, provoca que el filo de la hoja de mi daga lo lastime y escurra un fino hilo de su sangre recorriendo mi acero, obligando a quedar quieto sobre su lugar.

- *Yasil alaintiza...*(Sube, la apuesta). - Le ordeno entredientes y notar que la

meretriz acaricia ahora a la pétalo, ya sin su única ropa interior y despojada de esta, mientras sus dedos que momentos antes estaban en su interior, ahora los lame y saborea e introduciendo un par de bolas en su interior y bajo sus gritos de dolor, seguido a ponerse de pie para buscar de un extremo de la gran cama, el *flogger* colgando a la espera de su turno.

Todo esto es Sadismo y una parte de *Spanking*.

Dominio.

Control.

Y sumisión pasiva, pero castigo por sus quejas.

- ¿Q...uién eres? - Jadea el hombre a mi lado, que tengo acorralado.

Y mi cuchilla hincándose más sobre su cuello, es la respuesta.

Me acerco a su oído.

- ...dije, que subas la apuesta y la ganes... - Amenazo otra vez y para que, con su compra se detenga el juego.

Su mano y donde del meñique lleva el mismo anillo con el escudo de la cofradía al igual que el ruso, van temblorosos a un pequeño interruptor del otro lado del apoyabrazos.

El mecanismo de apuesta, pero no lo aprieta.

- ...te daré, lo que quieras... - Su otro brazo se eleva señalando el juego sexual entre las dos mujeres, cada vez más perverso.

Cada vez más sexual y por sobre el primer azote, recibiendo la muchacha de esta, con su disciplina y su sollozo como negativa contra su voluntad, se puede percibir por sobre la música.

Y eso.

Seguido de un segundo flagelo, mostrando como su blanca piel, va tomando un tono rosa ardido por su vientre expuesto, desnudo y castigado.

Cual arqueándose su espalda ante el dolor, aumenta las apuestas viendo como los número van creciendo con cada consecutivo sonido, por los atriles apostadores.

Uno, tras otro.

- ...la quieres, a ella? ¿Quieres, una esclava? - Prosigue. - ...tengo muchas, como estas perras... - Continúa. - ...te daré todas y dinero... - Gime. - ...te puedo hacer millonario...pero no lo hagas... - Implora ante otro gemido de dolor, por mi daga más incrustada contra su garganta.

Y niego, maldiciendo por la repugnancia y apretando por él, el interruptor y donde mi atril marca su compra.

La más grande y superando, los seis ceros.

- *¡Yaghfir allah lak khatayaka, li'annani l...*(Dios perdone tus pecados, porque yo no). - Digo al fin y con mi cuchillo, atravesando el largo de su garganta sin piedad.

Sangre.

Mucha de esta, sale y riega su pecho, intentando en vano parar la hemorragia que pierde con una mano.

Su cuerpo como mirada convulsiva, intenta decirme algo luchando con mantenerse en el sillón, pero solo sale espuma viscosa de su boca entreabierta y bajo su mirada de pánico sobre mí, porque sabe que está muriendo.

Escupe algo intangible mezcla de saliva y sangre, cuando su otra mano con espasmos a duras penas, intenta sacar algo de un bolsillo interno de su saco de vestir.

Su celular.

Que empañado de sangre, igual trata de tocar, pero con un silbido, cae en su frente.

Por la bala del arma con silenciador, que cargué conmigo dejándolo inerte y sin vida.

Bañado en sangre y sentado aún, en el sillón y con una bala en su sien.

Y sin perder tiempo y girándome sobre mi frente, al ventanal de exhibición y aún, apuntando con el arma de grueso calibre.

Disparo contra éste, provocando que diminutas partículas desfragmenten esta, para luego estallen al mismo tiempo y al unísono.

Cayendo sus pedazos el vidrio a ambos lados, de las habitaciones y donde mi presencia se hace ver aún, con el arma empuñando y ante el caos que se desata.

Por pánico y revuelo, que siento desde los restantes atriles en su interior.

Como hombres, apareciendo por la puerta de la habitación central, donde disparo a cada uno certero, para luego girarme y hacerlo, contra los que ingresan en la que me encuentro que con golpes de puños y culata de la misma, caen inconsciente sobre mis lados.

Me vuelvo tranquilo otra vez a la central e ingresando a esta, por el ventanal hecho añicos.

Mis pasos son pausados, con cada uno que doy y con mi vista algo baja, para proteger mi identidad, pero totalmente en ambas mujeres.

En un punto y a una cierta distancia de ambas, me detengo para señalar a una.

- ¿Cómo, te llamas? - Solo, murmuro bajo.

La muchacha que sobre un rincón de la gran cama, agazapada y aún con ambas muñecas prisioneras por las esposas, apenas eleva su rostro casi cubierto por su pelo negro cayendo sobre él, para mirarme con sus ojos café llorosos.

- Javi... - Susurra, con miedo.

Apunto mi arma, a la mujer rubia.

- Libérala... - Ordeno.

- Acabas de sentenciar tu vida, enmascarado... - Dice esta, al lado de la muchacha.

Y no me hago esperar.

Un disparo certero y sin titubear mío, atraviesa el colchón silenciosamente entre el pequeño espacio, de sus dos piernas.

- Dije, que la liberes... - Vuelvo a repetir, donde ya aún con mi voz baja no hay un gramo de paciencia, para luego elevar mi arma directo al frente de su sien si dudar.

Y lo hace.

El sonido de las esposas abriéndose y liberando a la chica, es el único sonido entre los tres, para luego la muchacha arrastrándose por la cama intenta alejarse de nosotros, cubriendo su cuerpo desnudo, mientras intenta acomodar su vestido en el proceso.

- Javi, quiero que entres a esa habitación... - Señalo el atril roto, sin dejar de apuntar a la mujer rubia. -...busques el celular del hombre del sillón y llames a la policía. - Ordeno, mientras temblorosa obedece ingresando y tanteando al hombre, mientras toma su móvil manchado de sangre de una de sus manos.

- Llama, a la policía... - Digo e indico la puerta anexa donde estamos, que quedó abierta por los hombres ingresando de ella y donde se puede ver media docena de mujeres más, sobre un extremo de esta llorando y abrazadas entre sí, llena de pánico. - ...busca a tu compañeras y se refugian en un lugar seguro, hasta que ellos las encuentren.

Asiente algo confusa, pero acata lo que digo mientras entra en ella y bajo sus sollozos y con abrazos, les pide que se pongan de pie y la sigan, que a una y todas de la mano, pasan por mi lado con una reverencia de agradecimiento.

Con sus miradas como movimientos de sus cuerpos, algo perdido aún por los efectos de las drogas consumidas.

Temblorosas.

Y algo mareadas.

Pero, con algo recuperado de todo lo que le robaron.

Saquearon.

Abusaron.

Y que creían, haber perdido.

Su humanidad.

- Gracias... - La dulce voz de Javi siendo la última, suena al pasar frente a mí y una tenue sonrisa sobre sus ojos empañados por lágrimas, refleja su bonito rostro.

Pero, ahora.

Es de una triste, felicidad.

No respondo, solo asiento bajo mi máscara, entregándole el arma a sus manos y obligando a que lo sostenga.

Entiende mi mensaje y se la lleva consigo apurando sus pasos, donde las demás la esperan.

Para luego perderse y huir tras la habitación y la puerta cerrándose.

- ¿Eres, la reina madre? - Digo, una vez a solas con la mujer.

Se sonríe.

Natural.

Y como si todo lo que ocurrió, no fuera nada, para su sistema nervioso.

Inmóvil y aún sentada sobre la gran cama redonda, no se inmuta a lo que nos rodea.

Hombres sin vidas y regados por el suelo y entre nosotros, como ese famoso magnate postrado sin vida y a la vista nuestra, todavía sobre su sillón Burgués desangrado desde el atril roto, mientras los otros tal vez escaparon.

Porque, todo es cao, tras estas paredes, como más muertos en el interior de esa misma habitación.

Pero gracias a Dios, esa media docena de jovencitas huyendo de toda esta mierda llenas de pavor, pero con la certeza sobre una sonrisas apenas dibujadas en sus rostros y bajo sus lágrimas, la recuperación de su libertad.

Nada.

Esta mujer, no la conmueve nada.

Sus manos abiertas se deslizan por las sábanas, acariciando su sedosidad oscura y aún sentada.

Cruza sensualmente, una pierna arriba de la otra.

Lentamente.

Dejando a mi vista con ese movimiento, toda la sensualidad que irradia y la estrechez de sus bragas puestas transparentes y lo que resguarda bajo ella.

Y me mira profundo, bajo su antifaz sin dejar de sonreír.

- ¿Quién pregunta? - Responde, con otra pregunta a la mía.

- Eres un monstruo... - Murmuro, sacando uno de mis sables y lo apunto sobre ella, acortando la distancia entre ambos y me observa, desde abajo sin perder su postura, para luego mi sable con su brillo entre nosotros.

Se inclina sobre el y de mí, para acariciar la hoja con ambas manos y sin dejar de mirarme a través de su máscara.

Como yo a ella, con cada movimiento que hace.

- ...estamos cortados bajo la misma tijera, enmascarado... - Susurra lento y sin dejar de acariciar, mi sable.

Sin nada, de temor en ello de forma suave para arriba y abajo, como si tuviera entre sus manos mi erección.

- ...a ambos, nos gusta el poder... - Se pone de pie, lentamente. - ...el control... - Sus manos ascienden lentamente del arma a mi mano que la sostiene, para continuar acariciando el largo de mi brazo extendido, sobre mi traje. - ...y nos vengamos, si no hay obediencia chico sexi... - Prosigue, rodeándome y dibujando con sus dedos, el contorno de mis hombros caminando lento sobre mí. - ...porque, ambos somos amo... - Susurra despacio y acariciando con sus labios, el lóbulo de mi oreja inclinándose algo, ante mi postura estática.

Lo suficiente, para que los dedos de una de sus manos baje al largo de su bota y de ella, saque un pequeño puñal de mujer e intente clavarla en mí.

Pero, soy más rápido y la tomo por el cuello con fuerza, mientras la desarmo de su cuchilla de un movimiento.

Jadea ante su respiración entrecortada, por la asfixia de mis dedos apretando fuerte su garganta, mientras la hago retroceder unos pasos y la acorralo contra la pared próxima amenazante.

- *La nukhti...*(No te confundas). - Murmuro, entre dientes. - ...*nahn wahush, walikann aljahim mukhtalif...*(somos monstruos, pero de infiernos diferentes). - Le gruño sin mostrarme, sobre el espacio de su cuello y hombro.

Y sin más.

La obligo jalándola por su cuello a que me siga delante de mí, sin antes tirarle su abrigo para que se cubra y camine conmigo, antes que vengan más de sus hombres por ella y el ruso.

Solo quejas sale de ella con una tos seca por mi casi estrangulación, mientras acaricia su cuello y yo sigo empuñándola con mi sable y la obligo a que caminemos por los corredores y diviso a través de los ventanales del hotel

y desde la altura que estamos, como la calle principal y pisos más abajo, se agolpan patrullas musulmanas y un camión con el escuadrón especial en la entrada del mismo.

Y saliendo de este, docenas de oficiales encapuchados con armas en posición de grueso calibre, llevando en sus manos.

Sonríó levemente, bajo mi máscara.

Señal que esa muchacha Javi con sus compañeras, pudieron escapar y dieron aviso.

La obligo abriendo una puerta de servicio, donde las escaleras y que nos conducen a la azotea a que las suba, que bajo sus juramentos sobre mí, lo acata.

- No te saldrás, con la tuya... - Me advierte, con cada escalón que ascendemos.

No contesto.

Me limito una vez arriba, a abrir leve la puerta final de esta, dando una mirada rápida por hombres del ruso.

Una vez fuera, el viento por la gran altura nos azota, junto a la negrura de la noche.

Más oscurecida y densa.

Por la luna llena, pero oculta en su totalidad de gruesas nubes cargadas y con la amenaza inminente de una lluvia próxima.

Siendo imposible ver más allá de lo que te rodea y la longitud, de lo que es toda esta inmensa azotea.

- *¿Almaelim?* (¿El maestro?). - Digo en el silencio de esta, pese a que se empieza a percibir movimientos fuera de lo normal, desde el hotel.

Todo, ya está marcha.

- *Hatta dakhil alfunduq Shayd...*(Aún, dentro del hotel, mi señor). - Me responde alguien desde la oscuridad, bajo la sorpresa de la reina madre que no estamos solos.

Un par de centinelas míos, aparecen de la nada entre las sombras y vestidos como yo.

La miro mientras intenta abrigarse más, luchando contra el frío viento nocturno.

- Háganse cargo, de ella... - Ordeno y señalo, las escaleras de incendio. - ...hay que hacerla hablar y yo, debo encontrar al ruso... - Digo sobre sus asentimientos, tomando a la rehén y me encamino por la azotea sin voltear.

Pero, una espada clavándose contra el piso y delante de mí, impide que

prosiga.

Porque, me detiene.

Y pese a la inmensa negrura de esta noche, pero por un rayo de luz de la luna atravesando entre las nubes, puedo ver que lleva labrada por manos artesanas en su oro y plata en su empuñadura.

Nuestro blasón.

El escudo, de nuestro pueblo *Qurash*.

Mis ojos se elevan, a la altura de donde vino y buscando a quién la ejecutó.

Pero, solo puedo divisar.

Notar con cierta nebulosa por la oscuridad, la silueta de un hombre llevando un traje guerrero parecido al mío.

Pero, con los colores de mi pueblo y nuestro astro rey.

Y que con su postura inmóvil desde la altura de un sobre techo, aunque no puedo ver su rostro, siento su mirada implacable contra mí.

Para luego, saltar con precisión desde la cúspide que se encuentra, frente mío.

Pero a cierta distancia entre los dos.

Y detengo en silencio con mi mano en alto, a mis hombres que teniendo a la reina madre prisionera, intentan intervenir entre nosotros dos.

Ambos, nos caminamos en círculo y respetando los metros que nos separan, observándonos.

Y el silencio, inmuta sobre nosotros.

Solo el silbido de la ráfaga de aire aumentando algo, por la prominente llegada de la tormenta que se avecina con destellos de refucilos en la lejanía, es la música entre nosotros.

Todo, es confuso.

Pero su actitud, como presencia contra mí y con su baja mirada cubierta como yo por la capucha de su traje impidiendo revelar su identidad, está mimetizada con la noche oscura que nos rodea.

Toma su espada clavada del piso y camina unos pasos, sin perder su inspección y examen en mí.

Para luego, presentarla y empuñarla delante mío.

Me está diciendo, que es el enemigo.

Y me sonrío bajo mi máscara desenfundando, mis dos sables de mi espalda y también, me pongo en posición a metros de él.

No sé, quien rayos es.

Tampoco, mi interesa.

Ninguno, quiere hablar.

Su postura y su ser, me reclama venganza.

Lo percibo.

Lo puedo, sentir.

Y yo con su sangre, voy a pedir explicaciones del por qué, del escudo de mi pueblo entre sus manos y vestimenta.

Finas y diminutas gotas, empiezan a dibujar con su humedad y redondez, al tomar contacto con el piso de concreto de la azotea, cayendo del cielo y entre nosotros y que aumenta con cada segundo, anunciando la llegada de la lluvia.

El primer impacto del choque de nuestras espadas, se siente por filo de sus aceros.

Giro sobre él e intento atravesarlo con una, pero me detiene con su espada interponiéndose entre él y yo.

Me empuja con un pie y se lanza contra mí y con ella entre ambas manos, falla por un movimiento mío por abajo de él, a que lo arremeta contra mi pecho con brutalidad.

Y otra vez, nuestras arman chocan en el aire y sobre nosotros, evitando el ataque inminente.

El roce de su espada, hace un ligero corte a la tela de mi traje por su arma, manchándose de sangre ante la herida que me hace en un hombro y en plena lucha.

Pero golpeo con puño su mandíbula, logrando que retroceda.

Jadeo, bajo mi lesión.

Él, es bueno.

Denota disciplina, con cada movimiento de ataque.

Sonrío.

Pero, no como yo.

Y esto, se está prolongando demasiado y necesito aniquilarlo, para dar fin este nuevo enemigo.

Evita una nueva embestida mía con proeza y trepando, por un sobretecho de la azotea, pero lo sigo sin piedad y saltando estos como él en su persecución.

Y nuestras espadas colisionando una y otra vez, interponiendo la muerte del otro mientras chocan entre sí encarnizadamente.

Y haciendo girar mis ambos sables en mis manos, mientras intenta un espacio sobre nosotros, saltando a un saliente de concreto.

Mi lanzamiento de una de ellas sobre él y atravesando el aire, corta su salto a distancia interponiéndose en sus pies y provocando, que duramente caiga

contra el suelo y metros más abajo mientras la otra la arrojo contra su mano, causando que lo desarme y su espada vuele de su mano, a metros de distancia.

Y no doy tregua.

Con una fuerte respiración colmando mis pulmones de aire, bajo la copiosa lluvia y sacando mi gran cuchilla de mi baja espalda, me lanzo desde la altura que me encuentro y sobre él.

Empuñando, mi daga.

Y directo a su corazón, empujándolo contra el piso y bajo mío, con un grito gutural de ataque y de lo más profundo de mi garganta.

- ¡Constantine, es tu hermano! - Grita, alguien.

Jadeo fuerte y estrepitosamente por esa voz.

Silencio.

Lluvia.

Mucha lluvia.

Intermitente y copiosa lluvia que cae sobre mí, causando que hilos de agua se escurra de mi traje totalmente mojado inmóvil.

De mi capucha empapada.

Y recorriendo mi rostro, bajo mi respiración entrecortada y resoplando.

Mucha lluvia.

Agua.

Cayendo y deslizándose entre mis manos unidas y entrelazadas a mi puñal.

Que, apenas toca inerte y con la punta de su acero filoso y a milímetro, del lado del corazón.

A mi oponente...

Y donde, me detuve ante ese grito.

Ante esa voz, diciendo eso.

Una voz por la cual, me giro para verla.

Y ahí, está.

Mi mariposa.

Toda mojada por la tormenta, azotando sobre nosotros a metros nuestros.

Calada hasta los huesos por el frío y abrazada a si misma por ello, bajo el traje puesto de Pablo y junto a este apareciendo, de los techos con Cabul.

Y unas manos cubriendo las mías aún con el puñal apuntando su corazón, me envuelven y me hace girar como voltear, mi vista abajo mío.

Para encontrar al hombre que casi le doy muerte, aferrarse más a ellas mientras intenta incorporarse bajo mío.

- ¿Mi hermano? - Murmura, sin entender nada como yo.

Se acomoda bajo y frente a mi como puede, por mi peso y eleva su rostro.
Donde me lo confirma, al revelar su mirada.

Como yo, a él.

Los ojos que ambos compartimos en color, como mirada y heredamos de Leon.

Están ahí.

Conmovidos.

Y lagrimeados como los míos, mientras tira su capucha para atrás y hace a un lado la máscara, dejando al descubierto su rostro, como rasgos egipcios.

De nuestro pueblo.

Y tan iguales a los míos.

Seguido a bajar y deslizar los míos, para verme sin ellos.

Y como a Caldeo, aunque la fuerte lluvia aplasta y tapa la mayoría de mi rostro por mi cabello cayendo sobre nosotros y que escupimos ambos, por ser copiosa bajo nuestro.

Y como tal, si no pudiera creerlo tocando mi cara con ambas manos y haciendo a un lado mi pelo, comienza a llorar.

Llora y sonrío, por la mezcla de nuestras emociones.

Mira a nuestro Cabul como a la mariposa, sin poder creer y sin dejar de tomar mi rostro, con sus manos.

Para luego, llevarme contra su pecho recostado, bajo mis lágrimas silenciosas y las suyas.

Me abraza más contra él y de forma protectora aún, contra el piso y sobre un lado de esta inmensa azotea.

- Mi hermano menor, vive... - Gime, entre sollozos de felicidad. - ...estás vivo... - Reafirma feliz.

Olvidando por completo, donde estamos.

Lo que acontece, bajo esta copiosa lluvia que no se detiene.

Y donde sobre esta inmensa noche oscura y desde nuestra gran altura se puede escuchar contra la tormenta, el sonido de las sirenas de las patrullas agolpadas y acorralando el edificio, como manzana.

Y el sobrevuelo de algo y eso, me alerta intentando incorporarme de mi hermano.

Pero, ya es tarde.

Apareciendo sobre nuestro lado y poco más de nuestra altura y distancia.

Un helicóptero.

Uno, que con su puerta abierta de un lateral y un hombre apuntando con un

rifle de alto calibre y mira telescópica, desde su posición.

A nosotros.

Y antes, de lo inevitable.

Logro divisar su media sonrisa de lado regalándome, cuando eleva algo su mirada del arma pese a la lluvia y bajo el lado de su mejilla vendada.

Para luego hacer, una ráfaga de disparos.

Descarga, que viene contra mi hermano y a mí.

Pero algo me cubre, lanzándome contra el piso con fuerza.

- ¡No! - Grito, intentando escapar como ver, pero el peso como cuerpo de mi hermano cubriéndome y abrazándome.

Protegiéndome.

Y recibiendo todos los proyectiles por mí, me lo impide.

La puerta de la azotea abriéndose de golpe por policías musulmanes y mis hombres respondiendo, como Pablo con su arco y flecha, lanzando sin piedad desde un alto de los techos, hacen retroceder al helicóptero con el ruso en él.

Empujo a Caldeo.

Pero me cuesta, por mucho peso encima mío.

Intento de nuevo y tomando el traje por sus hombros con fuerza, lo obligo a que me mire.

Y lágrimas bajo la lluvia ahora mermando, sigue cayendo sobre nosotros.

-*Limadha 'ant!* (¡Por qué, lo hiciste!). - Le grito a su cuerpo inmóvil y bañado en sangre, sacudiéndolo.

Pero, sus ojos abriéndose y tan grandes ahora como los míos lúcidos, me hacen entender.

Nos hace, entender.

Que esa sangre, no es de él.

Ese charco púrpura sobre nosotros y escurriéndose sobre nuestros lados como trajes y tirados contra el piso, donde la acuosidad pura de su color, se diluye y aclara al unirse con el agua de lluvia en el suelo mojado.

No pertenece, a mi hermano.

Sino.

Al que nos cubre, sobreprotectoramente a ambos.

Mis labios tiemblan, porque me niego.

Y Caldeo también, gritando de la furia.

Ambos.

Cuando entre los dos, hacemos a un lado y recostamos el cuerpo de Cabul con cuidado contra el piso.

- No, amigo... - Murmuro, intentando impedir las diferentes hemorragias en todo su cuerpo, por su sangre. - ...no te vayas, por favor... - Suplico, procurando tapar una con un pedazo de tela de mi traje que rasgo.

Pero, es imposible.

Se drena de rojo con mis manos impidiéndolo, como Caldeo otras parte de su cuerpo.

Pero las manos bañadas en sangre de nuestro maestro, tomando las nuestras y con una última bocanada de aire con sus ojos llenos de lágrimas, nos impide que prosigamos.

Porque, nos pide que la entrelacemos.

Las tres, entre sí.

La de mi hermano querido.

La mía.

Con la, de él.

Nuestro, gran amigo.

Nuestro maestro.

Y lo más cercano a un padre, que tuvimos con mi hermano.

- ¡Ambulancia, rápido! - Ordena Caldeo, mirando a todos e intentando no llorar.

Pero Cabul, vuelve a negar y bajo a todo su dolor, sonrío.

- *La, al'atfal...*(No, hijo). - Murmura. - ...*'atfali...*(mis hijos). - Se corrige y aprieta más con cariño nuestras manos unidas, para luego como puede intentando no gemir por su dolor, mirarnos paternal. - ...*eindama yantahi shy', fa'innah yadull ealaa 'ann shayyanaan jadidaan yabd...*(señal de algo cuando termina, es que es algo nuevo que comienza). - Une más nuestras manos y nos señala. - ...*mutahaddun al'iikhwat li'ann hadha hu 'awwal qanun walaha aittihad haqiqi fi 'ay waqt ealaa al'iitlaq. li'annah 'iidha kan kl maerikat, yaltahim algharab...*(los hermanos sean unidos, porque esa es la ley primera y tengan unión verdadera, en cualquier tipo que sea. Porque, si entre ellos se pelean, los devoran los de afuera). - Nos recita, una gran obra literaria.

Nos mira.

- Su madre *al-amirah* Fadila, estaría muy orgulloso de sus hijos... - Concluye, viendo a su misma madre.

A *'ami* acercándose.

Que se flexiona sobre sus piernas al lado nuestro, y para acurrucarlo contra ella y con amor, cuando su hijo cierra sus ojos al fin, mientras una suave melodía maternal y árabe, sale de sus labios.

Cantándola bajito, en honor y lleno de amor con lágrimas en sus ojos, como todos nosotros.

Por amor, a ese gran hijo que tuvo...

Capítulo 15



Una puerta nos recibe al final de las escaleras de servicio, una vez que terminamos de bajar cada jodido piso.

'Ami con una seña me hace que guarde silencio bajo mi respiración acelerada y entrecortada propia de la carrera y escalones abajo, mientras con suavidad y parte de su rostro como ambas manos sobre esta apoyadas, intenta escuchar del otro lado antes de abrirla con cuidado.

El exterior da a un extremo de la parte trasera, del gran hotel.

Donde nos recibe la oscuridad total de la noche y la parcialidad del lugar iluminada tenuemente por farolas, mientras nos escondemos detrás de unos cimientos para no ser vistas y bajo movimientos como pasos ligeros, de dichos hombres de momentos antes entre las penumbras.

Dejando ver, que es la zona es de carga y descarga, como la de residuos del parador.

Grandes contenedores de desperdicios junto a una pared dan, sobre la única calle con salida a la ciudad para comodidad del camión recolector estacionado a la par de estas, con un Jeep negro pasos más adelante y encabezando esta pronta caravana.

Un camión que, pese a llevar impresas el logo de la empresa recolectora de residuos, de la localidad, cual con órdenes y bajo juramentos imperiosos en ruso y desde nuestro escondite, observamos como escuchamos.

En realidad.

Solo cargan a esas muchachas por atrás, abriendo sus compuertas traseras.

Y mi corazón, se oprime.

Porque, puedo sentir las.

No solamente desde mi lugar, por la corta distancia sus sollozos y miedos.

Pánico y lleno de tristeza.

Sino.

Por ser, también yo.

Como cada una de ellas.

Una mujer.

- Yo voy... - Mi mano detiene a Lála tomando su brazo, al ver que ya con su sable en mano se dispone con un ademán, a enfrentarlos sola. - ...no me dejarás acá, no? - Señalo el escondite.

Me mira profundo y deliberando.

Para luego, acomodar mejor mi máscara para tapar mi identidad y puedo notar, que se sonrío bajo la suya.

- *Tadhhab alffttayaat walrrijal...*(Tú, ve por las muchachas y yo, por los hombres). - Me susurra al fin, mientras asiento conforme y agradecida.

Se desliza por el lado opuesto al mío mientras yo inclinada, me encamino despacio por el otro, agazapada y contra el primer contenedor de desechos apoyada de espalda.

Y observo mientras espero que uno de los hombres junto a la puerta del acompañante del camión cierra esta y lo rodea, al terminar de hablar por el radio a quien sea mientras enciende un cigarrillo.

- *Oni nakhodyatsya v doke...*(Están en el viejo muelle). - Ordena, a los otros. - *...tam lazutchikov ...potoropis' tovar!* (hay infiltrados, apuren la mercancía!). - Grita en ruso y con su mirada, sobre los techos del hotel.

No entendí ni mierda, lo que dijo.

Pero su voz como timbre, me dice que nada bueno.

Y lo imito, con mis ojos recorriendo la gran altura del edificio.

Dios.

Constantine...

Y gimo para mis adentros por él y rogando, que nada le suceda como a Caldeo.

Aprovecho como él y los demás concentrados y en su apuro por salir del lugar, jalan y suben a las muchachas a la parte trasera del camión, para hacer lo primero que se me ocurre.

Con la daga que *'ami* me dio y con todas mis fuerzas, apuñalo el primer neumático en la cual flexionada estoy y acurrucada para no ser vista, mientras me arrastro a la siguiente.

El aire saliendo de ellos flota sobre mí y la fría noche que amenaza

con nubarrones refucilando y acercándose, por una tormenta en curso sobre el cielo y que nos rodea, ante los gritos de alarma de los hombres al notar la presencia de golpe de *'ami*, bajo las exclamaciones de horror de las mujeres ya dentro del camión.

- Carajo... - Sale de mí, bajito y limpio el sudor de mi frente con mi mano, mientras me deslizo contra el lado opuesto y largo del camión, al notar.

Que, metros frente a mí.

Re mierda.

Un acantilado con su extensión como altura, es el límite entre la edificación de este majestuoso hotel y un río, con sus profundidades oscuras.

Uno tras otro cuerpo, veo como caen contra la espada de mi amiga por abajo del camión, por sus cuerpos derrumbándose contra el piso arenoso, mientras me acerco al compartimento trasero en busca de las chicas y liberarlas.

Pero un grito sale de mi interior, al sentir desde mi escondite la fuerte presión de una áspera como dura mano, tomándome por el hombro y con un golpe de sorpresa, desarmándome de la daga para patearla, por abajo de este.

- *My imeyem zdes'...*(Qué, tenemos aquí). - Exclama reteniéndome y obligando a que me levante, haciendo puños mis manos sobre el piso de tierra mientras me niego, pero me obliga a ello bajo las primeras gotas cayendo por la anunciada lluvia.

Su arma presionando mi espalda y con su otra mano, envolviendo mi cuello con fuerza, me obliga a que camine sobre sus pasos empujándome.

- *¡Kto ty yest'!* (¡Quién eres!). - Gruñe bajo ya, el inminente aguacero que se desata, por la tormenta.

Y no doy tiempo a nada, ni pensarlo mucho tampoco.

Sobre mi esfuerzo de respirar por asfixiarme, presionando sin piedad mi garganta, al girarme como empujarme contra el camión y su cuerpo, con su arma ahora en mi frente apuntando.

Lanzo contra su cara la tierra que retuve y pude tomar del piso.

Mientras sobre sus gritos, blasfemias en su idioma e intentando limpiar sus ojos, huyo como puedo mientras eludo sus disparos al aire.

Corriendo y trastabillando sobre el lodo, formándose por la tormenta y en dirección a la oscuridad y las rocas del acantilado por reparo.

Limpio mi rostro de restos de agua por la copiosa lluvia detrás de una gran roca, intentando controlar mi respiración como las palpitations de mi pecho del miedo, en toda esta oscuridad y sobre el único sonido que se siente y me envuelve del temporal que se desató.

Sus fuertes pisadas sobre los charcos por la acumulación de agua me hacen permanecer en mi lugar esperando el momento, mientras tanteando tomo con mi mano y en la negrura de la noche, una fuerte rama entre los escombros de las piedras, que abrazo contra mi expectante y tragando mis jadeos, como el agua helada de la lluvia que me empapa y recorre mi rostro.

Y la oportunidad se presenta, al sentirlo detrás de la roca que me encuentro cubierta y con fuerza con el palo sosteniendo mis manos, lo golpeo por abajo de sus piernas.

Para luego a su rostro, causando que su arma sea lanzada a distancia de él y hunda sobre el fango, huyendo mientras se recompone de los golpes, pero es más rápido que yo y pese a la herida de su rostro y parte de un ojo, se me abalanza y causando, que ambos rodemos sobre una pequeña pendiente rocosa bajo la lluvia y cayendo en dirección al acantilado ambos y luchamos en nuestro forcejeo.

Él, intentando ahorcarme.

Y yo, liberarme de él con todas mis fuerzas.

Las mismas piedras nos frenan abruptamente sobre y casi el borde de este y puedo sentir sobre mi espalda, los guijarros filosos cortando e hiriendo mi piel bajo mi traje y profundizando más, ante el peso de mi agresor sobre mí.

Intento respirar como empujar su enorme cuerpo mientras entre dientes, sin piedad y a horcajadas mío, me sofoca con ambas manos rodeando mi cuello escupiendo saliva y blasfemias de la ira.

El centenar de gotas cayendo copiosamente, golpean mis ojos nublándolos, porque empañan y ahogan mi vista, bajo mis resoplidos por intentar tragar cada bocanada de aire que puedo, mientras busco tanteando y por sobre el piso fangoso con que defenderme.

Y bajo mi último respiro con una piedra del tamaño de mi mano que encuentro, golpeo su herida abierta provocando que afloje algo su forcejeo como agarre en mi cuello, siendo suficiente ese pequeño espacio bajo su presión, para que mi pierna lo empuje y ambos tambaleemos sobre el filo del acantilado, intentando mantenernos en pie a medias y no

caer sobre él, mientras luchamos y con otra patada, intentando recuperar mi respiración, me suelta de sus brazos.

Pero su mano retiene mi pie, cuando intento otra huida a rastras haciendo que caiga contra lodo y bruces, bajo el saliente de un árbol entre las piedras, arañando algo mi rostro sus finas ramas.

Y con las últimas de mis fuerzas, aprovechando este, giro sobre mí y utilizando el árbol como base de apoyo me cuelgo de una pronunciada rama, para empujar con ambos pies sobre el pecho del tipo y lograr, que se tambalee sobre sus pasos.

Pasos.

Que sobre la oscuridad y la copiosa lluvia.

Y este relieve uniforme, entre las rocas.

Pierda el equilibrio y caiga sobre el profundo y oscuro acantilado, bajo su grito de horror.

Mis rodillas se derrumban al igual que mis manos como mirada, contra el piso fangoso, intentando recuperar todo el oxígeno para calmar mis pulmones y mi palpitante corazón del pánico.

Mi garganta arde y duele bajo mi traje, al pasar mi mano sobre ella, pero con una última bocanada de aire, me pongo de pie con algo de dificultad en busca de Lála.

Cual corre hacia mí, al verme costándome caminar y algo maltrecha desde los acantilados.

- *¿Hadhih jayidat al'amirat?* (¿Estás bien, princesa?). - Murmura acunando mi rostro preocupada, mientras puedo observar sobre mi sonrisa para calmarla mientras asiento, que hombres con trajes como los que llevamos, ayudan a descender a cada muchacha del camión.

- *¿Ellas, están bien 'ami?* - Solo pregunto procurando no llorar dentro de toda esta tristeza de felicidad, al notar que abrazadas entre ellas se refugian entre sí y pese a su miedo por todo lo que vivieron, bajo un alero del hotel por protección de la lluvia mientras son custodiadas como habladas para darles tranquilidad, por los hombres de Lála sonriendo entre lágrimas.

Mis ojos se estrechan por la lluvia que no deja de caer al elevar mi vista a la azotea, recordando lo que nunca entendí, pero dijo uno de los hombres a sus camaradas observándolo también.

- Hay que subir *'ami...* - Murmuro al escuchar desde la lejanía sirenas, tanto de la policía musulmana como de ambulancias.

Y bajo su afirmación y de que todo está controlado, como las muchachas a salvo, corremos en dirección nuevamente a la puerta de servicio y retomando las jodidas como condenadas escaleras.

Piso tras piso.

Escalón, sobre escalón.

Mientras pese a la tormenta desatada sin compasión, se puede sentir sobre ella y desde el interior, frenadas de coches desde las afueras del hotel como calles que lo rodea y el aumento de movimiento, voces y ajetreo copando el edificio.

El frío y la humedad de mi traje por estar toda empapada por la lluvia, me cala hasta los huesos y puedo sentirlo al golpear la sudestada contra mí, al llegar al último piso y abrir la puerta de la azotea de golpe.

La intermitencia del temporal y la plena oscuridad, nos recibe sobre esta.

Y con un brazo sobre mi frente como reparo contra el agua y desde mi lugar manteniéndome con dificultad por el viento, empiezo a notar no solamente más presencia de guerreros *Qurash* al mando de Cabul junto a otros, sosteniendo a una mujer bajo el diluvio como Pablo desde los sobre techos.

Sino, también.

Y lo que hace que mis piernas empiecen a temblar más, aparte de la helada noche.

Ante el sonido y choque de dos armas blancas sin tregua, colisionando una y otra vez por una dura pelea.

Provocando, que eleve mi vista.

Y ahogo mi grito con mis manos al notar, mi mayor temor.

Ver a Constantine y Caldeo enfrentados, sin saber del otro su identidad.

Y mi grito se hace eco sobre la noche tempestuosa para detener a ambos, cuando Constantine logra reducir a Caldeo, dejando inmóviles a todos al ser escuchada mis palabras.

Inclusive, a los hermanos Kosamé.

Que uno encima del otro y con sus manos empuñando una daga, queda en suspenso sobre el pecho del otro al escucharme.

Por un Constantine, jadeante por la lucha e intentando retener mis palabras, bajo sus hombros bajando y subiendo bruscamente, propia de su acelerada respiración bajo la lluvia, para luego girar su rostro en mi

dirección procurando procesar todo.

Y un Caldeo, bajo él.

Preguntando con miedo, pero cierta ilusión quebrada su voz por ello.

Por ese hermano que amó por sobre todas las cosas y que creyó, muerto estos años.

Y mis lágrimas por tanta emoción, empiezan a nublar mi vista al notar el desconcierto de ellos.

El desconcierto más lindo del mundo, al ver como un hermano con el otro.

Se abrazan.

Se sonríen entre lágrimas, descubriendo sus rostro al otro y con ese amor como lazo de hermanos.

Y se miran sin poder creer, del otro tenerlo al lado.

Pero...

Todo, sucede rápido después.

Confusión.

Más lluvia.

Desorden.

Movimientos extraños.

Y el sonido, de algo.

Que se eleva y aumenta, cada vez más y nos hace subir la mirada de todos, sobre la altura en que estamos, por la aparición repentina, de un enorme helicóptero negro sobrevolando bajo ellos.

De Constantine y Caldeo.

Para luego, sin entender nada y como si fuera cámara lenta, ver bajo mi desconcierto y turbación del momento.

A Cabul correr, contra esa descarga de proyectiles mientras Lála, me empuja por reparo y protección.

Personas intangibles a mi vista por la lluvia que no deja de caer, abriendo la puerta de la azotea y respondiendo a esos disparos por llevar armas, también aparecen.

Para luego flechas desde los altos por Pablo, lanzadas hacia el helicóptero.

Y a Caldeo abrazando contra si a Constantine gritando y con un Cabul, sobre ellos.

Y este, recibiendo toda esa docena de balas, por ellos...

Y me quiebro, empezando a entender todo y desmoronándome, contra

el suelo mojado, bajo un Constantine y Caldeo llorando y abrazando al herido de gravedad, al hombre que los amó y cuidó como hijos propios y con un amor incondicional.

Seguido luego.

De escuchar bajo la copiosa lluvia sobre todos nosotros, la dulce voz cantando una suave canción árabe a *'ami* tomando a su hijo amorosamente y entre sus brazos.

Mis manos van a mi labios reprimiendo mi grito como llanto, intentando ponerme de pie para ir a ellos, pero algo me lo obstruye y no me deja ver bajo este temporal.

He intento pestañear por una mejor visión, cuando noto lo que bloquea.

Una sombra, viniendo hacia mí...

CONSTANTINE

Sobre la canción de despedida, de *'ami* a mi amigo.

Un grito, nos alarma.

Me alarma.

Para ver.

A mi mariposa tomada por rehén, por la mujer del antifaz.

La propia, reina madre.

Que al verse liberada sobre mi par de guerreros yaciendo muertos, producto del enfrentamiento de balas.

Y que bajo la lluvia mermando y tomándola contra ella con un puñal robado de mis hombres, la lleva y arrastra sobre sus mismos pasos retrocediendo y en dirección al helicóptero que desde el sobretecho más adelante y contra el viento, intenta con balanceos mantenerse a una altura como paralelo, en el doble piso azotea.

- *¡La!* - Ordeno a todos los uniformados de la policía musulmana como a Pablo apuntando contra ellas, como al helicóptero. - ¡Van a herirla! - Grito, poniéndome como Caldeo de pie e intentando acercarnos.

Pero el movimiento brusco de la cuchilla más contra la garganta de Amely, siendo arrastrada por la mujer y obligada a subir unos peldaños para luego, montada al helicóptero por el ruso y su hombre, seguido de la reina madre nos obliga a detenernos.

Y un gemido, de dolor.

De mucho, más dolor.

Punzando mi pecho, sale de mí y bajo mi grito sobre el cielo.

Mi enorme grito, de impotencia y por más lágrimas.

Al ver a mi mariposa.

Mi pequeña mujer.

Siendo llevada, desde el helicóptero, para perderse entre la oscuridad y la noche con su vuelo.

Con el ruso sonriendo ante ello y pese a aún llevar oculto su rostro, la reina madre por la máscara, pero con su mirada profunda y silenciosa.

Muy silenciosa.

Ante todo.

Y sobre, mí...

AMELY

Grito.

Forcejeo.

Y lucho sobre la mujer que noté sobre la azotea viniendo hacía mi, bajo la lluvia torrencial para tomarme como rehén con un puñal en mano.

Para luego escuchar como me susurra al oído, mientras me obliga a caminar delante de ella.

- Si te niegas... - La hoja de la cuchilla apoyada contra mi mejilla, me obliga a girar hacía donde está Constantine. - ...una señal mía bastará, para que desde el helicóptero, lo acribillen... - Amenaza empujándome y obligando a que suba sobre la cúspide más alta de la azotea, donde a la espera está el helicóptero sobrevolando el lugar, por nosotras.

- No, por favor... - Gimo suplicante obedeciendo y notando como Constantine grita algo a todos y con Caldeo se detienen en su carrera, ante un movimiento brusco de la mujer amenazando más sobre mi cuello, cuando me empuja a subir a este y donde mi cara se refleja de horror al ayudarme a hacerlo un hombre, para luego lanzarme con rudeza contra el piso.

Al ver no solo la venda, que cubre la totalidad de un lado de su mejilla algo desfigurada, como mano con la que me atrapó.

Sino.

Darme cuenta que es el ruso y que yo, provoqué esa lesión la noche en el parque.

CONSTANTINE

La puerta al ser abierta por mí, es azotada con fuerza para luego ser abierta por seguir detrás mío mi hermano, mientras aflojo el nudo de mi corbata negra como el traje que llevo, mientras hago a un lado mi gabardina oscura que me saqué de un movimiento y lanzo, contra el primer sillón que se interpone en mi camino.

Dos días.

Solo eso, repite mi cerebro.

Dos jodidos días.

Que pasó, de la noche del hotel y donde el ruso como la reina madre huyeron en el helicóptero, llevándose a Amely con ellos.

Un bufido ahogado sale de mí, causando que se empañe el gran ventanal del hospedaje de Lála, donde me apoyé sobre mi manos como puños sobre sus lados y dejándome caer cansado mi cuerpo contra él.

Agotado por no dormir, estas poco más de 36h.

Defraudado.

Y embargado de tristeza, tras el funeral de mi amigo querido, hace horas llevado a cabo.

Mi maestro.

Y el padre que fue para mí, como Caldeo en este tiempo, donde sin jamás separarse de mi lado desde nuestro encuentro, permanece como ahora y a la espera de que la Hermandad Escarlata, de señales de vida.

Porque, siguen en Erbil, como nosotros, ya que por órdenes expresas del mismo rey.

Él.

Mi hermano.

Bajo su mandato extranjero con ayuda de la Interpol, la embajada de americana y la de nuestro país en conjunto, como de la mano de la *Colisión Multinacional* ocupando Iraq desde su guerra del 2003 tomaron la situación, nuestro reclamo y pedido ayudados por EEUU y Gran Bretaña.

Y bajo el movimiento de toda la policía como gendarmería musulmana, copando cualquier acceso de salida tanto portuaria, aérea y como terrestre, para que no tengan salida de escape.

Elevo mí vista al exterior que me ofrece la ventana, dejándome llevar bajo el movimiento diurno del tránsito como de cada transeúnte caminando con su congestionamiento en las calles, sobre ella y sus

sonidos típicos llegan hasta el piso en que nos encontramos.

Sé, que no se irán y aguardo ante eso.

Un llamado.

Una señal.

Porque van a negociar, ante su escape y me lo confirmó, la postura como silencio y la profundidad de su mirada.

De esa mujer desde el helicóptero, mientras se alejaban.

Sobre mí...

Volteo de la ventana y por sobre Caldeo apoyado contra una pared sobre un hombro silencioso, con sus manos en los bolsillos delanteros de sus jeans y jugando con su lengua, ese aro de toda la vida y que aún, mantiene en su labio inferior.

Con su pelo negro como el mío, llevándolo ahora más corto por estar más adulto y bajo el mandato de nuestro pueblo sobre él, como su rey.

Y donde a través de estos casi cuatro años, su fisonomía aumentó ganando musculatura casi como la mía, por el arduo entrenamiento diario para convertirse en un guerrero de su gente.

Un sangre *Qurash*.

Pero sin embargo y pese a eso, su expresión como mirada sigue siendo él, manteniendo sus viejos hábitos de hermano mayor rebelde, de años pasados.

Que sin decir nada mientras me encamino a un mueble y hurgo abriendo unas de sus puertas para sacar una botella de Bourbon, solo se limita a elevar una ceja sobre su mirada color hielo como la mía, mientras me ve como vierto un par de dedos de su contenido ámbar en un vaso que también saco de su interior y dejo caer un par de cubos de hielo en él.

- *Shaqiq, yjb tahdia...*(Hermano, debes calmarte). - Me murmura, al ver que bajo el contenido de un trago y me sirvo otra medida.

- *La 'astatie...*(No puedo). - Suelto y apretando el vaso con mi mano, ya vacío otra vez.

Los pasos de mi hermano caminando a donde estoy, se sienten en toda la habitación.

Para luego, su mano tatuada descansar con cariño, en mi hombro.

- Toda la tranquilidad y esa siempre serenidad que te registé, desde que te conozco... - Me dice apoyando sus dedos sobre los bordes de mi vaso de whisky, que aún conservo. - ...debes utilizarla...por Amm... -

Finaliza, quitándolo de mi mano para ponerlo en un estante y guardando la botella.

Caldeo, nunca bebió alcohol.

Pese a su apariencia renegada con piercing y llevar sus tintas en toda su piel, como ser el líder y cantante en su adolescencia de una banda rock, donde cantaba en el bar *WaySky*.

Jamás, lo hizo.

Y está en contra de que se haga, sin prudencia.

La puerta siendo abierta nos hace girar a ambos, para ver a 'ami sosteniendo esta para dar paso al jefe de la policía musulmana y otro hombre.

Al agente a cargo, en nombre de la Organización Internacional de Policía Criminal.

La Interpol.

Nos acercamos a ellos, mientras despliegan sobre la mesa que hay en el centro de la habitación, las carpetas que llevan en sus manos con informes.

Hojas.

Muchas.

Una a lado de otras y acomodadas por ellos, donde fotos como escritos documentan datos infiltradas de esta logia de red de tráfico, de *pétalos rosas*.

Con sus supuestos, miembros Escarlatas.

Y levanto esa para leer donde una prolongada como extensa lista, con nombres muy importantes de magnates y acaudalados mercaderes del mundo de los negocios, lo componen de los cinco continentes.

- Aunque no conocemos, la cabeza de esta cofradía de tráfico... - Habla el capitán de la policía musulmana seleccionando una foto, en la cual su mano las separa del resto y gira sobre la mesa para que la veamos.

La del ruso sacado desde la distancia, descendiendo de un avión particular en alguna pista de aterrizaje.

- ...el mano derecha de esa persona, es Mihail Varcovich... - Murmura.
- ...conocido como el ruso, acompañado de la telaraña que teje y atrapa con ella con su imagen y sensualidad, en toda esta mierda por... -
- Prosigue volteando una segunda foto, para ponerla a la par del ruso. -
...por su famoso apodo por ello, de la reina madre... - Finaliza, mostrando

una imagen borrosa y donde se aprecia a la lejanía la foto robada, subiéndola a un coche de alta gama y en color negro en plena avenida comercial de compras y llevando una pañoleta a tono rodeando su cabeza, pero con elegancia bajo unos lentes oscuros y solo dejando ver su pelo de un lacio dorado, sobre un lado y cayendo de su hombro.

Resguardando con recelo su identidad bajo su ajuar de alta costura, como belleza extranjera.

La americana.

- '*Asheur wa'ana 'aela...*(Siento, que la conozco). - Caldeo interfiere, elevando la fotografía de ella dudoso.

- '*Aydaa...(También)*. - Le doy la razón tirando con ambas manos, mi pelo que cae sobre mí, hacia atrás. - ...alguna modelo, actriz...

- No sería extraño... - Me interrumpe, el agente de la Interpol. - ...personas reconocidas en el ambiente artístico y moda como mercantil, con un alto poder adquisitivo pueden componer esta red de comercio ilegal... - Acota.

- Hay que desbaratar, esta mierda. - Suelto, mirando a ambos sobre la mesa. - con sus divisiones policiales y nuestra organización en conjunto. - Miro a mi hermano, para luego a ellos. - Permanecemos aquí, porque esta gente sigue en Erbil y por tal, estamos bajo la invitación del gobierno Iraquí en agrupación con la Sede Internacional de las Naciones Unidas al poder y porque, es algo que no se puede combatir solo... - Señalo todo el papelerío, sobre la mesa. - ...y necesitamos, intercambio de información...

Camino sobre el lugar.

- El objetivo de nuestro gobierno, como pedido de su rey... - Señalo a Caldeo. - ...es cerrar cada burdel de nuestro país como el de otros, donde se explote a mujeres como niños... - Vuelvo a la mesa y mi puño con fuerza e ira, cae sobre ambas fotos. - ...he investigado reclamos y protestas...interferiré sus prostíbulos de mala muerte, haciendo justicia a sus actividades... - Exclamo, con la fotografía del ruso en una mano. - ...de éste proxeneta... - Voy a la siguiente.

La de la mujer rubia.

- ...y su participe o socia en todo esto, aunque sin poder llegar a la mente maestra o líder que encabeza en el anonimato de esta logia y que solo se lo conoce, como "*Él*"... - Exhalo aire frustrado - ...pero en estos tres años no he conseguido evidencias sólidas o tan eficientes como lo

sucedido en el hotel noches atrás, con la venta directa que se frustró, de los *pétalos rosas*...

Estrecho mis ojos con mi mirada fija en ellos, apoyado totalmente con mis manos sobre la mesa.

- ...pero ahora sí, caballeros... - Gruño. - ...donde aparte, tienen secuestrada a mi mujer y amiga de los reyes de mi país. - Murmuro. - Solo necesito saber si van a estar conmigo agrade o no, mis métodos de equidad ante esto, cuando sentencie bajo mis manos y sables a cada integrante de esta cofradía llegado el momento?

Ambos hombres intercambian mirada en silencio, ante mi sinceridad por sed de sangre justiciera y que la aprensión de ellos, va a ser a mi modo.

Ya mi manera...

- Ellos... - Interrumpe Caldeo, rodeando la mesa. - ...como cada miembro de esta Hermandad son calañas...abusadores de la perversión sobre la trata de blancas, como pedófilos reconocidos en su ambiente... - Se detiene, sobre el agente. - ...pasamos toda la información, con datos preciso a la Interpol... - Murmura, sobre la afirmación de este. - ...nuestra finalidad es desbaratarla para que la ecuación de temor y pánico para todas estas mujeres como niñas atrapadas por esta red, cambien su ciclo en que se encuentran siendo robadas o engañadas, para luego prostituidas y abusadas o ser vendidas al mejor postor y que no tengan que seguir viviendo este miedo. - Les explica. - Para que los proxenetas que la corrompen en cuerpo y alma sean, los que en realidad tengan que temer ante la noticia recorriendo en el ambiente, de esta desvaratación de tráfico como logia, porque no lo vamos a permitir...ya que, queremos dilapidar contra la *oferta-demanda*... - Promulga mi hermano y arrugo mi ceño, por lo último que dice pluralizando.

Ante el silencio de ambas autoridades y el mío pese a no estar conforme, prosigue.

- ...al no haber oferta contra la red de tráfico humano regida por los cabecillas de esta masonería atrapada por nosotros, no habrá demanda... - Exclama. - ...siendo enjuiciados de la mano de ustedes los demandantes, como miembros de la Hermandad anónimos. Figurando su nombres en las listas, una vez que salga a la luz dando fin de todo esto y donde sus nombres... - Los señala. - ...aparecerán y quedarán en la historia, conllevándolos a futuros beneficios por tal... - Se sonríe leve, jugando

con el aro de su labio. - ...la gran pregunta entonces señores, es... - Se inclina, contra la mesa. - ...tenemos el apoyo, en sus respectivas áreas? - Finaliza.

Y la respuesta, no se hace esperar.

Y por ello.

Con mi hermano sonreímos.

Satisfechos...

AMELY

Perdí, la noción del tiempo.

Y de la hora.

Porque me dormí.

Me indujeron a ello, cuando noté un fuerte escozor en mi brazo por el pinchazo de una jeringa con cierto contenido líquido de golpe, mientras descendíamos del helicóptero y me ataban de manos tras mi espalda y me obligaban a subir a la parte trasera de un coche que aguardaba por nosotros, luego de poco más de una hora de vuelo esa noche.

No sé cuánto tiempo transcurrió, de la noche de la azotea y ese vuelo.

Ni donde estuve en las horas restante, por los fuertes efectos de la droga que me suministraban y me dejaban inconsciente.

Solo sé, que desperté por el movimiento ahora, por su camino sinuoso y en el compartimiento trasero de una camioneta cerrada.

Y donde al incorporarme y gemir, porque cada jodido hueso que compone mi cuerpo y que me duele por estar aún bajo los efectos de los sedantes, notando que no soy la única sobre el piso de esta.

Sino.

Algo más aparte de mí, de media docena de mujeres y un par de niñas.

- ¿Saben...dónde...vamos? - Logro balbucear, por tener mi boca reseca y darme cuenta, que ya no llevo mi máscara como capucha cubriendo mi rostro.

Pero solo la mitad contesta mi duda negando con su barbilla, mientras las otras se limitan tal vez por estar más expuestas a los efectos de los fármacos, a solo seguir mirando taciturnas sobre un punto fijo del compartimiento de la camioneta y bajo el ajetreo de la misma.

Intento arrimarme a ellas, arrastrándome como puedo al verlas así.

- No sé, como... - Les susurro bajito, procurando humedecer mis

labios sedientos y secos. - ...pero les...prometo, que voy a sacarlas de acá... - Miro a cada una. - ...si?

Y bajo sus miradas de asombro, mezclado con sus perpetuos silencios sumisos lleno de terror, logro captar la atención de todas.

Y darme cuenta al verlas mejor, que todas en realidad.

Son niñas.

Todas en comienzo a la adolescencia y donde sus rasgos, denotan que algunas son latinas.

Otras, de procedencia Húngara.

Y las pequeñitas de no más de 7 años y mi pecho, se oprime por ello.

De alguna parte Sud Oeste Asiático.

Tal vez Vietnamitas o de la zona de Camboya.

Y quiero, decirles algo más.

Calmarlas.

Contenerlas.

Pero la frenada brusca de la camioneta, seguido del compartimiento trasero siendo abierto por hombres, me calla.

Nos obligan a todas a que bajemos bajo sus gritos en ruso a que nos apuremos, pese a la pesadez de nuestros cuerpos adoloridos y el mío, tiritando por frío por llevar todavía el traje guerrero, cual en zonas aún puedo sentir la humedad por la lluvia pasada como parte de fango sobre el y gran parte de mi rostro.

La claridad despejada del día golpea mi vista y puedo notar al elevar mis ojos al cielo, que por la posición del sol no llega a ser mediodía y el lugar donde nos encontramos, es una zona alejada del centro capitalino de Erbil.

Creo.

Una región de lo que parece en antaño, haber sido comercial en la pesca por los grandes edificios raídos en su construcción como galpones en los lares, con viejas barcas acumuladas por el tiempo sobre sus lados y el levantamientos de maquinarias tipo grúas para el traslado de estas, ya oxidadas como avejentadas por los años, sobre su lugar y a un lado de un río.

Un gran y extenso pasillo nos obligan a circular una vez dentro de la edificación, los cuales puertas a ambos lados de las paredes que componen esas habitaciones pero sin estas, solo remarcan su privacidad con pedazos de telas ajadas y desteñidas, cumpliendo la función de

cortinas.

Y dónde puedo ver bajo el constante golpe a mi espalda por uno a que apure mis pasos, que en cada interior de estas nefastas habitaciones, distinguir más niñas que no alcanzan su mayoría de edad dentro.

Y náuseas amenazan mi estómago, impidiendo que siga caminando y apoyo por eso una mano, en la vieja pared al notar.

Que algunas están solas, contra un rincón de sus camas con su soledad y miedo, a medio vestir y sin llevar ropa interior.

Y otras.

Mi Dios querido...

Iguales pero acompañadas de clientes, usándolas sexualmente.

- *Progulka! Ili ya ne zabudu, chto ya prosil vas mnogo...*(Camina o olvidaremos que pidieron buen trato por ti). - Me gruñe en su idioma y empuja con fuerza, el bastardo tras mío.

Respiro lo más profundo que puedo para ahogar mis ganas de vomitar, manteniendo mi calma y aunque, no entendí sus gritos sigo camino, por el estrecho pasillo hasta sabe Dios donde nos llevan.

CONSTANTINE

- ¡Logramos, contacto! - La voz de Pablo con su sotana de párroco se siente y aparece en la habitación, mientras miramos el mapa de la ciudad ahora extendido sobre la mesa, con Caldeo ya solos.

Levantamos la mirada de él para mirarlo junto a *'ami*, aparecer por la puerta y acompañados de un niño musulmán de no más de diez años.

Me acerco a ellos pero en especial al muchachito, que pese a estar rodeado de todos nosotros, no se siente intimidado.

Pablo detrás de él y con ambas manos sobre sus pequeños hombros, le habla.

- Diyya es parte de mi congregación. Hijo de padres pesqueros humildes... - Me mira. - ...jugando con los demás niños frente al campanario una mujer rubia, joven y bien vestida según su descripción, se acercó a ellos y a cambio de unos billetes, pidió a Diyya que entregara este papel a través, de mi intervención...

Se inclina para nivelar su baja estatura y con una sonrisa calma, le susurra.

- Diyya, entrega la nota a la persona, que te dio la mujer... - Lo alienta, con cariño y sin hacerse esperar, el niño pronuncia mi nombre bajo el

asombro nuestro, mientras me acerco tomando el pedazo de papel doblado y que me extiende.

Caldeo sobre mi hombro lee su escrito, pero niega.

- ¡No! - Me dice enérgico y ante mi asentimiento que sí, luego de leerlo.

Camina sobre su lugar intentando contener su furia, mientras hago seña a *'ami* que se lleve al niño.

Pero la sacudida de mi hermano por su ira, tirando parte de lo que hay sobre la mesa de un manotazo por bronca, me hace voltear a él.

- ¿Constantine, no entiendes? - Me grita. - ¡Conocen, tu identidad! - Nos señala. - ¡La de todos! - Continúa. - No, lo harás. ¡Te lo prohíbo, hermano...es una orden, de tu rey!

Aunque niego, sobre mi lugar pensativo a su mandato.

Tiene razón.

La nota con escritura femenina y elegante, es corta.

Concisa.

Solo demandando mi única presencia en determinado lugar hoy y a una hora de la noche.

Y con mi nombre, encabezando este.

No tengo la más jodida idea, como pudieron averiguar mi identidad.

La de todos en realidad, como ubicación.

Pero ella, pide por mí.

Ella, me reclama a mí.

Porque, sabe que tiene algo mío.

Mi Argema Mittrei.

Mi mariposa.

Y obviamente, quiere negociar por mí a lo que sea que desea.

Me acerco, a mi hermano.

Al que volvería a dar mi vida, otra vez por él.

- Yo, debo hacerlo Caldeo... - Le digo suave, pero decidido pese a su rostro negando.

Sonrío triste.

- Te debo una extensa conversación, todavía... - Lo abrazo. - ...pero debo terminar lo que comencé con nuestro Cabul, mi *Sayyid*... - Murmuro.

Puedo sentir sus lágrimas humedeciendo mi camiseta y contra mi hombro, por su agarre más fuerte contra mí.

- Me prometí, no perderte de vuelta Constantine... - Me dice, sobre

nuestro abrazo.

Y mi sonrisa triste, vuelve.

- Y yo le prometí a *'amirti*, volver...(mi princesa). - Digo. - ...como jurarme, que nunca le pasaría nada y voy a ir por ella, Caldeo...

Retrocede unos pasos de nuestro abrazo, decidido.

- Entonces, iremos juntos. - Me dice, rotundo.

Y se confirma mis sospechas, cuando hablábamos momentos antes con el agente y capitán hablando en plural.

Su inclusión, en lo que se viene.

Y es mi turno, de negar imperioso.

- *Mustahil*, Caldeo. (De ninguna manera). - Soy determinante.

- *¡'Ana almaliki, 'ant madin li alttaea!* (¡Soy tu rey y me debes obediencia!). - Me responde, sobre la mirada entre asombrada y divertida de Pablo, testigo de nuestra disputa.

Vuelvo a negar.

- Tienes familia esperando por ti, Caldeo. - Digo. - Es peligroso...

- Pero si no dejas, que te ayudemos Constantine... - Se acerca Pablo, a nosotros dos. - ...jamás, tendrás la tuya propia... - Suelta sincero, mi mejor amigo.

Ambos lo miramos silenciosos y yo pensativo, seguido a mirarnos con mi hermano, profundamente.

Llevo mis manos a las caderas y con un resoplido, delibero bajando mi vista al piso.

Ambos, somos jodidos.

Ambos, somos impulsivos.

Y ambos, somos de mal genio imperioso.

Todo eso, corre por nuestras venas.

Por nuestra sangre.

Elevo apenas mis ojos, para mirarlos a través de mis pestañas a ambos.

Y mis labios, se alzan.

- Entonces... - Sonríe más por sobre la de mi querido hermano, ampliando la suya al ver que acepto. - ...los tres, contra la Hermandad? - Pregunto.

Pablo feliz, asiente extendiendo su brazo y con puño cerrado frente a nosotros.

- ¡Si, maldita sea! - Blasfema mi párroco amigo. - ¡Vamos a patear

traseros Escarlatas, guerreros y hermanos *Qurash!*

Caldeo ríe y lo imita, extendiendo el suyo todo tatuado.

Y yo, lo miro a ambos tan emocionados como ellos.

Y extendiendo el mío, también, formando la unión de los tres brazos unidos, por nuestros puños.

Lo que parece.

Es y la misma palabra que mencioné momentos ante, lo dice.

Lo afirma.

Unión.

Garra.

Lozanía.

Y la fuerza de los tres, contra lo que se viene y vamos a enfrentar...

AMELY

Bajo mis gritos de negativa y forcejeos contra ello, me encierran sola en una habitación de unos pisos más arriba que pese a la dejadez del lugar.

Esta, si está más aseada.

Como también tiene una puerta, lo cual se siente su cerradura al encerrarme bajo llave.

Y gruño, sobre mi barrida en ella inspeccionando.

Una cama prolijamente tendida con sábanas que parecen desde donde estoy, limpias y un pequeño mueble en el extremo contrario como únicos mobiliario, ambientan estas cuatro paredes ajadas de su pintura blanca y desnudas, de algún tipo de decoración.

Corro a la única ventana deslizando sus viejas cortinas y gimo de frustración, al notar el enrejado de acero reforzado del otro lado.

Me giro sobre esta mordiendo mi pulgar por otra ruta de escape, cuando el cerrojo por la llave vuelve a girar para ser abierta por el mismo hombre y dar paso a una jovencita.

Una niña, que no supera sus 16 años.

Pero por sus atuendos ajustados parece más mayor sin dejar de ser juveniles, remarcando su juventud, bajo todo el maquillaje que carga su rostro y que nunca eleva hacia mí y solo extiende en mi dirección, lo que lleva en sus brazos.

Una prenda de vestir, en color rojo.

Zapatos, de tacón finos.

Y lo que parece, en un neceser de limpieza con toallas.

Todo, para un aseo de baño.

- Dúchate, cámbiate y ponte bonita, para ser vista por él. - Me ordena el hombre, mientras empuja a la muchacha a que ponga todo sobre la cama y que salga de la habitación, con un gruñido.

Me mira.

- No es bueno que te niegues y no es bueno tampoco, que lo hagas esperar. - Dice. -Tienes 30 minutos para ello...si no estas lista, te llevo ante él... - Se sonríe malicioso. - ...desnuda o medio vestir... - Finaliza, cerrando la puerta tras sí y sin más.

Corro a la puerta lateral para notar que una ducha de mala muerte, con un lavado e inodoro y sin una dichosa como puta ventana de salida.

Y solo eso, como todo lo que compone el baño, mientras obedezco.

Pero solo por el hecho que haya una oportunidad vigente de escape, cuando vengan por mí.

Al abrir el comando del agua de la ducha, esta sale, caliente y reconfortante.

Lo que mi cuerpo maltrecho y sistema nervioso, pide a gritos.

Me desnudo e introduzco bajo su lluvia, pidiendo bajo un ruego bajito que esta me purifique para una idea de para fugarme, con todas las niñitas de este edificio.

Y lo que mi corazón como pensamiento, solo piensan luchando contra el sí y el no.

Que Constantine, venga a mi rescate.

Pero al mismo tiempo no, por miedo a que le suceda algo y que mi mayor temor se cumpla.

Me seco y visto, con lo que pusieron para mí y frunzo mi ceño al notar que es un elegante, como sexi vestido ceñido al cuerpo y largo hasta mis tobillos en rojo *escarlata* y con zapatos oscuros a juego.

No utilizo ningún maquillaje que hay dentro del estuche y solo me limito, a acomodar mi pelo húmedo para llevarlo suelto mientras lo seco un poco más con la toalla, en el momento que la puerta es abierta otra vez, por el tipo y guardo algo en mi prenda.

No dice nada.

Y yo tampoco, mientras solo me limito a seguirlo pasos más atrás por el corredor y más escaleras, hasta un vestíbulo pisos más arriba.

Lugar donde, la limpieza como decoración.

Guau.

Cambia arbitrariamente a mejor, denotando mucho higiene y aseo, como buen gusto en decoración Victoriana en sus pulcras paredes blancas.

Al igual lo que lo rodea y decora con imponentes estatuas griegas en su blanco marfil en ambos extremos y a juego con la alfombra tapizada su piso.

Del mismo color, que el vestido que llevo.

Rojo Escarlata.

Y a composé con todo esto, por una fina música clásica y majestuosa que sale de las doble puertas en madera con su barniz como tallado y con su labrado en elegancia, del interior de la habitación que ocultan tras ellas.

Que abre el hombre que me custodia, para luego cerrarla cuando ingreso y dejarme en el interior de dicha habitación enorme.

También fina como distinguida, en ornamento y decorado.

Haciendo imposible creer que semejante basurero de construcción y abandono, tenga este piso de glamour como elegancia.

Y lo que más, me llena de odio.

Que, quién sea este "Él" goza de estos buenos atributos de comodidad con sus sofisticadas cualidades de comodidad y abundancia, al notar una hermosa mesa también de diseño Victoriana, en un extremo con servicio de habitación en comida gourmet con champagne y frutas de estación cortadas magistralmente, cocinadas tal vez por algún chef.

Mientras pisos más abajo, niñas como criaturas.

Padeciendo, comiendo y durmiendo en la carencia, como miseria total.

Y explotándolas salvajemente.

- Puedes servirte, lo que quieras...

Una voz gruesa y masculina, invade la habitación por sobre la música clásica de *Pachelbel*.

Y quiero gritarle en su cara millones de improperios y que su comida elegante se la meta por donde no le da el sol, mientras lo siento venir hacia mi y lo busco con la mirada por el enorme salón.

Pero mi boca cae a medida que se acerca, con su elegante traje de vestir oscuro de tres piezas de corte europeo y en tono oscuro.

- ¿Tu? - Solo sale de mis labios confundida y al reconocerlo, al tenerlo en frente.

Y su sonrisa, se amplía de satisfacción por eso...

Capítulo 16



- Te pedí que te cuidaras, cada vez que salías, nena... - Me dice, como todo su semblante.

Tranquilo.

Mientras de una botella de diseño fino sobre una pequeña mesa de cristal y con contenido de lo que parece whisky, vierte una medida en un par de vasos.

Me ofrece uno, pero me niego retrocediendo unos pasos y se sonríe por eso, mientras toma asiento placida como elegantemente, en un sillón en tapiz púrpura frente y cercano a donde me encuentro.

- ¿Por qué? - Solo susurro, aún sin entender mucho, como procesar todo esto y ver a la persona que creí un ejemplo a seguir en mi oficio, por la gran carrera que había forjado a lo largo de los años.

Mi compañero.

En el que se había convertido en estos últimos tiempos para mí en África, con su dulzura y sus siempre palabras alentadoras, como bonitas para conmigo.

Y me enseñó a desenvolverme frente a mis dudas como amigo y camarada de equipo, compartiendo extensas horas de trabajo como en noches por ello, mediante litros de café, risas y comida congelada.

Ghoro.

Mi pregunta provoca, que cambie su forma de mirarme y su semblante como cada rasgos de expresión de su mirada, más profunda sobre mí.

Qué lejos está de ese amigo, que si me hubieran dicho de esto semana atrás.

Hubiera, reído a carcajadas.

Aunque toda su postura es rígida y dura, ahora por sobre sus labios frotándolos con sus dedos atento a mi persona, se dibuja una sonrisa entre divertida y repugnante.

Dios querido...

Como disfrutando, de todo esto.

- Que, por qué... - Señala todo con la misma mano, que antes apoyaban y jugaban en su labios. - ...esto, Amm? - Dice y vuelve a negar, como si mi pregunta fuera la más tonta del mundo, bajando su mirada a sus elegantes zapatos para buscar las palabras correctas.

Para luego mirarme fijo y sin dejo de diversión en absoluto.

- Esto es algo que la mentalidad de ustedes los occidentales, nunca lo van a entender, cariño... - Me dice dando otro gran sorbo a su vaso, para luego apoyarlo en la mesita que nos separa. - ...la pobreza con sus miserias y vivir en países donde la abundancia no existe, nos obliga... - Piensa. - ...y nos hace crecer, con la necesidad de sobrevivir a costa de lo que sea. Donde ser testigo de niño junto a tus numerosos hermanos las falencias de tus padres pobres, como cada día de tu miserable vida, viviendo en una zona de mala muerte...y donde tu hogar se compone, por un techo de chapa y barro, con paredes de tela y madera a la par solo una ración de granos hervidos, como toda comida... - Su mano ante el recuerdo, oprime y juega con fuerza con el anillo que al igual que el ruso, lleva en su meñique, cosa que si lo tenía antes, nunca lo noté.

Con el blasón de la Hermandad.

- ...y te hace testigo que tanto tus padres como otras familias a sus hijos por la desidia, obligan a la prostitución o venta de ellas, al mejor postor...

Niego congelada ante sus palabras, tan convencidas.

- ¡No... - Interrumpo. - ...la pobreza no es excusa, para sacrificar un niño o una adolescente a la prostitución o venta en ninguna cultura! - Grito.

Inclina su cabeza.

- ...Es parte de la cultura del bajo mundo asiático y africano por sus miserias, Amm... - Se sonríe. - ...su opción, es los burdeles... - Prosigue. - ...y antros, puede que la policía o alguien pueden rescatarlas... - Sus manos se elevan para hacer comillas al aire, ante esta última palabra. - ...pero ellos, siempre toman como opción volver, porque es el deber de los hijos ocuparse de los padres. Familias tan pobres, que no se pueden dar el lujo de vivir...

Se pone de pie y camina unos pasos, bajo mi mirada llena de asco por todo esto.

Voltea a mí.

- ...como en la misma naturaleza, Amely...donde un cachorro y en este caso un niño, es sacrificado por el bienestar de los otros y para que el clan familiar, prospere sanamente...

De pie y sin dar crédito a sus jodidas palabras, lucho contra mis lágrimas por esa omnipotencia de sus palabras, mientras intento imaginar su infancia.

Sus hermanas.

Elevo mi vista, a él.

Y lo que fue él de niño y como se convirtió en esto.

- Tu... - Pregunto dudosa.

- Yo qué, Amm? - Se acerca a mi lento y retrocedo, topándome con un mueble que me frena de su alejamiento.

- Por favor, Ghoro... - Suplico al sentir su enorme cuerpo acorralándome y respiración, cuando llega, jugando en mi cuello.

- ¿Si también, me prostituí? - Murmura a mi duda y aunque, no lo veo por su postura inclinada hacia mí, siento su leve sonrisa rozando mi piel.

- Si, nena... - Me confirma. - ...era un niño... - La punta de su nariz roza la base de mi cuello, provocando una oleada de escalofrío en mi columna. - ...como a mi hermana... - Huele mi cuello y yo cierro mis ojos por ello, conteniéndome. - ...pero lo mío, se convirtió en placer. - Dice volviendo su mirada a mis ojos, para luego alejarse para retomar su bebida abandonada y reír.

- Descubrí, no solamente el dinero fácil... - Bebe y me señala, con el mismo vaso. - ...sino, que a los malditos pedófilos adinerados, los puedes enamorar.

¿Qué?

- Si eres hábil en negociar y hacer de su perversión, un comercio con sus millones... - Se encoje de hombros. - ...tu futuro.

- ¿La Hermandad?

- Exacto. - Asiente dejando el vaso ya vacío en el mismo lugar, para tomar asiento nuevamente sobre el sillón y entrelazar sus dedos frente a él.

- Fue algo que me llevó tiempo. Empezar de abajo y lo cotidiano en este ambiente...para luego en el lugar indicado y en el momento oportuno, bajo clientes adecuados siendo su niño, seguido a su joven favorito sexual y juguete, formar esta cofradía de succulentos como enviciados miembros y asiduos consumidores, por carne joven. - Cruza un pierna con la misma tranquilidad, que sus palabras. - Donde la demanda fue creciendo no solamente por los pollitos vírgenes y de poca edad. Sino, por las adolescentes y plena juventud de mujeres...

- ¿Pero, eres periodista? - Digo con asco intentando imaginar, que estuve al lado de esta aberrante persona compartiendo momentos, cuando al mismo tiempo manejaba robo, engaño y secuestro de personas para traficar.

Y sobre mi cabeza explotando de indignación por ello y nuevamente mis

náuseas amenazando mi estómago, vuelve asentir.

Me abrazo a mí, misma.

- Lo necesitaba, Amm. - Abres sus palmas, como dado por hecho. - Inculcarme, ilustrarme y ser partícipe del lugar y epicentro donde abunda y es, parte las noticias y por ende, llega primero a mí. Ser uno de ellos a la par y a base de mucho estudio. - Me hace entender. - Uno más y donde mi persona, no sea sospechosa y la fuente de todo llegue a mi sin recelo, mientras lideraba y conducía todos los Escarlatas y mi producción de *pétalos rosas*, sin sospechas...

Niego.

- No se saldrán con la suya... - Sacudo mi cabeza. - ...no te saldrás con la tuya, Ghoró...

Su carcajada me interrumpe y se inclina sobre su asiento, muy amenazante a mí.

- ¿Acaso crees que capturándome, va a cambiar la situación Amely? Esta red de tráfico, solo es la punta de un enorme iceberg que se compone este comercio cariño y en el mundo entero... - Se pone de pie, con brusquedad. - ...un problema que se apodera con cada segundo como minuto de cada día, sin saber lo que es la tregua en un condenado país y que crece frente a sus narices. - Vocifera. - ¡Y donde ustedes condenados occidentales, aman pelear una guerra que nunca van a ganar!

- Te equivocas, Ghoró... - Y mis lágrimas sucumben, pero de la bronca. - ...cada jodida parte de ti como de tu gente, la van a pagar... - Vuelvo a exclamar.

Y su carcajada, suena y señala la puerta, como esperando un héroe.

¿Acaso, Constantine ya está aquí?

- ¿Por el enmascarado? - Vuelve a reír, mientras un chasqueo de sus dedos suena en toda la habitación tipo orden manteniendo su postura inflexible y por el mismo hombre que me trajo momentos antes, es abierta la puerta al escucharlo.

Pero, sus ojos oscuros están sobre mí, cuando vuelve a ponerse de pie.

- Siempre, me gustaste... - Camina otra vez hasta donde estoy e intenta acariciar mi mejilla, pero me niego.

Mi rechazo, lo hace sonreír más.

- ...tu ingenuidad torpe y media salvaje, atrapa Amm... - Me recorre, con la mirada. - ...tal vez, te convierta en mi juguete personal por un tiempo, cuando te lleve conmigo y antes de venderte... - Su mano, intenta tocarme y vuelvo a

rechazarlo, pero la fuerza de ella esta vez no perdonando mi actitud, presionando mi cuello mientras la otra y sin importarle una mierda la presencia de su hombre y por sobre mi vestido, se entierra en mi entrepierna y la toca una y otra vez.

Frotándola.

- Será divertido poseerte, ya que por eso hice que te vistieras hermosa, mientras el tal Constantine, te observa derrotado por no poder ayudar, como defender a su chica... - Promete.

Y mi entrecortada respiración por procurar detenerlo, se acentúa al sentir que nombran como conocen la identidad de Constantine.

No tengo idea como lo consiguieron y averiguaron, pero lejos de pánico escupo su rostro.

- ¡Jamás podrás, contra él! - Chillo, sobre su bofetada con fuerza por hacer eso, haciendo que trastabillo por mis tacos y caiga al piso.

Pero ni eso y el fuerte dolor de mi rostro que arde por el doloroso golpe, no me impide que siga hablando.

- ¡Todos van a caer bajo el rigor de su justicia, Ghoro! Y se arrepentirán de ello... - Grito por sobre su hombre tomando mi brazo y obligando a ponerme de pie, mientras me arrastra en dirección a la puerta para que salga.

- ¡Llévala y enciérrala, de vuelta! - Gruñe la orden. - Es nuestro pasaporte de salida de acá, si esto se complica... - Exclama entredientes y limpiando su rostro con un pañuelo por mi escupida.

La puerta se cierra tras de mí, pero logro sentir que de su interior otra se abre y percato, aunque me es imposible entender como escuchar bien por mis forcejeos, mientras me obligan a bajar las escaleras.

Que una voz femenina, se acopla a la de Ghoro.

La misma voz de la mujer que me tomó de rehén, la noche de la azotea en el Hotel.

REINA MADRE

- Vaya que cambió, en este tiempo... - Sale de mis labios, cerrando la puerta anexa de la gran habitación, pero apoyándome en ella una vez que se la llevan. - ...ahora habla y se defiende con ímpetu. - Digo. - En la universidad era una idiota de escala mayor, que su mejor amiga... - Murmuro esto último, caminando y mordiendo mi labio por los recuerdos y provocando que el sabor metálico de la sangre por lastimarme, saboree mi boca.

Recuerdos.

Que pese, a que intenté perdonar y eclipsar, esa evocación a mi época de

estudiante y adolescencia.

Nunca, me abandonaron.

Porque, me hicieron el hazme reír en la universidad.

La burla, de todos.

Luego del rechazo.

A mí.

La chica, que lo podía todo.

Que tenía y conseguía, lo que fuera.

La diva y la más popular de la U.

Admiradas, por todos y envidiada por muchas.

Yo.

Constanza Goti.

Para luego, ser despojada de mi trono, no solamente de Caldeo y por la insípida Junot.

Sino, agravando mi vergüenza y a mi corazón.

Uno cual por el primero, nunca latió aceleradamente ya que era mi capricho.

Mi trofeo.

Sino.

Ante el rechazo sin nunca entender, a su hermano cuando lo conocí en su visita en nuestro país.

A Constantine.

Una negación que pese a que fue de pocas palabras y bajo una reverencia de forma caballera, una tarde en el hospital.

Sentí humillación.

Por creer.

Ilusionarme y disputar ante ese amor, por una beca de mi carrera en Antropología en África, para estar cerca de él.

Por ser una idiota y permitirme soñar, que lo haría cambiar de parecer.

Para luego con ese papel ilusionada entre mis manos, recibir su rechazo y sin dejo de emoción, como todo hermano Kosamé.

- Mintió... - La voz de Ghoro, me saca de mis pensamientos. - ...engañó a todos... - Se acerca a mí y niega. - ...te mintió con su muerte teniendo de aliada a Amely y su hermano, Constanza... - Murmura y lo miro interrogante por eso.

- ¿Acaso, lo dudas cariño? - Me dice ante mi mirada y pasando con cuidado su pulgar sobre mi labio lastimado, para luego lamer el rastro de mi sangre que quedó en el. - Se rieron de ti, mi reina... - Susurra cálido en mi

oído, caminando a mi alrededor y poniendo las manos en los bolsillos de su fino pantalón de vestir.

Y le creo.

Porque, Ghoro cuando caí sobre una inocencia que perdí, al conocer a Mijhail.

Que con su galantería germana y aprovechando mi vulnerabilidad emocional, una noche en un bar de África donde trabajaba medio tiempo para costear mis extras, como estudiante extranjera.

Y aunque, abusó de mi como cada uno de sus clientes tiempo después.

Nunca me dejé abatir y eso, me llevó al padre de toda esta Hermandad.

Ser presentada, ante "él."

Ghoro.

Y donde cada promesa que me hizo la cumplió, porque me veneró y sentí, cada vez que también me poseía.

Que, era suya.

Para darme y hacerme sentir, lo que Caldeo y Constantine, nunca me dieron y yo deseaba tanto.

Ser una reina, proclamada.

Como él me llamó, al ofrecirme esto.

Un cambio radical y sin escrúpulos, donde un sentimiento de inseguridad no sufrí, acerca de la bondad o licitud de esta propuesta, porque ya nada como ningún tipo de sentimiento regía en mí.

Existe, en mí.

Y con el poder absoluto de dominar a mi antojo y por sobre Mijhail, porque me fui convirtiendo en la monarca madre en todo esto.

- ¿Estas lista? - Pregunta ante mi silencio y sobre mi oído. - ¿Para darle fin a un pasado que creías pisado y que vuelve a ti, para reírse en tu cara? - Besa mi hombro. - ¿Lista para detener algo que tanto te costó esfuerzo, mi reina...tu mundo, tu trono y no permitir que nadie desbarate tu reino?

Y siento, sin dudar.

Duda que luego de ver esa noche en la azotea, la mujer que tomé de rehén, era Amely.

Disipó, porque por un momento vacilé por un instante que me colmó ante ello, pero se esfumó al cumplirse mis sospechas esa noche.

Cuando vi su rostro descubriéndose bajo la lluvia y que Constantine, estaba vivo.

Y eso, fue como una bofetada de burla para mí.

- No te preocupes. - Digo con firmeza y dando un beso ligero a su mano descansando en uno de mis hombros. - Que de él, me encargo yo cariño...

CONSTANTINE

La noche comienza a adueñarse del cielo y donde ya algunas estrellas sobre su color azulado por ser una noche que promete ser estrellada, acapara y cubre los ocres entre naranjas y rosados, de los últimos rayos de sol ante el ocaso, en el momento que me detengo con Caldeo sobre todo el predio de viejas edificaciones, donde el papel escrito por esa mujer detalla nuestro punto de encuentro.

Zona que en sus mejores épocas, fue por las viejas construcciones como esqueletos de antaños barcazas, de la comercialización pesquera.

Y ahora ante la desolación, el abandono y por estar alejada de la ciudad.

Parece, un pueblo fantasma.

- Pablo estará sobre la posible huida de algún Escarlata y ayuda de las niñas, para darte tiempo...mientras voy por Amm. - Caldeo me dice bajo, mientras ambos miramos todo lo que nos rodea y donde en algún lugar, está escondido mi amigo que momentos antes se separó de nosotros.

Me limito a solo asentir, mientras deslizo hacia arriba para cubrir mi rostro con la máscara como la capucha de mi traje mi cabeza y mi hermano me imita, escurriéndose por un extremo y sin perder tiempo.

Lo veo escalar entre la oscuridad mientras yo con un movimiento, trepo la edificación lintera para saltar de azotea en azotea y llegar a un saliente de un techo.

Y tras este, intentar mirar desde mi altura el perímetro de la zona y previo lugar, de encuentro.

No siento movimientos, como sonido que llame y delate presencia humana.

Bajo de un salto cuando me acerco y con cada paso que doy sobre el viejo piso pavimentado y polvoriento mientras me aproximo y puedo notar desde la oscuridad y por oxidadas farolas cerca del río y ubicado sobre las construcciones traseras, como un afluente da salida mediante su accidente geográfico a la desembocadura de sus aguas, van directo a canales activos de navegación que llevan a la ciudad.

Un cartel a medio caer y herrumbroso sobre todo el frente, de un viejo galpón con sus insignias de haber sido un astillero tiempo atrás y donde su enorme entrada totalmente abierta, me señala que es lugar y me interno a la oscuridad de su interior sin dudar, sin antes echar un último vistazo a las

alturas de los demás edificios.

Su silencio es cerrado, sobre mis fuertes pisadas.

Desde la altura de sus ventanas continuas y donde muchas están hechas añicos sus cristales, la luz de la luna llena colgando como un péndulo estático y plateado esta noche, me permite ver sobre mis lados mientras avanzo por adentro, máquinas herrumbradas sobre su superficie de hierro y metales por el contacto con los años y abandono, por la humedad como agua de algunos aguaceros por filtrarse sobre el techo dañado.

Una de las tantas escaleras y para acceso rápido que tapizan porciones de sus paredes laterales a su altura, rechinan de forma oxidada contra mi respiración, ante el aire que corre por el lugar y su entrada completamente abierta.

Casi al final, donde yace una gran cámara frigorífica y sobre lo que fue la mesa de corte de cardumen, me detengo sacando mis dos sables de mi espalda, al sentir el sonido de unos altos tacos caminado de forma pausada y haciendo su aparición al sentir mi llegada.

Seguido del encendido de una sola y única bombilla de luz con su mano, dando fin a la oscuridad.

Sobre mí y a la mujer, que aparece frente mío.

- ¿Lo usarás contra mí, Constantine? - Pronuncia mi nombre con familiaridad, tranquila y elevando su semblante que cubre gran parte de el, su pelo dorado por llevarlo suelto y que de a poco me deja ver su rostro ya sin antifaz.

Y el asombro me cubre por el viejo recuerdo y lo familiar, azota mi mente al reconocerla de años atrás.

La chica, que fue parte de la vida de mi hermano y que por motivos de la realidad de Caldeo con *'amirat lahse sabái* (su princesa y primer amor) su corto plazo como novia o lo que fuera, llegaba a su final.

Y donde una tarde en la sala del hospital, me confesó su amor tras varias visitas y muchas fuera de horario de ella.

Ya que, eran solo, para verme a mí.

- ¿Dónde, tienes a Amely? - Gruño, como respuesta a ello.

Camina unos pasos para acercarse y uno de mis brazos que extendiendo y la punta con mi sable frente a ella, la detiene.

Niega.

- Ni siquiera, lo pienses... - Me dice, para luego mirarme profundo como intentando entender lo que sea, mordiendo su labio inferior donde a pesar del

labial rojo escarlata que lleva puesto, hay rastro de una herida. - ...por Amely, me cambiaste? - Me pregunta, retomando sus pasos. - ¿Qué tiene ella, Constantine?

Camina otro suave paso, esperando.

- ¿Qué te hizo, amarla? - Reitera, pero esta vez suplicante ante mi silencio y con una voz como si por un momento olvidando quien es ahora.

Y volviendo a ser la muchachita de antes, cuando negué su confesión.

- ¿Dime que jodida cosa, tiene ella? - Me dice. - ¡Porque un chasquear de mis dedos, será suficiente para que mis hombres, la maten! - Me amenaza, obligando.

Y no dudo.

- Porque mi mariposa jugó con fuego sabiendo que enamorarse de mí, es estar a mitad de un incendio... - Digo.

Y mis palabras sinceras, la congelan.

Como su mirada verde, volviendo a endurecerse y volverse plomiza por desagrado.

- ¿Y por ella, te entregas? - Suelta, caminando sigilosa y llegando hasta donde estoy.

Pero estos se detienen frente a mí, cruzando tenuemente sus brazos sobre sus pecho y ante mi otra vez silencio.

Se inclina, leve.

- Dime, Constantine Kosamé... - Me susurra. - ...qué serías capaz, de hacer por ella? - Murmura suave.

Y el filo de mis dos sables de un movimiento rápido, se clavan sobre sus lados con precisión y contra el piso a centímetro de ella con sus tacones de forma poderosa por sus aceros.

Pero no se inmuta ante ello, aunque la toman de sorpresa y casi rozándola.

Porque su mirada clara por sobre el maquillaje que lleva, destellan y sus labios forman una fina línea de tensión al notarlo.

Seguido de ello y en señal de rendición, hacer a un lado tanto mi capucha como máscara que protege mi identidad.

Y caer de rodillas, contra el suelo y sumisión, soltando mis sables ante sus pies.

Entregado...

Para luego, elevar apenas mi rostro totalmente al descubierto y mirarla fijo a los ojos y decir sin dudar.

- Por ella, yo moriría. - Respondo, sin titubear.

Su mirada se desencaja de frustración, ante mi dicho y sobre, un.

- Patético... - De sus labios, percató sobre su mirada que una seña hace detrás mío.

Continuo, a un golpe fuerte en mi nuca ante esa orden.

Que me desvanece llegando la oscuridad y sentir, que el piso viene hacia mí.

AMELY

Intentando en vano con forcejeos en la misma habitación de momentos antes y donde me encerraron otra vez, aflojar los jodidos barrotes que atraviesan la ventana.

La puerta se abre por el mismo hombre, pero esta vez para dar paso al ruso, también.

Retrocedo sobre la pared en que estoy, ante su proximidad caminando hacia mí pausado y llevo mi mano a mi boca para reprimir un grito ahogado, cuando a centímetro de mí acorralándome y de un movimiento sutil con su rostro casi pegado al mío y en silencio.

Saca la venda que cubre un lado de una mejilla, para mostrarme la gruesa cicatriz saliente y carnosa, que desfiguró sin poca sanación de su cara y como recordatorio a mi ataque con el *Rammisha*.

- ¿Me recuerdas? - Me susurra bajo y acariciando el lado de mi rostro que expongo al hacerlo a un lado para no mirarlo, con la suya que lleva otra venda por la herida del puñal de Constantine.

Sintiendo la aspereza de su gruesa y pulposa lastimadura en proceso de cicatrización, contra mi piel con cada frote que da.

Intento alejarlo con mis manos sobre mi pecho, pero su fuerza como gigante cuerpo a comparación del mío, no me permite.

- Porque, yo si te recuerdo... - Prosigue, sobre el hedor caliente de su aliento, acusando un nauseabundo olor a haber bebido alcohol.

Mucho.

- ...desde la noche que me hiciste esto, *zapyast'ye*. (muñeca). - Murmura, elevando el borde de mi vestido descubriendo mis piernas, mientras recorre con su mano el contorno interior y desnudez de ellas mientras la otra, toma mi pelo enroscándolo contra sí. - Y a "Él"... - Habla por Ghoro. - ...no creo que le importe, que me consueles por ello... - Habla sobre mis labios con fingida tristeza, mientras sus ojos de un azul claro, me dicen otra cosa por la estrechez y fijos como lleno, de promesas amenazantes.

- ¡No! - Niego sobre su entrepierna frotándose en mí, sintiendo la dureza ya creciendo de su pene, mientras la mano que me acariciaba afloja su cinturón contra mi forcejeo y la cremallera de su pantalón, se siente al ser bajado en toda la habitación, seguido ante el intento del desgarró de mi bragas, quemando ese lado de mi piel por ello, bajo mis gritos.

CALDEO

Un par de coches civiles estacionados y algo escondidos entre los herrumbres de una edificación y una luz desde su interior, delatan bajo una canción viniendo de una radio al acercarme que hay gente dentro al llegar a un sector, de lo que compone este gigante predio pesquero.

Y arrugo mis cejas contra la pared escondido, al notar apenas asomándome y ver por una rendija de espacio de la única ventana de su frente por tablas atravesándolas contra sí y cruzadas a modo clausura.

Que es un prostíbulo clandestino y funcionando.

Y que bajo toda la mierda, ocurriendo.

Ellos, no paran.

Y que este tráfico.

Nunca, se detiene.

Y por ello.

Ver como un hombre de procedencia extranjera acusándolo sus atuendos con estampas y pantalones cortos, como forma de hablar el idioma, pero con acento forastero, negociando con otro.

Y este, con una seña a un segundo apoyado desde una pared y jugando entre sus dientes con un palillo, ante su orden desaparece por unos segundos, para luego venir acompañado trayendo a una menor de la mano y con su mirada baja.

Una niña, que no supera sus 10 años.

Y mi brazo cruzado sobre mí y con mi mano sobre mi espada a un lado de mi cintura, se aprieta por impotencia al ver como luego del debate de puja por el precio, el cliente toma a la niña mientras el otro hace a un lado un trapo colgando que hace de puerta, para que ingresen a lo que parece una habitación, mientras acepta el fajo de dinero que le da antes de entrar.

Y desenfundando mi espada, contra una dura respiración, seguido de una patada, volteo la puerta.

Y no pierdo, tiempo.

Porque, no puedo hacerlo y sin previo aviso con mi presencia de golpe y

bajo la mirada de asombro de los secuaces, mi espada atraviesa a uno para con un giro contra el otro, clavarlo sobre su pecho.

Cayendo ambos, duramente contra el piso muertos.

La precaria tela que hace de cortina es corrida por mí, de un movimiento y ya nada, me importa.

Como tampoco, lo pienso.

Con ambas manos enroscadas sobre la empuñadura para mayor presión, apuñalo la espalda del jodido depravado que ya desnudo y sobre la niña recostada al verme, se arrastra por la cama procurando escapar, pero cae al piso y pide compasión intentando taparse con lo que sea, al ver que me acerco a él.

Su grito de ayuda muere como él ante mi espada, mientras veo por el rabillo de mi ojo por sobre el pasillo y la puerta.

Que demás clientes salen corriendo y en dirección afuera, por los aullidos de este y ante lo ocurrido muriendo desangrándose.

Pero sus carreras lo detienen bajo sus alaridos de dolor, seguido con sus cuerpos derrumbándose contra sus primeras pisadas al pavimento afuera y salida del burdel.

Al ser alcanzados por las flechas de Pablo desde los techos, para luego saltar e ingresar jadeante y encaminarse ante mis señas a las demás puertas.

- Shuu... - Le susurro a la niñita que guarde silencio con mi índice en los labios, mientras la cubro con su ropa y oprimiendo mi corazón de no flaquear por solo tener un poco más de años, que mi hija querida Sabanna.

Le susurro suave.

- ...quiero que aguardes, bajo la cama... - Señalo esta. - ...y te escondas hasta que sientas, el sonido de la policía... - Le murmuro.

Y bajo mi pedido cumpliendo y tomando una vieja muñeca contra ella, oprimiendo más mi pecho, por furia llena de rabia por ver lo que hacen a estas niñitas.

Me encamino a las escaleras con sed de muchas muertes, mientras en cada puerta me detengo y veo como Pablo a cada niña como adolescente que vemos en ellas, repite la orden mientras las cubre con sábanas sus desnudez y que sobre sus rostros llorosos, cumplen ocultándose.

- Busca a Constantine. - Digo, bajo su afirmación porque ya es el momento, retomando Pablo su carrera en dirección afuera una vez que todas las niñas se encuentran bajo sus camas escondidas y yo, me dirijo a las escaleras que conduce el pasillo.

Mi sable apuñala a cada hombre que se interpone subiendo estas, apareciendo ante la bulla y desorden, que origino con cada lucha.

Y donde uno y sobre un pequeño vestíbulo de un piso más arriba, me sorprende con su embestida.

Pero soy más rápido que él y de un golpe, lo despojo de su arma apuntándome y sobre un desplazamiento de mi cuerpo, empujando el suyo fuerte y marcando una considerable distancia, mi pie lo colisiona y empuja con fuerza.

Logrando que trastabilie y por su pesado cuerpo al chocar contra una de las ventanas, rompa esta con sus vidrios y tales, estallen en millones de pedazos y por ello, que su cuerpo caiga fuera y pisos más abajo, donde el impacto de su contacto contra el cemento llegue a mis oídos, mientras mi mirada recorre cada puerta de este vestíbulo.

Pateo de a una estas, estando vacías.

Pero, mi sangre se coagula ante la última.

Por ver a Amely semi desnuda y luchando, contra el ruso sobre ella.

AMELY

La puerta abriéndose de golpe y de forma dura me sorprende a mi como al ruso, por la presencia de Caldeo con su traje guerrero, que sin tiempo comienza una lucha contra el otro hombre, que va a su encuentro.

Dándome un pequeño y aprovechable segundo, para que me pueda separar de él.

Pero su mano se interpone, tomando mi brazo y maldigo, mientras luchamos.

Él por retenerme como detenerme.

Y yo, por escapar de sus fauces.

- ¡Perra! - Blasfema sobre mi grito de dolor, por llevarme con más fuerza contra la pared y logrando que mi cabeza como cuerpo, golpee duramente contra ella.

Pero una mano logro liberar y que mis dedos, se claven sobre unos de sus ojos y ante el dolor, sentir como afloja su agarre.

Pero no, en detener su objetivo de tenerme como presa al notar que sobre un bramido de dolor, que su hombre cae de rodillas, con su mano rodeando la espada de Caldeo incrustada contra su pecho atravesándolo y bajo una hemorragia de sangre brotando de su boca atónito por lo no esperado, cae de bruces contra el suelo muriendo desangrándose.

Pero la aparición de alguien repentina y por la puerta abierta, me hace gritar para prevenirlo.

- ¡Caldeo! - Mi grito suena, contra el golpe directo y certero de Ghoro sobre la cabeza de Caldeo con la culata de su arma empuñando su mano, que se desploma inconsciente por ello al piso.

- ¡No! ¡No! - Mis lágrimas escapan, al verlo derrumbado y que lo apunta con su automática.

Y como si fuera una presa cazada, apoya un pie con su lujoso zapato de vestir sobre él.

- Mi duda, es... - Dice sereno y sin un gramo de estar conmovido, ni movilizado por todo esto y sobre mi llanto.

- ¿A quién, debo matar? - Señala, apuntando a Caldeo desvanecido. - ¿A él? - Murmura plácido y contra mis sollozos aumentando y negando, mientras yo no dejo de luchar de la prisión del ruso y sus brazos, para poder correr a ayudar a Caldeo. - O... - Finaliza elevando luego el arma, para ahora apuntar en nuestra dirección. - ...a ti, por imbécil! - Gruñe al ruso, al notar sus casi bajos pantalones como bóxers. - Dije que no la tocaras y te dejaras llevar por la venganza... - Gruñe entredientes, esto último. - ...la necesitamos, para salir de esto! - Ruge.

Y temblor siento en su agarre como voz, por ello.

- Jefe, no lo hag... - Intenta decir.

Pero el disparo directo a su sien y rozando mi rostro me deja congelada, mientras siento como el cuerpo del ruso sin compasión es asesinado y cae inerte contra el piso.

Y sin pensarlo, corro a Caldeo.

Mi manos temblorosas haciendo a un lado su máscara intentan verificar, sobre su cuerpo tirado si está bien y respira.

Pero mi llanto crece, al no sentirlo y ver como hilos de sangre empiezan a nacer de sus fosas nasales, para deslizarse sobre su boca y se junten como tiñan con su rojo, el aro que lleva en su labio.

- ¡No...no Caldeo, vive por favor... - Exclamo y negándome, al nuevo agarre con fuerza de mi brazo ahora por Ghoro, obligando a que me levante y ponga de pie. - ...puede tener una hemorragia cerebral...necesita ayuda! - Le imploro con lágrimas.

Y se detiene de mi arrastre obligada, por mis palabras.

- Por favor, Ghoro... - Suplico, dejando instantáneamente de luchar. - ...es mi amigo y marido, de mi mejor amiga... - Ruego. - ...necesita a una

ambulancia... - Junto mis manos. - Haré lo que me pidas... - Le suplico.

Sus ojos, se oscurecen.

- ¿Por qué, sufre? - Dice ante mis palabras aflojando su cinturón para sacárselos y con una señal de su arma, cruce mis muñecas para amarrarlas con el.

Y yo afirmo.

- Por favor... - Vuelvo a repetir obediente accediendo y sentir como el cuero de este, duele sobre mis muñecas por el ajuste.

Y ante ello, un nuevo disparo con su silenciador, suena en la habitación sobre mi grito de horror.

Para dar directo, contra el pecho de Caldeo.

- ¡No! - Grito llorando e intentando escapar de sus brazos, para socorrer a Caldeo.

Pero su agarre contra mí, me lo impide.

- Nena... - Me susurra natural, pero con mirada psicótica. - ...deberías estar, agradecida...detuve su convalecencia, como a un jodido animal... - Y con la punta de su arma ahora en mi mejilla, prosigue. - ...ahora... - La presiona más contra mí y con su rostro pegado al mío. - ...vas hacer lo que yo te diga, para que escapemos de esto...porque si no, hará compañía a tu amigo muerto, el cadáver de ese novio extraño que tienes, Amm... - Me advierte amenazante, mientras me empuja fuera de la puerta y escaleras abajo.

Cada piso que descendemos, nos obliga a detener para observar sobre su pistola en él por si hay alguien ajeno.

Solo cuando es empujado una puerta lateral por unos de sus hombres que encuentra, me obliga a apurar mis pasos como los él, para seguir descendiendo de forma rápida los escalones para ingresar dentro.

- ¿Está, todo listo? - Gruñe al salir una vez fuera y notar, que más escaleras nos recibe por ser arriba aún de pisos.

Pero estas, son las de incendio y cada paso que hacemos en sus peldaños, su aluminio endeble y oxidado por la corrosión del tiempo, crujen de forma espantosa haciendo dudar su estabilidad.

- ¿Y la reina madre? - Pregunta.

- Ya en el bote señor, a su espera... - Responde. - ...ya se ocupó, del otro...

Los labios de Ghoro se elevan por su sonrisa de satisfacción, mientras con un movimiento brusco, me atrae contra él y para susurrarme en el oído.

- Parece que el extraño de tu novio, ahora está haciéndole compañía... - Señala con sarcasmo el cielo, con la punta de su arma. - ...al amigo vuestro,

Amm...

Y mis ojos se nublan, con cada una de sus palabras y mis labios tiemblan negando.

- No...no, es cierto... - Sacudo mi cabeza, sobre mis mejillas empapadas de lágrimas. - ...no...

Y su risa con otro empujón para que retomemos el descenso, lo afirman reteniendo mi manos tras mi espalda maniatadas con su cinto de cuero.

Pero, me niego.

No lo quiero y voy a creer, me repito una y otra vez.

Y mi grito con todo lo que me queda de fuerza en mis pulmones, llama su nombre sobre toda la inmensidad del lugar y la noche.

Porque, él me juró.

Mi loquito de traje medieval, me lo prometió.

Que no iba a morir.

CONSTANTINE

- Despierta, príncipe... - Una voz femenina, me susurra.

Y lucho contra mis parpados, por abrirlos.

Para encontrarme, al despertar.

Ahora dentro de la gran cámara frigorífica y solo, llevando el pantalón de mi traje y con todo mi torso desnudo como descalzo y estar colgado por mis brazos sobre mi cabeza extendidos a mis lados y llevar mis manos amarradas y suspendidas, de una cadena que cuelga del techo.

Una mano acariciando y a la vez arañando, parte de mi trasero como piernas, delata aún la presencia de Constanza tras mío, que camina pausado a mi alrededor y sin dejar de acariciar la silueta de mi cuerpo con cierta perversión y a la poca altura que me encuentro suspendido.

Pero me mantengo calmo y sin mirarla, mientras me recorre.

- En solo pensar siendo tu meretriz, me humedeces Constantine... - Gime sobre mi cuerpo y recorriendo un lado de mi muslo, seguido a mi entrepierna con su dedo y apretar mi pene. - ...pero, el tiempo apremia... - Señala a un matón que aparece desde la oscuridad y de un rincón, sosteniendo mi látigo al despojarme de mi traje como armas. - ...porque, las cosas se complicaron... - Suspira. - ...pero, ya tenemos a nuestro pase de salida... - Dice por la mariposa. - ...y lo que estorbaba, será aniquilado... - Su mano ahora, acaricia el lado de mi corazón en mi bajo vientre.

No me inmuto ante ello siguiendo con mi mirada baja, estático en el aire

por más que con su mano subiendo para envolver mi mentón y de un movimiento obligando a bajar este y de punta de pie sobre sus altos tacones, sus labios hacen contacto con los míos a modo despedida con un beso, sin cerrar sus ojos al igual que yo, pero barriéndolo con su lengua húmeda mi boca.

El beso, de la muerte.

Para luego, separarlos lentamente y mirarme profundamente.

Seguido con una seña a su hombre, que ante su orden viene a mí, desplegando mi látigo amenazador y deteniéndose antes de cruzar la puerta de la cámara frigorífica, para decir apoyada en ella pero sin mirarnos.

- Que su muerte sea lenta y dolorosamente, placentera... - Ordena ante el rigor, de mi látigo.

Para luego sentir, que prosigue sonriente.

- ...prometo que pronto tu mariposa, te hará compañía cariño... - Augura con su presencia como el sonido de cada paso que dan sus tacones, perderse en la oscuridad.

Siendo la señal su nefasta predicción al retirarse, que me sonría sobre mi concentración cuando su hombre se detiene a una cierta distancia pero frente a mí, haciendo cortar el aire mientras chasquea, mi azote fuerte y amenazador al suelo.

Una.

Dos veces.

Antes de dar su primer latigazo, contra mi cuerpo y un segundo colisiona su cuero flagelando, mi piel a un lado de mi pectoral marcando una herida en carne viva, reprimiendo el dolor.

Y con su tercer azote cortando el aire, para venir a mí y como misión, terminar de desgarrarme de verdad.

Con mis manos tomando con más presión la cadena que me sostiene, me giro de forma rápida y aprovechando mi suspensión, para tomarlo de sorpresa y esquivar ese azote con la velocidad, de la rotación de mi cuerpo y aprovechando este.

Elevo mis piernas suspendidas en el aire con precisión para tomar, como enroscar amortiguando su cuarto latigazo de contacto como parte del largo del mismo de su cuero trenzado, alrededor de mis piernas.

Y con la fuerza de una sobre la otra, aturdido por mi proeza, atraerlo contra mí, provocando que su voluminoso cuerpo choque contra el mío por no soltarla, seguido sobre un giro obligando a presionarse con otro movimiento a

mi cuerpo, mientras las fuerzas de mis piernas rodean su cuello y sobre una fuerte constricción y el mismo látigo, ver como cae inconsciente y de forma pesada, contra el piso y ante el poco flujo de oxígeno irrigando a su cerebro, por impedir su respiración al ahorcarlo.

Miro sobre un rincón.

- *Masa'...*(Tarde). - Le gruño, jadeando e intentando ralentizar mi respiración, por mi agitado ataque y sobre su risa, bajo la máscara de su traje al aparecer y ver que se apoya divertido, con su arco a su lado, mirando como sigo suspendido en el aire.

- No, querido hermano... - Responde Pablo, ahora extendiendo su filosa como rígida flecha sobre su arco frente a él y de su cierta distancia.

Para luego, sin vacilar lanzarlo y esta, surcando el aire con precisión y a su distancia, para cortar con el filo de su punta, la unión de los eslabones.

Causando que aterrice sobre mis pies y de un movimiento me despoje de la atadura de ellos, mientras le ruedo los ojos bajo su risa y me encamino en dirección a donde fue dejado, los restos dejados de mi traje guerrero como armas.

Pero solo tomando para cruzármelo sobre mi pecho desnudo, el arnés de las fundas con mis sables.

- El afluyente, es un disparador de escape para llevarse con ellos a Amely, Constantine. - Dice sobre nuestro trote, rumbo ya a la salida del galpón y mis mismas sospechas.

Asiento sobre su presunción, rodeando una vez afuera el edificio y sentir la marcha de un motor de agua encendiéndose, mientras corremos sobre el lado lindero del predio en dirección al río.

- ¡Intenta localizar a Caldeo y llama al agente de la Interpol y policía, para que cierren los accesos de escape vía marítima! - Le grito, casi llegando a la orilla y notar que estábamos en lo cierto, al ver como un bote de tamaño mediano y lujoso, hace huida entre las aguas y la noche divisando a personas en el y entre ellas, a mi mariposa empujada al camarote por uno de los hombres.

Y sobre la carrera de Pablo regresando, silbo largo y pausado, sin dejar de correr como costear la orilla saltando rocas y esquivando matorrales sin importarme el escozor del saliente como crecido pastizal reseco y espinoso, por llevar mis pies descalzos.

Para luego a mitad de mi carrera vertiginosa, acoplarse a la par mía el galope, de mi *Eadhab*.

Mi caballo.

Que ante la espera de mi llamado, aguardaba en un lugar del predio.

Me monto sobre el en movimiento, para no perder la carrera y seguir bordeando el río apurando su carrera e intentar acortar la distancia nuestra y el bote de los Escarlatas, con mi Argema Mitrei entre ellos.

Alentando a mi alazán, bajo su bufido por la adrenalina y con cada galope que da.

Porque, tenemos que llegar antes que ellos a la intersección final.

Mucho antes, de ella.

Donde el estrecho afluente, da fin a la zona pesquera y se abra su desembocadura y puedan tener vía libre como acceso a la navegación y velocidad.

Y la nuestra por tal, aumenta.

Aprovechando que no somos vistos y alertando nuestra presencia, ante la negrura de la noche.

Y una sonrisa dibuja mis ojos estrechando estos, al notar que los alcanzamos como también, que ganamos un buen trecho aventajando metros delante.

Para luego volviendo mi vista al frente y apretando más, las riendas de mi caballo contra mi mano, divisar un puntal de molinete a cierta distancia sobre la ribera del río más adelante que en sus tiempos pesqueros, su brazo saliente y contra las aguas estilo grúa, fuera utilizado para el levantamiento de carga pesada, como jaulas pesqueras.

Y no dudo.

Poniéndome de pie sobre la montura al ritmo de *Eadhab*, en su plena carrera y bajo una profunda respiración, volteando para ver como el bote que se acerca también a la distancia del aparataje metros atrás nuestro que logré adelantarles.

Me lanzo sobre el aire y llegando con éxito a él.

Para luego trepar sin perder tiempo, hasta su mayor altura de forma rápida, cuando diviso el barco, casi sobre nosotros.

Y sin pérdida de tiempo también, cuando ya el casco nos supera, para arrojarme a la grúa y aferrarme a su arpón colgante con mis manos y con un fuerte balanceo de mis piernas para tomar impulso como dirección necesaria sobre el aire, salir expulsado por este y caer sobre la cubierta del bote, con mis ya dos sables empuñando mis manos.

Dos hombres en proa, vienen a mi encuentro ante el ruido de mi aterrizaje y

verme, donde uno sobre mi movimiento, mis sables lo apuñalan seguido de empujarlo con un pie, a la oscuridad del agua, mientras el otro se lanza sobre mi intentando disparar el arma que empuña.

Pero un golpe directo a su clavícula y el filo de uno de mis sables atravesando el mismo, lo hace gritar de dolor mientras jalo su cuerpo intentando rechazarme a medio colgar de la borda y donde en nuestro forcejeo de lucha, en vano y sangrante, intenta ahorcarme con sus manos pero ya sin fuerza.

Pero obligo a su cabeza golpear con una última fuerza mía, sobre el canto del bote dejándolo semi inconsciente y que a medida que este avanza, va cortando sus aguas por su cabeza sumergida, continuo al soltar también su cuerpo y que caiga al río, bajo un grito ahogado hundiéndose en la profundidad.

Limpio mi frente con mi puño, mientras me encamino al interior y donde las puertas de la escotilla abiertas de par en par, asomándome con precaución que me señalan libre de hombres, internándome sigiloso.

Pequeños peldaños crujen sobre el silencio y por su madera ante mis pies descalzos, que me llevan al camarote principal por un estrecho y corto pasillo, donde uno de sus lados de pared está compuesto por un fino y esmerilado vidrio labrado, mientras intento sobre mis sentidos sentir algún tipo de movimiento humano.

Nada.

Pero sí, percibir que el flujo de navegación algo irregular por no ser timoneado y automáticamente ahora, confluye.

La aparición de alguien me toma de sorpresa y que me apunta con su automática, pero lo detengo de su disparo cruzando mis dos sables en cruz presionando su arma sobre nosotros y su detonación, dispara por sobre mi cabeza e impacta sobre el techo.

Y por solo, un instante.

Precarios, segundos.

Nuestras miradas chocan donde con pequeños movimientos y en el escaso lugar, midiéndonos en silencio y rotando sobre este, mientras mantenemos mis sables tanto como su arma, elevados e incrustados de forma ofensiva contra el otro.

Su mirada directa y oscura, como sus ojos.

Y el traje que lleva puesto, de diseñador.

Me dice, que no es un hombre cualquiera.

Uno del montón.
Sino.
Que es, "Él."

AMELY

La maleza reseca y larga, araña parte de mis piernas por llevar este ligero vestido y sobre un tropiezo que doy por obligarme Ghoro con su hombre delante nuestro, a que camine mientras bordeamos el río con su piso arenoso y endeble.

Y de un empujón me obliga a mantenerme en pie y que no deje de caminar, para recibirnos más adelante y sobre sus orillas, un bote de dimensiones medianas y elegante, pero escasamente iluminado para no llamar la atención, en lo que parece la huida y escape de ellos y conmigo como rehén, con otro de sus hombres a la espera.

Que bajo un gruñido de Ghoro como orden y con fuertes ademanes, me ayuda al ingreso con su otra mano sin dejar de apuntarme.

- Llévala al camarote principal y larguémonos...no hay tiempo que perder...
- Formula. - ...una avioneta espera, por nosotros... - Me señala, bajo mis forcejeos. - ...una vez en Arabia Saudita, nos desharemos de ella... - Me augura, con sonrisa maliciosa.

Y sobre mis gritos de que no se saldrán con la suya, me jalen y empujan al interior como fondo del barco, donde me encierran en un camarote.

Pero bien sus puertas se cierran dejándome sola, choco con todo mi cuerpo contra ella, para intentar abrirla.

Pero, es imposible.

Algo la debe trabar del otro lado, ya que no cede.

Y un grito brota de mi garganta por ello, mientras deshaciéndome de mis tacones para menos ruido contra el piso en madera, busco desesperada algo con que cortar el cinturón que retiene mis manos tras mi espalda.

Lucho contra el llanto que aflora en mis ojos ante el recuerdo de Caldeo tirado, mientras bajito ruego a Dios, que por favor alguien lo haya encontrado para salvarlo.

- ...no lo permitas, Dios... - Susurro de rodillas a la cama y de espalda a un mueble contiguo, intentando con mis manos maniatadas, abrir su único cajón.

Pero al abrirlo leve y notar, que está vacío, hace que golpee de impotencia este y me derrumbe de rodillas contra el piso.

Y sobre mi gemido, con mi vista fija a un punto de la habitación, noto que

frente a mí y otro extremo, una rejilla que con sus diseños labrados y algo salientes, son el respiradero en metal de aire como ventilación, de este camarote solo provisto de una escasa como pequeña ventana estilo ojo de buey en un alto del techo y donde mi cuerpo no pasa.

Me arrastro rápido hacia ella y de espaldas sobre el piso, comienzo con la fricción del cuero que me ata, sobre su irregular diseño y por más que su relieve ante el roce y mi apuro, lastime mis manos.

El motor rugiendo y el leve zarandeo como sonido de la agitación de las aguas, me dice que estamos en marcha.

- Más rápido...más rápido... - Me aliento, bajando una y otra vez con las pocas fuerzas que me quedan y sin dejar de mirar la puerta, bajo muecas de dolor por sentir la piel de mis dedos, despellejarse ante el frote del hierro.

Y sonrío entre lágrimas, al notar que tiene sus frutos y mis ataduras, comienzan a responder con el afloje.

Pero el sonido de la puerta siendo abierta por alguien, me detiene y con rapidez me acomodo sobre el piso mejor, para ocultar con mi cuerpo el conducto de ventilación y no sospeche quien sea, mientras sigo con disimulo aflojar más el agarre.

Y mis ojos se abren al elevar mi vista y ver quien ingresa.

- ...Constanza? - Murmuro, sin dar crédito.

Su sonrisa mientras se pasea por la habitación me confirma, que no estoy equivocada y aunque, sigue siendo hermosa desde siempre, la situación poco creíble de vernos acá después de tantos años y en otro continente.

Su rostro, me hace dudar.

Un rostro que pese a ser una mujer joven y de mi edad, tiene signos de más adulta cada uno de sus rasgos.

Señal de haber, vivido mucho.

O demasiado.

Toma asiento como si nada sobre la cama y con un movimiento de su mano recogiendo su largo pelo que lleva suelto, para elevarlo entre sus dedos hacia atrás, golpea mi mente ante el recuerdo de la noche de la azotea en el hotel.

Y mi boca se abre, ante ello y mis conclusiones.

Porque no puedo creer, que ella fue la mujer que me tomó por rehén al reconocerla.

Y dándome cuenta.

Que es la única mujer, en toda esta mierda.

Y por lo tanto...

¿La reina y famosa madre, de todo esto?

- ¿Pequeño el mundo verdad, Amm? - Dice, al fin.

- Dios...tu eres...acaso... - Niego, por tanta coincidencia. - ...pero, cómo? -
Murmuro mientras con disimulo, sigo intentando liberar mis manos.

Apoya su codo sobre sus piernas cruzadas para sí y su mentón en una mano como puño.

Se sonríe.

- Vueltas de la vida...y destino Amely... - Finge suspirar. - ...cuando anhelas algo, pides por ese deseo... - Se pone de pie. - ...tal pretensión que quieres que se cumpla, te lleva buscar una manera... - Me mira. - ...manera... - Repite. - ...que acataras soportando lo que sea una y otra vez, con tal que se cumpla cariño y aprovechar las bondades, que puede tener y sacar de lo malo...

Y empiezo a entender, como recordar.

Que ya Juno con Caldeo radicados en África, luego de su quimio exitosa y tras la muerte de Constantine, para retomar el mando de su país y bajo mi aceptación felices en mi último viaje de visita a ellos, de radicarme en África definitivamente.

Una tarde por mis papeleos en la U para ello y tras un encuentro de despedida con Fresita en un bar con café de por medio, en nuestra charla para ponernos al día.

Me comentó que Constanza luego del rechazo de Constantine por su amor, para luego el casamiento de nuestros amigos con su atentado y seguido de la muerte de mi loquito medieval.

Ella desapareció, de la faz de la tierra o por lo menos de nuestra ciudad.

Y donde con el tiempo, se supo que solicitando una beca de intercambio de su carrera, ya no estaba más entre nosotros, para seguir sus estudios en el extranjero.

- ¿Por qué, Constanza? - Digo aún, intentando creer. - Lo tenías, todo...

- ¿Todo? - Chilla. - ¡Era la mejor y me robaron todo! - Aclara, acercándose furiosa contra mí.

Pero, no me inmuto.

Solo intento de a poco y sobre su ira, que afloje más mi atadura.

- Junot ni tú, tenían que ser reinas... - Exclama, con su puño apretado. - solo... - Para luego susurrar, sacando una navaja del escote de su ropa. - ...yo, querida... - Dice suave y jugando con su hoja filosa, cerca de mí.

Pero el sonido pesado de algo sobre la cubierta se siente sobre nosotras y nos hace mirar el techo, seguido de movimientos bruscos como un disparo de

bala perdida, de la proa.

- ¿Pero qué, Diablos? - Blasfema sin entender en el momento que logro, zafar una mano del cinturón y ante el sonido de la descarga sin parar de un arma, para luego el de cientos de vidrios explotando.

Y bajo mi dolor por mis manos lastimadas sonrío, porque no puede ser otro.

Que.

Sonrío, más.

Mi muertito en vida.

Constantine.

Y aprovechando su guardia baja me lanzo contra ella, en una lucha de forcejeo intentando quitar su daga de sus manos, mientras caemos ambas sobre la cama para luego rodar por el piso.

CONSTANTINE

- ¿Vienes, por tu perra? - Suelta, intentando bajo nuestras posturas enfrentados y sobre nuestras armas aún colisionadas, sin dar tregua.

Me sonrío, leve.

- *Kunt ealaa khata...*(Te equivocas). - Presiono más, contra él. - *...laqad jit min zawjati...*(vengo por mi mujer). - Digo.

Y con ello, mi lucha comienza.

Soltando mis sables para tomar sus manos que sosteniendo su arma y ante mi afloje, comienza disparar una descarga en el aire y consecutivamente, intentando que lleguen a mí en nuestra lucha y disputa, mientras lo impido y chocamos contra una pared.

Con un gruñido de fuerza impidiendo con mis manos tomando las suyas y aprieten nuevamente el gatillo que ahora me apunta amenazante, las llevo contra la única pared en madera para con un fuerte golpe, choquen contra esta.

Logrando, lo que quiero.

Que sus manos ante el impacto aflojen su agarre y este caiga sobre el piso y lo pateo lejos con un pie.

Y el primer golpe de puño sale de él y que esquivo, al igual que a los míos con sus brazos.

Sus movimientos y cada golpe que me da, denotan que es sobreviviente de peleas callejeras.

Pero y aunque, es un buen oponente, no puede contra mis habilidades como desplazamientos y un golpe marcial que le doy con furia a su pecho, lo hace

tambalea.

Y sin desaprovechar eso y con un giro sobre mí, mi patada alcanza su quijada que por la fuerza retrocediendo, su cuerpo impacta contra la pared conformada por vidrio y esta, ante su caída pesada, estalla en cientos de fragmentos donde las pequeñas partículas y astillas caen sobre su cuerpo que tirado queda a mitad del pasillo y contra el piso de un segundo camarote menor que separaba el ventanal entre ambos.

- ¿Crees librarte...de esto...? - Intenta arrastrarse, pero se lo imposibilita los guijarros de cristal que con cada movimiento que intenta hacer, cortan como lastiman su manos. - ¡Nunca! - Me grita, mientras de la botamanga interior de su pantalón, saca una pistola de menor tamaño.

Pero de forma rápida tomando uno de mis sables, lo lanzo contra el marco vidriado, donde pesadas como gruesas esquirlas de vidrios quedaron sostenidas, que ante el toque de mi espada surcando el aire e impactando contra ellas, estas caen sobre él y se clavan en su pecho ante su grito y brazos cruzados, cruzando su rostro de horror.

Hemorragia de su boca como de sus manos y entre sus dedos, comienzan a correr y cortando su piel, al intentar sacarlos por su filo.

Me acerco desgarrando un lado de mi pantalón para luego inclinado envolver un uniforme y gran vidrio filoso atravesando su pecho, para luego mi mano cubierta, posarla y rodeándolo, con su mirada de asombro.

- No, lo creo. - Le susurro. - Lo sé... - Afirmo con determinación a su pregunta y con tal, hundo más el vidrio sobre él. - *Qad ghafar allah lak kla alshari aldhy sunieat alkthyr min al'abria'i, li'anani la...*(Que Dios te perdone todo el mal que has hecho a inocentes, porque yo no). - Finalizo, poniéndome de pie y mirando ya, su cuerpo sin vida.

Y sin perder tiempo tomando mi otro sable, me encamino al final.

Al camarote principal.

Donde murmullos salen de él y cual al abrir sus puertas, me encuentro sobre la sorpresa de ambas luchando.

Y al verme ambas, en como Constanza se gira sobre la mariposa, para retenerla como la vez de la noche en la azotea.

- Suéltalas, porque juro que haré una hermosa gargantilla de sangre sobre su cuello, Constantine... - Gruñe punzando más la punta de su navaja contra el cuello de Amely, mientras la obliga y ambas, se ponen de pie del piso.

Solo elevo una mano para calmarla, mientras con cuidado me inclino para dejar ambos sables contra el piso.

- No, lo hagas... - Digo suave e intentando controlarme, al ver su mirada frenética y su mano temblorosa, pero de forma amenazante por la locura que se está apoderando de ella y la colman.

Intento hacer un paso, pero retrocede y me obliga a detener.

- Ghoro? - Pregunta temblorosa, intentando mirar tras mis hombros.

- Muerto. - Digo, sin más.

AMELY

El filo aprieta mi garganta y aunque, es firme su agarre como cada paso que me obliga a dar sin dejar de medir precavida a Constantine, mientras nos lleva en dirección a la puerta de salida.

Todo Constanza, indica que está nerviosa y dentro de una confusión que puede desatar la locura por verse incierta ante esto y sobre la pregunta que le hace a Constantine por Ghoro y saber, que está muerto.

Que pese a haber sido seria y sin saber qué, diablos pasa por su cabeza ya que todo su semblante no hay dejo de emoción y con toda su mirada hielo, plena en Constanza.

Constantine me irradia que me mantenga calma y solo obedezca.

- Todo lo que amo, me abandona... - Susurra, con cierto temblor en su voz. - Caldeo...tu...y ahora Ghoro... - Me abraza más contra ella, ya sobre la salida del camarote y totalmente frente a Constantine.

Dentro de su locura, ríe a carcajadas.

- ¿La policía debe estar ya a la espera, no? - Pregunta, entre divertida y perturbada.

- Si. - Solo es la respuesta, de Constantine.

Vuelve a reír apoyando su frente en mi cabeza y su risa sacude mi cuerpo, para luego elevar sus ojos verdes.

- ¿No tengo escapatoria, no? - Suelta y ante la negativa fría de Constantine otra vez, puedo sentir como su rabia aumenta, bajo ese trastorno lunático que la invade.

Para luego, con un movimiento uniéndome más contra ella, gritar.

- Si voy a morir, ella se viene conmi... - Chilla, elevando su navaja para apuñalarme.

Pero algo, surca sobre la habitación y entre nosotras.

Rompiendo el cristal por su gran velocidad como filo, al atravesar la pequeña ventana del camarote.

La que tenía forma redonda y de mediano tamaño.

Una flecha.

Tal que a milímetros de mi mejilla surca, para impactarse dando su blanco en Constanza, atravesando su garganta.

Y bajo su cuerpo desmoronándose sobre mi espalda por su muerte instantánea, corro hacia Constantine como él a mí, para recibirme en sus brazos.

Un abrazo, fuerte.

Duro.

Glacial

Tosco.

Y sin nada, de suavidad.

Porque Constantine no sabe lo que es tener gracia o sutileza, para demostrar amor y desespero.

Pero, que yo no lo cambiaría por nada de este mundo, como dije muchas veces.

- *Altafatli farasha...(Cumplí, mi mariposa).* - Me murmura, su promesa cumplida muy bajito.

Y mis lágrimas nublan mi vista empapando su pecho desnudo, al darme cuenta que sí y que todo acabó.

Se distancia algo de mí, para con suavidad tocar con su mano mi mejilla golpeada y acariciarla, como las llagas que sangran de mis nudillos al lastimarme, cuando intentaba liberarme.

Besa con cuidado cada úlcera con ternura, para luego resignado y mirarme sobre sus pestañas con esos ojos endiablados por su color como mirada hermosa, decirme.

- Eres un gran dolor de culo, mi *Argmna Mittrei...* - Mientras me abraza más contra él y sentimos que el meneo como movimiento del barco, cesan.

Y sobre un.

- Amén, a eso. - De Pablo diciendo por sus palabras y apareciendo con su arco como flechas colgando dentro del bote, mientras río entre lágrimas e intentando secar estas, con mi puño.

Pero dentro de toda la alegría, palidezco de tristeza, al recordar por empezar a sentir sirenas acercándose.

- ¡Caldeo! - Grito, soltándome de sus brazos para correr, mientras Pablo se hace un lado y pueda subir las escaleras, esquivando los cuerpos esparcidos. - ¡Caldeo está, herido! ¡Le dispararon! - Exclamo, sintiendo sus pisadas tras de mí.

Y en mi carrera ya en la escotilla un brazo elevo a mi frente por la iluminación que agolpa y me ciega como a toda la embarcación atracada sobre la orilla, provocando que me detenga en la cubierta.

Por docenas de luces de ambulancias como coches policiales con hombres bajando de estos y otros, esparcidos por el lugar.

Y donde un par al verme, me ayudan a salir de este al encallarlos obligadamente.

Por gente de un uniformado con insignias en su vestimenta musulmana y un hombre de traje oscuro, que parece americano.

Y sobre mis ojos llorosos ya con Constantine como Pablo a mi lado pisando tierra firme, ver que detrás de estos hombres al abrirse para darme espacio de continuar y sin entender, las sonrisas de sus rostros.

Sobre la puerta trasera de una ambulancia estacionada cerca de nosotros y con ambas abiertas de par en par bajo las luces de la misma, en sus rojos y naranja yendo y viniendo, iluminándonos desde su techo.

Diviso a Caldeo sentado sobre su borde, sin su traje guerrero y con una almohadilla solo en su cuello y todo su torso tapizado en tatuajes en perfecto estado.

Y lloro, pero ahora de alegría con mis manos en mi boca, mientras me acerco y notar que al verme deja de conversar con el paramédico que lo asiste, para con algo de dificultad caminar también, viniendo a mí.

Y abrazarme, fuerte.

Pero no me aguanto y me separo para verlo de cuerpo completo, palpando su pecho.

- Yo vi, cuando te dispararon... - Titubeo aún, sin poder creer.

Lo miro.

- ...Ghoro...te disparó, sin compasión...

Acuna mi rostro, sonriente.

- Amm me desmayé ante su golpe, que me tomó de sorpresa...pero, solo fue eso... - Mira por sobre mi hombro, a su hermano y Pablo. - ...todos los trajes guerreros son un chaleco antibala y solo el impacto, provocó una fisura de costilla... - Señala su dolor con un gemido, ante mi fuerte abrazo de saber todo y que él, está realmente bien bajo esa venda que cubre su torso.

- Me asusté, al notar que sangre salía de tu nariz... - Llorisqueo abrazándolo más, por lo que pudo ser.

Su pecho, se sacude por la risa.

- Y eso fue bueno, amiga... - Sonríe. - ...el desvanecimiento es falta de

oxígeno en el cerebro. Y la baja tensión, provocó la hemorragia de unos vasos sanguíneos colapsando y obligaron a bombear más a mi corazón por eso y la entrada de más oxígeno...

Para luego sobre un profundo suspiro tanto de Caldeo como mío de felicidad en ese abrazo, su mirada va a su hermano mellizo y menor.

- Todo, terminó... - Murmura, sobre las docenas de personas entre policías como médicos circulando la zona y rodeándonos.

En pleno bullicio, de sus oficios y yendo y viniendo, en lo que queda de la noche.

Gritando órdenes y cercando el lugar, con las cintas forenses.

Para luego murmurarle, mientras nos separamos para caminar hacia él.

Y siendo, una orden imperial.

Una orden, como les dije.

Pero, llena de amor.

- Es hora de que regresemos a nuestra casa, hermano... - Formula, por la emoción contenida.

Y hasta Pablo lagrimea a la par mía como ese policía y el hombre de traje oscuro, que me ayudaron a salir del barco.

Cuando siendo testigos como yo, emocionados vemos.

Estos dos hombres, de rasgos exóticos y egipcios, tan parecidos.

Hermanos.

Y con los ojos del color más extraños, como lindos del universo.

Se abrazan.

Mucho.

Y donde, sobre este.

Sellan un nunca más, separarse...

FIN.

Epílogo I



Tres meses después...

Hago seña que calle a Jun con una mano en alto, mientras la otra la llevo a mi boca que inflada como globos mis mejillas, retienen el súbito vómito que me colma y contengo en mi boca, mientras corro bajo su mirada de asombro como la de mi sobrina Sabanna, en dirección a un baño.

Dejando a ambas perplejas sentadas en la mesa de jardín y a mitad de nuestro té y merienda de la tarde que tomamos, cuando vengo de visita en una de las terrazas del palacio.

Llevándome servidumbre por delante una vez dentro y maldiciendo por el gigantesco tamaño de semejante lugar por más bonito y de ensueño que sea, tipo las Mil y Una Noches.

Corro atravesando los salones por la búsqueda de un jodido baño.

En los cuales en uno, están los hermanos Kosamé en una junta parlamentaria de gobierno con sus directivos, conversando entre papeles de por medio y sobre la inmensa mesa, deliberando.

Y fallo en lo más parecido a una reverencia que quiero hacer por interrumpir semejante reunión como debate, pero el tiempo apremia y sigo mi carrera a la habitación contigua tapando ahora con mis dos manos mi boca llena de vómito, bajo la mirada fija y extrañada de Constantine, viéndome seguir mi carrera.

Y tras la puerta abriendo para salir, cruzo otra veloz y empujando la siguiente, que si es un inmenso y jodido baño, mientras siento pasos y trotes viniendo a mi encuentro, llamándome.

Pero, no respondo.

Porque, me es imposible.

Y casi abrazando el inodoro, descargo todo en su interior con fuerte y poco femeninas arcadas.

Sobre un.

- ¿Nena, estás bien? - De Juno apoyando con cuidado, su mano en mi espalda al llegar.

Y otro.

- ¿Mariposa? - De la voz de Constantine, poniéndose de rodillas a mi lado preocupado, mientras Caldeo en la puerta grita una orden en árabe a no sé quién, mandando a llamar.

Intento calmarlos, queriendo hablar.

Pero el reflujo repulsivo y maldiciendo que lo mío no son lo té de flores mezclado con masitas de chocolate me lo impide, ante un nueva oleada de vómito que libero otra vez contra el inodoro apaciguando ya mis náuseas.

- '*Ana huna...*(Estoy acá). - Me susurra Constantine, con ternura y ayudando con mi pelo para no ensuciarlo mientras me limpio con una toalla que me ofrece mi amiga y acepto ante la aparición de Lála, con un vaso de agua que él mismo me ayuda a beber despacito.

- Por favor no más infusiones de amapola, por un tiempo... - Murmuro con asco, en solo pensarlo.

Y la risita de Jun y de Caldeo como '*ami*, invade la habitación.

Los miro raro, como Constantine.

- Pues, yo creo que... - Prosigue mi amiga inclinándose más a mí, bajo la mirada de inteligencia de Lála y la afirmación de su marido, intentando ocultar una sonrisa sobre una tos y apoyado de brazos cruzados, sobre una pared. - ...que desistiremos, de esos tipo de té... - Me mira feliz y sonriente. - ...por varios meses...

CONSTANTINE

Las palabras de *al'amirat 'akhime* (*princesa de mi hermano*) hacen que mire a la mariposa, bajo su mirada todavía sin entender y confundida por su malestar por lo que puede ser, cuando con cuidado la tomo entre mis brazos del piso del baño, para llevármela y recostarla en la cama de una de las habitaciones, a la espera de los médicos.

Besando sus labios y recostándome a su lado hasta que lleguen, sobre su rostro congestionado aún, por las posibles náuseas que la deben azotar.

Y cóctel de emociones me invade ya fuera de este, cuando '*ami* al salir de la habitación con el equipo médico y tras unas horas, me susurra emocionada que mi Argema Mittrei y yo.

Vamos, hacer padres.

Porque, Amely está embarazada.

Y lágrimas silenciosas me colman y ruedan por mis mejillas.

Lágrimas que nublan mi vista pero de felicidad, mientras recibo abrazos de mi hermano y Jun felicitándome y de mi princesa Sabanna con grititos de alegría, festejando que va a tener un primo.

AMELY

La puerta se abre con cuidado en la habitación que me encuentro, mientras me deshago sentada sobre la cama de la bata que me dio 'ami, para que los médicos me revisen.

Con ella a medio desatar los cordeles ya de pie y sin poder creer aún la noticia, miro a Constantine que entra y cerrando la puerta tras él, camina hacia mi con pasos lentos y callado.

Silencio que invade esta gran habitación de ensueño con sus decoraciones en mobiliario y texturas de sus telas en sedas marroquí multicolor, para llegar hasta donde estoy aún mudo.

Y solo, mirándome.

Profundo.

Con esos ojos gris hielo que hoy, parecen más blancos, cristalinos y con señal, de haber llorado.

Y muerdo mi labio tan silenciosa como él, cuando sacando mis manos de los cordeles del frente de la bata con ternura que llevo puesto, para seguir haciéndolo él, pero abriendo este a sus lados con cuidado con sus manos, para dejar mi cuerpo desnudo expuesto frente a él y recorrerlo con su mirada por completo, pero lentamente.

Y lágrimas inundan mis ojos al ver, que cae de rodillas frente a mí y tomando mi cintura, susurra.

- *Plaba'*...(Padres). - Besando mi vientre aún plano y llevándome contra él, para abrazarme más.

Y asiento entre lágrimas riendo como él, mientras enredo mis dedos en su siempre cabellos negro algo largo y cubriendo casi la totalidad de su rostro.

- Vamos a tener un bebé. - Digo feliz, arrodillándome y sentándome sobre mis talones, para nivelar su altura. - ¡Padres! - Afirmo y riendo, como él.

Risa que solos en esta habitación, retumban por ser una gran carcajada.

Y la mía, crece.

Al sentir como ver la de Constantine.

Sip.

Esa que les mencioné, anteriormente.

La juvenil.

La alegre y jovial.

Y que señala, que Constantine Kosamé.

Detrás de su alma *Qurash*.

La guerrera.

Ese hombre, de tomar decisiones fuertes.

Como dar la vida propia, por lo que ama sin dudar.

Acaricio su pelo.

No es más.

Que un simple lindo y exótico muchacho con belleza Egipcia, por cumplir sus 25 años...

Epílogo II



Cuatro años después...

Ambas espadas con su filoso acero, retumban y colisionan una y otra vez, sin compasión.

Un hilo de sudor recorre un lado de mi mejilla bajo mi máscara y ante la fuerza exigida por mi fuerte oponente, que frente a mí, y sin compasión, descarga con movimientos diestros cada golpe como ataque, en esta lucha de poder.

Retrocediendo sobre nuestros pasos, intentando reconocer nuestra próxima embestida de movimientos y mientras en círculo, pero pausadamente empuñando nuestros sables frente nuestros y sobre el piso arenoso, con pasos lentos nos recorreremos amenazantes.

Para sobre un grito guerrero de su parte, viene contra mi alcanzando a detener su ofensiva y con un salto, girando en el aire de forma marcial, esquivando su espada directo a mi pecho de forma asesina y directo a mi corazón.

Que ante mis sables contraatacando, los elude con maestría rodando sobre la tierra y deslizándose por abajo de mi embiste, con destreza.

Pero, me toma de sorpresa ante un nuevo choque de mis sables frenándolo su filosa espada que sin piedad, intento atacar desde arriba.

Cuando aún y contra el piso de tierra, sus piernas se enroscan en las mías bajando y con habilidad como destreza en su movimiento con ambos, se gira con fuerza y provocando, que colapse contra el piso.

Mientras con desplazamiento presto se rota encima de mí, y me inhabilita con su espada, golpeando mis ambos sables a una velocidad fuera de la vista humana, volando estos a metros nuestros y con destreza.

Sacando una daga de su traje guerrero y la posa en mi garganta y contra mi yugular, intimándome amenazante.

Su fuerte jadeo.

Esfuerzo de la lucha con su pecho subiendo y bajando, se mezcla con el mío por la encarnizada batalla, cuando elevando mis ambas manos libres de armas sobre sus lados, indico rendición.

- Y mami, volvió a ganar a papi... - La voz de Pablo, suena entre mi oponente y sobre mí, divertido.

Apareciendo y llevando en sus brazos a nuestro hijo.

El pequeño, Cabul Caylén Kosamé.

Nombre que mi mariposa le puso a nuestro pequeño al nacer y en honor a ese gran amigo querido, maestro y lo más cercano a un padre, que tuvimos con mi hermano.

- *¿'Astatie taqbil zawjati 'aw 'ahsil ealaa darb akhr?* (¿Puedo besar a mi mujer o voy a recibir otra paliza?). - Murmuro ante la risa de mi mejor amigo, que suena en el patio trasero de su nuevo campanario.

Uno, que mi hermano mandó a construir ante su pedido otorgado por la Santa Arquidiócesis de ser trasladado a nuestro país, para predicar la palabra del Señor y ayudar a necesitados.

En el aprendizaje a leer y la sustentación, con el cultivo de una huerta.

Donde cada niño de los cientos que recibimos al día, aprenden el valor de la comida a través de la naturaleza.

He interactuar como compartir esos momentos con los demás, afianzando los lazos de hermandad en un continente con países en constante conflictos de guerras civiles.

Para también.

Y lo que me llena de orgullo y fundó mi mujer abandonando su trabajo en el periódico, para dedicarse por completo a la par con *'amira* Juno, en una de las cosas que descubrió que la apasiona y comenzó con las visitas de ellas, porque mi mariposa nunca dejó de tener contacto con ellas.

De las poco más de docenas de niñas que rescatadas años atrás de esa noche en el hotel y en la vieja edificación lindera al río, hoy convertidas en adolescentes.

Y las adolescentes en su momento ahora mujeres adultas, ayudando todos los días en el hogar diurno que se formó.

Para asistir, enseñar y proteger a estos niños y niñas, contra el tráfico humano.

Como Javi.

La muchacha que rescaté de su venta en ese hotel también, para luego

socorrer a las demás niñas y mujeres.

Donde hoy, ella enseña teatro a todos los niños bajo sus risitas, por los disfraces que ellos mismos confeccionan.

Y lo que adoran de la mano de *'amira* Juno y mi Argema Mittrei.

Las clases de pintura y fotografía.

La risa suena de mi rival aún a horcajadas sobre mí, para luego la mano que sostiene el puñal lo saca de mi garganta para guardarlo y liberarse de la máscara como capucha guerrera, que cubre su identidad.

Y dejar libre su pelo ahora largo, que azota su rostro por la brisa cayendo sobre él y sus hombros cubriendo sus pechos.

Y mirarme con amor, mientras se inclina a mí y rozar mi nariz, juguetonamente con la suya.

- Su mujer, solo espera eso... - Responde mi mariposa, ante mi pregunta anterior y sin dejar de reír encima mío.

Y eso hago.

Atraerla a mí, con mi mano en su nuca.

Para besarla.

Con pasión.

Mucha pasión.

A mi mujer.

Aún tirados en el piso y lleno de tierra, por mi batalla encarnizada y perdida.

Bajo la tos indiscreta por ello de Pablo y que reímos sobre nuestros labios pegados, sin importarnos y con nuestro hijo viniendo a nuestro encuentro para abrazarnos.

Y donde su carcajada de bebe e infantil, suena en todo el lugar al recibir nuestros cariños y abrazos tumbado como nosotros, sobre el piso arenoso.

Y donde sus ojos iguales a los míos, como lo de mi hermano.

Como su prima.

Mi bella sobrina Sabanna y futura reina, de nuestro pueblo.

Que brillan cristalinos bajo los últimos rayos de sol ocultándose ante el ocaso, dando la bienvenida a la tropical y cálida noche.

Y sobre, nuestra tierra querida.

Que con Amely amamos y seguiremos, defendiendo.

En sus noches como callejones oscuros, contra bandidos de mala muerte acechando a personas inocentes o en sus días ante el llamado de gente, víctima de maleantes arremetiendo contra la buena fe, de nuestro pueblo.

Defendiendo con mi mariposa y con Pablo a la par nuestro y protegiendo nuestras identidades, bajo nuestros trajes guerreros.

Porque la sangre *Qurash*, no solamente rige en mí.

Sino.

En mi mujer, también.

Convirtiéndose después de nuestra Lála, en la segunda mujer guerrera, en nuestro linaje Ur de Caldeos.

Que casándonos una tarde y con nuestro bebé recién nacido en brazos.

Con testigos nuestras familias, su padre y los acantilados de siempre, coronando el palacio y nuestra boda al aire libre.

Y con la llegada de nuestros amigos que ante su visita, sorprendieron a mi chica ese día con su aparición, mediante un *charter private* puesto por mi hermano y el *Impala II* del padre de Juno trayendo a todos, para ser testigos de nuestra unión.

Una alianza, de amor.

Que bajo sus votos Amely, juró ser parte de mis ideales mientras en su anular deslizaba el *rammisha* como alianza de matrimonio y sobre el cintillo de compromiso.

Ideales de proteger al desvalido, contra las injusticias que amenazan nuestro país bajo un riguroso adiestramiento como entrenamiento de mi mano y de Lála estos años, para convertirse en una guerrera *Qurash* de temer.

País que recorreremos, porque los tres amamos navegar, junto a su gatito negro que buscó de su apartamento.

Y sonrío.

Porque, lleva mi nombre.

Viviendo, en mi galeón.

En el *Sambuk*.

Nuestra elección de vida, pese a la negativa de mi hermano el rey, que a regañadientes aceptó, pero con la promesa de mis constantes visitas y ayuda a regir la soberanía de nuestro pueblo, como su mano derecha.

Donde, recorreremos cada puerto.

Cada nuevo, horizonte.

Y conociendo su gente para disfrutar el lugar, como también saber sus necesidades.

En familia.

Siendo yo, un simple pescador.

Y mi mariposa una devota de la fotografía, que con su cámara en mano

siempre y nuestro pequeño Cabul en brazos.

Hacemos de cada viaje, una postal de recuerdos y una gran aventura...

FIN.

"2.600.989 en el 2018 entre mujeres y niños, desaparecieron.

Los cuales solo casi 2000 en total sumando los cinco continentes con sus respectivas denuncias y búsquedas, fueron encontradas y rescatadas.

Aproximadamente se trafica con 900.000 personas solo y a través del cruce de las fronteras internacionales, cada año.

Después de las armas y las drogas, el negocio más rentable, es el tráfico humano."

"- No des datos personales a desconocidos en red sociales, por más que aparenten amistad de años, por esa red.

- No aceptes encuentros, invitaciones o subir a coches de personas que recién conoces o te presentan.

- Pide que te acompañen, ante la entrevista de un empleo de trabajo.

- Y si algo llama tu atención de dudas, denuncia.

Porque el no, ya lo tenemos.

Siempre.

Pero, si es un sí.

Podes estar salvando a alguien o a ti."

Agradecimientos

Simplemente a Dios por tanto...